

ANDREW FUKUDA



LA TRAMPA



Lectulandia

Después de haber escapado de la Misión, Gene y Sissy se enfrentan a una tarea imposible: permanecer vivos el tiempo suficiente para detener a todo un mundo empeñado en su destrucción.

Prisioneros en un tren que se dirige a lo desconocido con las niñas supervivientes de la Misión, Gene, Sissy, David y Epap deben permanecer juntos y usar todo lo que tengan a su alcance para protegerse unos a otros y a su única esperanza: la cura que convertirá de nuevo a las criaturas sedientas de sangre que los rodean en humanos. Ahora que saben cómo revertir el virus, Gene y Sissy tienen una última oportunidad de salvar a sus seres queridos y crear una vida mejor para ellos mismos.

Lectulandia

Andrew Fukuda

La Trampa

La Caza - 3

ePub r1.0

Titivillus 07.01.2019

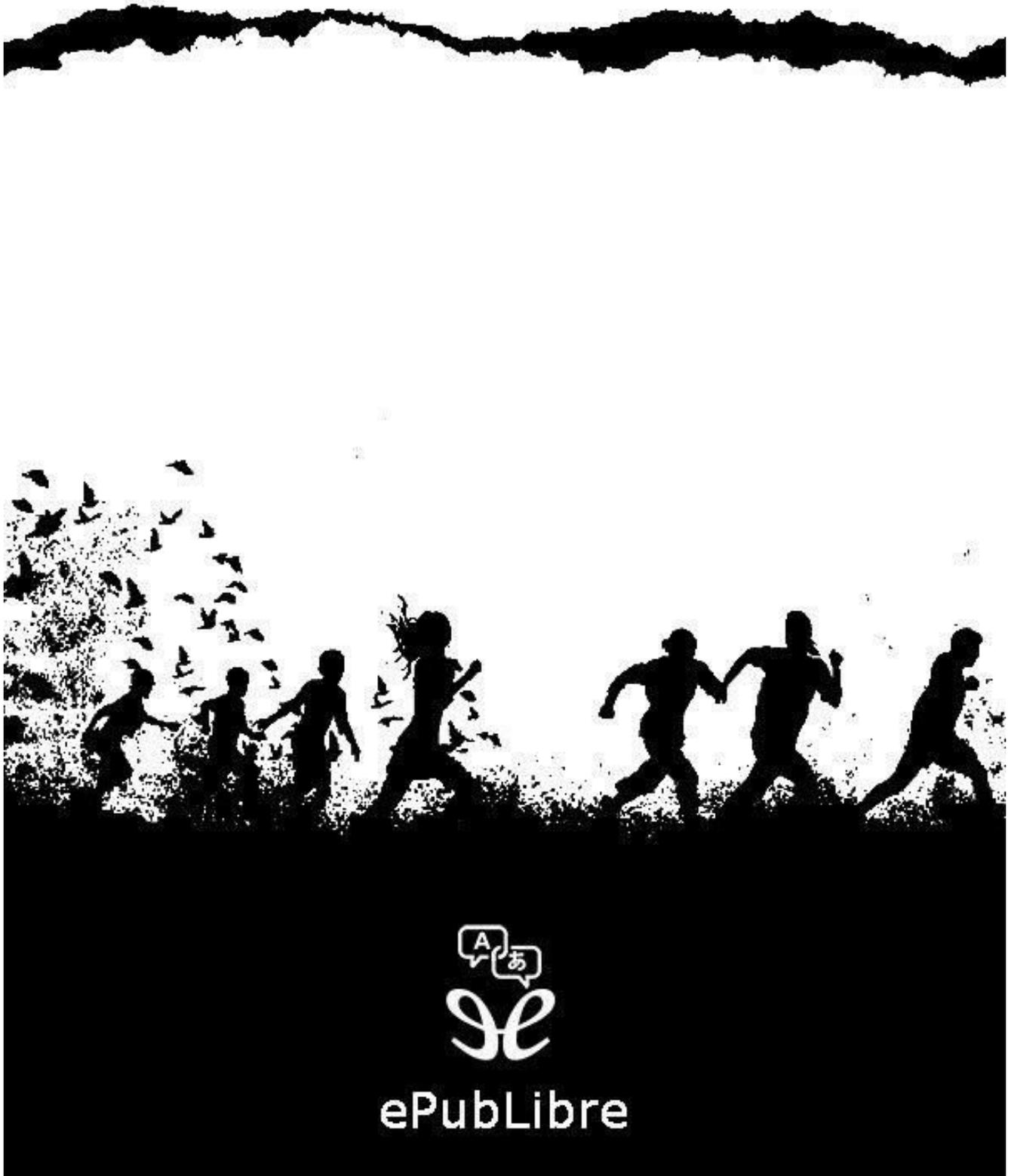
Título original: *The Trap*
Andrew Fukuda, 2013
Traducción: EPL Equipo de Traducción
Diseño/Retoque de cubierta y Portadilla: Fauvar

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Traducción del Proyecto Scriptorium



Para Jim y Mike

Nuestros pesares también pueden, con el transcurso del tiempo,
Ser uno con nosotros, estos fuegos penetrantes
Tan templados como ahora fieros...

—John Milton, *El Paraíso Perdido*

Capítulo Uno

EL TREN SE APROXIMA a plena luz del día.

El sol, en lo alto del cielo, abrasa el desierto de un blanco cegador. Solo el negro filamento de su sombra en movimiento oscurece este reseco yermo. Aminora su marcha, la línea de vagones traquetea como los eslabones de una cadena de metal al ser arrastrada. Ninguno de los pasajeros, y hay muchos y están inquietos, de pie con la espalda rígida y los ojos asustados, emite un solo sonido.

Un pequeño punto negro se mueve en círculos en el cielo azul. Es un halcón que contempla con curiosidad la ondulante sombra del tren allá abajo y que grazna sorprendido cuando se hunde de repente en una abertura del suelo desapareciendo con la rapidez de una serpiente dentro de un agujero. Desvanecido, como si nunca hubiera estado allí.

A unas diez millas de distancia, al otro lado de una cadena de colinas con poca altura, se encuentra una gigantesca construcción con forma de disco y extensa como varias manzanas de una ciudad. Silenciosa como una tumba, rodeada casi por completo por una estrecha muralla. Un obelisco alto y delgado se eleva desde el vacío centro de la edificación. Su punta provista de ventanas brilla intensamente bajo el sol como una vela encendida. Es, en cierto modo como todo el edificio, del color del desierto. Nada se mueve dentro, alrededor o sobre él. No a esta hora del día.

El halcón observa esta construcción con una mirada fría e imperturbable. Luego, con un graznido repentino, agita sus alas y se aleja.

NOS PRECIPITAMOS EN el túnel. La entrada se abre espaciosa como una boca enferma que nos traga con ansiedad. El mundo que conocemos de cielos cobalto y desnudo blanco es borrado en un parpadeo por el negro absoluto. Un viento cálido, húmedo y pegajoso como una lengua se precipita con violencia a través de los barrotes de los vagones y a ráfagas atraviesa las ropas y el cabello. Tenemos las manos tensas, los cuerpos agazapados y temblorosos.

Debajo de nosotros salen brillantes chispas sin control del chirriante tren de frenado. Como uno solo, estamos tendidos sobre el piso de malla metálica mientras el miedo recorre nuestros cuerpos amontonados en grupos. Una mano diminuta, sudando de terror, se aferra a la mía.

—No al Palacio, no al Palacio, no al... —murmura—. Es una de las chiquillas más jóvenes.

Ayer, después de que Sissy y yo nos recuperamos de la transformación (la fiebre infernal descendió, nuestros desacompañados cuerpos se serenaron), les dijimos a las chicas lo que sospechábamos sobre nuestro destino. No acerca de la Civilización, la ciudad idílica que les mencionaron los ancianos de la Misión que estaba llena con millones de *humanos* que poblaban sus calles y llenaban sus estadios, teatros, arboledas, restaurantes, cafeterías, escuelas y parques de diversiones.

Sino sobre el Palacio. Donde reina el Gobernante. Donde, se dice, los únicos humanos son aquellos encarcelados en las catacumbas como ganado en los corrales. Su destino individual está a merced de los antojos de su insaciable apetito.

Durante unos minutos, el tren se desplaza a lo largo del túnel antes de detenerse con una sacudida. Nadie se mueve, como si un solo gesto provocara el comienzo de la siguiente cadena de acontecimientos no deseados.

—Todos permanecemos inmóviles —susurra Sissy a mi lado—. Quédate muy muy quieto.

Durante tres días y noches en el ruidoso tren, expuestos al viento y a la luz del sol, el movimiento ha sido nuestra permanente compañía. Esta quietud, esta oscuridad, es un mundo brutal y súbitamente opuesto.

Un fuerte chasquido metálico resuena desde la puerta del vagón y por primera vez en días, la puerta comienza a abrirse. Las chicas más próximas, gritando, retroceden desde la entrada.

Entonces salto hacia la puerta, agarro con fuerza uno de los barrotes. Me inclino hacia atrás, presionando con firmeza sobre mis talones, e intento detener su avance. Noto que alguien más está a mi lado, tirando también de la puerta. Es Sissy. Durante días hemos tratado, inútilmente, de abrirla. Pero ahora, en este túnel oscuro que solo presagia una cosa, estamos intentando cerrarla. Nuestros esfuerzos son inútiles de

nuevo. Incluso mientras gruñimos, con nuestros pies intentando afianzarse, la puerta se abre con un clic. En la oscuridad, oigo sonidos similares a lo largo del tren. Las puertas de cada vagón están ahora abiertas y bloqueadas.

Una oleada de miedo frío nos inunda. Nadie se mueve.

—¿Y ahora qué? —pregunta una voz temblorosa en la oscuridad.

—¡Que nadie se mueva! —grita Sissy, lo suficientemente fuerte como para ser escuchada a lo largo del tren—. ¡Permaneced donde estáis!

Siento los mechones de su pelo rozando mi brazo. Está girando la cabeza, tratando de ver algo, cualquier cosa. Pero no vemos nada. Bien podríamos colgar suspendidos en un oscuro vacío y es por eso que Sissy nos advirtió de que no desembarcáramos. Podríamos deslizarnos hacia una pendiente pronunciada o incluso caer por un barranco.

Un fuerte siseo surge bruscamente desde el vagón delantero, sacudiéndonos a todos. Un penetrante olor a vapor y humo se propaga por el túnel, flotando como cenizas cargadas de humedad a través de los barrotes de los vagones.

Y luego, solo silencio.

Nos apiñamos todavía más, anticipando el sonido que ninguno de nosotros quiere escuchar.

—David —dice Sissy—. Lanza una de las latas de comida.

Lo hace. En la oscuridad, escuchamos que la lata golpea con un tintineo metálico contra algún tipo de superficie. Rebota dos veces antes de detenerse.

—¡Que todos se queden en el tren! —grita—. Gene y yo vamos a investigar.

Luego salta a través de la puerta sobre el oscuro suelo del túnel y yo la sigo. El suelo es pedregoso, vibra bajo nuestros pies. Mis ojos se están acostumbrando a la oscuridad, y cuando miro hacia atrás puedo ver a las chicas en el tren. El blanco de sus ojos brilla ligeramente, esperando seguridad. Pero no tenemos nada que ofrecer.

—¿Ves algo? —susurra Epap—. ¿Sissy?

—Espera.

Pero él no la escucha. Salta del vagón, haciendo ruido cuando aterriza entre las piedras. Se acerca a nosotros, con los brazos extendidos hacia adelante.

—Solo tenemos que hacer una cosa, Sissy. Regresar por donde vinimos. Todos juntos, seguimos las vías del tren para salir.

Pero Sissy niega con la cabeza.

—La entrada al túnel debe haberse cerrado después de que pasamos. De lo contrario, entraría la luz; aquí se vería más.

Tiene razón. Ni siquiera se atisba un punto de luz detrás de nosotros. Epap habla, su voz está cargada de miedo.

—No importa. Necesitamos comenzar a movernos. En cualquier momento, los crepusculares podrían...

De repente, un fuerte estruendo metálico estalla sobre nuestras cabezas. Todos se sobresaltan. Algunas chicas gritan.

Y luego se hace la luz.

LA LUZ SALE a raudales de un gran eje de cristal que se eleva desde el suelo hasta el techo cerca del último vagón del tren. Echo un vistazo más de cerca: la suave luz emana no tanto del cilindro mismo como de un elevador de vidrio que ahora está bajando dentro del mismo. Como una cortina de luz descendente, el elevador ilumina las paredes escarpadas del estrecho túnel. La única plataforma elevada, aparentemente tallada en la misma roca, se extiende a lo largo de un solo lado del tren, y es a este andén sobre el que Sissy, Epap y yo nos subimos ahora. Hacemos una pausa, luego nos volvemos hacia el sonido de pasos que corren hacia nosotros. Es David, y su mano se desliza en la de Sissy.

El elevador de vidrio llega al suelo. Por un breve momento, su luz interior parpadea. Entonces las puertas se abren.

Nadie se mueve. Un sonido estridente llena el aire de improviso, como el de estática sobre el sistema de megafonía de la escuela. *«Atención. Todos los pasajeros del tren deben introducirse en el ascensor. Tienen un minuto»*. La voz ensordecedoramente fuerte, electrónica y robótica, retumba a través del túnel, sus palabras resuenan a lo largo del mismo.

David se vuelve hacia Sissy.

—¿Qué sucederá después de un minuto? —pregunta, con voz trémula—. ¿Qué pasa, Sissy?

Ella no responde, solo gira la cabeza, sus ojos examinan las paredes con nerviosismo. Está tensa. Hay una fila de puertas en la pared del fondo. Sus ojos vuelven al ascensor, frunciendo el ceño.

A través de los barrotes de los vagones, los ojos de las chicas se abren con miedo y pánico. Como un solo ser, comienzan a salir de ellos, un goteo al principio, luego una masa de cuerpos fluyendo a raudales.

«Cincuenta segundos».

Sissy agarra la mano de David.

—De esta manera —nos dice a Epap y a mí—. Vamos, deprisa.

Comenzamos a correr hacia el ascensor que brilla con luz blanca.

Las chicas están tropezando con las piedras pequeñas que se encuentran por el suelo del túnel. Con la precipitación y con sus pies de loto, trastabillan y caen unas sobre otras. Están gritando en este momento, su miedo alcanza el punto más alto.

—¡Al ascensor! —les grito, balanceando mis brazos con urgencia—. ¡Daos prisa!

Epap se separa de nosotros, corre hasta el borde del andén, comenzando a subir a algunas chicas. Pero hay demasiadas y muy poco tiempo. Lo agarro, trato de empujarlo hacia el elevador. Se resiste.

—¡No hay tiempo, Epap! —le chillo.

«Cuarenta segundos».

La mandíbula de Epap se abre. Levanta una chica más y luego me permite alejarlo. Las chicas sobre el andén hacen todo lo posible para correr, pero sus pies de loto solo pueden avanzar con lentitud. Sissy, Epap, David y yo somos los primeros en llegar al elevador.

«Treinta segundos».

Por un breve instante, nos quedamos mirando su interior. Nuestro corazón se hunde. Es diminuto por dentro, capaz de admitir como máximo a cinco de nosotros fuertemente apretados. Nunca se pretendió transportar a un *pueblo* entero de niñas. Rodamos dentro. No hay nada. Sin un botón, ni control, ni interruptor. Las paredes son paneles lisos de vidrio sin uniones. Rápidamente examino el exterior. Lo mismo: ningún control.

«Veinte segundos».

La frente de Sissy está fruncida, profundas arrugas denotan su concentración. Luego se suavizan, llega a una decisión.

—¡Todavía hay espacio para una más! —grita—. Quedaos aquí, ¡ahora vuelvo! —Y luego sale corriendo y desaparece en la oscuridad...

—¡No, Sissy! —grito—. ¡No hay tiempo!

De la nada, una niña surge de repente en la oscuridad. Es Cassie, la chica con pecas quien ha demostrado ser una líder entre las demás. Epap grita, instándola a darse prisa. Ella se tira de cabeza al ascensor, su boca deformada en un grito silencioso. Y eso es todo. Dentro no hay más espacio. Estamos hombro con hombro.

«Diez segundos».

—¡Sissy! —grito—. ¡Sissy, vuelve aquí!

Ninguna respuesta. Ni rastro de ella. Ahora más chicas avanzan a tientas hacia la zona de luz, cayendo, arrastrando los pies, gritando. Entonces la veo. Está en el andén, inclinada, tratando de ayudar a más chicas a levantarse. Pero presas del pánico, se aferran, se agarran a ella, y aunque les está gritando, se niegan a dejarla ir. Cinco, seis, siete la están sujetando de sus brazos y piernas, y no puede liberarse. Está en problemas.

«Cinco segundos».

Voy corriendo hacia ella, derribando a algunas de las chicas que están en el andén. Detrás de mí, Epap está chillando a David y ordenándole que se quede quieto. Agarro a Sissy por el hombro, empujándola hacia atrás, pero hay demasiadas chicas aferrándose a ella.

Una sucesión electrónica de sonidos metálicos retumba desde la fila de puertas de la pared del fondo. Incluso desde donde estamos, en el otro extremo del andén, el sonido nos sorprende. Lo que sea que va a pasar después, acaba de comenzar. Ahora. Durante un breve momento las chicas que sujetan a Sissy se relajan al girar hacia el sonido. Rápidamente deslizo mis brazos bajo sus axilas y tiro por ella. Siento que cede la presión, y después caemos con estrépito sobre el suelo de la plataforma.

En el otro extremo del andén, las puertas metálicas se abren de golpe. Las sombras negras salen con una velocidad aterradora. Colmillos brillantes, garras relucientes. Ojos húmedos, salvajes, llenos de deseo. Su movimiento se vuelve borroso. Las chicas más cercanas a las puertas son asesinadas antes de que puedan gritar. Todo lo que escucho es el impacto húmedo de los fluidos contra las paredes envueltas en la oscuridad. Más sombras fluyen por las puertas abiertas, se deslizan por las paredes y el suelo. Entonces comienzan los gritos.

Ahora es Sissy la que tira de mí por la parte de atrás de mi camisa. Antes siquiera de ponerme completamente de pie, ya me está arrastrando hacia el ascensor. Los gritos se agudizan y se alzan detrás de nosotros, pero sabemos que es mejor no girarse y mirar. Corremos hacia el ascensor rodeando grupos de chicas que entran en pánico, sus rostros congelados bajo la llamativa luz del elevador.

—¡Sissy! ¡Gene! —grita Epap—. *¡Se está cerrando!*

Está de pie en la puerta del ascensor, con la espalda apoyada en una puerta corredera mientras los brazos y las piernas están empujando contra la otra. Pero es una batalla perdida. Sus brazos se doblan y ceden por la presión de las puertas que se cierran. Dentro, David está buscando frenéticamente un interruptor de control que sé que no existe.

Los gritos alcanzan un punto álgido. Sin llevarme a engaño, miro hacia atrás. Bajo el amplio cono de luz, veo chicas cegadas por el pánico saliendo de los vagones, tropezando y cayendo al suelo. Unas pocas permanecen paralizadas donde están, acurrucadas en las esquinas de los vagones, con los brazos fuertemente apretados alrededor de otras, sus manos con los nudillos blancos en los barrotes.

A unos metros del ascensor, Sissy salta primero deslizándose entre las puertas que se cierran y entrando. La sigo un segundo más tarde, golpeándome la espinilla y arañándome la espalda mientras me deslizo por debajo de Epap a través del estrecho espacio. Epap está gritando de dolor, no puede liberarse; está demasiado encajonado en posición fetal, con los tobillos apretados casi contra su cabeza. Sissy, levantándose del suelo, envuelve los brazos alrededor de sus piernas, mientras yo lo agarro por los hombros. Asentimos con rapidez y nos lanzamos hacia atrás. Epap se desencarta hacia el interior, los tobillos y las muñecas en una postura desgarrada.

Las puertas del ascensor se cierran de golpe.

Fuera, las chicas arremeten contra el elevador como los pájaros en las ventanas. Sus manos aporrean el vidrio con pánico descontrolado. Los rostros golpean violentamente contra el cristal, rogando, suplicando, distorsionándose mientras se aplastan contra él.

—Tenemos que hacer algo —se queja David—. No podemos abandonarlas sin más.

Pero no decimos nada. Porque no hay nada que podamos hacer. Ni manera de abrir las puertas, ni forma de que quepa una persona más, incluso si pudiéramos hacerlo. Más chicas golpean el vidrio por dos lados, luego por todas partes hasta que

nos rodean. Cassie presiona con sus dedos en la unión entre las puertas cerradas en un esfuerzo por abrirlas. No nos molestamos en detenerla. Muy pronto, se da por vencida. Apoya las palmas de las manos contra el cristal, sacude la cabeza y llora quedamente. Más cuerpos presionan contra el vidrio, estrujando a las que ya están allí.

Y luego el elevador comienza a moverse. Lentamente hacia arriba por el hueco acristalado.

Suena un grito de terror.

Epap pone su brazo alrededor de Cassie.

—No puedes hacer nada por ellos. Lo has intentado... —Su voz se apaga.

Veo a los crepusculares. Para mi sorpresa, a pesar del derramamiento de sangre y el eco de los continuos gritos en el túnel, son solo un puñado de ellos. Esperaba más. Sus rostros están salpicados de sangre, los ojos delirantes con este paraíso culinario de inesperada llegada. A juzgar por sus anodinos uniformes, estos crepusculares no son más que trabajadores de bajo nivel asignados para el turno de día. Solo vinieron para descargar el tren. Ahora tendrán una historia para contar durante años. Pero no ha terminado para ellos. Todavía no. Protegiendo sus ojos de la luz que emana del elevador, se abalanzan hacia las chicas apretujadas contra las paredes de cristal.

—Cierra los ojos, David —dice Sissy, y lo hace, metiendo la cabeza en el hueco de su brazo. Unos violentos golpes sacuden el ascensor, anunciando la llegada de los crepusculares. Los gritos estallan furiosos a nuestro alrededor, chirriando, suplicando, en apariencia lo suficientemente fuertes como para romper el vidrio. David se tapa las orejas con sus manos pálidas y temblorosas.

El elevador asciende. La sangre salpica el exterior del hueco del ascensor como si hubiera sido lanzada con fuerza desde unos cubos. No importa que tan alto nos levantemos, la sangre nos sigue, los gritos nos alcanzan. Epap rodea con su brazo los temblorosos hombros de Cassie.

Hasta que todo está en silencio. La sangre brota como las salpicaduras de un pincel. Se extiende debajo de nosotros, sobre el andén, dentro de los vagones, es el espectro de horripilantes atrocidades. El ascensor se eleva y el arco de luz se aleja afortunadamente de la escena de violencia de debajo. La oscuridad envuelve la carnicería.

Un crepuscular salta hacia el elevador, su pálido cuerpo se adhiere al exterior del hueco de cristal. Su cara, a solo unos centímetros de la mía, nos mira con frialdad. Luego su sujeción, comprometida por la sangre resbaladiza, patina y el crepuscular se desliza hacia abajo.

Miramos hacia arriba, rezando por una salida. El techo negro se cierne cada vez más cerca. Y solo cuando parece que vamos a chocar contra él, se abre de repente para dejar al descubierto una oscuridad todavía más profunda. El elevador asciende hacia ella. Y una vez más, somos tragados por la oscuridad.

NADA SUCEDE DURANTE cinco minutos. Tiempo suficiente para que el aire se vicie dentro del ascensor sellado y para que la claustrofobia se acentúe.

—¿Qué pasará después? —se lamenta Cassie—. ¿Qué debemos hacer?

Nadie responde.

Entonces empezamos a rodar, hacia un lado, un movimiento que rápidamente adquiere velocidad. Debemos de estar en algún tipo de vía, pero es difícil de decir en la oscuridad. Nos detenemos de nuevo y empezamos a movernos en una dirección diferente esta vez. El ascensor desciende y gira, en un cambio constante de itinerario y velocidad que confunde. Después de un par de minutos, nos detenemos de improviso.

Esperamos con la respiración contenida.

Una luz abrasadora inunda nuestra visión. Cerramos nuestros ojos con fuerza y casi inmediatamente los abrimos, desesperados por ver. El ascensor se encuentra en el centro de un espacio cerrado, grande como un auditorio. Las vías se enroscan a nuestro alrededor en una maraña de espirales que se entrecruzan y rodean.

Presa del pánico, David comienza a patear la puerta.

—No —dice Sissy en voz baja, con la mano en su hombro—. Eso no nos ayuda.

Esperamos cinco minutos. Respiramos superficialmente, tratando de conservar el menguante aire.

—Sissy —murmura David—. No puedo respirar.

—Trata de mantener la calma —le dice—. Hay suficiente aire para todos nosotros. Ella le ordena el pelo hacia atrás, está empapado de sudor.

—Vamos a morir aquí —manifiesta.

—No, no lo vamos a hacer. Sissy tiene razón —le respondo—. Solo necesitamos mantener la calma. La luz está destinada a destruir por completo a los crepusculares, no a los humanos. Cualquier crepuscular que fuera capaz de entrar en este ascensor ya estaría muerto.

David se queda en silencio, con expresión pensativa.

—Podemos tener esperanza —comento—. No habría aquí toda esta luz para matar a los crepusculares a menos que haya humanos al final de este viaje.

David pone su mano en la puerta del ascensor.

—¿Cuánto falta para que empecemos a movernos de nuevo?

—En cualquier momento...

Las luces se apagan con un parpadeo. Quedamos sumergidos en la oscuridad. El elevador empieza a moverse de nuevo, va aumentando su velocidad, descendiendo.

Luego disminuimos la velocidad. Una delgada línea vertical de luz atraviesa repentinamente la oscuridad, ensanchándose en una columna a medida que nos acercamos a ella. Finalmente estamos justo enfrente y cegados por su brillo nos fusionamos con ella, el resplandor inunda el interior del ascensor. Una serie de fuertes pitidos electrónicos nos sacuden. Las puertas se abren de golpe y, con la misma rapidez, comienzan a cerrarse.

—¡Deprisa! —nos dice Sissy, empujándonos a todos a través de la abertura brillantemente iluminada. Salimos atropelladamente del ascensor y caemos al suelo.

El olor es lo que primero nos golpea. Un hedor a pelo sucio, a axilas malolientes, a emanaciones de aguas residuales. Una luz fluorescente desde el techo nos ilumina.

La puerta del ascensor se cierra detrás de nosotros con un clic.

Varias siluetas surgen frente a nosotros de la intensa luz, huesudas y angulosas. Voces masculinas y jóvenes.

—¡Hay cinco!

—No lo creo. Cinco no. No es posible...

—¡Cuéntalos tú mismo!

—¡Nunca hemos tenido más de tres a la vez! No tiene sentido.

Avanzo tambaleándome hacia las voces, hacia las siluetas.

—Mira a este —suenan una voz joven y añorada desde la oscuridad—. Un poco viejo, ¿no creéis? Debe de tener casi veinte. Claramente bastante mayor.

Parpadeo, me fuerzo a abrir los ojos. Los rostros convergen ante mi mirada, jóvenes y zafios, burlones. —¿Dónde estamos?— les exijo.

—¿Dónde estamos? —Una voz áspera y mordaz me imita. El grupo de chicos comienza a alejarse.

—Esperad —dice Epap.

Lo ignoran, mientras siguen arrastrando los pies por el corredor.

Epap agarra al más cercano por el hombro.

—¿Dónde estamos?

El niño lo mira con frialdad, y luego mueve sus brazos en círculos con teatralidad. Una sonrisa se esboza en sus labios, pero sus ojos permanecen helados. —¡Esto es la *Civilización!* ¡Donde todos tus preciosos sueños se hacen realidad!—. La sonrisa se convierte en una mueca de desdén cuando se dirige a un grupo de chicos que permanece cerca. —Eso es lo que siempre preguntan. ¿Es esta la *Civilización?* Sin faltar. *Por favor.*

Los chicos estallan en una risa cruel y burlona.

—¿Hermano? —pregunta Cassie.

Y en ese instante, la risa se detiene. Uno de los chicos más altos da un paso adelante. Es todo huesos y de ángulos pronunciados. Sus pómulos están acentuados.

—¿Eres tú? —pregunta—. Matthew, ¿eres realmente tú? —Sus labios tiemblan.

—¿Cassie? —el nombre suena ronco, como si no se hubiera pronunciado en mucho tiempo.

Los otros chicos se alejan, rápidamente, como si supieran lo que sucederá a continuación y no quieren tomar parte en ello.

Cassie da un paso vacilante hacia Matthew. Sus ojos se agitan en sus órbitas, brillando. —Ahora eres tan alto—. Levanta la mano, a punto de tocarle la cara, y luego la retira—. Y delgado. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Desde que fuiste... ¿enviado aquí?

—Un año. —Con delicadeza y con tristeza, continúa—. Tres meses, veintitrés días.

—¿Dónde está Timmy?

Sus ojos se desvían hacia el suelo.

Los labios de Cassie tiemblan mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

Matthew se frota el brazo. —Ven conmigo. Te traeré algo de ropa para que te cambies—. Nos mira al resto de nosotros. Tal vez sea el cambio de luz, pero un aire de ternura se dibuja en su cara—. Trae también a tus amigos.

ES UN MUNDO de metal y de luz chillona. Únicamente con pasillos estrechos y de techo bajo para moverse. Cada uno que recorremos es idéntico al anterior: metal y luz, luz y metal. A cada lado de nosotros, empotrados en las paredes, hay enclaves, filas de ellos apilados a tres alturas perfectamente alineados y separados con precisión matemática. Cada uno tiene el tamaño de un gran ataúd, chapado en acero e incrustado profundamente en la pared.

Pero es a los otros humanos a quienes miramos boquiabiertos.

Se mueven sin rumbo o se reúnen en pequeños grupos de tres o cuatro. Todos jóvenes, la mayoría varones. Pálidos, demacrados, macilentos, a menudo con la mirada perdida en las paredes. Parpadean cuando pasamos, mirándonos sin hostilidad ni cálida hospitalidad. Solo una leve curiosidad rayana en la indiferencia, como si la entrada de los recién llegados fuera algo habitual. De vez en cuando, Cassie respira con dificultad, sorprendida, su cara palidece al ver otra cara familiar del pasado. Pero nadie la llama ni la reconoce. Solo apartan sus miradas con rapidez.

Matthew nos lleva al final de un pasillo. Dentro de un enclave hay montones de ropa. El mismo atuendo monótono que visten todos los demás, marrón y anodino, mohoso. Me pongo la ropa rápidamente y me acerco a Matthew mientras las chicas se visten.

—Mi nombre es Gene.

Me contempla con los ojos entrecerrados.

Señalo a los chicos.

—Y ese es Epap...

—Sin nombres —dice Matthew bruscamente.

—¿Qué?

—No tenemos nombres aquí abajo.

—Pero tu nombre es Matthew.

Sacude la cabeza. —Eso es... de antes—. Frunce los labios. —Escucha, no usamos nombres aquí.

—¿Por qué no? Todos vosotros...

—Todos desaparecemos. Inevitablemente y de repente. Así que no tiene sentido dar nombres. Ni establecer lazos. —Me da la espalda y comienza a alejarse.

Lo sujeto por el codo. Con cuidado, pero con insistencia, lo detengo. Se resiste pero no consigue liberar el brazo. —Te llevan para servirles de alimento ¿no?— le digo, recordando lo que Krugman me había contado sobre este lugar—. Al azar, nunca sabes cuándo te pueden llevar.

Matthew no dice nada, pero asiente con la cabeza.

—Dime cómo —le susurro—. ¿Cómo te llevan?

Se resiste al principio. Solo después de que las chicas se nos unan, Cassie de pie muy cerca suyo, habla mecánicamente, con un ligero temblor en su voz.

Aproximadamente una vez a la semana (o al menos creen que es una semana, es imposible medir los días y las noches en estas catacumbas subterráneas), suena una alarma. Tienes un minuto, nos dice, para subir a uno de los enclaves de la pared. Solo una persona por unidad. Después se cerrará de golpe una ventana de vidrio y te sellará en el interior. Eso es bueno. Porque te protege. Las luces se apagan, la única vez que lo hacen, y la oscuridad es morbosa y aterradora. Y luego *ellos* bajan a las catacumbas para mirar fijamente a los hepers. El Gobernante y su séquito. Arriba y abajo de los corredores, buscando y escudriñando, babeando y estremeciéndose. El Gobernante señalará forzosamente a un heper en particular. Si eres tú, es como si ya estuvieras muerto. Porque dentro de una hora tu enclave será retirado de la pared, y luego llevado mediante algún sistema de transporte. De la cama al ataúd, así de fácil.

—¿A dónde? —pregunta David.

Los labios de Matthew se extienden en una triste y horrenda sonrisa.

—La cocina.

—¿Lo sabes con certeza?

La sonrisa se apaga.

—No. Algunos piensan que terminas en los aposentos privados del Gobernante pero nadie ha regresado para contarlo, así que todo son conjeturas. —Escupe en el suelo—. Una vacía e inútil conjetura. Porque estás muerto, de todos modos.

Cassie habla, su voz es forzada y tensa.

—Las chicas son las primeras, ¿verdad, Matthew? —Mira a lo largo del pasillo—. Porque las chicas son el bocado más selecto. Por eso hay tan pocas aquí. Somos las primeras en ser elegidas.

Por un momento, Matthew no responde.

—No necesariamente, —dice, pero su voz carece de convicción—. Al Gobernante le gusta separar a las chicas. Reservarlas para ocasiones especiales. Puede que no te seleccionen durante un tiempo. —Dice todo esto con los ojos fijos en sus pies.

Permanecemos en silencio durante un minuto.

—Solo asegúrate —dice Matthew—, de que cuando suene la sirena entres en uno de estos enclaves. Inmediatamente. Deja lo que sea que estés haciendo. Las pantallas de vidrio descenderán sesenta segundos más tarde, te encuentres preparada o no. Si no es así, te hallarás bloqueada en los corredores. Completamente desprotegida y vulnerable. Y cuando *ellos* bajan...

—¿Qué ocurre? —pregunta Cassie.

Matthew hace una pausa.

—Es cuando el resto de nosotros rodamos hacia la pared, cerramos los ojos, nos tapamos los oídos con las manos.

Miramos el pasillo intensamente iluminado, las filas de enclaves empotrados a ambos lados. Brazos y piernas cuelgan de unos pocos.

—Y esta sirena —le pregunto—. Dijiste que se dispara una vez a la semana, más o menos.

Asiente con la cabeza.

—Más o menos. Tenéis suerte. La sirena sonó ayer, así que estáis a salvo unos días más.

David se sienta en uno de los enclaves con las piernas colgando, su rostro está pálido.

—Nunca termina, ¿verdad? —dice en voz baja y un destello de ira cruza su rostro—. Debimos haber escuchado a Gene. Deberíamos haber ido al este cuando tuvimos la oportunidad. Regresar a la Misión fue ingenuo y estúpido. ¿Y qué se logró? De todos modos el pueblo fue aniquilado en su totalidad. No conseguimos nada. Incluso las chicas que escaparon con nosotros en el tren, ahora están muertas. Salvamos a Cassie. ¿Nada más? Perdimos a Jacob, y probablemente a Ben, para salvar a una sola chica?

—¡David! —le dice Sissy—. Para.

—No, es verdad —insiste, con los ojos brillantes a punto de llorar—. No estaríamos aquí si hubiéramos escuchado a Gene. —Mira hacia Sissy—. Seríamos libres, los seis, viajando al este. No atrapados en este lugar. No sentados aquí como comida en una bandeja preparada para ser servida para *su* consumo. —Sus labios tiemblan, y al cerrar los ojos dos lágrimas se deslizan por su mejilla.

Sissy se sienta junto a él, le pasa el brazo por los hombros. No dice nada. David tiene razón, y ella lo sabe.

—Lo siento, —comenta—. No debería haber dicho eso.

—Encontraremos una manera de salir de aquí, —asegura Sissy y le da un golpecito en la cara—. Oye, levanta la barbilla. Somos supervivientes, ¿recuerdas? Encontraremos un modo de salir de aquí.

No contesta, solo mira fijamente al suelo de acero.

Observo a Matthew.

—Llevas aquí más de un año. Dime los puntos débiles. Podemos encontrar una forma de salir de aquí.

Matthew abre la boca para decir algo, luego se detiene. Su cara se tensa dudando.

—¿Podemos retroceder hasta el tren?, —pregunto—. ¿Por el ascensor, de vuelta al andén? No ahora, por supuesto, ¿pero más tarde cuando la estación esté vacía? —Una idea va tomando forma en mi mente—. Entonces, ¿podríamos abordarlo, activar los controles, ponerlo en marcha y escapar de aquí?

—Podría funcionar, —dice Epap, que ha entendido lo que tengo en mente, su excitación está creciendo—. De regreso a la Misión. Sería un lugar seguro. Los crepusculares habrían sido destruidos por el sol hace días. Podríamos caminar hacia el este. Sí, eso podría funcionar. —Mira excitado a Matthew—. ¿Es eso posible?

Todo lo que Matthew hace es mirar hacia atrás y luego empieza a reírse con estridencia, su cuerpo se contorsiona como si fuera lo más divertido que nunca haya escuchado. El sonido de su risa me provoca escalofríos en la espalda. Todavía riendo, se aleja, dejándonos para que nos quedemos mirando y haciéndonos preguntas. Entonces nos damos cuenta.

No hay escapatoria.

DURANTE LA SIGUIENTE hora nos quedamos para explorar por nuestra cuenta. Pero es la misma repetición lúgubre y monótona: pasillos estrechos iluminados, luz deslumbrante que se refleja en el suelo y las paredes. Solo los huecos, enclaves ensombrecidos, ofrecen un cambio en esta luminosa monotonía. Los niños en las catacumbas, con la mirada ausente y triste, nos miran con morboso interés, pero cuando nos encontramos con su mirada, apartan los ojos. Se alejan de nuestras preguntas, ignoran nuestros saludos.

Descubrimos dos grandes espacios, ambos del tamaño de una gran sala de conferencias, en puntos opuestos de las catacumbas. Un espacio es el comedor, aunque es un término demasiado elaborado. Es en realidad poco más que un área de alimentación para animales. Los comederos van de un extremo de la habitación al otro, llenos de algo que parecen gachas de avena. Los niños (y muy poquitas niñas) deambulan por la habitación y comen rápidamente con las manos, metiéndose la comida en la boca. El otro es el abrevadero y está lleno de agua, es allí adonde nos dirigimos primero. El agua es salobre y tibia, con un matiz metálico. Otros chicos, que nos miran con curiosidad, entran y salen de allí, y solo pasan un minuto dentro como mucho. Me doy cuenta de que así es como comen: en pequeñas dosis y rápidamente, apenas lo suficiente para calmar los calambres del hambre.

Por muy nauseabundo que sea ese descubrimiento, nada prepara mi estómago para lo que me espera en la otra gran sala. Lo olemos mucho antes de llegar. Es el baño comunal, pero es un término demasiado grandioso. En realidad es una fosa séptica abierta de aguas negras. Permanecemos en el umbral, ninguno de nosotros se atreve a entrar.

Un niño sale, solo muestra una leve sorpresa al vernos.

—Ni orinar ni defecar en ningún otro lugar que no sea en este. No tenemos muchas normas aquí abajo, pero esta es una de las pocas reglas inviolables. Haz lo que tengas que hacer aquí y ahora; o no lo hagas. —Se aleja caminando, subiéndose los pantalones.

Tarde o temprano tendremos que entrar y soportar los olores y las vistas del interior, pero no es el momento. Nos alejamos, el hedor de las aguas residuales nos acompaña por este corredor vacío. Más adelante, cuando se desvanece (nunca se disipa del todo), nos reunimos alrededor de uno de los enclaves de descanso.

—Esto es malo, —dice David—. ¿Qué vamos a hacer, Sissy?

Sissy no contesta. Examina el borde superior del enclave, mete el dedo en una fina ranura.

—Siento el vidrio. Aquí es por donde cae la puerta de cristal. —Un instante después, se sube al enclave y empieza a golpear la pared trasera—. Suena a vacío. —

Se muerde el labio inferior, sumida en sus pensamientos.

—¿Qué sucede? —pregunta Epap.

—Hay un espacio vacío detrás de esta pared. ¿Recuerdas lo que nos dijo Matthew? Hay toda una red de transporte detrás. Probablemente una red de vías o railes para transportar estos enclaves de un lado a otro. —Vuelve a salir con una mirada de asco—. Te sientes como si estuvieras en el interior de un ataúd.

Nos sentamos contra las paredes de cualquier manera, prefiriendo el suelo a estar dentro de los enclaves. Aunque solo llevamos una hora en las catacumbas, ya siento la sensación de claustrofobia ahogándome. La implacable luz brillante, los olores insoportables, el aire lúgubre y desolador. Por el momento, tendremos que tomar la bazofia del comedero, usar el baño. Caer en una especie de rutina como todos los demás aquí y, en algún punto, la alarma sonará y nos uniremos a la loca carrera por encontrar un enclave vacío. Esta misma existencia clandestina, repetida en ciclos indistinguibles hasta que, inevitablemente, un día, encerrados en un enclave, seremos transportados lejos. A su cocina, a la *suite* del Gobernante, a su boca, pasando en trozos a medio digerir a través de sus órganos.

Un pensamiento inoportuno cruza por mi cabeza, uno que me sorprende: la vida en la Misión, gobernada bajo Krugman y sus predecesores parece ahora, en comparación, no tan desmedida. Me estremezco al pensarlo.

Tomo una determinación. Miro a Sissy, a David y a Epap.

—Vamos a salir de aquí.

—¿Cómo? —pregunta David.

—No lo sé. Pero una cosa sí sé: escaparemos o moriremos intentándolo. Porque no me limitaré a... consumirme simplemente en este horrible lugar. —Pongo mi mano en la de David, y le doy una fuerte palmada—. Te lo prometo, David. No nos volveremos como estas personas. Porque su existencia... no es vida. Ni siquiera es supervivencia. Es... —Sacudo la cabeza—. Esto no es para mí. No es para nosotros. Creo que hablo por todos: prefiero estar muerto mañana que permanecer vivo un año en este lugar.

Los ojos de Sissy, distantes desde hace una hora, recuperan su brillo. Coloco mi otra mano sobre la suya, y la agarra con fuerza.

—Matthew nos dijo que la sirena se activó ayer. Eso nos da seis días para encontrar una salida de aquí. Seis días. Eso es mucho tiempo. Y pasaremos cada minuto de ese tiempo examinando cada rincón de este lugar. Usaremos todos nuestros trucos, astucia e inteligencia. Encontraremos una salida.

—Pero Matthew habló... —David comienza a decir.

—Matthew no somos nosotros. Matthew no ha sobrevivido a una cacería masiva de hepers, no ha escapado de una horda de miles. Lo hemos hecho nosotros. No ha sobrevivido a un viaje por el río Nede, a una caída en picado por una cascada. Hemos sido nosotros. Ni ha sobrevivido a enjambres de crepusculares en las montañas. Tampoco a una carnicería masiva en la estación de abajo. —Sujeto la mano de Sissy

con más fuerza, agarro el brazo de David ahora con tensión—. Pero nosotros sí. Somos increíbles juntos. Somos formidables. Realmente lo creo. Hay algo entre nosotros cuatro juntos. Los crepusculares, miles de ellos, ejércitos, armadas, *nunca* nos han derrotado. En el domo, a orillas del río, en las montañas. Ni una sola vez. Los hemos mirado fijamente desde arriba todas y cada una de las veces.

A mi lado, Epap asiente.

—Gene tiene razón. No dejaremos nada sin remover en este lugar. Y nos quedamos juntos durante los próximos seis días. No nos separaremos en absoluto.

Una pequeña sonrisa aparece en la cara de David.

—De acuerdo.

—Entonces hagámoslo, —les digo—. Empecemos a explorar y a estudiar la estructura, hablemos con la gente. Porque tengo la sensación de que los seis días van a pasar volando...

Y es en ese punto que me veo interrumpido.

Por el sonido de una sirena.

DURANTE ALGUNOS SEGUNDOS, permanecemos paralizados. No somos los únicos; a nuestro alrededor todos están aturridos. Entonces se produce el caos. Cuerpos corriendo, empujando. Chocando, golpeándose unos contra otros. David es enviado al suelo de un codazo.

Agarro a un joven que pasa volando a mi lado.

—¿Qué está pasando? —Grito y mi voz es apenas audible sobre el estrépito de la sirena.

Se suelta el brazo.

—¿A ti qué te parece?, —me grita.

—¡La sirena sonó ayer! ¡Tenemos seis días más!

Pero no responde, solo corre por el pasillo, con la cabeza moviéndose frenéticamente de un lado a otro, buscando un enclave vacío. Me subo al más cercano. Agachado en la parte de atrás hay un niño aterrorizado. De repente me lanza una violenta patada en la cabeza.

—¡Qué demonios!

—¡Fuera!, —grita.

—¡Hay sitio de sobra para dos, incluso para tres de nosotros!

—Solo uno en cada enclave. De lo contrario, este se toma automáticamente!
¡Ahora vete!

Siento una mano en mi espalda, tirando de mí. Es Epap.

—Vamos, si tiene razón, tenemos que movernos. Hemos de encontrar un enclave vacío para cada uno de nosotros. —Mira a Cassie, a sus pies de loto—. ¡Toma este enclave!, —le grita, dirigiéndola a un enclave vacío en la última fila—. No dejes que nadie te saque, —le aconseja mientras ella se precipita dentro—. ¡Patea y pega si tienes que hacerlo!

Ella asiente frenéticamente, aplastándose contra la pared del fondo.

Y luego estamos corriendo por el pasillo, los cuatro. Los cuerpos están volando por todas partes, en direcciones opuestas, chocando, golpeando, maldiciendo. Es obvio que la sirena ha cogido a todos por sorpresa y descolocados.

Gritos, chillidos. Niños peleando con agresividad por enclaves vacíos. Salpicaduras de sangre, crujir de narices fracturadas, ojos amoratados. Corremos ignorando estas peleas, sabiendo que no debemos perder el tiempo. Aquí y allí, pasamos velozmente junto a una niña que se tambalea sobre sus pies de loto, inundada de lágrimas y con los labios temblando de terror.

Transcurren los segundos, diez, veinte, treinta. Cada vez hay menos gente corriendo por los pasillos. La mayoría son los más pequeños, los que son empujados o sacados por los niños mayores y fuertes, con sus ojos moviéndose de un lado a otro

en una creciente angustia. Delante de nosotros, un muchacho fornido saca a una chica delgada de un enclave, dominándola con una patada despiadada a su pecho. Ni siquiera intenta recuperar su sitio, sino que se aleja por el pasillo en busca de un espacio desocupado, tan rápido como sus pesados pies de loto la llevan. Se sube después a otro enclave, y segundos más tarde un niño delgado y pequeño es expulsado. Él sale corriendo, doblado por el dolor, luchando por contener las lágrimas.

Doblamos una esquina, corremos por otro pasillo. Ahí. Un enclave vacío en la fila superior. Agarramos a David y le ordenamos que entre. Cuando protesta, y lo hace con vehemencia, Epap lo agarra del cuello, le ladra algo y luego lo empuja con rudeza hacia el fondo. Y luego corremos de nuevo, tratando de encontrar otro lugar desocupado. Miro hacia atrás, veo la cara de David saliendo de la abertura, con su expresión cargada de miedo.

Por ahora, el corredor está libre de rezagados. Solo quedamos nosotros tres. Cada vez que observo un enclave por el que paso, una cara con el ceño fruncido y aterrorizada mira hacia atrás, con brazos y piernas listos para repeler cualquier intento de desalojo. Las luces empiezan a parpadear rápidamente. Encendido, apagado, encendido, apagado; luego más rápido, *encendido-apagado-encendido-apagado*. Nos detenemos, el miedo nos paraliza. Las luces parpadean como locas, al ritmo frenético de nuestros corazones.

—¡Están todos ocupados! —grita Epap, cayéndole el sudor por la cara—. ¡No hay a dónde ir!

¡Tenemos que ir donde hay menos gente! son las palabras que resuenan en mi mente, pero antes de verbalizarlas ya estoy agarrando a Sissy y a Epap y tirando de ellos bruscamente. Por donde vinimos. De vuelta hacia el olor de las aguas residuales.

No me cuestionan, solo se adaptan a mi paso. Impulsados por el pánico nos lanzamos a una loca carrera. Doblamos una esquina, cruzamos otro corredor, obligamos a nuestras piernas a ir aún más rápido. El olor a aguas residuales se vuelve cada vez más picante.

—¡Mirad a la izquierda! —les grito a Sissy y a Epap sin detenerme—. ¡Yo miraré a la derecha!

Y casi inmediatamente veo un enclave vacío. Epap está más cerca de mí y lo agarro por los hombros y, antes de que tenga la oportunidad de reaccionar, lo arrojo bruscamente dentro de él. Grita en protesta y luego choca contra los lados metálicos del enclave.

No me detengo, solo continúo corriendo más rápido con Sissy a mi lado, sin que ninguno de los dos nos molestemos en mirar hacia atrás. Ahora estamos muy lejos, Epap no tiene más remedio que quedarse donde está.

Y entonces, justo cuando llegamos al final de un pasillo y empezamos a bajar por otro, la sirena deja de chillar. Se hace el silencio. Solo oigo la sangre circulando por mis oídos y el rápido latir de mi corazón.

Una serie de fuertes pitidos electrónicos suenan repentinamente en cada enclave. Desde el borde superior de cada unidad, una ventana de vidrio comienza a descender. Los enclaves están a punto de ser sellados.

—¡Vamos! —grita Sissy, tirando de mí por los brazos.

Las ventanas de vidrio siguen descendiendo, con una lentitud que parece casi una burla.

Entonces Sissy me agarra por el cuello y me empuja a un enclave de la última fila. Está vacío. Pero reacciono antes de entrar. Girando y cayendo al suelo sobre mi espalda, la lanzo sobre mí. Se va volando hacia el enclave con un grito de sorpresa. Su mano sale disparada, me agarra de la muñeca.

—¡Entra!, —grita.

—¡No! —respondo, tratando de alejarme de ella aunque su presa es fuerte como una trampa de acero—. ¡Solo uno por enclave!

—¡No importa! ¡Entra!

Le doy una patada en el antebrazo con la suficiente fuerza como para romperle la muñeca. Oigo un grito de dolor; entonces su sujeción se afloja lo suficiente. Me caigo hacia atrás ante la inesperada liberación, y ruedo por el pasillo. Mi espalda choca contra el cristal de la pared adyacente y siento que rechina contra mi espalda a medida que desciende.

Me doy la vuelta. Con apenas un segundo extra, me lanzo bajo el descendente cristal. Apenas soy capaz de deslizar mi cuerpo a través de la estrecha abertura antes de que se selle completamente. Me doy la vuelta, esperando sentir una patada o un puñetazo. Pero para mi sorpresa, está vacío. Atrapado en su interior, mi pecho sube y baja con el agotamiento, mi aliento se condensa en el cristal. Como si tuvieran voluntad propia, mis brazos y piernas se agitan contra los costados y la parte posterior del enclave, golpeando con un sonido hueco el metal; la adrenalina sigue corriendo a través de mi sistema. El techo se cierne sobre mi cabeza, como la tapa de un ataúd. Demasiado estrecho, demasiado cerca, demasiado sofocante.

Al otro lado del pasillo, Sissy me mira con la cabeza torcida hacia un lado, respirando con dificultad. Levanta el brazo y presiona su mano contra el vidrio, haciendo que la palma pierda su color. Yo hago lo mismo. Por un momento, nuestros ojos se miran fijamente. *Lo logramos, lo logramos.*

Y entonces las luces se apagan, y todo se vuelve oscuro y negro.

VIENEN UNA HORA más tarde, como fantasmas grises deslizándose en el océano de la oscuridad. La luz mercurial que arrojan sus linternas les proporciona una visión inmejorable. La docena aproximada de crepusculares se detiene ante cada enclave, iluminando con sus linternas al ocupante antes de seguir adelante.

Date la vuelta.

Déjanos ver tu cara.

Cuando llegan al enclave de Sissy y se aproximan para mirar dentro, cobran vida. Veo la repentina inyección de energía en sus contornos, una emoción renacida. Incluso tras la pared de vidrio puedo escuchar el crujido de sus cuellos. A juzgar por sus suntuosos uniformes profusamente decorados, estos hombres deben pertenecer a los rangos más elevados del Palacio.

Luego se dan la vuelta, caminan hacia mi enclave. Sus rostros son orbes de enfermiza palidez.

Date la vuelta.

Déjanos ver tu cara.

Las uñas tamborilean sobre el vidrio, con insistencia. *Tap tap tap.* A regañadientes levanto mi cabeza hacia ellos.

Me miran fijamente sin hablar, y el reconocimiento aflora en sus ojos. Porque yo sé lo que soy para ellos: el muchacho heper que vivió toda su vida entre ellos, que se ocultó ante sus ojos y se hizo pasar sin pudor por uno de los suyos durante casi dos décadas. El mismo que luego escapó delante de sus narices durante la Caza Heper.

Una cara flota desde la oscuridad hasta que casi presiona el vidrio. Es el Gobernante. Es más bajo y de menor tamaño que su cuidada imagen pública. La saliva gotea de las comisuras de su boca, dos líneas gemelas que convergen en su barbilla antes de precipitarse como un pegajoso y espeso líquido. Su lengua serpentea y lame su delgado labio inferior.

Surge otra cara. Un hombre. Lo he visto antes. No hace mucho, de hecho, pero no puedo ubicarlo. Es alto y fornido, con hombros tan anchos como una montaña, tan diferente de los otros observadores con sus uniformes demasiado grandes y sus brazos delgados como palos. Sus ojos me miran fijamente, rodeados por un par de anteojos redondos sin montura.

El Gobernante le susurra a su comitiva. Un segundo más tarde, se alejan como uno solo. Aparentemente, ya no tienen necesidad de inspeccionar otros enclaves. Han encontrado lo que estaban buscando.

Miro fijamente hacia el otro lado del corredor, tratando de localizar a Sissy en la oscuridad. No veo nada.

—¡Sissy! ¿Puedes oírme? —presiono mi oreja contra el vidrio.

Oigo su apagada y lejana respuesta, pero no puedo entender una sola palabra. Le grito, pero su contestación llega de nuevo amortiguada. Momentáneamente ambos nos rendimos, resignándonos a nuestro aislamiento.

Tres minutos después me sobresalto golpeándome la cabeza contra el techo del enclave. Recuerdo al hombre de anchos hombros. Me lo encontré en el Instituto Heper hace solo unas semanas, la noche anterior al comienzo de la Caza. Durante la gala. El hombre me había arrinconado en un baño vacío del Instituto. Me había hecho preguntas sobre la Caza Heper y algunas recomendaciones extrañas al respecto, y yo lo había despedido como a cualquier *paparazzi* aficionado. Pero entonces me dijo, y recuerdo sus palabras exactas, algo extraño al salir: *las cosas no son lo que parecen*.

Una sensación de temor envuelta en un ataúd de metal y en lo más profundo de la tierra oscura, me traspasa. ¿Qué hace ese hombre aquí? ¿Quién es?

Las cosas no son lo que parecen.

Y de repente recuerdo algo más que había pronunciado al salir del baño, palabras dichas con una ligereza casi frívola pero que ahora resuenan en las paredes del enclave metálico. Palabras crípticas sobre Ashley June.

Tienes que tener cuidado. Ella no es quien tú crees que es.

ASHLEY JUNE

ASHLEY JUNE SAQUEÓ el pueblo durante toda la noche. La primera hora fue puro delirio: una completa destrucción a través de calles llenas de hepers, un desenfrenado frenesí de cacería con cientos de otros crepusculares. Los hepers, casi todos chicas, trataron de huir, pero sus pasos eran pesadamente lentos y desgarrados. Los crepusculares los atrapaban con tanta facilidad como recogerían dientes de león en un campo. Algunas muchachas trataron de esconderse inútilmente debajo de las camas y dentro de los armarios. Se las comieron justo donde se escondieron en una explosión de astillas de madera. Durante horas, el chasquido de las mandíbulas y el crujido de los dientes resonaron en el cielo nocturno. Después, cuando ya no quedaban más para comer, lamieron las salpicaduras de sangre que manchaban las paredes, los suelos de madera y los senderos de adoquines.

Pasaron la lengua por el pueblo como una manada de lobos hambrientos lamiendo un hueso limpio.

Sin embargo, la noche no estuvo exenta de decepciones. Un gran número de hepers se deslizó entre sus garras, escapando en un tren. Más de una docena de crepusculares persiguieron al tren que se alejaba, atravesaron la estrechez del puente, y lograron aferrarse a los asideros de los vagones. Los más inteligentes dieron media vuelta, y se dirigieron a la aldea. Sabían que estaba aumentando su velocidad y que, en cualquier caso, los hepers resultarían inalcanzables detrás de las impenetrables barras de acero. Había más en el pueblo, maduros para la cosecha.

Después de saciado el hambre y que sus lenguas se relamieran con los labios manchados de sangre, muchos dormitaban boca abajo en las farolas y en los tejados. Otros se dirigían hacia el muro de la fortificación, bebiendo de botellas de whisky descubiertas en el comedor, donde las angostas aspilleras servían de lugares de descanso casi perfectos, como si fueran hechas a medida. Miraron fijamente al cielo nocturno, y sus cuerpos hinchados y abultados se estremecieron de satisfacción. Sabían con certeza que, sin importar cuántos años les quedaran por vivir, habían experimentado el culmen de sus vidas. Nada podría superar esto. Tal vez por eso eran tan descuidados: ya no tenían una meta mayor por delante. Llenos y saciados, se adentraron en un sueño profundo y sin fondo, olvidando que estaban en el exterior, que estaban mirando hacia el este.

Pero Ashley June no durmió. Estaba obsesionada por su encuentro con Gene. Había esperado encontrarse con él en las montañas, pero a decir verdad ya había sospechado que estaba muerto. Una víctima en las manos y en los colmillos de un

cazador, o quizá del río Nede. Y sin embargo, allí estaba él, de pie en medio de una calle vacía en la plaza del pueblo. Como si fuera de mutuo acuerdo, una cita a medianoche.

Había sentido dos emociones. La más fuerte era la necesidad de protegerlo, ser su escudo, abrazarlo. A pesar de que se acercó con lentitud, sus pulmones querían gritar. Después de la transformación, había esperado que sus sentimientos por él se apagaran. Pero retumbaron más profundos que nunca, amplificándose a lo largo de su mandíbula, clavícula y columna vertebral.

Pero también sintió algo más. Quería devorarlo. Saborear la carne en su lengua, llenarse con el calor de su sangre, su cuerpo despedazado y digerido, en perfecta comunión con el suyo, fusionado con sus músculos, huesos, ojos y cabello, moléculas y átomos. Sentirse completa al pasar a través de ella y, por medio de la muerte, formar parte de su propio ser.

El conflicto inherente entre estos dos sentimientos la abrumaba, deteniendo sus impulsos, hasta que la recorrió un tercer sentimiento, desmantelándolo todo. Los celos. Vio a la chica de pie junto a Gene y notó con demasiada facilidad el vínculo natural e íntimo que los unía. Los celos se apoderaron de Ashley June empujándola a actuar. Encontró un objetivo y no era Gene.

Ashley June absorbió la sangre de la chica. Virginal, caliente y pura, descendía por su garganta como la lava. Por un breve momento se olvidó de Gene. Pero solo por unos segundos. Otro cazador se había adelantado, tenía su mirada fija en él. Un impulso protector se apoderó de ella, que rápidamente se libró del intruso. Pero entonces Gene se había ido. Lo persiguió mientras huía por los prados, hacia la estación de tren. Corrió no para cazarlo sino para protegerlo. Avanzó hasta el frente de la manada, golpeando el costado de muchos cazadores y provocando su caída. Pero eran demasiados y pronto se sintió abrumada.

Pero Gene se escapó. Lo vio agachado dentro del tren mientras la distancia aumentaba entre ellos. Entonces el tren cruzó el puente, ganando velocidad. Pero ya no importaba. Observó las vías que desaparecían en los pliegues de la montaña. Las llevarían hasta él. Lo encontraría de nuevo.

Esta determinación le infundió vigor, haciendo imposible conciliar el sueño. Mientras todos los demás, después de que cada heper hubo sido devorado, cada salpicadura de sangre lamida, cada hueso masticado y chupado, caían en un sueño reposado, ella vagó por las calles, los edificios, el muro de la fortificación. La noche era solo de ella. Era un punto pálido y solitario moviéndose bajo un dosel de mil millones de estrellas.

Las estrellas. Recordó la noche (no había pasado mucho tiempo, pero parecía muy lejana) cuando era a ella a quien cogía de las manos, la piel de sus palmas en contacto. Yacían juntos (una extraña postura del cuerpo le parece ahora) en la

azotea del Instituto Heper bajo una miríada de brillantes puntos celestiales, indiferentes al intenso brillo de la luna. Los apagados sonidos de la Gala se elevaban en la noche inofensivos debajo ellos. Gene le había susurrado algo, y un extraño inicio de risa escapó de sus labios mientras se rascaba las muñecas.

Gene era así de descuidado, menos disciplinado que ella. ¿O era porque su esencia heper era más natural que la suya, una fuerza vital que solo podía ser dominada con vigilancia y disciplina? De cualquier manera, fue ella quien se doblegó primero, y ese hecho aún la sorprendía.

Durante las horas de la noche, vagaba sola por las calles del pueblo. Sin rumbo, hasta que captó un olor. Apenas percibido, pero que la paralizó.

Olía a Gene.

No exactamente. Incluso con el olor tan tenue supo de inmediato que era ligeramente distinta. Como la forma en la que el aroma de los miembros de la familia podría ser tan similar pero ligeramente diferente entre ellos. Entre hermanos. Madres e hijas. Padres e hijos.

Siguió el escaso rastro, perdiéndolo cuando sopló una brisa. Esperó, era paciente y tenía tiempo. Cuando la brisa se calmó, encontró el olor de nuevo. Como el más frágil zarcillo la llevó lejos del centro de la aldea hacia una construcción marginal aislada en el borde del bosque. El edificio se asemejaba a un bloque de hormigón por su falta de ventanas y estética. Se detuvo ante la puerta cerrada, olfateando. La puerta, como el propio edificio, se había librado de la violencia. Ni un solo heper se había refugiado en este aislado edificio durante la noche, por lo que ningún crepuscular había saqueado y reducido a cenizas su interior.

Era un laboratorio. El olor casi de Gene era más intenso dentro tras meses acumulándose allí. Los que habían estado dejaron de utilizar los tubos de ensayo y los viales, los matraces y las gafas protectoras, la mesa de trabajo, los taburetes y la hamaca de la esquina. Cerró los ojos concentrándose, sus fosas nasales dilatadas. Ese olor distintivo tenía el tipo de aspereza de alguien emparentado con Gene, mayor, hombre. ¿El padre, tal vez?

Desde que cambió, sus sentidos olfativos mejorados nunca dejaron de asombrarla; pero estaba a punto de maravillarse todavía más. Porque este olor recuperó al momento un recuerdo lejano. Lo había percibido hacía mucho tiempo, cuando era solo una niña, cuando era heper, cuando ni siquiera era consciente de apreciarlo, y mucho menos de almacenarlo en su memoria. El olor había penetrado en las profundidades inaccesibles de su cerebro y solo ahora, con su potenciado sentido del olfato, lo recordaba.

El olor similar al de Gene era el mismo del médico.

El médico que había llevado a cabo esa horrible intervención quirúrgica hacía diez años. Su cuerpo se puso en tensión al recordarlo.

Se alejó de los bancos de trabajo y caminó sin prisas hacia la parte trasera del laboratorio. En el rincón más alejado, ese olor se desvaneció y estaba a punto de darse la vuelta cuando percibió algo que le llamó la atención. En realidad, no era que el olor por sí mismo fuera inusual, era el mismo olor distintivo, sino su ubicación. Venía del suelo. Olfateó. No, procedía de debajo del suelo.

Inclinó la cabeza y miró hacia abajo.

Un segundo después, estaba introduciendo su brazo entre las tablas del suelo. Sus dedos tocaron la parte metálica superior de un pequeño arcón. Arrancó unas cuantas tablas más y lo levantó.

Abrió la tapa. Había montones de papeles en su interior. Papeles antiguos, mohosos, amarillentos y desgastados por los bordes, se remontaban a una época anterior, no de décadas sino de siglos.

No fue el contenido de estos documentos lo que inmediatamente atrajo su atención dado que el antiguo tipo de letra era totalmente indescifrable. En cambio, sus ojos se iluminaron con el emblema de la luna creciente en la esquina superior de cada hoja:



También había otros papeles, modernos y legibles, y de una relativa actualidad, cubiertos por el aroma casi de Gene. Los hojeó, mirando las notas escritas a mano. Aparentemente eran transcripciones de los documentos antiguos. Al principio leyó apresuradamente, pensando que habría poco que pudiera ser de su interés. Pero pronto estaba estudiando cada frase, asimilando cada palabra. Asombrándose ante la verdad que revelaban. Media hora más tarde, ya había leído lo suficiente para entender. Para saberlo todo.

Sacó de su bolsillo una hoja de papel, una carta arrugada. La había estado llevando durante muchas noches desde que la encontró en el Foso, y ahora la colocó junto a las notas escritas a mano. Era la misma letra.

No sintió nada salvo una profunda sensación de pena por Gene.

Miró hacia el exterior a través de la puerta abierta. La oscuridad de la noche se estaba tornando gris, como ya lo había hecho millones de veces antes. Pero fue como si el mundo, todo el universo, hubiera cambiado irremediabilmente.

El amanecer sorprendió a todos. La luz se esparció por las calles, traspasando las paredes como un torrente de ácido. Muchos nunca se despertaron; sus cuerpos ebrios se derritieron en un parpadeo y su carne licuada goteó entre las piedras del

muro de la fortaleza y en la hierba cubierta de rocío de los prados. Otros se despertaron gritando y se precipitaron a las casas de campo cercanas, buscando un refugio que iba a ser, como el resto de sus vidas, de corta duración. En cuestión de minutos, la luz cada vez más fuerte del sol se deslizó en el interior de las casas a través de ventanas, puertas destrozadas y rendijas de las paredes. Fue una lenta y agónica desintegración de los que estaban dentro, y pronto algunos prefirieron la muerte más rápida de la exposición total a la luz del sol. Salieron con rapidez hacia el violento ataque de los rayos del sol, lanzándose por las calles y corriendo por los prados, tan lejos y tan rápido como sus piernas en proceso de desintegración podían todavía llevarlos. Aquellos que no se habían disuelto para cuando llegaron al saliente del risco se lanzaron sin vacilar al barranco y no se les vio más.

Solo Ashley June, cómodamente a salvo en la oscuridad del laboratorio, sobrevivió. Cuando finalmente llegó el crepúsculo, abrió la puerta del laboratorio herméticamente sellada y salió. Encontró la aldea desierta, las calles salpicadas de manchas amarillentas y crujientes, como vómito horneado en el suelo. No se detuvo a hacer genuflexiones ni a llorar, ni siquiera dio un paso alrededor de los crujientes charcos. Caminó a través de ellos, las plantas de sus pies pisando la textura pegajosa y ligeramente crujiente de lo que una vez fueron dientes, ojos, piel y huesos.

Estaba cruzando el puente cuando se detuvo. Las vías del tren serían sin duda el camino más directo hacia el destino de Gene, pero también el más arriesgado. Al principio, la vegetación de la montaña le habría ofrecido un alivio temporal del sol, pero una vez que el terreno se nivelara y los raíles atravesaran la inmensidad del árido desierto de las Vastas, habría quedado completa y fatalmente expuesta.

No, ella usaría una ruta diferente. Porque ya había averiguado el destino del tren. Tenía que ser el Palacio del Gobernante. Durante mucho tiempo había circulado el rumor de que existía una reserva oculta de hepers guardada en corrales subterráneos, un rumor ahora corroborado por lo que había leído en el laboratorio. Se dirigiría al Palacio siguiendo una ruta tortuosa pero más segura: volvería a las cuevas debajo de la montaña, luego retrocedería por el río Nede usando el camino por el que llegó. Varios de los barcos con cúpula de protección frente al sol estaban atracados en varios puntos a lo largo del río por problemas mecánicos, y si hacía bien los cálculos, podría correr por la noche y encontrar refugio en esos barcos durante el día. Moviéndose así, como una piedra que rebota en la superficie líquida de un río, habría logrado regresar a la metrópoli. De allí, al Palacio.

Hacia Gene.

Dondequiera que él estuviera, ella viajaría hasta allí. No importaba cuán lejos, cuántas millas, soles y días se interpusieran en su camino, lo encontraría y si no podía ir a él, de alguna manera lo atraería hacia ella. Porque tenía algo que decirle: una verdad que era a la vez una maldición y un milagro, la verdad de las lunas carmesí.

EL MIEDO SE extiende fuera de cada enclave, espesándose en los pasillos de las catacumbas. Matthew nos contó que siempre se llevan a alguien después de sonar las sirenas, y puedo notar la tensión en todos nosotros. Una pausa aterradora, como si todos estuvieran conteniendo la respiración en sus caldeados y oscuros enclaves. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que se lleven a uno de nosotros? ¿Minutos? ¿Horas?

El tiempo pasa inadvertido, intangible, ignorado. Parecen horas pero podrían ser apenas minutos o días enteros.

Una luz alumbra de repente desde el otro lado del pasillo. Es brillante y se extiende adentrándose en mi espacio de oscuridad.

Viene del enclave de Sissy. *Solo* de su enclave.

Demasiado intensa. Solo veo una tormenta de luz blanca brillante y una forma oscura flotando en ella. Sissy atrapada en el interior se balancea, sus brazos se recortan a través de los rayos de luz.

Su enclave comienza a vibrar perceptiblemente. Poco a poco, mis ojos se están adaptando a la claridad. Sus extremidades, apoyadas contra las paredes, están temblando por el miedo y la tensión. El pánico se refleja en su rostro. Se da la vuelta sobre la espalda y extiende las piernas con potencia golpeando el vidrio con sus pies, cada vez con más fuerza. Pero no hace ni una abolladura, ni una grieta, ni siquiera un sonido.

Grita, pero su voz apagada es engullida por violentos chirridos metálicos. Y entonces su enclave empieza a cambiar de posición y a desplazarse. Sissy se desliza sobre la pared de cristal, las manos extendidas en contacto con ella, sus ojos se mueven frenéticamente de un punto a otro, tratando de ver.

Está intentando localizarme, necesita verme. Nuestros ojos se encuentran apenas un segundo.

El muro tras ella se abre, y todo su enclave comienza a replegarse hacia dentro. Al oscuro vacío situado detrás.

Grito su nombre. Me lanzo contra el cristal. No la dejaré marchar. No puedo dejarla ir. He terminado con los abandonos. Nunca le haré a otro lo que le hice a Ashley June. Mientras respire, nunca abandonaré a Sissy. Nunca.

Comienza a golpear el vidrio una y otra vez, pero el efecto es vano y carente de sonido. Se ve arrastrada hacia la oscuridad detrás del muro, haciéndose cada vez más pequeña, hasta que queda tan oculta que puedo ver los rieles ahora expuestos situados bajo el enclave que se aleja. Nuestros ojos se encuentran por última vez, y trato de mirarla para confortarla. Luego, la pared del fondo desciende a su lugar y se va, como si se la hubiera tragado entera. Donde había estado su enclave hacía solo unos

momentos solo queda un hueco vacío. Cesan las débiles vibraciones en las paredes, el sonido metálico se detiene, y todo lo que puedo oír es su nombre gritado una y otra vez. Solo después de un minuto me doy cuenta de que soy yo quien está gritando, las sílabas de su nombre cortando e irritando mi garganta.

HORAS DESPUÉS, ES mi turno. De improviso, el enclave es inundado con una luz blanca cegadora. Las paredes que me rodean, revestidas de metal, se vuelven más cálidas a medida que el enclave comienza a vibrar suavemente como si cobrara vida. Nada de esto es una sorpresa. Me quedo quieto, con los ojos cerrados y el corazón acelerado, sin resistirme ni intentar escapar. Tratando de mantener la calma.

De hecho, esto es lo que quiero. Lo que he estado esperando desde que se llevaron a Sissy. Solo hubiera deseado que sucediera hace unas horas y podría haberme reunido con ella antes dondequiera que se la llevaran. Incluso a la cocina del Palacio.

Algo se engancha bajo el enclave y después toda la estructura, similar a un ataúd, comienza a sacudirse, traqueteando ligeramente como si estuviera sobre una cinta transportadora. Mi respiración se acelera a pesar de estar decidido a mantener la calma. Mantengo los ojos bien abiertos. Estoy siendo arrastrado hacia el interior del muro, ahora lo traspaso, engullido en un extenso y abierto vacío de oscuridad. Respiro con brusquedad mientras se forma un nudo en mi estómago.

El miedo, hasta ahora aplacado, comienza a descontrolarse. Golpeo los lados del enclave, pero sus paredes siguen siendo tan sólidas como siempre. El hueco en el muro a través del cual me acaban de arrastrar se reduce a una hendidura. Se cierra, aislándome en un universo completamente diferente.

El enclave se sacude con subidas y bajadas, y durante unos angustiosos segundos me encuentro del revés. Luego soy impulsado hacia el fondo, girando vertiginosamente a medida que se desliza a través de la oscuridad mientras soy aporreado de lado a lado, desorientado en la oscuridad. Ahora sé con certeza lo que he estado tratando de negar. Ya no tengo el control. Estoy a su merced. Un grito desgarrar mi garganta.

EL ENCLAVE AVANZA con lentitud hasta detenerse y durante varios minutos no acontece nada. Sobre mí se forma poco después una rendija en la negrura reinante, un delgado resquicio de luz grisácea. No es brillante, pero mis ojos, demasiado tiempo sumidos en la oscuridad, parpadean por la sorpresa. Poco después, repentinamente, soy izado hacia la cada vez más ancha línea de claridad.

Me inunda una luz plateada y a pesar del pinchazo agudo de dolor me obligo a abrir los párpados. Formas oscuras de largos y delgados miembros se ciernen sobre mí. Sus cabezas ovoides casi se tocan cuando miran con detenimiento. No hablan, solo me clavan sus ojos. Capto mi propio reflejo en las gafas que ocultan sus rostros. Parezco tan pequeño, tan asustado. Sus gafas se deslizan sobre mí como nubes oscuras borrando el reflejo de mi imagen.

Un siseo y, en ese momento, el vidrio comienza a retirarse. En el enclave entra aire fresco, claramente limpio que llena mis pulmones y despeja mi cabeza. Me estremezco.

Palabras susurradas, contenidas y distantes. Luego me tocan. Empujan a un lado mis brazos presionando sus manos contra mi pecho, sus dedos hundiéndose entre mis costillas. Después me sacan del enclave. El aire frío golpea mi piel provocándome escalofríos. Trato de ponerme en pie pero mis piernas parecen de gelatina y me derrumbo sobre el suelo de metal. De inmediato empiezo a arrastrarme alejándome de estos hombres, mis piernas tratando de avanzar sobre el resbaladizo suelo cubierto de baldosas.

No me detienen, ni dicen una palabra. Solo caminan a mi lado con sus pies moviéndose con perturbadora calma frente al frenético y lento arrastrar de mi cuerpo. Me golpeo contra la pared y me doy la vuelta. Los tres hombres, delgados y oscilando levemente como agitados por una brisa, me rodean. Su piel pálida brilla con el tono de la leche agria.

Las cortinas blancas del cubículo cuelgan de unos rieles sujetos al techo, separándonos de lo que se encuentre al otro lado. Me revuelvo hasta quedarme sentado. En la esquina más alejada permanece de pie alguien alto, de anchos hombros, con la cara borrosa.

—No tengas miedo, —dice el hombre que está frente a mí—. Frío, distante, indiferente.

—No queremos hacerte daño.

—Ahora estás a salvo, —dice el tercer hombre—. Su delgado labio superior se desliza hacia arriba mostrando una fila de dientes y dejando al descubierto un par de incisivos afilados.

Como un resorte me pongo de pie, golpeando con mi puño su suave y afeminada mejilla. El hombre se desploma en el suelo, ofreciendo tanta resistencia como un narciso. Pero los otros dos están en un instante sobre mí, compensando con su velocidad su falta de fuerza.

Uno de ellos sostiene una hipodérmica.

La golpeo con la mano y se hace añicos con su contenido, un fluido verde oscuro que salpica la pared. Necesito escapar separando las cortinas, pero antes de que pueda poner mis piernas en movimiento siento un agudo pinchazo en un lado de mi cuello. Agarro al hombre más próximo por el codo y lo empujo contra la pared. Sus gafas oscuras impactan contra ella, se rompen en dos y caen al suelo.

Siento algo que cuelga de mi cuello. Lo alcanzo y lo saco. Otra hipodérmica, el émbolo totalmente presionado, una gota verde oscura cuelga de la punta de la aguja. El hombre se revuelve, tratando de escapar.

—¿Dónde está Sissy? —grito empujándolo contra la pared y manteniendo sus colmillos lejos de mí—. ¡La chica! ¿Qué habéis hecho con ella?

Con la cara aplastada contra la pared, el hombre sacude enérgicamente la cabeza de un lado a otro, tartamudeando.

—¡Llévame con ella! —grito, y mis palabras se arrastran y se tornan espesas.

El hombre comienza a darse la vuelta. Ha recuperado las fuerzas, sus brazos pueden ahora romper mi dominio. Me siento mareado. Se libera de mi control y se enfrenta a mí. La habitación se ladea, inclinándose en un ángulo pronunciado. Mis piernas se tambalean aquejadas de una repentina debilidad. Con una mirada maliciosa me empuja, haciéndome tropezar y perder casi por completo el equilibrio. Mi visión se nubla. No se ha hecho más fuerte; me he vuelto yo más débil. Lo que sea que me haya inyectado está surtiendo efecto con eficacia y rapidez.

Entonces unas manos me sujetan por detrás.

—No te resistas. —Esta voz es masculina, autoritaria.

Su presa sobre mis hombros es fuerte y sólida. Me giro y me doy cuenta de que es el hombre que hace un momento estaba de pie en la esquina. Me fallan las piernas y empiezo a caer. Me sostiene y me deposita en el suelo.

—No somos ellos. No te resistas. No somos ellos. —Pronuncia estas palabras en voz baja, con ternura.

—¿Padre? —farfullo.

Pero no es así. Es el hombre corpulento que había visto en las catacumbas hace una hora, el que me había hablado en el baño unas semanas atrás. Tiene la misma apariencia que en el Instituto Heper, incluso con el mismo par curvi de gafas, salvo que ahora no está vestido con un esmoquin ajustado sino con el regio atuendo de los más altos cargos.

—No tengas miedo, —dice suavemente—. Nada es lo que parece.

Y luego me desvanezco.

—¡GENE!

Proyecto mi consciencia hacia arriba, tratando de atravesar la bóveda de oscuridad del sedante. La habitación se inclina y gira un segundo antes de que todo se detenga.

Estoy en el mismo cubículo. Reconozco las cortinas e incluso noto la débil mancha verde en la pared sobre la que antes se había roto la hipodérmica. Estoy en una cama. Mis tobillos y muñecas esposados a las barras metálicas laterales de la misma. Cuánto tiempo ha pasado es imposible decirlo.

—¡Gene, despierta! —Es Sissy, a mi lado.

Las limitaciones me impiden sentarme totalmente. El catre de Sissy está situado contra el mío, en un ángulo agudo, las esquinas de las cabeceras tocándose. Sus dedos tratan de alcanzar los míos a través de las barras de la barandilla. Muevo mi mano hasta que mis dedos se entrelazan con los suyos.

Es en ese momento cuando me doy cuenta. En los pliegues de nuestros brazos están insertados unos finos tubos de plástico. Conducen a las bolsas de transfusión que cuelgan a cada lado de nuestras camas. Están llenos de sangre. Nuestra sangre.

—¿Cómo has...?

—Estos catres tienen ruedas. Yo estaba al otro lado de esa cortina en otro área también dividida por cortinas. Me llevó algún tiempo, pero fui capaz de moverlo. Pulgada a pulgada.

Perlas de sudor salpican su pálida cara. Parece exhausta.

—Están drenando nuestra sangre. Tenemos que quitarnos estos tubos.

Sacude la cabeza.

—Lo intenté antes pero se activa una alarma y llegan furiosos en pocos minutos. No lo hagas, todavía no. Tenemos que hablar.

—¿Estás bien?

Sus dedos aprietan los míos con más fuerza.

—Creo que sí. ¿Piensas que David y Epap están bien?

—Están bien, —contesto, aunque realmente no lo sé. Trato de levantar la cabeza, pero la noto abotargada y pesada—. ¿Quiénes eran esos hombres?

—Son humanos, es obvio. Si no, ya nos habrían devorado. Una gota de sudor se desliza por su rostro. Quiere limpiarla pero no puede; sus grilletes producen un fuerte sonido contra la barandilla.

—Lo saben todo sobre nosotros, Gene. Saben que somos el Origen y van a seguir sacándonos sangre por quién sabe cuánto tiempo.

—¿Cuántos son?

—Creo que solo son cuatro. Se llaman a sí mismos los Iniciadores. Han estado trabajando aquí de modo clandestino durante años. Uno de ellos, el líder, es de un rango bastante elevado, creo yo.

—Necesitamos razonar con ellos, Sissy. Si realmente son como nosotros, tenemos que decirles que podemos escapar de aquí. Nosotros, los niños de las catacumbas, y ellos, los Iniciadores. Podemos tomar el tren de regreso a la Misión y luego dirigirnos al este desde allí.

Sacude la cabeza.

—¿Qué crees que he estado tratando de hacer durante horas? Pero no me han escuchado.

—¿Por qué no? ¿Les dijiste...?

—Les conté *todo*, Gene. Cada detalle, no omití nada. Hablé de tu padre, de sus instrucciones, de los ala delta, del río Nede; de todo. Solo asintieron con la cabeza y me observaron con la mirada vacía. Y continuaron extrayendo la sangre. Cuando levanté la voz y opuse resistencia, me pusieron otra inyección.

Tiro de mis cadenas pero las noto, en mi estado, incluso más sólidas que antes.

—Tienes que saber algo, Gene. —Se vuelve hacia mí—. Cuando les relataba todo lo que había pasado, la historia de los crepusculares, había algunas cosas que no tenían sentido.

—¿Como qué?

Su boca se tensa con la frustración.

—No lo sé. Si no estuviera en todo momento tan cansada y hambrienta, si no me arrojaran a entornos cada vez más extraños antes de que pudiera reflexionar, tal vez podría entenderlo. Pero mi cabeza me da vueltas, Gene. No puedo ordenar mis pensamientos ni por un minuto.

El recelo de Sissy aumenta el mío. Preguntas parecidas me habían tenido preocupado también en el tren cuando estábamos huyendo de la Misión.

—¿Qué crees que está pasando aquí?

Ella hace una pausa.

—No lo sé. —Sus ojos se centran en los míos—. Pero no voy a quedarme simplemente aquí acostada mientras David y Epap siguen en las catacumbas. Se gira hacia su costado y con los dientes arranca el tubo de un brazo y luego del otro.

Dos Iniciadores se nos echan encima en menos de un minuto. Sin mediar palabra se precipitan sobre el costado de Sissy, intentan volver a colocarle las agujas en los brazos.

—Deja de mover los brazos, —dice uno de ellos con voz severa y fría—. Tratan de inmovilizarla pero incluso retenida, es capaz de escapar del agarre de sus largos y delgados brazos.

Los hombres la miran, inexpresivos. Uno de ellos va hacia un teléfono situado en pared.

—Te necesitamos, —dice. Luego cuelga.

Se reúne con el otro y ambos permanecen con aire de gravedad a los pies de nuestras camas, esperando en silencio.

Un minuto después, escuchamos que la puerta se abre y vuelve a cerrarse. Reconozco al instante al hombre de anchos hombros cuando accede apartando las cortinas. No parece particularmente molesto o apurado, si con un mayor desconcierto y pesar. Desde entonces se ha puesto una levita de terciopelo decorada con la pompa del Palacio y a juzgar por el número de divisas e insignias, Sissy tiene razón. Está muy bien posicionado.

—¿Qué pasa? —comienza a preguntar, y es cuando ve los tubos de transfusión arrancados—. Oh. Oh, ya veo. Se acaricia la ceja izquierda con el pulgar derecho, una, dos veces.

—Obviamente, —dice—, ahora te das cuenta de que somos tus amigos. Estamos del mismo lado.

Tiro de los grilletos, haciéndolos sonar ruidosamente.

—Tienes una valoración bastante pobre de la amistad.

Los hombres se rascan las muñecas.

—Este tiene sentido del humor, —dice uno de ellos, carente de entonación ni expresividad.

—¿Dónde están David y Epap? —exige saber Sissy.

El alto cargo ignora la pregunta y pone su mano en mi canilla. Trato de alejarme, pero las esposas me impiden el movimiento. Me acaricia la pierna con su palma exageradamente suave y fría al tacto. Como de frío plástico.

—Has vivido entre ellos durante diecisiete años y sin embargo con cuanta rapidez recuperas tu aspecto de heper. Te has dejado crecer el pelo de las piernas. Pelo corto y erizado por todas partes, —susurra con evidente desprecio—. En tus brazos, bajo las axilas, incluso un comienzo de barba en tu cara.

Los demás, interesados y asqueados a partes iguales, también tocan mi pierna con las puntas de los dedos, palpando, frotando el nacimiento del vello corto de la pierna, descendiendo con sus dedos hasta el tobillo.

—Dejad de tocarme.

Sus dedos se detienen. Miran a su líder que asiente con la cabeza, y retiran sus manos mientras me observa durante bastante tiempo.

—¿Recuerdas la primera vez que hablamos?, —me dice—. ¿Hace tiempo en el Instituto Heper, en el baño? —Sus manos se mueven hacia la bolsa de sangre a un lado de mi cama y la sella hábilmente, con cuidado de no derramar una gota, y se la da llena a uno de los hombres—. Era la víspera de la Caza Heper. Estaba, si haces memoria, dándote un consejo inapreciable. Para dejar que la Caza Heper siga su curso, emplea los FLUNS sobre los otros cazadores. Pero eras demasiado listo para lo que te conviene, ¿verdad? —Se ríe con nerviosismo—. Eso hubiera hecho las cosas *mucho* más fáciles.

Se acerca a la cama de Sissy y revisa su bolsa.

—Y sin embargo, a pesar de todo, aquí estáis. Los dos. Ambas mitades del Origen, escondidos de forma segura en el Palacio. Ese es solo un ejemplo del genio de tu padre. Incluso cuando las cosas se desmoronan, de algún modo, al final todo termina funcionando.

Con la mención de mi padre, todo en la habitación parece detenerse. Todo excepto mi corazón, latiendo más fuerte y rápido.

—Él fue el cerebro detrás de todo esto, —sabes—. Nuestro líder. —El hombre me mira, se rasca la muñeca.

—Puedo ver por tu cara indecorosamente legible que no me crees. Bueno, no me sorprende. Pensabas que tu padre era solo un conserje. Pero era bastante más. Obviamente, tenía que mantenerte en la ignorancia preocupado por tu seguridad.

Miro al suelo. Sospechaba de los deseos ocultos dentro del corazón de mi padre, pero nunca tuve la certeza. No es la primera vez que en el transcurso de las últimas semanas me pregunto si alguna vez lo conocí de verdad.

—Háblame de él, —susurro. Dime todo lo que sabes.

Me estudia con una inquietante concentración. Ve la urgencia en mis ojos, siente mi necesidad de saber, y prolonga el silencio. Es evidente, está disfrutando esto.

—Hay mucho que saber y tendremos tiempo suficiente. Más tarde...

—No, —respondo. Ahora.

El hombre me mira fijamente de nuevo, se rasca profundamente la muñeca.

—Muy bien. Para demostrarte que realmente estamos del mismo lado, que somos compañeros de armas, te diré lo que quieres saber, en pequeñas dosis de momento. —Coloca la mano en la barandilla de la cama—. Tu padre y yo crecimos juntos, allá arriba en las montañas. La Misión era nuestro hogar, el único hogar que habíamos conocido.

Sus ojos recorren mi cara.

—Te pareces tanto a él cuando era más joven. Tienes la misma mirada pensativa y reflexiva, pero dudo que seas casi tan inteligente. El chico era un genio. Mientras el resto de nosotros jugábamos por las montañas, él prefería sus libros de texto. Estudiaba constantemente hasta altas horas de la madrugada. Cuando tenía tal vez tu edad, llegó a creer que era posible curar a los crepusculares.

—El Origen, —menciono.

Asiente con la cabeza mientras se examina las uñas.

—Tras sortear un par importantes contratiempos y no pocos años de frustración, tu padre ya estaba preparado para liderar un equipo al interior de la metrópoli. Para recoger muestras de fluido crepuscular, galones, y traerlas de vuelta a la Misión. Crucial para sus investigaciones y experimentos. Era una operación peligrosa y no pensé que conseguiría ni un solo voluntario. Por el contrario, tuvo que rechazar a docenas. Tenía ese carisma entre la gente.

Asiento con la cabeza. Hasta ahora todo concuerda con lo que nos había dicho Krugman.

—¿Cuántos formaban el equipo? —pregunta Sissy.

—Unos treinta. Compuesto en su mayor parte por hombres jóvenes lo suficientemente duros, o temerarios, para una misión tan peligrosa. Las mujeres querían ir, por supuesto, pero era demasiado arriesgado para la mayoría de ellas. Se suponía que la operación iba a durar entre dos semanas y un mes, y el sangrado menstrual iba a ser un problema. Imagínate tener tu período en medio de una ciudad poblada por millones de ellos.

—Pero mi madre fue, —dije.

Asiente con la cabeza.

—Junto con otras cinco mujeres. Todas se encontraban en las primeras etapas del embarazo: de dos o quizá de tres meses. Esa era la única condición. Tenías que estar embarazada, pero no *demasiado*, si sabes a lo que me refiero.

—Mi madre, —susurro. Ella estaba embarazada de mí entonces.

Por primera vez sus ojos se suavizan.

—Lo estaba. Se habían casado recientemente, tu padre y ella, y él no quería que fuera. Pero ella insistió y... bueno, se salió con la suya.

—Y mi madre también, —dice Sissy—. ¿Era parte de este grupo?

Él asiente.

—¿Qué sucedió después? —le pregunta.

—La operación fue un completo desastre. ¡Éramos tan ingenuos e idealistas! No teníamos ni idea de los peligros. Todo se desmoronó con rapidez. Muchos de nosotros perecimos esa primera noche horrible. Los que sobrevivimos, nos agachamos temerosos de salir incluso de día. Esa primera semana, solo estuvimos buscando una forma de escapar de la metrópoli y volver a la Misión.

Su voz tiembla ligeramente, es el primer indicio de emoción en su tono. Agarra la barandilla con más fuerza y cuando vuelve a hablar, ya ha recuperado el control.

—Y quizá debiéramos haber escapado. Pero fue tu padre quien nos dio un motivo. Nos advirtió que huir de regreso a las montañas conduciría a los crepusculares directamente a la Misión. Que la historia nos juzgaría por un acto tan cobarde y egoísta.

El ambiente se pone tenso...

—Y luego nos pidió que creyéramos en él, en la causa. *No me quitéis los ojos de encima*, dijo. *Escuchadme*. ¡Qué ardor en sus ojos! Cómo nos impactaron sus palabras. Nos dijo que no había un propósito más elevado que sanar a los enfermos, purificar a los impuros. Que no había vocación más noble que la de salvar a los crepusculares. Con el mismo carisma y la misma pasión con la que nos convenció para abandonar la Misión en un primer momento, nos persuadió para quedarnos en la metrópoli. Y así lo hicimos... así lo hicimos. Nos incorporamos a la sociedad crepuscular y con el paso de los años nos convertimos en maestros de la integración. Y cada día que pasaba, cada mes, cada año, cada década, nos acercábamos más y más al descubrimiento de una cura.

—¿Qué hay de las mujeres? —pregunto, pensando en mi madre. Dijiste que estaban embarazadas cuando dejaron la Misión.

—Sobrevivieron a la primera oleada de ataques y los nacimientos tendrían lugar dentro de seis o siete meses, lo suficientemente lejos como para prepararse con anticipación, para crear un puesto médico de emergencia en el desierto. Después, las mujeres amamantaron a sus bebés durante tantos años como pudieron, tanto para alimentarlos como para evitar su propio sangrado menstrual. Y cuando sus senos se secaron, un año, dos, o incluso tres años después y el período volvió a ser un problema, se aseguraron de quedar embarazadas de nuevo con rapidez. Más tarde, pudimos desarrollar un procedimiento médico...

—Por eso teníamos hermanos, —exclamo horrorizado—. Por eso las mujeres seguían trayendo bebés a este lugar derrotado y abandonado. Fue solo para protegerse.

—¡Fue para protegerte!, —replica—. Porque si una madre hubiera sido descubierta, esto la habría llevado rápidamente no solo a su muerte, sino a la de toda su familia.

Otro silencio, más pesado esta vez.

El hombre parpadea rápidamente, tan sorprendido por su arrebató como nosotros. Se toca la garganta con la punta de los dedos.

—Estábamos hablando de tu padre, —dice finalmente después de un momento con voz recobrada, deseoso de volver al tema—. Como decía, era nuestro líder. Conseguir su puesto como conserje en el Edificio del Dominio fue decisivo para la causa. Le dio a tu padre acceso a los laboratorios, al ordenador central, a los archivos altamente clasificados. Incluso lo colocó cerca de la muy secreta planta 59, aunque nunca pudo entrar en ella. Más tarde, manipuló el sistema e hizo que algunos de nosotros fuéramos transferidos al Palacio. Posar los ojos sobre el Gobernante y, en ocasiones, tener su oído. —Hincha el pecho y la insignia sobresale de su levita—. Ese sería mi papel. Primer consejero, en caso de que te lo preguntes.

Se detiene expectante, esperando que Sissy o yo le digamos algo. Se aclara la garganta.

—Y luego, por supuesto, el día del milagro. Tu padre descubrió algunos datos muy antiguos, escondidos en archivos olvidados de la computadora central. No estaba seguro de lo que estaba mirando, pero a partir de esas ecuaciones codificadas fue capaz de improvisar una fórmula para el Origen. Con el tiempo, convirtió la fórmula en un suero real. El proceso no era perfecto; de hecho, era extremadamente complicado. El Origen tuvo que ser separado en dos mitades e inyectado en dos portadores diferentes y solo después de que el período de incubación, que por cierto se desarrolló hace más de una década, hubo finalizado; podría ser reconstituido posteriormente mezclando la sangre de los dos portadores.

—Sissy y yo, —susurro. Somos los portadores.

Asiente con la cabeza.

—Pero algo sucedió, —dice Sissy—, antes de que finalizara el período de incubación. ¿Qué salió mal?

Exhala sin hacer ruido por la nariz, el aire en movimiento roza mi cara.

—Uno de nosotros se descuidó. Familias enteras fueron capturadas, encarceladas en el domo del Instituto Heper, incluyéndote a ti, —le dice a Sissy—. Justo entre nosotros.

Un destello de ira apenas contenida recorre su cuerpo.

—Los dos juntos erais un arma. Separados sois inútiles. Tú eras un arma sin una bala; ella una bala sin un arma. Y no había nada que pudiéramos hacer. Sencillamente no podríamos llevárnosla sin que se notara su ausencia. El domo estaba bajo vigilancia de video 24 horas al día, 7 días a la semana. Si ella desaparecía, ¡solo tendrían que poner las cintas de video, y lo verían todo! Se harían preguntas, se levantarían sospechas, se iniciarían investigaciones y el rastro los conduciría directamente a nosotros, los Iniciadores. Y desde allí, podría haberlos llevado hasta la propia Misión. No, el riesgo de llevársela no habría merecido la pena.

La habitación da vueltas. Es toda la sangre que me están drenando. Me está mareando, aturdiéndome.

—Me habéis extraído demasiada sangre.

Pero solo continúa hablando, sus palabras salen más rápido y menos precisas.

—Así que hicimos lo que teníamos que hacer, que era simplemente manteneros vivos hasta que finalizara el período de incubación. Tu padre te protegió, Gene, te entrenó. Te inculcó la necesidad de permanecer en la metrópoli, que huir a las Vastas nunca fuera una opción. Y tú, Sissy, estabas con otros adultos en el domo, así que estabas bien.

Puso sus ojos marrones y acuosos sobre ella.

—Pero en ese momento, claro... la Caza Heper de hace diez años. Nos cogió por sorpresa. Como bien sabes, todos los adultos del domo fueron cazados, asesinados; dejándote sola allí con un montón de bebés inútiles. Necesitabas ayuda y por eso tu padre te dejó, Gene. Fue a ella, al Instituto Heper.

—¿Por qué él? —mi voz, aunque fatigada, está teñida de ira—. ¿Por qué no fue otra persona? ¿Por qué no tú?

Se rasca la muñeca.

—Crees que es tan fácil, ¿no? Piensas que es una pequeña partida de ajedrez y puedes simplemente mover las piezas donde quieras y cuando quieras. Pero no es así en absoluto. Tu padre era el único que tenía los conocimientos apropiados para representar convincentemente el papel del científico.

Se detiene, hace una pausa, y se obliga a respirar más despacio.

—Además, sabía que te había preparado lo suficientemente bien para ese momento. Incluso aunque fueras un cero a la izquierda. Pero estaba preocupado por Sis. Pensó que podría no tener las habilidades necesarias para sobrevivir. Resultó que estaba equivocado, por supuesto. Era tan tenaz como tú, ¿verdad?

—¿Pero por qué tuvo que fingir su muerte? —le pregunto. ¿Por qué no me dices la razón por la que se fue?

—Porque si no lo hubieras creído muerto, habrías ido tras él. Me mira a los ojos y por primera vez detecto una chispa de calidez.

—¿No es eso verdad, Gene?

Mis ojos se cierran.

—Fue una decisión dolorosa, ¿de acuerdo? —dice el primer consejero—. Al principio tu padre estaba en contra. ¿Eso te hace sentir mejor? Solo cuando se dio cuenta de que no había otra opción, siguió adelante. Era la única manera de que su original idea funcionara.

—¿Qué idea original?

—Un plan para haceros desaparecer *sin que se levantaran sospechas*. Esa era la clave, la Caza de hepers lo era. Porque ahí fuera en las Vastas, durante la Caza, los hepers son devorados. Nadie está haciendo inventario o registrando los asesinatos. Es un baño de sangre. Si pudiéramos sacar a Sissy durante la Caza nadie habría notado su desaparición en lo más mínimo. Tampoco nadie cuestionaría tu desaparición, Gene. Todo el mundo sabe que la Caza es violenta, con cazadores que se vuelven unos contra otros y algunos que son abandonados para que se disuelvan bajo la luz del sol. Lo que pasa ahí fuera, se queda fuera, sin hacer preguntas. Nunca. Era el plan perfecto para sacaros sin que sospecharan.

—No tiene sentido, —murmura Sissy, absorta en sus pensamientos.

—¿Qué no lo tiene? —el primer consejero la mira con desdén.

—Si este era el plan del científico, —pregunta Sissy, la meta de su vida, ¿por qué desapareció del Instituto apenas unos meses antes de que fuera llevado a cabo?, ¿antes de que tuviera lugar la Caza Heper?

Un atisbo de incertidumbre asoma en los ojos del primer consejero.

—No lo sabes, ¿verdad?, —afirma.

Su voz suena tensa.

—Lo admitiré. No lo sé. Cuando desapareció, estábamos desconcertados. Porque se iría de repente en ese momento, tan cerca de ver fructificar el trabajo de su vida... No lo sé.

Cae en un hosco silencio.

Frunzo el ceño. Sissy tiene razón: la ausencia de mi padre desafía toda lógica y eso hace que su posterior desaparición de la Misión, muy poco antes del momento en que se suponía que llegaríamos, sea aún más inexplicable. Mis ojos vagan con incerteza mirando lo que me rodea, mis pies, mis muñecas, las bolsas que se llenan con mi sangre.

—Pero ahora todo eso es pura teoría, ¿no?, —dice el primer consejero—. No importa el porqué desapareció sino el hecho de que su sueño se ha llevado a cabo. Mira a tu alrededor. A las armas del Origen. ¡A la sangre del Origen! ¡Al Origen reunido e intacto al fin!, —dice—. ¡Su sueño hecho realidad!

Observo las cortinas que me separan del resto de la habitación, del resto del mundo, las esposas rozando mis muñecas, las bolsas oscuras y llenas de mi sangre. ¿Es este el destino al que conduce el gran plan de mi padre? ¿Para esto me crio y me protegió todos estos años? ¿Es esta la vida que imaginó para mí? ¿Es esto todo lo que significaba para él?

—Hay niños debajo de nosotros, —susurra Sissy como si lo hiciera para sí misma, aunque sus ojos están pendientes del primer consejero—. Viviendo en condiciones horribles, esperando una muerte espantosa y segura. ¿Cómo puedes llamar a esto un sueño hecho realidad?

El primer consejero la mira fijamente sin responder. Toma aire.

Sissy se da la vuelta para mirarme, y sus grandes ojos reflejan conmoción y horror. Su cara, pálida y agotada, está espantosamente desprovista de color. Le han extraído demasiada sangre.

—Sissy, —digo en voz baja—. ¿Estás bien?

Sacude la cabeza. Algo está creciendo en sus ojos, y me lleva un momento el darme cuenta de que es furia.

—Yo no me preocuparía por ella, —dice, señalando mi inquietud—. Puede que *parezca* que les estamos quitando la vida a los dos, pero creedme, no es así. Y con el tiempo, ajustaremos nuestras transfusiones de manera más eficiente y maximizada. No puedes matar a la mano que te da de comer...

—Nunca dimos nuestro consentimiento a esto, —susurra Sissy con una voz mucho más suave que la suya, casi inaudible bajo su tono elevado. Pero de alguna manera ese susurro interrumpe sus palabras. Enfrenta su fría mirada, pero no parpadea.

—Y nunca lo haremos. No mientras haya niños y niñas en las catacumbas.

El primer consejero la mira fijamente durante un tiempo. No es una mirada lo bastante agresiva, sino evaluadora y carente de cordialidad.

Lo que hace después nos sorprende a ambos. Saca una llave del bolsillo y nos abre las esposas. Sissy y yo nos sentamos y nos frotamos las muñecas y los tobillos, cautelosos.

—Esta generación joven, —dice, rascándose la muñeca—, incapaz de pensar en nadie más que en sí misma.

Camina hacia la cortina, la abre de par en par.

—¿Venís?, —pregunta.

Sissy y yo nos miramos.

Él y los otros Iniciadores se alejan de nuestras camillas. Saben que les seguiremos.

Y después de unos segundos de indecisión, lo hacemos.

AL OTRO LADO de las cortinas entramos en un estanque de oscuridad, de un tamaño del que no somos plenamente conscientes hasta...

—Luces en tres, dos, uno, —dice el primer consejero con una voz sorprendentemente amable.

La luz blanca nos envuelve.

Estamos en una gran sala dividida en dos mitades distintas. Por un lado está lo que parece ser un laboratorio. Los tubos de ensayo, viales, quemadores, incubadoras, microscopios, mezcladores, calentadores de bloque seco, compresores y centrifugadoras situados de forma ordenada sobre bancos de trabajo y almacenados dentro de armarios de vidrio. Sobre un estante que recorre toda la pared hay tubos de ensayo llenos de sangre colocados en gradillas. Oímos un zumbido apagado, producido por varias máquinas que agitan suavemente los frascos medio llenos con nuestra sangre.

Al otro lado de la sala hay estantes con armas y municiones. Hileras de rifles de tamaños y formas diferentes, pistolas y revólveres, así como armas de doble cañón y de cañón largo, todas relucientes bajo la luz. En el estante inferior hay cajas de cartuchos, proyectiles y balas.

—Como debes haber ya adivinado esta es una parte ultrasecreta del Palacio reservada para humanos, —explica el primer consejero—. Solo para humanos y como únicamente estos la conocen, son los que pueden acceder a ella y concretamente, solo nosotros cuatro, —matiza, señalando a los otros tres Iniciadores.

—¿Cuatro? —pregunta Sissy con incredulidad. ¿Hay alguna razón por la que no estéis contando a los que están en las catacumbas como a los *cientos* de otros humanos?

El rostro del primer consejero se muestra tranquilo e indescifrable. Tira del puño de su manga izquierda, una, dos veces...

—Si no fuera por los que están en las catacumbas, no estaríamos aquí y si ninguno de nosotros estuviera aquí arriba, no habría esperanza para los que están en ellas. Es decir, son necesarios tanto para nuestra existencia como para la suya propia.

—Bonita forma de hablar, —comenta Sissy. Una buena excusa para tu traición. Seamos honestos. Los estéis sacrificando para vuestra propia protección y, como dije antes, no tomaré parte en ello. No recibiréis otra gota de mi sangre hasta que todos los de abajo sean libres.

El primer consejero se acerca a un escritorio y coge una tableta.

—Hemos tratado de ser civilizados, —nos responde—. Procuramos apelar a vuestro mejor juicio, siendo racionales con vosotros. Lo intentamos con tu padre, esperando que vieras como este era el sueño y la pasión de toda su vida. Es evidente

que nada de esto ha funcionado. —Da golpecitos en la pantalla de la tableta y pulsa una secuencia de botones.

—Escúchanos, —dice Sissy, dando un paso hacia él.

Su ceja derecha apenas se arquea levemente, un asomo de ligera y rara emoción.

—No tiene que ser de esta manera, —continúa Sissy—. ¡Te lo dije antes! Subimos al tren y escapamos de aquí, todos nosotros, incluyendo a todos los que están en las catacumbas. No tienen que morir más humanos. Tienes acceso a los controles del Palacio. Sabrás cómo abrir las puertas correctas, cómo hacer que el tren se mueva. Desde allí...

—Bueno, tienes razón sobre mi acceso a los controles. Esta tableta realmente lo controla todo. El movimiento de los enclaves, el tren. —Un músculo debajo de su ojo izquierdo se mueve sin control—. Así que, sí, movámonos. Subamos todos al tren. Apretujémonos en los vagones, vayamos a las montañas y vivamos felices para siempre.

Se acaricia la muñeca.

—Qué sueños tan bonitos tienes. Déjame adivinar, ¿nos dirigimos al este sobre ponis de color púrpura bajo los anchos arcos de brillantes arco iris?

—¿Por qué no...? —comienza Sissy a decir.

Sus ojos se detienen en ella antes de mirarme a mí. Sé por qué Sissy se ha quedado en silencio. Es su mirada: como la de los peces muertos flotando en la superficie, con escamas brillantes pero sin vida.

Presiona unos cuantos botones en la tableta.

Nadie se mueve.

—Permíteme desengañarte de estas ideas de fantasía. Echa un vistazo al laboratorio. Ha estado acondicionado y preparado durante años. ¿*Para qué?* podrías estar preguntándote si no estuvieras tan obsesionada con tus absurdas ideas. Bien, me alegra que lo hayas preguntado. Todo el equipamiento que tenemos aquí tiene un solo propósito: producir armas basadas en el Origen. Vuestra sangre será combinada y luego introducida coagulada en todo tipo de armas: balas para pistolas y revólveres, píldoras solubles, proyectiles de escopeta. Por supuesto, una vez que tengamos suficiente sangre vuestra.

Contempla con cariño una línea de dardos sobre la mesa y coge uno. Su cuerpo translúcido está lleno con un líquido rojo oscuro.

—Por ahora, empezamos con dardos y granadas. De hecho, estos se acaban de llenar con suero de vuestra sangre combinada y algunos conservantes. Están listos para usarse. Y echa un vistazo a estas dos granadas, completamente cargadas. Tira de las anillas y explotarán proyectando fragmentos de gelatina hechos con la sangre del Origen. Son solo prototipos por ahora, pero increíbles. —Se humedece los labios con la lengua—. Si un dardo o un trozo de metralla perforan su piel el crepuscular se vuelve a convertir en humano en cuestión de minutos. Así de poderosa es vuestra sangre mezclada y concentrada.

Recoge una daga, desliza el lomo de la hoja en el dorso de la mano.

—Os lo digo porque las imágenes valen más que mil palabras. Así que mirad con atención la tecnología empleada aquí. Pensad en las décadas de trabajo que representa, las vidas sacrificadas, la cuidadosa y ajustada planificación que hizo posible esto. Todo puesto en marcha hace años por tu padre. Ahora pensad: ¿vamos realmente a deshacernos de décadas de trabajo y sacrificio para ayudar a unos pocos miserables desgraciados a huir a las montañas en un intento ya destinado al fracaso?

Coloca la daga sobre un mostrador junto a él de un modo deliberado, lento y claramente visible.

—Este gran plan, —digo yo—, para revertirlos a todos. Hará falta un arsenal cien, mil veces más grande que el que tienes aquí.

—Lo sabemos, —susurra el primer consejero—. Créeme, lo sabemos.

—Eso va a requerir mucha sangre del Origen.

—Sin duda.

Silencio.

—Hablas, —le digo—, como si Sissy y yo fuéramos a estar aquí durante años. Bueno, tengo noticias para ti. El Gobernante sabe del Origen. Leímos una carta procedente del Palacio. Lo conocen todo sobre nosotros y saben que estamos aquí, nos vieron en las catacumbas. No hay forma de que nos dejen vivir unos días más.

—Oh, esa carta, —dice el primer consejero—. ¿Del Palacio? ¿Escrita a Krugman y a los ancianos de la Misión?

El primer consejero se rasca la muñeca.

—¿Te gustó mi caligrafía? —alza la nariz e hincha el pecho—. Os lo dije, soy el consejero de Su Alteza y como tal, tengo acceso a su Sello Oficial y somos capaces de deslizar una carta a bordo de ese tren siempre y cuando lo necesitemos.

Con aire distraído, toca con delicadeza la solapa de su levita.

—El personal del Palacio no sabe nada sobre el Origen y sí, os vieron y os reconocieron cuando recorrieron las catacumbas. Vuestra apariencia provocó un gran alboroto: ¡el cazador y la chica del domo, hallados! De hecho, en apenas cuarenta y ocho horas, el Gobernante tiene planes de devoraros a los dos. Por su cumpleaños.

Se detiene, observa la expresión de nuestras caras. Algo le divierte; da un largo y distraído arañazo a su muñeca.

—Pero no tenéis de qué preocuparos. Antes de que eso pueda suceder, mañana, de hecho, planeo transmitirle la triste y desafortunada noticia de vuestras prematuras muertes. Que te metiste en un jaleo con unos chicos de las catacumbas. No sé el motivo, por Sissy tal vez. Las cosas se descontrolaron y terminaste ahogándote en la fosa séptica, y luego siendo arrastrado al incinerador de aguas residuales. Los dos.

—El Gobernante no te creará, —responde Sissy.

—Por supuesto que lo hará. Se consumirá con la rabia y sin duda se precipitará hacia las catacumbas. Por supuesto, no os encontrará. Ni él ni nadie más tarde te olerá

en los terrenos del Palacio. No mientras permanezcas en esta habitación secreta herméticamente sellada.

Se toca la comisura de la boca con el meñique.

—Tenemos que resolver algunas cosas antes de que nuestra historia sea irrefutable. Así que tendremos que enviaros de regreso a pasar una noche más en las catacumbas... por si acaso el Gobernante decide hacer una visita sorpresa esta noche para contemplar su captura del siglo. Pero vendréis mañana, después de que hayamos terminado todos los detalles, os traeremos de vuelta a esta habitación y luego informaremos al Gobernante de vuestra inoportuna muerte.

Nos estudia un momento; algo en nuestro silencio lo irrita. Recoge la daga, me mira.

—Creo que será mejor que reflexiones sobre un punto.

—¿Qué?

—Tú y esta chica, —afirma—. Vosotros sois el Origen.

—Lo entendemos, pero...

—Ya no sois por más tiempo *Gene* y *Sis*. Esas ya no son vuestras denominaciones o vuestros nombres o identidades Vosotros sois el Origen. Sois la cura para los crepusculares. Es mejor que ahora penséis en vosotros de esa manera. —Se lleva la hoja a la nariz y la huele—. Podemos inyectaros sedantes. Os convertiréis en vegetales comatosos productores de sangre. Y estaréis postrados, dormidos, durante años, no, durante décadas. Vuestros párpados nunca se abrirán de nuevo mientras os convertís lentamente en plantas marchitas de pelo blanco, largas uñas...

—Pero no lo llevarás a cabo, —contesto—. Si no, ya lo habrías hecho. Necesitas nuestra sangre pura. No contaminada por cualquier químico que tuvieras que inyectarnos. Es una suposición, pero parece que estoy en lo cierto.

Sus labios se tuercen ligeramente.

—Nos necesitas despiertos, sanos y robustos durante años. No como vegetales controlados químicamente que yacen en catres, cuerpos atrofiándose lentamente. Nos necesitas...

—Cállate, —dice en voz baja—. Solo cállate.

El aire de la habitación se vuelve denso.

—Nosotros, los Iniciadores, no hemos sobrevivido en medio de ellos, —continúa en voz baja—, sin volvernos despiadados. Hemos completado nuestras tareas con el mínimo revuelo. Evitando riesgos, sacrificando a los menos aptos. Así que recordad esta palabra: *despiadados*. Si os resistís, seremos implacables. Inflexibles al exigir vuestra plena, de buena gana o no, cooperación.

Cuando Sissy interviene, su voz es tan tranquila e inquebrantable como la del primer consejero.

—Y nunca tendrás nuestra cooperación. No mientras sigas enviando a innumerables niños y niñas humanos a la muerte. Dices que es por un bien mayor, ¿pero de quién es el bien mayor? —sacude la cabeza—. Así que adelante,

disparadnos, inyectadnos. Es la única forma de obtener nuestra sangre. Adelante, mancha tu preciosa sangre Origen.

El primer consejero la mira con frialdad a través de sus ojos entornados. Recoge la tableta y golpea la pantalla.

El grupo de hombres se desplaza como uno solo, alejándose varios metros de un marco rectangular tallado en el piso. Dos de ellos se deslizan por los pasillos y cogen armas. Pistolas de dardos tranquilizantes.

Empieza a escucharse un zumbido procedente del suelo.

—Hemos estado esperando, tenido mucho tiempo para pensar y planear cada posible contingencia que pudiera surgir. —Su entonación es lenta, deliberada, hipnótica y amenazante por todas estas razones—. Vuestras pequeñas travesuras, que probablemente pensáis que son tan inteligentes y rápidas de idear, las anticipamos hace *años*. Establecimos una variedad de opciones para afrontar cada posible respuesta: A, B y C, así como las iteraciones A Uno, B Uno y C Uno. —Su voz está cargada de suficiencia—. Tu respuesta ahora mismo requiere un plan B Uno y presiona un interruptor.

Al instante, el contorno rectangular del piso se desliza hacia afuera, dejando al descubierto un agujero. Un enclave emerge a través del mismo. El cristal está empañado por la condensación y es imposible ver quién está dentro. Luego, una mano desde su interior limpia el vidrio, mostrando primero unos ojos, luego una cara asustada. El rostro es joven, es David.

—Tenemos nuestros métodos para garantizar vuestra cooperación, —asevera el primer consejero.

Sissy se pone tensa al instante y al avanzar apresurada hacia el enclave, dos Iniciadores se adelantan. La agarro del brazo y la detengo. El otro Iniciador la está apuntando con la pistola tranquilizante.

—Estos dardos están cargados con fuertes sedantes, —informa el primer consejero—. Por favor, no nos obligues a usarlos contigo.

Sissy trata de soltarse el brazo.

—Sissy, —mascullo—. No lo hagas.

Tiembla de furia pero se mantiene firme, sus ojos amenazantes enfocados en ellos. Uno de los Iniciadores camina hacia un estante y retira una escopeta. Vuelve a su sitio, al lado de los otros dos, su cara no muestra ninguna emoción.

El primer consejero se rasca la muñeca, sus ojos reluciendo con aprobación. Llega hasta el enclave, presiona un botón en un lateral y el panel de cristal se desliza abierto.

David tose con aspereza y sin parar ante la entrada repentina de aire fresco. El primer consejero lo saca a rastras, luego lo deja caer bruscamente al suelo y lo patea en la barriga.

—¡Ehh! —grito.

David se acurruca, agarrándose las rodillas. El primer consejero saca del bolsillo de su levita un par de guantes de látex, y luego de otro bolsillo una hipodérmica. Está llena de un fluido amarillento y espumoso. Agarra el cabello de David y mueve bruscamente su cabeza hacia atrás.

Sissy salta hacia adelante. Yo también. Pero los Iniciadores avanzan armados moviendo sus pistolas tranquilizantes y su escopeta hacia nuestras caras. Nos detenemos.

El primer consejero clava la aguja en el cuello de David y presiona el émbolo por completo. En cuestión de segundos, el cuerpo se debilita y su cabeza cae hacia suelo.

—¿Qué le inyectaste? —chilla Sissy.

—Es un compuesto concentrado, —manifiesta, colocando la hipodérmica en una bolsa de cremallera. Se quita los guantes de látex y los mete en ella antes de sellarla cuidadosamente—. Hecho con la saliva de cinco crepusculares diferentes. Centrifugamos todo, después eliminamos las dos capas intermedias (y más potentes) del compuesto, añadimos algunos conservantes y ¡voilà!, es el líquido amarillo que circula ahora por el torrente sanguíneo de David; filtrándose en cada órgano, por cada una de sus moléculas.

Sissy y yo saltamos juntos hacia David, sin preocuparnos más por los hombres y sus armas. Aparentemente tampoco les importa y, de hecho, las bajan. David ya ha empezado a temblar, su piel está helada al tacto, bañada en sudor ardiente. Luego empieza a convulsionar, sus brazos golpean el suelo, y su piel sudorosa impacta contra las baldosas.

—Estoy seguro de que Gene ya lo sabe, —afirma el primer consejero en voz baja, con los ojos fijos en David—, pero dejadme explicároslo por si acaso. Una vez infectado, un humano se convertirá en crepuscular en cualquier momento entre las dos horas y los dos días. La saliva de varios de ellos aumentará exponencialmente esta velocidad de transformación.

De repente David arquea su espalda, su cuerpo se tensa como un arco de tiro. Su mandíbula se abre de par en par, se estremece y rechina los dientes. El hombre que porta la escopeta gira su arma con intranquilidad hacia él.

—David, pobre niño, le han inyectado la saliva de *cinco* crepusculares. Se convertirá en menos de cuarenta segundos y quince ya han pasado.

En mis brazos, David está en caída libre. El sudor fluyendo a raudales por sus poros, su temperatura bajando precipitadamente, y está agitándose con tanta fuerza que su cara febril parece temblorosa y apenas definida.

—Veinte segundos para el cambio, —entona el primer consejero, mirando su reloj.

Sissy grita, se pone de pie y se abalanza sobre el primer consejero, pero él no se mueve. Ni siquiera se estremece cuando le arrebató la daga de la mano.

Se hace un corte profundo en la palma y la sangre fluye por su mano ahuecada.

El primer consejero se rasca la muñeca.

A continuación se arrodilla junto a David inclinando su cabeza hacia atrás y derramando la sangre en su boca abierta. Me arroja la daga y la atrapo en el aire. En menos de un segundo me he cortado la mano y aparto la de Sissy dejando que David beba de mi sangre. Durante el siguiente minuto, nos turnamos para derramar sangre en su boca. David deja de temblar y se desmaya. Pero su cuerpo todavía está muy caliente, con su camisa empapada de sudor. Pasarán horas antes de que esté completamente curado.

El primer consejero, rebosando un silencioso entusiasmo, asiente con la cabeza a uno de los hombres. Este cambia su pistola tranquilizante por otra: una de las cargadas con el Origen. Apunta y aprieta el gatillo. El dardo se clava en el muslo de David.

—Esto acelerará las cosas, —aclara.

Unos segundos más tarde, David se queda quieto. Su respiración se ralentiza, se vuelve más profunda. Su piel ya se está enfriando.

—Como podéis ver, —musita el primer consejero—, podemos ser... *despiadados*. Sabemos lo de David. Sabemos lo de Epap. Sabemos...

—Cállate, —le interrumpe Sissy—. Cállate, ya.

El primer consejero se detiene, atónito. Luego, con un destello en los ojos curva las comisuras de los labios, ensancha su boca y muestra los dientes. Está imitando una sonrisa. Una mueca grotesca claramente destinada a burlarse de ella.

Sissy desvía los ojos hacia otro lado con brusquedad, son como pozos que arden desde el fondo de su mirada. Se está reservando para pelear en otra ocasión.

La tableta del primer consejero comienza a parpadear y a sonar. Baja los ojos y lee con premura.

—Tendrás que disculparme en este momento. —Suspira con teatralidad—. Su alteza me necesita. Algún tipo de emergencia, al parecer.

Camina hacia la puerta, programando la tableta.

—Ambos seréis enviados ahora de regreso a las catacumbas. Pero solo por esta noche, no lo olvidéis. Nos veremos aquí mañana. —Se detiene en la puerta echando un vistazo a la sala, compone otra sonrisa burlona en su rostro, y luego emite un inquietante gorjeo de falsa risa.

—Bienvenidos a vuestro nuevo hogar.

UN POZO DE completa oscuridad, un sueño profundo.

Me alejo de él lentamente, emergiendo del pegajoso limo de los sueños. Toco los lados del enclave, están húmedos por la condensación. Sigo encerrado todavía. Desde hace unas horas, que el primer consejero me condujera de regreso a las catacumbas, el panel de cristal ha permanecido cerrado. Tal era mi fatiga por la sangre extraída que, a pesar de todo, me sumí en un profundo letargo.

Me encuentro en este momento rodeado de tonos grises. Apenas puedo distinguir las hileras de enclaves al otro lado del pasillo, el contorno de cada estructura, brillando tenuemente. Ahora mismo todos están encerrados en su interior. Ha pasado bastante tiempo, no podría decir cuánto, aunque a juzgar por mi severo mareo supongo que al menos tres o cuatro horas desde que Sissy y yo fuimos transportados de vuelta aquí.

Sissy... ¿dónde estará?

Enseguida miro al enclave frente a mí al otro lado del pasillo, pero está ocupado por un niño; como cualquier otro enclave en el que me fijo con detenimiento. No hay señales de Epap, ni tampoco de David. Desde sus posiciones los chicos frente a mí me miran con desconfianza. Se preguntan si yo soy la causa de la alarma imprevista, con curiosidad por saber por qué estoy siendo transportado de un lado para otro. Preguntándose por qué siguen encerrados después de tantas horas.

Están a un paso de querer saber más.

Porque mi enclave empieza a emitir un zumbido y luego vibra. Todos los ojos se dirigen a él, algunos abriéndose de par en par sorprendidos; la mayoría entornados con desconfianza.

Creo que *me están llevando de vuelta a la sala con los Iniciadores*. Pero una parte de mí sabe que eso no puede ser. El primer consejero me había dicho que debería quedarme en las catacumbas otro día y, aunque no tengo una idea exacta de cuánto tiempo ha transcurrido, sí sé que no ha sido un día. Ni mucho menos.

Intento levantarme, pero mi cuerpo me pesa demasiado. Un pitido electrónico seguido de un zumbido suena desde el interior del enclave. Entonces comienza a moverse de nuevo.

Se me ocurre patear el cristal para tratar de romperlo. Pero sé que es inútil. En su lugar conservo mi aliento, reservo mi energía para lo que venga después. La sangre ruge en mis oídos. Un asomo de pánico empieza a nacer dentro de mí, pero lo atajo. Inspiro, espiro, recupero el control.

El enclave desciende de repente, casi en caída libre.

DE NUEVO, SOY zarandeado de un lado a otro a medida que el enclave se escora vertiginosamente dando vueltas y vueltas a través de ocultos túneles. Todo lo que puedo hacer es prepararme para el próximo descenso o giro. Como en los desplazamientos anteriores, se detiene brevemente en un punto central donde es iluminado completamente. Luego, una vez más, adquiere velocidad a lo largo de los raíles.

Un minuto después desacelera para avanzar lentamente y comienza a ascender durante bastante tiempo.

Sobre mí se abre un espacio en la oscuridad. El enclave lo atraviesa y se adentra en una zona oscura de dimensiones desconocidas. Oigo como la abertura se estrecha y luego termina cerrándose debajo. El transporte se detiene, apoyado sobre el suelo que se ha sellado nuevamente.

No me muevo.

En esta sala, todo está inmóvil.

Y oscuro.

Y muy engañoso.

Una fila de apliques en la pared adyacente comienza a brillar tenuemente. No son los siete metros de altura de los techos decorados con estuco los que descubren la cámara, ni la gruesa y lustrosa alfombra, ni siquiera acaso el majestuoso aura real de esta cavernosa sala; sino el gran retrato oficial que cuelga sobre mí del Gobernante. Su rostro inmóvil y pálido, sus ojos fríos y severos.

Estoy en la *suite* del Gobernante.

El primer consejero había subestimado la capacidad del Gobernante para dominar sus apetitos. No quiere esperar cuarenta y ocho horas; me quiere ahora.

La cubierta del enclave comienza a abrirse.

En este momento es cuando muero, pienso, con el cuerpo en tensión.

—Puedes salir.

Me sobresalto con la voz. Por su proximidad y porque me es familiar, oculta en las sombras cercanas. Es una voz que he escuchado muchas veces a lo largo de los años, la entonación pausada reconocible al instante, a través del sistema de megafonía de la escuela y en mi habitación por medio de la radio.

—Por favor, —dice el Gobernante, con su voz ligeramente nasal—, sal. Es seguro. No tienes nada que temer.

Entorno los ojos en la oscuridad pero apenas puedo distinguir otro tono de negro.

—Sal, por favor. Si quisiéramos hacerte daño, ya estarías muerto.

Salgo con precaución, colocando primero el pie derecho, luego el izquierdo y me detengo. Estoy parado sobre la lujosa alfombra, completamente expuesto. Nunca me

he sentido más desnudo, más vulnerable, en toda mi vida.

Y lo que veo a continuación es una multitud de personas, paradas curiosamente en línea, frente a mí. Tal vez hasta una docena de siluetas difusas y desdibujadas.

Pero no se desplazan. Cada vez están más inquietas, lo observo por los hombros que se apretujan y las cabezas que se mueven. También puedo oír su agitación por el crujido de los huesos y las salpicaduras de saliva. Pero no se han movido ni un paso hacia mí.

Entonces uno de ellos lanza un gemido, temblando, perdiendo el control. Salta hacia mí, su cara distorsionada por el deseo.

Se me encoge el estómago.

Oigo el ruido sordo de un cuerpo golpeando cristal. El crepuscular ha saltado directamente contra una pared de vidrio que yo no había visto antes. Resbala, su piel chirría con el roce, sus garras arañan su superficie.

—Como puedes ver, mi personal está bloqueado de manera segura detrás de esa separación de cristal. —Las palabras del Gobernante se deslizan sonando arrastradas—. Fue erigida hace décadas cuando se construyeron los tanques de mi acuario para evitar que los empleados... hum... los fuercen. Así que no te preocupes. Todos ellos están seguros detrás de esa pared de vidrio. No estás en peligro. Ningún peligro en absoluto.

Su voz suena demasiado próxima, casi cercana. No puede estar al otro lado del muro, debe estar en el mío. Entrecierro los ojos en su dirección, tratando de ver.

—No puedes verme, acabo de darme cuenta. Perdóname, debí haber sido más considerado. Encended las luces del acuario, —ordena.

Cinco acuarios cilíndricos que van desde el suelo hasta el techo, resistentes como columnas, comienzan a brillar de inmediato. Situados a este lado del cristal, están a mi alrededor. Formas nebulosas y oscuras flotan en su interior. Pero algo aleja mi atención de ellos.

El Gobernante. Situado a solo cinco metros de distancia.

Está atado a una barra de acero elevada con forma de X. Sus brazos levantados y asegurados a ella con brazaletes de metal alrededor de sus muñecas, codos y bíceps. Casi en perfecta simetría, sus piernas separadas y sujetas de manera similar alrededor de sus tobillos, rodillas y parte superior de los muslos. Así constreñido adquiere la forma casi perfecta de una X e incluso tiene abrochada alrededor de su pecho lo que parece ser una caja torácica ampliada de metal. Una pinza metálica está sujeta al puente de su nariz.

—Como puedes observar, —indica con voz nasal—, estoy bien sujeto. No tienes nada que temer.

No es un defecto de pronunciación lo que afecta a sus palabras, sino la saliva que se acumula en su boca y que expulsa fuera como el soplo caliente de una tetera hirviendo.

—Uno pensaría que después de una dieta constante de hepers, mis glándulas salivales no deberían ser tan sensibles, —expresa con voz inexplicablemente dulce y tierna.

Los cinco acuarios cilíndricos brillan cada vez con más intensidad y ahora veo otras cosas, dentro de ellos. Cosas que, a pesar de lo aterrador que es ver al Gobernante, son aún más escalofriantes.

—Me he puesto pinzas en la nariz para no estar tan... distraído. —Sus ojos se entornan por el dolor mientras habla, un par de patas de gallo se hacen visibles a los lados.

Es la luz: aunque es tenue para mí, es demasiado brillante para él y como está atado, no puede ponerse las gafas de sol.

El resplandor de los tanques ha transformado la mampara de cristal en un espejo que oculta a los muchos empleados que están detrás de ella. El efecto general es convertir esta mitad de la cámara en un ambiente íntimo y privado. Solo para nosotros dos.

—Ahora que he apaciguado tus temores, —continúa—, tal vez sea el momento adecuado para dejar de lado algunas... ee-id... ideas que podrían estar surgiendo en tu cabeza. —Aparta la mirada, bajando los ojos.

Me doy cuenta, con sorpresa que es, a pesar de todo, tímido.

—Siento mucho tener que mencionar esto, pero mis asesores han sido bastante insistentes. Es posible que notes en mi mano derecha un control remoto. Es simple, con un botón voluminoso, fácil de presionar con el pulgar. Una pulsación y al instante la pared de cristal que nos separa de mi personal se alzaría. Estarán sobre ti en menos de un segundo si me encuentro... en peligro. —Su nariz se arruga con enojo—. Perdóname por sacar a relucir un tema tan incómodo, pero realmente teníamos que quitarnos de encima esta desagradable situación.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto, estudiando mejor sus aposentos.

No hay puertas de salida ni tampoco ventanas, al menos no en este lado de la división de cristal. Mis ojos, como imanes renuentes, continúan siendo atraídos por los tanques. En particular, hacia las formas oscuras que flotan en su interior.

En el tanque más cercano, una mancha gris gana en tamaño y definición a medida que se desplaza lentamente hacia mí y a pesar de que mi mente me dice que aparte la vista, la miro. La masa oscura se define bajo la forma de un cuerpo. La aparición de una oreja, mechones de pelo y luego el lado de un rostro presionando contra el vidrio curvado.

Me estremezco, casi empiezo a gritar.

—La verdad es, —continúa de nuevo con un tono de disculpa—, que mi afición al sabor de los hepers es tan insaciable que tengo que mantener a unos pocos accesibles en todo momento. Para saborear con deleite un tentempié al mediodía, cuando el insomnio reclama una vez más a este Gobernante sobrecargado de trabajo y

al que se le exige en exceso. El sabor del heper en mi lengua me relaja. No necesito una comilona, solo algo que me mantenga hasta la próxima comida.

El cuerpo dentro del tanque gira lentamente. Distorsionado por la curvatura del vidrio, sus características se extienden a ambos lados, adquiriendo una forma alargada. Es una niña. Sus ojos están medio cerrados, vacíos, carentes de vida, los brazos a la deriva a ambos lados como rollos de papel empapados e inservibles. Unos cordones cuelgan hacia abajo, conectados a sus codos. Tiene sujeta una máscara facial de algún tipo sobre la boca y la nariz, cubriéndole casi toda la mitad inferior de la cara.

—El líquido en estos tanques es una maravilla tecnológica, —manifiesta con silenciosa admiración—. Actúa como un conservante... los hepers se mantienen comestibles durante más de tres meses. El líquido también opera, como se puede ver, como una fuente de luz, iluminando esta habitación de manera uniforme y, en el ambiente adecuado, de manera bastante sugerente. Mira la base de los tanques, puede que ya hayas notado los grifos. Me doy un sorbo por lo menos unas cuantas veces durante el día. Tengo que decirte que las secreciones naturales de los hepers mezcladas con este líquido producen un sabor exquisito. Realmente delicioso.

Los ojos de la niña parpadean de repente.

Grito, un jadeo ahogado e ininteligible.

Parpadea de nuevo, el conocimiento y la consciencia despiertan en ella. Su cabeza se eleva; sus dedos presionan blancos contra el vidrio.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Oh, pensé... —Parpadea confundido—. Están vivos, por supuesto que siguen vivos; ¿de qué otra manera podrían producir las secreciones naturales que acabo de mencionar? Les surtimos de oxígeno y les transfundimos alimentos licuados. Tras su muerte, por lo general permanecen vivos un par de semanas, mantenemos sus cuerpos a flote en el líquido. Durante ese tiempo, su carne muerta fermenta bastante bien. En conserva, carne de heper en escabeche, una exquisitez, de hecho. —Sus ojos se iluminan con una idea—. ¿Quieres un sorbo? Adelante, usa los grifos. Te serviría yo mismo si no estuviera así... atado.

Sus dedos rascan el aire, incapaces de alcanzar sus muñecas.

—¿O qué me dices de un pequeño bocado? Podría instruirte sobre cómo usar las pinzas. Los tanques están bien abastecidos. De verdad, prueba un poco; adelante. Está deliciosamente caldoso, simplemente se derrite en la lengua...

Su boca se abre y luego se cierra. Se abre de nuevo, boquiabierto. Está tratando de encontrar las siguientes palabras.

—Oh dios mío. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo. Simplemente no lo hice; quiero decir que olvidé que tú eres..., —se excusa con un genuino reproche.

La niña gira lentamente sobre sí misma dentro del tanque, flotando por fortuna lejos de mi vista.

—Dime por qué estoy aquí, —pregunto airado—. Sé que no me trajiste solo para regodearte con estos tanques.

—Porque, sí, por supuesto, —responde, aliviado de haber superado este incómodo momento—. Por qué estás aquí.

Comienza a hablar, hace una pausa, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Bueno, verás... es solo que... Bueno, no hay otra forma de decirlo.

Y vuelve a hacer una pausa.

—¿Qué?

—Necesitamos tu ayuda, —contesta y sus dedos vuelven a rascar el aire vacío, temblando ligeramente con el nerviosismo.

—¿TÚ NECESITAS *MI* ayuda? —pregunto, con la certeza de haber oído mal.

Sus dedos siguen arañando el aire, pero ahora más rápido.

—¿Te importa, —pregunta—, si tengo las luces atenuadas? Es bastante doloroso... Porque, sí, gracias. Apaguen las luces, por favor.

En cuestión de segundos, las luces de los tanques se atenúan. La mampara de cristal pierde su calidad de espejo, y el grupo de empleados emerge por detrás del vidrio. Solo que ahora ha duplicado su número y de pie, con una expresión ligeramente asustada que es evidente incluso si su cara está medio oculta por las sombras que cubren la mitad de su rostro, está el primer consejero.

—Me gustas, —dice el Gobernante con sutileza—. ¿Puedo decir eso primero, antes de que vayamos al grano? Y si algún día te devoro debes saber que no es nada personal, porque realmente me gustas. Tienes ingenio y coraje, en gran medida. Todos nosotros deberíamos compartir tus cualidades. —Un pozo de sombras enmarca sus ojos hundidos.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que *quiero* de ti y lo que *necesito* de ti son, desafortunadamente, dos cosas muy diferentes. Lo que *quiero* es tu carne, devorarla. Lo que *necesito* de ti, sin embargo, es completamente diferente.

Miro nervioso a la multitud de empleados, a los tanques que ahora, afortunadamente, son demasiado oscuros para revelar su interior.

—Adelante.

Se toma su tiempo. Es una pausa teñida de vergüenza.

—Es bastante simple, —me dice—, tenemos un problema.

—¿Qué clase de problema?

Su rostro sigue siendo afable, pero su pecho se hincha, presionando contra la restricción metálica.

—En primer lugar, veamos algunos antecedentes. Durante la Caza Heper, sabemos que os escapasteis en un barco y también que la organización SBH os siguió por el río Nede. ¿Estás familiarizado con la organización SBH, verdad?

Asiento con la cabeza. SBH significa *Sociedad de Búsqueda Heper*, una organización clandestina cuyo objetivo es buscar y exterminar a los hepers que se rumorea se han infiltrado entre la sociedad. A pesar de que el Gobernante ha hecho todo lo posible para acabar con este grupo (su propia existencia era un desafío a la postura del Palacio de que los hepers estaban extintos), en los últimos años no solo habían sobrevivido, sino que también habían prosperado. Recuerdo a Ashley June

diciéndome que se había unido al SBH para escapar de las sospechas y mantenerse al tanto de la actividad heper sospechosa.

Viéndome asentir, el Gobernante continúa.

—Ahora, a juzgar por el hecho de que fuiste forzado a escapar rápidamente en tren, podemos asumir con seguridad que los SBHers te persiguieron en las montañas, ¿no?

El cuerpo de la niña dentro del tanque gira lentamente de nuevo hacia mí. Su cara y sus ojos volviéndose, como para mirarme. Aparto mi vista de ella.

—Esos malditos SBHers, —susurra el Gobernante, con los labios fruncidos—. Nos sorprendieron. La fortaleza de su organización, su número de miembros, su capacidad para construir en secreto una flota de barcos con techos para protegerse del sol. Deben haber diezmado la granja heper. —Su voz es suave, pero las palabras salen como si estuvieran maceradas en ácido.

—Pero tener nuestra granja asaltada es el menor de nuestros problemas, —continúa—. Son las vías del tren las que más nos preocupan. Cualquier tonto se daría cuenta de que conducen al Palacio, y que el Gobernante debe haber estado escondiendo una reserva secreta de hepers durante generaciones. Si noticias como esa vuelven a la metrópoli y... sería el final para el Palacio y para mí.

El Gobernante ladea los ojos hacia la derecha y mira fijamente a la multitud reunida detrás del cristal. Está mirando en particular al primer consejero.

—Pero, como me ha informado mi primer consejero, hay razones para ser optimistas. Han transcurrido los suficientes días soleados desde esa incursión para hacernos creer que todos los SBHers han perecido en las montañas iluminados por el sol y con todos los SBHers muertos, los nobles ciudadanos de la metrópoli nunca se enterarán de la granja heper o de la vía del tren o de las catacumbas de debajo, llenas de hepers.

—Me alegro por ti, —le digo, sin molestarme en ocultar mi sarcasmo—. Felicitaciones. Pero aún no me has dicho por qué estoy aquí.

Permanece en silencio durante un momento.

—Resulta, —responde—, que nuestro optimismo puede haber sido un poco prematuro. —Sus ojos giran a la izquierda y miran a la pared más lejana.

—¿Me harías un favor? ¿Podrías encender ese monitor de televisión de allí, el que cuelga de esa pared?

Todos me miran fijamente, noto sus ojos húmedos sobre mí, mientras camino frente a la pared de vidrio hacia el monitor del televisor. Presiono un botón en el lateral de la pantalla. Inmediatamente se enciende.

—Esta es una grabación de un reportaje televisivo en directo, —dice el Gobernante—. Noticias de última hora que llegaron por la radio hace solo unas horas.

Antes de que las imágenes se aclaren escucho sonidos de un caos masivo, de gente gritando, de paroxismo. Luego las imágenes mejoran y se muestran nítidas en la pantalla. Veo gente corriendo por una de las principales avenidas de la ciudad. Las

calles están llenas de turbas, los caballos y los carruajes obligados a detenerse, y los pasajeros saltando de ellos. Más imágenes sin sentido y fragmentadas de diferentes lugares, probablemente de cámaras de seguridad, como si los productores de las transmisiones hubieran tenido problemas para montarlas. Durante poco más de un par de segundos veo una foto del Edificio del Dominio en el que mi padre solía trabajar. Una foto del Hospital de Metrópolis. Una foto del Centro de Convenciones captando el espectáculo del agua de la gran fuente situada frente a él.

No sé lo que está pasando, pero, sin embargo, se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo. Las voces susurran en mi cabeza, excitadas, frenéticas, solapadas unas por otras, cada vez más altas hasta que me doy cuenta de que no están en mi cabeza sino que vienen de la televisión.

... noticias increíbles que han conmocionado a la población de la metrópoli...

... nadie creía que alguien pudiera sobrevivir tanto tiempo en las Vastas...

... una cara que todos conocen, que pertenece a uno de los cazadores seleccionados...

Y entonces la imagen de la televisión cambia de repente y estamos dentro de un estudio; no, la decoración es demasiado anodina, demasiado fría. Es el interior del Hospital de Metrópolis. Enfermeras y médicos uniformados se alinean contra las paredes. La curvatura de las imágenes me dice que probablemente provengan del gran angular de una cámara de seguridad colocada en la entrada. Un equipo médico se apresura por el pasillo. Por delante un trío de médicos agitando los brazos de manera violenta y apartando a los reporteros. Están empujando una camilla de hospital con ruedas. Como la camilla, una plancha horizontal sostenida por dos barras verticales sobre ruedas, sobrepasa la cámara, al principio no puedo ver a la persona colgando boca abajo sobre ella. Hay demasiados periodistas bloqueando la vista, demasiadas enfermeras y doctores rodeando al paciente. Solo veo sus pies sujetos en los puntos de apoyo de la camilla.

Entonces, durante un leve instante el muro de cuerpos se abre, tengo un espacio sin obstáculos que me permite un breve vistazo. Pero eso es todo lo que necesito. Sé quién es. La camilla se aleja empujada por el corredor.

Cierro los ojos con incredulidad. Todavía veo su cabello sujeto formando un moño, algunos mechones sueltos y colgando deslizándose sobre el suelo embaldosado, brillando con un rojo encendido, como arterias llenas de sangre. Veo el puente alto de su nariz, la ligera prominencia de los pómulos, la línea firme de la pálida mandíbula que se destaca contra las baldosas oscuras.

Ashley June.

—ELLA ES EL problema, —dice el Gobernante con un tono mordaz que reemplaza su anterior suavidad—. Tu compañera de clase en la escuela. Tu compatriota en la Caza Heper. Tu cita en la Gala y, como estamos descubriendo ahora, un miembro importante de la organización SBH.

La pantalla se oscurece hasta apagarse.

—Ella es un problema enorme, gigantesco. —Articula las palabras lentamente, con desagrado y con deliberación—. Las señales estaban dentro de las paredes del Instituto Heper, durante el período de formación. Signos de su vena rebelde, de su naturaleza astuta.

—¿De qué estás hablando?

El Gobernante resopla, ejecutando una rápida exhalación por sus fosas nasales.

—Se sacó un truco infantil justo antes del comienzo de la Caza Heper. Demostró una enorme falta de juicio cuando decidió que quería ser el centro de atención. Debió haberse rociado con un olor falso a heper, y consiguió que el personal del Instituto se soliviantara persiguiéndola. Se encerró dentro del pozo de la Presentación. Cuando se le pasó la borrachera y después de que se hubo disipado todo el falso olor, salió del pozo. Debería haber recibido una paliza de la dirección si no hubiera estado tan distraída por la Cacería Heper. En consecuencia, no la castigaron como deberían.

Los ojos del Gobernante me miran directamente.

—Y eso fue un error. Porque ella se escabulló, regresó a la ciudad e informó a los líderes del SBH. Les contó todo lo que sabía y que, según nuestros informantes, tenía algo que ver con una huida en un barco por el río Nede. Transportaría a los hepers a un lejano paraíso hecho de miel y leche batida. Esta información no sorprendió del todo a los líderes del SBH; de hecho, hace una década que se habían enterado de tales rumores y que habían ido acumulando su propia flota de barcos. Como era de esperar la chica les dio toda la motivación que necesitaban y rápidamente zarparon por el río Nede en sus hermosos y pequeños barcos. —Inspira—. Pero a pesar de todo eso, no es esa la razón por la que ella se ha convertido en un problema.

Sus dedos se retuercen con agitación. Incluso su pulgar, suspendido por encima del botón, se crispa ligeramente.

—Ha hecho lo impensable: sobrevivió al viaje de regreso, —susurra—. Por eso es un problema. Ella estaba allí. En la Misión. Debe haber visto las vías del tren.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto—. Tal vez ni siquiera llegó a las montañas del este. —Sé que esto no es verdad. La vi con mis propios ojos en la Misión, donde me arañó y casi me transformó, pero tengo curiosidad por saber cómo obtuvo su información el Gobernante.

—Tu amigo, —dice, con calma, lentamente.

—¿Quién?

—Tu amigo. Me lo contó.

—¿De quién estás hablando?

—El que tú llamas Epap.

—Cuando...

—Hace unas horas. Después de que estallara la noticia, nos preocupamos. Tal vez ella vio la Misión; tal vez no. Entonces nos dimos cuenta, *me di cuenta*, de que teníamos recién llegados procedentes de la Misión que podrían saberlo con seguridad. Así que hicimos que prepararan a Epap.

—¿Dónde está ahora?

—Nos dijo que la vio en la Misión, —comenta el Gobernante, ignorando mi pregunta—. Y ahora sabemos que ella lo sabe. Sobre la Misión. Sobre las vías del tren. —Hace crujir la muñeca, chasqueando un hueso—. Ya ha anunciado un gran evento, mañana, en el Centro de Convenciones. Una hora después del anochecer revelará algo alucinante y demoledor. Las veinte mil entradas en línea puestas a la venta para el evento se agotaron en quince segundos.

—¿Dónde está Epap?

El Gobernante no responde inmediatamente. La fatiga rodea sus ojos.

—No podemos permitir de ningún modo que la chica hable. Que haga referencia a la Misión y a las vías del tren y todos atarán cabos. En pocos minutos, cinco millones de ciudadanos marcharán hacia el Palacio y harán pedazos este lugar en busca de hepers.

—¿Dónde está Epap?

Pero aun así, el Gobernante apenas parece darse cuenta de mí. Sus siguientes palabras se pronuncian en un susurro, no con el tipo de tono callado que emplean los chismosos, sino con la ansiedad de la indignación.

—Deja que su conocimiento muera sin ser pronunciado, —susurra roncamemente—. Que sea silenciada para siempre.

Me mira.

—Tenemos que matarla.

Sus ojos recorren mi cara.

—Te has quedado mudo por la sorpresa, ya veo. Pienso que ya llevas más de un minuto en esta conversación y que por fin te das cuenta de por qué te han traído a mis aposentos. —Me estudia—. Veo cómo tus ojos buscan un reloj en las paredes, o incluso una ventana abierta desde la que echar un vistazo. Veo lo ansioso que estás por saber la hora. Porque quieres averiguar si es de día o de noche. Permíteme confirmar tus sospechas. Han pasado tres horas desde el amanecer.

—Y hoy es un día soleado, ¿no?, ni una nube en el cielo, —digo con voz apenas audible.

—El cielo azul más tóxico que se pueda imaginar.

No me muevo. Los cuerpos en los tanques flotan a la deriva. Sus cabellos se arremolinan, sus extremidades se mueven a cámara lenta.

—¿Lo sabes, no lo sabes?, —dice el Gobernante. La voz ha recuperado su estilo cohibido, y pregunta con genuina timidez—. Sabes lo que te estoy pidiendo.

En la segunda fila, el primer consejero permanece de pie entre los miembros del personal, su rostro se confunde entre las sombras, sus hombros están tensos, su pánico apenas contenido. Me mira fijamente, a su precioso y de repente inseguro Origen.

—Una barrera infranqueable de luz solar, de muchas millas, se interpone entre nosotros y la metrópoli, —expone el Gobernante—. Un muro impenetrable entre nosotros y la chica. Por desesperados que estemos, intentemos lo que intentemos, simplemente no hay forma de llegar a ella. No antes de que aparezca en el Salón de Convenciones poco después del anochecer. No antes de que revele al mundo entero el mortal secreto. —Hace crujir su cuello—. Pero no carecemos de alternativas.

—No iré. Ni siquiera lo pienses.

Me mira con una disculpa.

—Sé cómo te sientes. Lo sé. —Su pulgar acaricia el botón—. Lamento de veras lo rápido que todo esto te está llegando. En un mundo ideal, sería el anochecer y podríamos enviar a nuestro propio equipo de asesinos. Pero no estamos en el mundo ideal, ¿verdad? Nos vemos obligados a ser prácticos, pragmáticos. Desde mi punto de vista, la única persona que tiene la posibilidad de asesinarla debe tener dos cualidades: en primer lugar, debe ser capaz de soportar el sol, y en segundo lugar, saber cómo desaparecer entre la multitud, incluso a pesar de su recién adquirida fama. Y ese, dice, —mirándome con admiración—, eres tú.

—No lo haré. No estoy bajo sus órdenes. Déjalos que vengan y...

—Siento *mucho* tener que decir esto, pero puedo pulsar con facilidad este botón. Si no aceptas, quiero decir.

—Adelante.

—Hm-m, —reflexiona—. Traeré un heper tras otro para que sea sacrificado hasta que accedas a mi petición.

—Adelante.

Hace una pausa.

—Está bien, traeré a uno solo. La chica. La preciosa chica del Domo. La que llamas "Sissy". Cuando llegue, apretaré este botón y los miembros del personal la tendrán.

—Adelante. —Pero mi respuesta llega una fracción de segundo demasiado tarde, el tono es ligeramente más agudo. Ellos lo saben. Al otro lado del cristal, se rascan las muñecas.

—Sí, puedo traerla ahora mismo. No tardará más de dos minutos. Entonces se iniciará la comida. Nom. Nom nom nom nom. —Un coro de lamentos suena desde el otro lado. El Gobernante los está tentando, incitándolos.

—Adelante, —respondo—. De cualquier manera todos estaremos muertos.

—¿En serio? ¿Y si te dijera que ese no es el caso? ¿Y si te hago una promesa? — Me mira con una inocencia que desafía el escepticismo. ¿Y si prometo que si asesinas a la chica antes de que revele la verdad, te concederé la libertad? A ti y a Sissy. Y para demostrarte que tengo buenas intenciones, también incluiré al niño del Domo, si quieres. Al que tú llamas "David". Os liberaremos a los tres.

—A Epap también.

El Gobernante duda.

—Ah, sí. Epap. —Frunce los labios—. Podría haber un pequeño problema con eso.

—¿Qué quieres decir?

—Él... bueno, escucha, lo siento mucho, de verdad. Por favor, acepta mis disculpas.

Un sobresalto recorre mi garganta.

—¿Qué le hiciste?

El Gobernante hace una pausa.

—Bueno... es solo que yo... Esto es muy difícil...

Con una repentina y horrible comprensión, vuelvo mi mirada a los tanques que nos rodean. Los cuerpos oscuros flotan, unos frente a mí, otros lejos. Pero ninguno tiene el físico de Epap; lo cual deja solo una alternativa posible.

—¿Te lo comiste? —pregunto.

El Gobernante pasa la lengua por su labio inferior.

—No lo hice.

No dice nada más.

—¿Lo hizo algún otro?

—No. Bueno, no lo creo. No lo sé.

La saliva sale por la comisura de su boca, deslizándose hasta la punta de la barbilla. La pequeña gota cuelga de allí, cada vez más voluminosa, pero no se cae.

—Seré honesto contigo, —dice—. Yo hubiera introducido a Epap en ese tanque de allí. Lleva una semana vacío, pidiendo que lo ocupen. Epap habría sido perfecto. Normalmente no tenemos chicos de esa edad y altura aquí; él habría sido una buena adición a mi colección. Tan diferente de los pequeños enanos de siempre.

—Solo dime dónde está, —exijo.

El Gobernante se encoge ante mi tono de reproche.

—Lo enviamos fuera, —tartamudea—. Pensamos que era una buena elección. Mayor, más maduro y, como acabo de mencionar, más inteligente que todos los niños que tenemos aquí. Parecía capaz, por supuesto, de poder llevar a cabo el encargo...

—¿Lo enviaste al exterior? ¿Lo enviaste a él a asesinar a la chica?

Su silencio es respuesta suficiente.

—¿Cómo pudiste enviarlo a él? No sabe nada sobre la metrópoli. No sabe cómo confundirse en ese entorno, cómo pasar desapercibido en medio de una multitud. Será

devorado a los pocos segundos de poner los pies en la ciudad, si no lo es antes.

El Gobernante se estremece ante mi arrebato.

—Lo siento. De verdad. Tú eras nuestra primera opción, pero mi primer consejero estaba totalmente en contra. Dijo que tú, siendo tan musculoso y prieto, tendrías un gusto inigualable, y que no debería negarme a la que sería la comida de heper más exquisita mañana en mi cumpleaños. Me instó a que enviara a Epap en tu lugar. El chico parecía capaz, ¿no?

El primer consejero. Tratando de protegerme, de proteger su precioso Origen, así que envió a Epap en mi lugar. Miro fijamente a la multitud intentando localizarlo, pero se ha fusionado con la masa oscura de cuerpos.

—Parece que ya no es viable, así que no nos queda más remedio que enviarte, — dice el Gobernante—. Una elección más lógica, en realidad, dada tu experiencia viviendo allí. Conoces la metrópoli, has adquirido todas las habilidades necesarias. Mi primer consejero, bendito sea, continúa oponiéndose. ¿Puedes creer que incluso se haya ofrecido como voluntario para ir? Dijo que se pondría todas las capas solares que precisara para atravesar la tierra quemada por el sol. Me burlé de esa idea. Sería un *suicidio* aventurarse en el exterior. No duraría ni diez minutos, ni siquiera con las capas solares.

—¿Cuándo enviaste a Epap?

—Debe haber sido hace unas tres horas. Le dimos una bolsa con armas de primer nivel, dagas, fusiles de precisión, un visor Moonlight que oculta su rostro, escopetas, material del que los habitantes no saben nada, junto con un mapa de la ciudad, la ubicación del hospital y el Centro de Convenciones rodeados por un círculo. Luego lo subimos a un caballo y se fue.

—¿Pero crees que ya está muerto?

Sus ojos se apartan de mí con incomodidad.

—Nosotros sí. Lo siento.

—¿Cómo lo sabes?

—Le dimos algo más. Un TransTex. Básicamente, es un dispositivo de vanguardia con el que debía escribirnos mensajes, que recibimos al instante, y viceversa. Lo controlábamos cada hora más o menos, y todo se desarrollaba bien. Por lo menos durante las primeras dos horas. —Hace una pausa—. Pero desde hace una hora, perdimos toda comunicación. El último mensaje del TT indicaba que acababa de entrar en los límites de la metrópoli. Desde entonces, nada.

—Iré, —afirmé.

—¿Lo harás?

—Supeditado a que aceptes mi petición.

—Dime.

—No iré solo. Si quieres que esto se haga bien, si quieres que la chica sea asesinada, precisaré ayuda. Necesito que me acompañen otros dos.

—¿Dos más? ¿Quiénes?

—Sissy y David.

Se toma su tiempo para responder.

—No.

—Entonces olvídale.

—Entiende mis razones. En la metrópoli, los tres seréis identificados casi de inmediato. Vuestras fotos están por todas partes. Ya es malo de por si enviarte solo, pero al menos sé que tienes los recursos para pasar desapercibido. Pero los tres juntos seréis simplemente un objetivo marcado.

—Usaremos visores Moonlight. Nos cubrirán convenientemente la cara.

El Gobernante hace una pausa.

—Hemos empaquetado únicamente dos visores. Así que te falta uno. De todos modos, nadie los usa en interiores. ¿Qué ocurrirá cuando necesites entrar en un edificio?

—Deje este problema para nosotros. Seremos *nosotros*, los tres, o ninguno. La chica, con sus habilidades de lucha, nos da muchas más posibilidades de matarla, y no vendrá a menos que el niño nos acompañe.

—Como te dije, no.

—Entonces podemos esperar a que los millones de ciudadanos asalten estos muros. En unas diez, doce horas, ¿no es verdad?

La mano del Gobernante se tensa sobre el botón de control.

—Estoy tratando de ser complaciente, —dice después de un rato—, pero no soy tonto. Si os permito marchar a los tres, simplemente alzaríais el vuelo y huiríais. Habría perdido la única ventaja que asegura tu compromiso y tu cooperación. Porque sé lo que significan para ti. Mi primer consejero hace su trabajo, ¿lo ves?

—Ya sabes que fue un error enviar uno solo, —hablo, tratando de sonar convincente—. No cometas el mismo error por segunda vez, porque tú y yo sabemos que esta es tu última oportunidad. No tendrás una tercera.

Me observa con una mirada fría e indescifrable. Frunce los labios.

—Muy bien, —dice después de casi un minuto—. Llegaremos a un compromiso, mitad y mitad. Te daremos a uno. Al otro lo mantendremos como garantía.

—Como rehén, querrás decir.

—Llamémoslo un *incentivo*, para que regreses, eso es lo que es, y dejémoslo así. Te permitiremos que te llesves al niño.

—No, —me reafirmo—. La chica viene. Eso no es negociable.

—Dije que te daremos al niño...

—Entonces no hay acuerdo.

Me mira fijamente, sus ojos brillando en sus cuencas.

—Muy bien, —responde, con la voz teñida de resentimiento—. Puedes llevarte a la chica. Pero mantendremos al niño aquí.

En el borde de mi campo de visión, alguien se mueve detrás del vidrio. Una silueta alta, de anchos hombros, el primer consejero, corre hacia un lado donde

recoge un artilugio con forma de caja que está unido por un cordón enroscado a un panel de la pared.

—¿Su Regencia? —Su voz resuena en la habitación a través de un sistema de megafonía.

—¡Baja el volumen antes de que me rompas los tímpanos!, —grita el Gobernante.

—Lo siento, Su Regencia. —Cuando el primer consejero vuelve a hablar, su voz es más suave, aunque entrecortada y ansiosa.

—No debemos enviar a la chica al exterior, Su Regencia. De hecho, permítame reiterar una vez más mi consejo de no enviar a ninguno de los dos.

—Ya hemos discutido esto, y el asunto está cerrado. El niño se queda. La chica se va. No intentes disuadirme ahora, simplemente haz todos los preparativos necesarios.

La silueta del primer consejero está muy muy quieta.

—¿Puedo sugerir una acción que los incentivará aún más a regresar?

El Gobernante, agotando su paciencia, dice rápidamente:

—¿Qué, cuál es?

—Transporte al niño a la cámara de Su Regencia. Manténgalo en ese tanque vacío hasta que regresen. Solo entonces lo liberaremos.

—De ninguna manera... —respondo.

—Una idea excelente, —dice el Gobernante—. Ponla en marcha.

—Puede haber sido presuntuoso de mi parte, Su Regencia, pero ya he programado la llegada del niño con antelación. Está en camino.

La cabeza del primer consejero se inclina para mirar la tableta.

—De hecho, llegará aquí en cuatro, tres, dos y uno.

Y como un reloj, algo comienza a suceder dentro del tanque vacío. Empiezan a salir burbujas de aire de la máscara facial sumergida. Luego, el suelo desaparece y un cuerpo es impulsado desde abajo a gran velocidad dentro del tanque. El acuario se llena momentáneamente con una oleada de burbujas y solo después de que el piso se vuelve a sellar el líquido recupera la calma.

David está luchando en su interior, su cabeza girando bruscamente de un lado al otro, sus brazos balanceándose, sus piernas pataleando con el pánico.

Me acerco corriendo y empiezo a golpear el vidrio exterior.

—¡David! La máscara, ¡ponte la máscara en la boca!

Sus ojos encuentran los míos, y veo el pánico y el puro terror en ellos.

—¡La máscara, David!

Por fin lo entiende. La agarra y pasa la correa sobre su cabeza. Aspira con enormes y desesperadas bocanadas y su pecho delgado y pálido se hincha por la necesidad de aire y de alivio.

Las palabras del primer consejero, aunque susurradas, resuenan en los altavoces de la sala.

—El niño permanecerá en el tanque hasta que regreses. Hasta de que *ambos* regreséis.

—Después de haber asesinado con éxito a la chica cazadora, por supuesto, —añade el Gobernante.

La respiración de David se estabiliza. Pero no su compostura. Sus ojos están agitados por el miedo. Me imagino lo que debe ser para él: flotando de repente en un líquido brillante, confinado dentro de un tanque, con una multitud de crepusculares mirándolo de cerca y el Gobernante extrañamente atado a pocos metros. No es de extrañar que sus brazos empiecen a agitarse y sus piernas a golpear contra el vidrio curvado que lo rodea.

—¡David! —grito, sin saber si puede oírme a través del cristal—. Cuando me mira, con los ojos abatidos por la desesperación, una determinación se extiende dentro de mí como oro fundido.

—Volveré por ti, David. No te abandonaré. Regresaré. Por. Ti.

Las burbujas salen de su máscara facial cuando empieza a hiperventilar. No hay nada más que pueda hacer salvo presionar mis manos contra el tanque. Él coloca sus propias manos al otro lado del vidrio frente a las mías.

El Gobernante habla detrás de mí.

—Nos estamos quedando sin tiempo. Me temo que debes irte inmediatamente. Ojalá pudiéramos hablar un poco más.

Me doy la vuelta y me enfrento a él. La ira me consume.

—Ya hemos hecho los arreglos, —continúa—. Serás transportado al exterior a través de tu enclave. Habrá un caballo esperándote allí. Ha sido preparado para las dos horas de galope hasta la ciudad, y cargado con todos los suministros y armamento que probablemente puedas necesitar. También unas cuantas botellas de agua, porque conocemos tus necesidades. Ah, una cosa más. En una pequeña bolsa atada a la silla, encontrarás un TransTex. Está conectado con el de Epap. Por si acaso.

—¿Y la chica?

—Me encargaré de que sea enviada fuera inmediatamente. No habrá tiempo para preparar otro caballo para ella. Ambos tendréis que ir juntos.

Oigo un fuerte golpe en el vidrio, a mi espalda. David lo está pateando, tratando de llamar mi atención. Entonces sus ojos se mantienen fijos sobre los míos con comprensión. Pero en lugar de pánico, una extraña claridad los invade.

—Déjame decirte lo que sucederá en caso de que fracaséis en vuestra misión, o no regreséis aquí, —continúa el Gobernante—. Prolongaré la existencia del niño en el tanque tanto como sea posible.

David levanta la mano y se quita la máscara facial. Niego con la cabeza, pero el suicidio por ahogamiento no es lo que tiene en mente. Se impulsa hacia el cristal con ambos brazos y desciende con su cuerpo hasta que nuestras caras están a la misma altura.

—Tomaré mis sorbos cada día, por supuesto, —comenta el Gobernante con su voz soñadora, sin saber que ya no le estoy prestando atención—. Pero también tomaré mis bocados diarios. Usando pinzas, arrancaré pedazos de carne del tamaño de un

bocado. He descubierto que después de unos días, la carne se vuelve muy tierna y se desprende con una insultante facilidad.

Los ojos de David se clavan en los míos. Una vez me miraron con una dulce inocencia bajo brillantes cielos azules, y vi al hombre en el que se convertiría este niño sensible y cariñoso. Un hombre que aprendería a reír en los momentos tristes y a llorar de alegría.

—Al principio, comeré partes secundarias, por supuesto, evitaré las áreas vitales... —La voz del Gobernante se oye como un zumbido.

Los labios de David se abren y se mueven con vehemencia. Está articulando palabras dirigidas a mí.

Corre. Corre.

Niego con la cabeza.

—... especialmente los lóbulos de las orejas, tan llenos de grasa succulenta...

Está bien.

Ahogo las lágrimas mientras me doy la vuelta.

—... si puedes evitar las zonas de los brazos con un sabor ácido o la textura de caza de los bíceps, he descubierto que...

—Basta, —digo, mi voz suena áspera y dura—. Suficiente.

La boca del Gobernante se congela sin terminar de hablar.

Camino hacia el enclave, entro en él.

—Transpórtame ya, —mascullo, con los dientes apretados.

EL ENCLAVE SE dirige inmediatamente hacia una pared del Palacio. Solo veo una estrecha abertura que se ensancha, después la luz del sol me quema con toda su violencia. Cubro mis ojos con un brazo. Un pitido electrónico, y oigo deslizarse la tapa de cristal al abrirse el enclave. Cegado por la luz, pero temiendo que se cierre sobre mí, salgo al exterior.

Mis pies encuentran el vacío y caigo, un metro más o menos, al duro y cocido suelo del desierto. La fuerte mordedura solar sobre mi piel, después de tanto tiempo bajo tierra, me hace sentir vivo.

Poco a poco, mis ojos se acostumbran al brillo. Veo cielos saturados con el azul más puro, la infinita extensión de las llanuras desérticas. Un viento suave sopla a mi alrededor, refrescante a pesar de los granos de arena que se elevan y terminan en mi sudoroso rostro. He cambiado; ahora anhelo todas las cosas que antes evitaba: la luz del sol en mi piel, los espacios abiertos, el aire cálido soplando a través de mi pelo, la sensación del sudor deslizándose por mi espalda. Todo me hace sentir vivo.

Un caballo relincha atado a un poste, frente la muralla del Palacio. Me acerco levantando nubes de arena a mi paso. El caballo reacciona cuando me aproximo, está inquieto, y disminuyo mi avance para situarme en su línea de visión. Acaricio su cuello, susurrando suavemente. Al lado de sus cascos delanteros hay dos cuencos de comida y agua, volcados. Parte del agua se ha derramado sobre una mochila.

La mochila está llena de armas. Muchas armas. Cuatro pistolas, un par de dagas, visores Moonlight, un puñado de cargadores completos, varias cajas de municiones y un pequeño maletín metálico que ahora no abro. Todavía no. En este instante, inopinadamente, todo me parece real. Estas son armas de muerte, de la muerte de Ashley June. Estos son los gatillos que debo apretar; estas las frías balas que deben atravesar su cuerpo.

Pienso en el acuerdo alcanzado con el Gobernante. Con qué intensidad había insistido en que Sissy viniera conmigo. Por supuesto, tenía que ser Sissy. Quería estar con ella. Pero nunca se me había ocurrido, al menos hasta ahora, que mi elección podría haber sido más deliberada que emocional. Que podría haber un motivo oculto. Me estremezco al pensarlo.

El sonido del metal chirriando interrumpe mis pensamientos. Próximo a mi enclave que todavía sobresale de la muralla, otro igual surge de repente de una abertura. Es Sissy con los brazos extendidos contra las paredes de cristal del suyo, tratando de mantener el equilibrio. Un siseo y luego se abre por el lado situado hacia el exterior. Alza los brazos frente a sus ojos.

—¿Quién está ahí?, —pregunta, con voz asustada y amenazante tratando de ver, pero cegada por la claridad.

—Sissy.

Su cabeza se vuelve hacia mí.

—¿Gene?

Sale del enclave y, como yo, pierde el equilibrio durante la pequeña caída. Se cae con torpeza, quedando desmadejada en el suelo.

Voy hacia ella, y la temperatura de su piel hace que me sienta culpable.

Intenta abrir los ojos, pero no puede.

—¿Dónde estamos? ¿Qué está pasando?

—Estamos fuera. Todo está bien.

—¿Qué? ¿Por qué nos dejaron marchar? Hace un momento estaba en las catacumbas, encerrada dentro del enclave y al siguiente soy transportada al exterior.

—Inclina la cabeza hacia un lado—. ¿David? ¿Epap? ¿Estáis aquí chicos?

—No, Sissy, solo tú y yo.

Me sujeta el antebrazo con más fuerza.

—¿Qué pasa, Gene?

Sacudo la cabeza.

—¡Dime qué está pasando! Nada de esto tiene sentido!

Se lo digo. No le oculto nada, si le escondes algo a Sissy insistirá de todos modos una y otra vez, así que se lo cuento todo, todo sobre los aposentos del Gobernante, los tanques, las horas transcurridas desde la última vez que Epap envió un mensaje con el TT. Le dices todo y aún más, con la esperanza de que esta avalancha de información, este aluvión de palabras, disimulará tus verdaderas intenciones. Permaneces de pie con el sol a tu espalda y la luz penetrante de sus ojos frente a ti, deseando que la sombra proyectada oscurezca tu rostro. Y cuando ella te devuelve el abrazo con fuerza e intensidad y pronuncia palabras como cables de acero de que los dos juntos encontraremos a Epap, juntos mataremos a Ashley June, y juntos regresaremos para salvar a David, tú le devuelves el abrazo con el tuyo, solo que más fuerte y más estrecho, para enmascarar el odio y el desprecio que sientes por ti mismo.

Minutos más tarde, galopando, te alegras de que ella esté sentada detrás de ti y no pueda verte la cara y, aunque sus brazos rodean tu cintura y la parte interna de sus muslos presiona contra tus piernas en una intimidad que es un tormento, al menos te sientes aliviado de que no vea tu rostro, de que no tengas que mirarla a los ojos. Porque en ese momento podría ver a través de ti y darse cuenta realmente de porqué está aquí contigo. Podría descubrir tu propósito oculto.

Que no vas a matar a Ashley June.

Sino a salvarla. Para que vuelva a ser humana.

Y para llevarlo a cabo no puedes hacerlo solo, porque no eres suficiente. Solo una mitad.

Necesitas a alguien más. Necesitas a Sis.

CABALGAMOS CON DIFICULTAD a través del desierto de cobre ardiente abrasado por el calor. Impulso el caballo a un galope agotador durante los primeros treinta minutos disfrutando con su violento e impetuoso empuje y con la imposibilidad de tener un pensamiento coherente en mi agitada mente. Trato de ignorar la sensación que me produce el contacto de los brazos y las piernas de Sissy, su suave presión sobre mi espalda cada vez que rebotamos con fuerza. El viento en mis oídos, el fuerte resplandor de la luz del sol en mis ojos, toda distracción es bienvenida.

Cuando el Palacio se ha reducido a un punto distante detrás de nosotros nos detenemos junto a un montón de grandes rocas. Desmontamos y conducimos al caballo que respira con dificultad hacia la sombra que nos conceden. Sus ojos están desorbitados por el cansancio, sus músculos tensos por la fatiga.

—Estás forzando demasiado al caballo, —dice Sissy, preocupada por su cara—. Se desplomará y morirá antes de que lleguemos a la metrópoli. Ve más despacio, Gene.

No contesto. Tiene razón, pero no estoy de humor para admitirlo.

Me mira con insistencia.

—Te noto diferente. ¿Qué está pasando?

La ignoro y me ocupo de atender al caballo. Suspira con frustración, luego se sube a una roca, después a otra.

El caballo me mira de reojo con grandes ojos acusadores, como si conociera mis verdaderos motivos. Resopla, me salpica. Lo miro fijamente y a continuación asciendo las rocas para reunirme con Sissy. El granito me quema al tacto, casi chamuscándome las manos. Está mirando hacia el horizonte, a través de las ondulantes franjas de calor que se balancean sobre las rocas.

—No tienes que preocuparte de que los Iniciadores nos persigan, —le comento—. El primer consejero no puede dejar su lugar junto al Gobernante. No en un momento como este; y los otros Iniciadores no se moverán sin él.

Pero no está mirando en esa dirección. En su lugar, mantiene la vista en la metrópoli con las manos sobre los ojos a modo de parasol.

—Puedo ver los edificios. La metrópoli no está muy lejos, —concluye—. Tal vez a una hora de distancia.

—Una hora y media, —le corrijo—. Voy a ir más despacio. Tienes razón.

No responde, pero su expresión se suaviza un poco.

—¿Qué es eso que brilla allá?, —pregunta—. Ese destello en la distancia.

Sigo la dirección que señala su brazo.

—Allí.

—Ese es el Edificio del Dominio. El rascacielos más alto de la metrópoli.

—Donde trabajaba tu padre.

Asiento con la cabeza.

Sissy emite un silbido.

—Mira todos esos rascacielos. La metrópoli es mucho más grande de lo que imaginaba, Gene. —Me mira con asombro y profundo pesar—. ¿Cómo sobreviviste viviendo en medio de ellos durante todos estos años?

—Acabas por aprender. Adaptarte. Sobrevivir.

—Es tan enorme, —susurra Sissy con una voz más calmada y suave—. ¿Cómo vamos a encontrar a Ashley June ahí dentro? Será como buscar una aguja en un pajar.

—No tenemos que buscarla. Conocemos el momento y el lugar en el que con seguridad estará. El Centro de Convenciones, al atardecer. Estaremos allí y ella vendrá hasta nosotros. Luego la abatimos.

No dice nada, pero noto que la idea va calando.

—¿Y cómo encontramos a Epap?

Introduzco la mano en mi bolsillo y saco el TransTex.

—Seguimos tratando de localizarlo, —le contesto mientras le explico rápidamente cómo funciona escribiendo un breve mensaje.

> *Somos Gene y Sissy. ¿Dónde estás?*

—Hazle saber que nos dirigimos a la metrópoli, —dice Sissy—. Dile que estaremos allí en una hora y media.

Hago una pausa.

—No lo sé. Tal vez deberíamos omitir los detalles. Por si acaso su TransTex ha caído en las manos equivocadas. Sería mejor no dar demasiada información.

Aparta la mirada. Sabe lo que estoy insinuando sobre Epap, que puede que no esté vivo. Hace un rápido y casi imperceptible asentimiento con la cabeza.

Pulso ENVIAR.

—Haremos esto cada pocas horas, —le explico—. Tal vez obtengamos una respuesta.

Su mandíbula inferior se tensa.

—Es probable que esté muerto, ¿no?

No digo nada.

—Lo es, ¿verdad?

—No te mentaré, Sissy. —Mi voz es ahora más cariñosa—. Probablemente lo esté. Pero no podemos dejar que eso nos afecte. Tenemos que pensar en David, ¿de acuerdo? Aunque no podamos encontrar a Epap todavía debemos rescatar a David. Lo que implica llegar hasta Ashley June. Por el bien de David.

Sissy me mira fijamente. En ese momento una ráfaga de viento impulsa, atravesando nuestro cabello, el aire caliente liberado de las rocas.

—Sigo pensando en David, —musita ella. Una línea vertical se pliega en mitad de su frente—. En que ahora mismo, mientras estamos libres bajo el cielo azul con el sol bañando nuestros rostros y la posibilidad de hablar y de respirar aire fresco, él está confinado en un tanque. Sumergido en un líquido, solo, en casi total oscuridad. —Se sujeta la mandíbula, le rechinan los dientes—. Es más de lo que puedo soportar.

Sissy contempla el Palacio. Sus músculos se delinean en sus brazos, relucientes por el sudor.

—Siento que lo estoy abandonando. Haría cualquier cosa para ocupar su lugar; estaría dispuesta a morir mil veces. Debería regresar a buscarlo.

—No puedes, —respondo, casi con excesiva rapidez.

Se acomoda el pelo detrás de la oreja.

—Tú te diriges hacia la metrópoli y encuentras a Epap. Yo regresaré al Palacio, a buscar a David.

—No, Sissy, —niego insistentemente—. Nos quedamos juntos.

No puedo dejar que nos separemos, la necesito, necesito su sangre. Cómo me las arreglaré, cómo le explicaré el por qué la necesito, aún no lo he pensado. Pero no puedo apurar las cosas, no sin un recipiente apropiado para almacenar su sangre, no con tantas horas para que se deteriore con el calor. No mientras tenga todavía la oportunidad de alejarse.

Sissy acomoda su posición a la mía y su mirada es sorprendentemente tierna. Pequeñas gotas de sudor adornan su frente, salpican su labio superior. Ve la desesperación en mi cara y algo cede dentro de ella. Apoya su frente en mi clavícula. Rodeo con mis brazos su espalda mojada.

—Nos quedamos juntos, ¿de acuerdo, Sissy?

Asiente contra mi pecho.

Cierro los ojos, trago con dificultad. Espero que me perdone cuando todo esto termine.

Probamos las armas. Es mejor practicar los disparos aquí frente a las rocas que en la metrópoli, donde el ruidoso sonido de las detonaciones llamaría la atención.

Sissy aprende rápidamente cómo funciona la pistola. Deduce cómo cargarla y pronto puede hacerlo con los ojos cerrados insertando bala tras bala con los dedos en menos de cinco segundos. Escoge una roca como objetivo, y después de solo unas pocas rondas de práctica, acierta en cada disparo.

Mi arma preferida es el fusil de precisión, que solo localizo después de abrir el maletín plateado. Dentro también hay dos tubos cilíndricos.

—Silenciadores, —menciona Sissy con asombro, tomando uno—. Leí sobre ellos en el domo. —Evalúa con atención la pistola—. ¡Creo que este silenciador es compatible tanto con el rifle como con esta pistola!, —exclama, atornillándolo—. Siempre quise probar uno de estos.

Cuando ella dispara, en lugar de una detonación, lo único que suena es un silbido *metálico*. Asiente con aprobación.

—Quédate con ese, —le dijo.

Resulta que soy un excelente francotirador. Desde el momento en que coloco mi ojo sobre la mira telescópica, centro el punto de mira y tengo la culata encajada cómodamente en mi hombro, me siento bien. Al principio estoy excesivamente entusiasmado, demasiado ansioso de sentir el poder del rifle, y termino apretando el gatillo demasiado rápido. Pero después de los primeros disparos, controlo mi respiración y aflojo el dedo sobre el gatillo. Los impactos todavía salen alejados, cada uno un poco más cerca a mi izquierda. Hago algunos pequeños ajustes en la mira, y a partir de ese momento, centro el objetivo con cada disparo.

—Eres un as, —afirma Sissy, sonriendo. Su rostro se torna serio—. Esto es bueno. En términos de estrategia. Cuando llegue el momento de eliminar a Ashley June, podremos situarnos cerca y a distancia de ella. Tú tienes el primer disparo, desde lejos. Yo estaré cerca con un arma corta, en caso de que falles. Dos oportunidades para el mismo objetivo.

Asiento con la cabeza fingiendo estar de acuerdo y alzando la vista hacia el sol.

—Pongámonos en marcha, —propongo. Desmonto el rifle y vuelvo a sujetar las piezas en el interior de la maleta.

—Revisa el TransTex, —me pide.

Pero no hay ningún mensaje.

Sin hablar descendemos de la roca y desatamos el caballo. A pesar del silencio de Epap en el TT, puedo decir que el estado de ánimo de Sissy ha mejorado. Su piel tiene un buen color; su cuerpo parece más lleno de vida. Las armas, las prácticas de tiro, la sensación de trabajar hacia una meta común, todo esto ha animado su moral.

Aseguro la mochila a la silla de montar y estoy a punto de subir al caballo cuando posa su mano sobre mi hombro.

—Esta vez, —dice con una sonrisa—, cabalgaré yo delante. Es tu turno de sentarte detrás y ser el inútil cinturón de seguridad envuelto a mi alrededor.

LA TARDE LLEGA a su final cuando trotamos por el distrito financiero de la metrópoli. El calor es agobiante en las pavimentadas calles vacías. Los rascacielos se elevan sobre nosotros, y sus sombras inclinadas cortan transversalmente las calles, ofreciéndonos zonas de alivio al sol abrasador que nos ha golpeado incesantemente durante todo el viaje hasta aquí. Estos edificios, lápidas amenazantes de hormigón horneadas al sol y celosías metálicas cerradas, son espectadores silenciosos de nuestro lento y cauteloso avance.

El eco de los clip-clops del caballo retorna a nosotros, un sonido inquietante. Y aunque durante el día solía caminar muchas veces por estas mismas calles vacías cuando era más joven, me asustan como nunca antes lo habían hecho. Más de una vez miro hacia atrás, medio esperando ver una figura que nos sigue silenciosamente, saltando a cuatro patas.

—Gira a la izquierda en la siguiente intersección, —oriento a Sissy, y ella dirige al caballo con un suave tirón de las riendas.

Nos detenemos frente a un gran edificio circular. Una amplia calzada asciende dando una pronunciada curva hasta la entrada. Delante del edificio hay una masa de agua, extensa y profunda, más grande que la piscina municipal.

No es que alguien nadara alguna vez aquí, no en aguas con una profundidad de casi seis metros. Un abismo peligroso —los crepusculares se ahogan con facilidad en aguas muy poco profundas— pero necesario para los majestuosos espectáculos acuáticos nocturnos. Había visto algunos programas antes, en excursiones escolares y en la televisión. Una exhibición impresionante de elevados y arqueados chorros de agua sincronizados, luces de colores, arreglos florales y salpicaduras por todas partes.

Desmontamos y guiamos al caballo hacia el agua. Al llegar introduce el belfo y empieza a beber con frenesí.

—¿Es este el hospital?

—No. El Centro de Convenciones.

—Un poco temprano, ¿no crees?

—El caballo necesita beber. Nosotros también. —Recojo agua en mis manos, y la bebo a grandes sorbos. Está caliente y tiene un sabor metálico, pero aplaca mi sed. Sumerjo la cabeza en el agua, luego la sacudo al retirarla, dejando que se deslice por mi cuello y por el interior de la camisa.

Sissy ha hecho lo mismo, y el agua gotea de las puntas de su flequillo, humedeciendo su camisa. Mira de reojo al Centro de Convenciones.

—Mira allí. En el tejado. Está brillando como si fuera de cristal.

Asiento con la cabeza.

—La gente habla maravillas de ese techo de vidrio. En noches lluviosas, crea el ambiente perfecto. Las gotas de lluvia golpeando el techo, la cantidad justa de luz filtrada. Si hay luna llena oscurecen su color oprimiendo un interruptor. —Me mojo la cabeza de nuevo.

Sissy recoge más agua con las manos y peina su flequillo hacia un lado.

—Faltan horas para el amanecer. ¿Buscamos un lugar para ocultarnos?

—No podemos quedarnos aquí.

—Entonces, ¿deberíamos ir al hospital? ¿Encontrar la habitación de Ashley June, y eliminarla allí?

Niego con la cabeza.

—Es probable que el hospital esté lleno. Con periodistas, médicos, enfermeras. No llegaremos lejos antes de que nos reconozcan.

—Podemos ponernos los visores. Nos ocultarán la cara.

Tomo otro sorbo de agua.

—No funcionará. La gente no los lleva en el interior y además, míranos, nos destacamos en otros aspectos. Nuestro pelo está revuelto, estamos cubiertos de arena y de suciedad, tenemos manchas de sudor seco en la cara y en el cuello. Necesito desesperadamente un afeitado, no solo la barba, sino que también el vello de los brazos y las piernas. Y luego está nuestro olor corporal. ¿Cuándo fue la última vez que nos bañamos? Créeme, nos olerán a una o dos manzanas de aquí. Un visor no va a ocultarlo.

Los ojos de Sissy recorren mi cara y mi cuerpo, como si por primera vez se diera cuenta de la suciedad y del pelo.

—Podríamos lavarnos, supongo. Pero, francamente, no aprecio ningún olor.

—Nos hemos acostumbrado al olor del otro. Apestamos.

—¿Así que nos lavamos con este agua?

Sacudo la cabeza.

—No es suficiente. Nuestro olor está demasiado incrustado en nuestros poros. Necesitamos jabón, estropajos, detergente. Crema para aclarar nuestra piel bronceada por el sol. Blanqueadores para nuestros dientes y navajas de afeitar.

—Y algo me dice que no vamos a poder entrar en una tienda del vecindario y encontrar estas cosas. ¿Adónde vamos?

Froto el cuello del caballo.

—Volvemos a casa. A mi hogar.

ME RESULTA EXTRAÑO estar deambulando de nuevo por mi barrio. Antes de entrar en el distrito de las afueras atamos el caballo a una señal de tráfico por temor a que el fuerte ruido de sus cascos pudiera despertar a los durmientes de sueño ligero de las casas que bordean la acera. De todos modos, estamos contentos de estar caminando, parece que podemos aflojar las piernas y permitir que los músculos vuelvan a funcionar por primera vez en días.

Caminamos en silencio. Todo esto es nuevo para Sissy, la escala de la civilización la ha asustado y sorprendido. Nunca ha visto calles alineadas en cuadrículas perfectas, flanqueadas por casas que son copias exactas unas de otras ni tampoco había caminado al aire libre completamente expuesta, sin el vidrio de protección rodeándola y con tantos cientos de crepusculares en las inmediaciones, tantos millones más en todas las direcciones. Se detiene observando las ventanas y puertas cerradas y mira con ansiedad hacia el sol que pronto comenzará a ponerse.

—No estamos muy lejos, —le susurro.

Doblamos la última curva, y ahora estamos en mi calle. Nada ha cambiado desde la última vez que estuve aquí hace solo dos o tres semanas. Pero yo sí lo he hecho. La persona que una vez anduvo por estas calles ya no existe. Todo me es conocido, todo me resulta ajeno, al mismo tiempo.

Hasta que llegamos a mi casa. Entonces nada me es familiar; cada objeto es una evidencia desoladora. Porque mi casa apenas está ahí. Las ventanas han sido destrozadas, la puerta principal reventada y arrancada de sus bisagras. Incluso las paredes han sido aporreadas, trozos enteros de bloques de cemento empujados hacia afuera y pulverizados. La casa ha sido saqueada. Prácticamente todo ha sido robado para luego ser vendido en el mercado negro. Lo único que queda son fragmentos, pequeños pedazos de vidrio esparcidos por el suelo, madera astillada de la mesa y de las sillas esparcida por todas partes. El sofá ha sido reducido a cenizas y solo queda su estructura metálica retorcida. Las paredes, los suelos, las esquinas donde alguna vez se acumuló el polvo, todo ha sido lamido más de cinco veces por gente que intentaba encontrar una molécula de heper: mi piel muerta, mis folículos pilosos, mis uñas, mis gotas de moco de algún estornudo rebelde, cualquier cosa. Las paredes están cubiertas con cientos de espirales de saliva marchita de crepuscular, brillando como capas espinosas de barniz reseco.

El baño, donde esperaba encontrar los artículos de higiene personal y las afeitadoras, está incluso en peor estado. Espejos resquebrajados, baldosas arrancadas, el depósito oculto de agua mellado como si fuera una cerámica rota. El armario con las lociones corporales ya no estaba. Cada azulejo, grieta, línea entre baldosas, han sido lamidos por lenguas hambrientas, ansiosas por una hebra de ADN heper.

—Gene. Deberíamos irnos. —La mano de Sissy sobre mi hombro es amable, reconfortante—. Aquí no hay nada para nosotros.

Me limpio las mejillas, asiento con la cabeza.

Antes de salir, echo un último vistazo al vacío armazón de mi casa. Los últimos años aquí, completamente aislado, no fueron años felices. No lo fueron. Después la desaparición de mi padre, después de fingir que se había convertido y engañarme haciéndome creer que había muerto bajo la luz del sol, sentí terriblemente su falta. Como un dolor físico. Durante el día, era aún peor, completamente solo en la casa. Esos momentos vacíos eran dolorosos recordatorios de su ausencia.

En aquellos días, para aliviar el dolor, me lo había imaginado todavía vivo. Era la única forma que mi mente y mi corazón de niño de siete años podían afrontarlo. Quise creer que de alguna manera, milagrosamente, había escapado a algún lugar lejano. Quizá había huido hacia el este, a través de las Vastas, hasta las montañas que se alzaban en el lejano horizonte. Una vez mi padre había dirigido un avión por control remoto hacia esas montañas y me había dicho que lo recordara. ¿No era posible, razonó mi mente con siete años, que hubiera escapado hasta allí? Me aferré a esta mentira porque era una pasarela, aunque desvencijada y frágil, que cruzaba el abismo de mi soledad.

En los días en que el dolor no se podía controlar (y había muchos), salía de casa y paseaba por las calles. Caminando durante horas, recordaría la forma en que mi padre se movía a mi lado, cómo me advertía que me mantuviera alejado de la luz del sol o que me arrimara a los edificios. Eso es lo que más recordaba: su voz y sus palabras. Lo que yo quería era bastante simple: quería saber de él. No exigiría y ni siquiera necesitaría una explicación, bastaría con un simple mensaje que se me enviara desde las montañas del este en uno de esos aviones por control remoto. *Estoy vivo. Estoy bien.* Una frase o dos. Nada más.

Y así, mientras caminaba por las calles, a pesar de saberlo, alzaba mi vista hacia el cielo algunas veces. Deseaba ver un pequeño punto haciéndose cada vez más grande mientras pasaba sobre las Vastas, escuchar el pequeño zumbido de su motor, verlo volar entre el laberinto de rascacielos. Observar su descenso, su aterrizaje en la calle mientras se deslizaba lentamente hacia mí, para finalmente chocar suavemente contra mis pies.

Pero nunca vi un avión. No importa cuántas veces salí, cuántas millas caminé, cuántos zapatos usé, cuántas veces miré hacia arriba, nunca vi nada. Así que cambié mis expectativas; no necesitaba un mensaje. Aceptaría la mera visión de un avión; ni siquiera necesitaba aterrizar. Si simplemente se moviera por los cielos, sin descender, y pasara por encima de mi cabeza, sería suficiente consuelo.

Pero nunca vi nada. Nunca supe lo que se sentía al estar bajo la sombra fresca y calmante de un avión que pasaba.

SISSY MIRA AL cielo con ansiedad. El perfil pálido de la luna llena se delinea en el cada vez más oscuro fondo de color azul.

—Yo diría que tenemos un par de horas antes del atardecer, y todavía apestamos. —Mira hacia las casas del vecindario con el ceño fruncido. Se imagina las puertas y persianas abriéndose al atardecer, sus ocupantes (niños pequeños, adolescentes, padres, ancianos) saliendo a la carrera para perseguirlos por la calle.

—Sígueme, —le digo—. Sé adónde ir.

Caminamos con pasos rápidos y nerviosos. Las casas que nos rodean ya están proyectando sombras más largas, y el azul intenso del cielo está pincelado ahora con un toque carmesí.

—Revisa el TransTex, —me pide Sissy.

Nada. Escribo otro mensaje corto:

> *Epap, ¿estás ahí?*

Después de pulsar ENVIAR, aguardamos un minuto mirando la pantalla en blanco, esperando buenas noticias. Meto de nuevo el dispositivo en mi bolsillo.

—Vamos, vámonos.

Poco después, llegamos. La casa está en la esquina de la calle, exactamente como la recuerdo.

—¿Qué es este lugar? —pregunta Sissy.

—La casa de Ashley June.

—Oh. —Sissy se coloca el pelo detrás de la oreja—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Ashley June no sobrevivió todos estos años sin su propio suministro de artículos de higiene personal. Podemos usar el suyo.

Ella contempla la casa, intacta y con persianas, las paredes sin marcas. Ashley June nunca fue sospechosa de ser una heper, especialmente después de haber salido de la Presentación convertida en una crepuscular. Aquí no ha habido saqueos ni vandalismo.

—¿Cómo entramos? —pregunta Sissy—. Todos los accesos están cerrados.

—No es lo que parece. —Al agacharme, agarro la parte inferior de la persiana corredera de la puerta y la levanto. Se eleva a lo largo de unos rieles—. Estas persianas son para protegerse del sol, no para la gente. No es necesario que las bloquee durante el día.

Sissy asiente, entendiendo. Alcanza el pomo de la puerta y lo gira. La puerta se abre. Duda.

—Todo va bien, —la tranquilizo—. Ashley June vivía sola y ahora está en el hospital. No hay nadie en casa.

Un rectángulo difuso con la última luz de la tarde se filtra al interior, adornándolo con bandas de roja y anaranjada neblina. Entro y Sissy me sigue a continuación. En el interior descubro algo inesperado.

Ashley June no vivía asustada. Eso es más que evidente. En la seguridad de su casa no habitaba como si tuviera algo que ocultar. Colgadas y pegadas en todas las paredes con cinta adhesiva, desde el techo hasta el suelo, hay coloridas pinturas y cuadros. Posiblemente de lugares imaginarios descritos por sus padres: Colinas verdes salpicadas de flores de colores donde los arroyos azules se precipitan en mares de leyenda. Lugares donde el sol siempre desciende en torrentes de color amarillo yema. Donde siempre era de día, nunca de noche.

Y fotos. De su madre, de su hermano. Estas son las que más me sorprenden. Mi padre había quemado todas las fotos y dibujos de nuestra familia, pero Ashley June no parecía aquejada con el mismo exceso de cautela. Se mostraba tal cual era en su propia casa.

—Mira, —indica Sissy desde el otro lado de la habitación—. Hay una foto tuya...

Está apuntando a una fotografía de la clase. De hace años, cuando yo solo tenía nueve. Recuerdo claramente esa noche. La noche de la tormenta eléctrica. Había cogido a toda la escuela por sorpresa. Nos habíamos reunido allí cuando el cielo de repente se cuajó de densas nubes. El relámpago, que se bifurcaba en los cielos, destellaba con fuerza y ferocidad. Todo el mundo se puso frenético, los ojos apretados frente al dolor agudo que les atravesaba los ojos. Estalló el pandemonio. Los niños chillaban aterrorizados. Los profesores gritaban. La cámara del fotógrafo fue derribada y el impacto en el suelo puso de algún modo en marcha el modo de disparo automático continuo.

Esas fotos, subidas más tarde ese mismo día a la red, revelaron algo sorprendente. Una niña pequeña manteniéndose de pie en medio de la tormenta y que no mostraba en su rostro el sufrimiento ante la intensa luz mientras que todas las demás facciones a su alrededor estaban retorcidas por el dolor. Por el contrario miraba fijamente al rayo con la cara levantada, sonriendo ante las gotas de lluvia que caían. Unas horas después, se la comieron. Al anochecer, hordas de vecinos que habían visto las fotos en línea durante las horas del día irrumpieron en su casa. Demasiado tarde (siempre es demasiado tarde, nunca es a tiempo) descubrí que allí vivía alguien como yo.

—¿Eres tú de verdad? —pregunta Sissy, sonriendo, sin darse cuenta de mi rostro ceniciento—. Eras un pequeño y adorable cachorrillo, ¿verdad? ¡Tenías las mejillas de Ben! —Sus ojos lloran de risa. Apoya su mano sobre mi hombro.

Toda esta pared está cubierta con fotografías de la escuela. Reconozco a algunos de los estudiantes, a otros no, algunas son de grupos y en otras aparece una sola

persona. No hay un patrón o una razón para esta selección aleatoria de fotos. Tal vez eran estudiantes de los que Ashley June sospechaba que eran humanos. Quizás se sentía sola por la noche, y quería ver la compañía de caras en esta pared, a pesar de su falta de expresión o calidez. Sin tener en cuenta en el fondo lo diferentes que eran de ella.

—Oh, mira, ahí estás otra vez, —dice Sissy. Entonces su voz se apaga—. Oh... que raro.

Es otra foto de clase, una que reconozco al instante. Fue tomada el año pasado. Veo las caras de mis compañeros, nuestros cuerpos erguidos y solemnes, los brazos rígidos a los lados. Ahí estoy, de pie en la segunda fila, con los ojos lisos como el cartón. Todos tenemos ojos sin profundidad, sin emoción. Pero esto no es lo que atrae mi atención.

Es lo que Ashley June le ha hecho a la fotografía. La retocó. No solo en un lugar, sino en todas las caras. Un escalofrío me recorre la espalda.

Sobre cada boca de la fotografía pegó un pequeño recorte de otra boca: una boca sonriente, con los labios hacia atrás, dejando al descubierto hileras de dientes sin colmillos afilados de color blanco perlado. En lugar de una clase de crepusculares, nos hemos transformado en un grupo de humanos sonrientes. Colocó la misma boca sonriente sobre la del maestro, sobre la mía, sobre cada boca, excepto una... la suya.

Sobre su cara, ella ha pegado una suya foto diferente y aparece radiante. Nunca la he visto mirar así: una amplia sonrisa de un blanco resplandeciente, el sol brillando sobre su cabello castaño rojizo, sus ojos húmedos de felicidad, toda su cara en completo abandono. Me acerco más y miro fijamente su boca sonriente. Es la misma boca sonriente que fotocopió y pegó sobre la boca de todos los demás.

Bocas llenas de vitalidad, sonrientes bajo unos ojos vacíos. Una grotesca e inquietante contradicción. Pero quizás en la semioscuridad y desde el otro lado de la habitación, podrías convencerte de lo contrario.

—Se sentía tan sola, ¿verdad? —susurra Sissy.

Miro fijamente la imagen de Ashley June.

—Todos lo estábamos.

ASHLEY JUNE

CUANDO ASHLEY JUNE se acercaba a sus ocho años, su madre comenzó a mirarla de una manera diferente. Al atardecer, mientras la aseaba y revisaba su cuerpo para ver si tenía rasguños visibles antes de enviarla a la escuela, se demoraba de un modo que antes no había hecho. Mientras se vestía, los ojos de su madre examinaban su pecho desnudo con una seriedad que la hacía sentir cohibida.

—Espera, —dijo su madre una de esas noches. Se estaba haciendo tarde. Habían pasado quince minutos desde que las persianas se abrieran automáticamente. Las estrellas titilaban en el exterior. La luna estaba brillante.

—¿Mamá?

—Ponte de lado. —Los ojos de su madre parpadeaban de un lado a otro. Ashley June quería que su madre la mirara a los ojos, pero no lo hacía. Sus ojos examinaban su pecho, como si leyera diminutas letras sobre su piel desnuda, y ni una sola vez la levantó para cruzar su mirada con ella.

No fue hasta que la frente de su madre se arrugó de repente que Ashley June comenzó a preocuparse seriamente. Su madre nunca había fruncido el ceño, era una expresión prohibida. Esas líneas parecían tan extrañas en su frente que aparentaba como si pequeños hilos de coser estuvieran hundidos bajo su piel.

—¿Qué sucede, mamá?

Ella sacudió la cabeza y no dijo nada. Ayudó a Ashley June a bajarse la camisa y a ponerse los zapatos. Cuando salió por la puerta ni siquiera le advirtió que tuviera cuidado como siempre. Sus labios estaban apretados formando una estrecha línea, sus ojos a miles de millas de distancia.

Esto hecho se mantuvo en su mente durante toda la noche mientras permanecía en la escuela. Cuando regresó a casa, lo primero que quería hacer, incluso antes de quitarse las gafas de sol, era abrazar a su madre.

Solo que no estaba por ninguna parte.

—¿Mamá?

Ashley June se quedó muy muy quieta en el vestíbulo. Su madre siempre estaba en casa cuando regresaba. La saludaría en el vestíbulo, la ayudaría a quitarse los zapatos y, cuando la puerta se cerrara, le pasaba la mano por la mejilla.

—No crezcas nunca, —decía a menudo, apretando un poco sus mofletes.

Pero hoy, su madre no estaba en el vestíbulo. Confundida, se quitó las gafas y fue entonces cuando escuchó las voces, silenciosas y urgentes, que salían del dormitorio

de sus padres. Se acercó caminando. Detrás de la puerta cerrada escuchó la voz exaltada de su madre, chillona y asustada, un tono en el que nunca antes la había escuchado hablar. A continuación otra voz, y esta la cogió por sorpresa. Era la voz de su padre.

Nunca había llegado a casa tan temprano.

Llamó a la puerta, pero no debían haber oído, porque comenzaron a hablar de nuevo, disputando.

Giró el pomo y empujó la puerta para abrirla.

Su madre estaba de pie con los brazos cruzados sobre su pecho, con la cabeza inclinada. Sus ojos hinchados y con los bordes rojos, y su pelo, por lo general recogido en una apretada coleta, estaba desordenado. Su padre parado frente a ella, escuchando, con un brazo extendido, sosteniendo su hombro. A pesar del volumen de sus voces, su contacto sobre ella era tierno y reconfortante y fue este último hecho el que transformó su curiosidad en algo que rayaba con el miedo.

—¿Mamá?

Sus padres se sobresaltaron ante el sonido de su voz. Se giraron lentamente hasta que se pararon uno al lado del otro, con los brazos colgando a los costados, con nerviosismo.

La puerta principal se abrió. Su hermano mayor regresaba temprano de la escuela. El fuerte sonido de sus zapatos dando un golpe, el chasquido de la puerta principal al cerrarse y asegurarse con llave.

—¡Estoy en casa!, —anunció con voz jovial—. ¡Se canceló el entrenamiento!

Después de toda una noche de mantener su voz uniforme y sin alteración en la escuela, era la libertad de volver a casa. Todas las emociones reprimidas se liberaban finalmente. Sus padres les permitían un breve estallido de emoción cuando llegaban, siempre y cuando la puerta estuviera cerrada con llave y las persianas cerradas y no hicieran mucho ruido. Y después de cenar, durante unos diez minutos y solo si habían terminado todos sus deberes, dejaban jugar a Ashley June y a su hermano. Fue una época maravillosa cuando podían sonreír, cantar, fruncir el ceño, eructar y tirarse pedos. Cuando podían dejarlo salir todo.

Su padre no la miraría. Entonces su madre comenzó a hacer algo que le había prohibido expresamente que hiciera. Empezó a llorar. Las lágrimas brotaron de sus ojos, formando líneas descendentes en su cara.

Y en poco tiempo, Ashley June también estaba llorando, porque aunque no sabía por qué, de alguna manera sabía lo suficiente.

Unos días después un hombre, a quien Ashley June nunca había visto antes, llegó en algún momento entre el amanecer y el mediodía. Gastó tanta energía mirando con atención y tratando de averiguar la razón de su visita como lo haría más tarde, durante el resto de su vida, de hecho, tratando de borrarlo de su memoria. A través

de la abierta puerta de entrada, vio salir el ardiente sol entre los cielos brumosos y grisáceos. El hombre, que movía sus anchos hombros y su musculoso cuerpo con una gracia sorprendente, portaba un gran maletín de acero que depositó cuidadosamente sobre la mesa del comedor.

Estaba acompañado por una mujer con una niña pequeña, que Ashley June supuso eran su esposa y su hija. Los miró con atención. Su familia nunca recibía visitas. Entonces notó las gotas de sudor que brillaban en sus cabezas, las manchas alrededor de sus axilas, y así supo que eran como ella.

Se acercó a la niña. Llevaba una bolsa vacía en su pequeña mano como si fuera a recoger fruta. Con timidez extendió la mano lentamente y tocó su pelo. La niña se estremeció, se agarró con más fuerza a la mano de su madre y esta le devolvió el apretón para hacerle saber que estaba bien. Sus ojos eran grandes e inocentes.

Ashley June dejó que una pequeña sonrisa se formara en sus labios. La mínima expresión.

Los ojos de la niña se abrieron de par en par sorprendida. Luego empezó a sonreír respondiendo, tímidamente, las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba como las esquinas del papel al quemarse.

—Basta, —ladró el hombre. Era más estricto que sus padres. Al instante su boca se tensó formando una línea. El hombre no dijo nada más. Fue hasta la mesa y abrió el maletín.

Y fue entonces cuando la madre de Ashley June llevó rápidamente a la niña y a su madre al dormitorio. A la habitación que compartía con su hermano, en la que él había permanecido toda la mañana. Era extraño, ahora se dio cuenta. ¿Por qué no había salido su hermano?

Pero no tan extraño como lo que pasó después. En esos momentos solo estaban su padre y el otro hombre en el comedor.

Colocaron objetos extraños sobre la mesa, con cuidado, como si pusieran la mesa para comer. Pero estos no eran tenedores, cuchillos o cucharas. Eran bisturíes y agujas y otras cosas que no reconocía. Cosas pequeñas con bordes afilados. La asustaron.

Ashley June se desplazó a la esquina de la habitación y se quedó allí.

Los hombres murmuraban entre ellos en voz baja. Se esforzó por escuchar y captó los sonidos de palabras desconocidas, extrañas como anestesia, bilateral y ovarios. El hombre extraño cogió un cilindro de vidrio con una aguja larga y lo sumergió en un líquido transparente. Tiró del émbolo hacia atrás, introduciendo líquido por la aguja y asintió hacia su padre.

Y su padre se volvió hacia ella.

—Ven aquí, cariño, —le dijo.

Dio un paso adelante, pero se detuvo.

—Necesito decirte algo. Ven aquí. —Se sentó en el sofá, y dio una palmadita al lugar vacío situado a su lado.

Pensó en sentarse en su regazo. A veces, cuando estaba de buen humor y había bebido demasiado, la dejaba sentarse ahí. La hacía rebotar de arriba a abajo, dejándola reír y reír durante unos tres segundos. Para Ashley June, en esos momentos, su regazo se convertía en el lugar más divertido y seguro del mundo. Pero no se sentó allí ese día, lo hizo junto a él, y durante semanas se preguntó si las cosas habrían sido diferentes si lo hubiera hecho.

—Cariño, hay algo que tenemos que hacer, —dijo. La mano sobre su hombro, por lo general cálida y reconfortante, estaba húmeda y temblorosa.

—¿Qué, papá?

—Apenas sentirás nada, —dijo.

—¿Qué, papá?

Él permaneció callado y giró la cabeza hacia un lado. Lejos de ella, como si no quisiera que viera su cara.

—Te estás haciendo mayor, —dijo, todavía mirando hacia otro lado.

Ella no dijo nada.

—Y cuando te haces mayor, tu cuerpo... cambia. Comienzan a suceder cosas que están más allá de tu control.

Sintió que sus mejillas se encendían.

—Tengo tetas, —dijo tímidamente, de pasada, esperando que ese momento se desvaneciera.

—Mamá ya me lo contó. Dijo que no sucederá hasta dentro de unos años y que no te preocupara cuando ocurriera. Es lo natural.

El hombre extraño golpeó la mesa del comedor. Era para llamar la atención de su padre. Sus anchos hombros se movían con impaciencia. Giró la barbilla hacia el reloj de la pared.

—Sin embargo, hay algo que mamá nunca te contó, —continuó su padre—. Nunca te habló de otro cambio que va a ocurrir en tu cuerpo. Pronto. Tal vez. No sabemos exactamente el momento, puede que no ocurra hasta dentro de dos, tres, cinco años. Pero debido a que tu dieta es casi toda carne, podría suceder pronto. Un mes, una semana. Mañana. —Había una frialdad en su voz y una cualidad extraña en su cuerpo en tensión que le hacía parecer una persona diferente—. Y no podemos arriesgarnos a que nos pillen con la guardia baja, que este... cambio llegue de repente en la escuela, en el aula, en el autobús, en la calle. En medio de una multitud, en mitad de la noche.

—¿Qué clase de cambio?

—Mejor hacerlo ahora que más tarde, y de todos modos tendría que llevarse a cabo. Podría ser ahora, antes de que llegue. —Estaba divagando. Como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo.

—¿Qué clase de cambio, papá?

Se sobresaltó como si le sorprendiera su presencia junto a él.

—Empezarás a sangrar.

Ella no dijo nada durante un momento.

—Siempre soy cuidadosa. Como tú y mamá siempre me decís: Ten cuidado de no arañarte, de no cortarte, yo...

—No puedes detenerlo. No procede de un corte.

—¿Una hemorragia nasal? Sé qué hacer si...

—No.

—No lo entiendo.

—No tendrás que hacerlo. No después de... que nosotros hagamos esto.

—Ahora, Tobías, dijo el hombre extraño desde el comedor. Había desplazado todos los utensilios hacia un lado y colocado una gran lámina de plástico sobre la mesa.

—¿Quién es ese hombre, papá? —preguntó. Era extraño oír al hombre dirigirse a su padre por su nombre.

Su padre se detuvo.

—Es uno de nosotros, cariño. Trabaja en el Edificio del Dominio y es muy muy inteligente. Sabe mucho sobre el cuerpo y hoy va a ser tu médico, ¿de acuerdo? Va a ayudarte a estar a salvo. Ha traído a su esposa. Si es necesario ella lo ayudará más tarde.

Ashley June se puso en pie.

—¿Qué está pasando? —miró hacia la puerta cerrada de la habitación—. ¿Mamá? ¡Mamá!, —gritó, el miedo se apoderó de ella de repente—. ¡Tengo miedo!

Pero la puerta no se abrió. Su hermano, su madre, la niña, ninguno de ellos salió. Detrás de esa puerta solo había silencio.

El doctor se acercó a ella y a su padre. La aguja parecía ridículamente pequeña y delgada en la mano grande del doctor, y la llevaba con mucho cuidado.

—No sentirás nada, cariño, —dijo su padre como si eso fuera lo único que importara. Sus ojos brillaban, pero no había nada hermoso en las lágrimas que ella veía brotar. Se puso de pie, y una línea de lágrimas descendió por sus mejillas.

Los dos hombres se pararon frente a ella.

Ashley June comenzó a temblar.

El doctor dio un paso hacia ella. Algo se quebró en su interior, y se dio la vuelta para alejarse corriendo. Pero su mano le sujetó el brazo.

Se resistió; lo hizo. Sacudiendo los brazos, dando patadas y mordiscos. La sujetaron de todos modos, sus brazos y piernas apretados con firmeza contra el suelo como si fuera una mariposa clavada y encerrada. Sintió el pinchazo de la aguja en algún lugar por debajo de la cintura, y entonces el mundo se volvió turbio y su cuerpo se volvió blando y laxo.

—No sentirás nada, no sentirás nada, no sentirás nada, —decía su padre a un millón de millas de distancia.

Estaba equivocado.

Se despertó. Estaba tumbada en el sofá de la sala de estar. El dolor era un fuego ardiente dentro de ella, que afectaba incluso su visión: una película de color púrpura, como un moratón, cubría todo lo que veía. Se sentía débil. Exhausta. El aire estaba cargado de olores a amoníaco y agentes desinfectantes.

—¿Mamá? —susurró débilmente, pronunciar cada sílaba era un tormento. Intentó hablar más alto, pero su voz era incluso más frágil que antes. Oyó a los hombres hablando. Su padre y el doctor. Miró por encima del respaldo del sofá, los vio junto a la estantería. Hablaban en voz baja, con el cuerpo encorvado.

—¿Hablas en serio?, —le preguntó su padre.

—Alguien tiene que ir. Esos niños no pueden sobrevivir solos en el domo.

—Joseph, no lo sé.

Durante un largo momento, los dos hombres se miraron fijamente, cada uno sin ceder.

Las manos del médico se tensaban y se relajaban. Unas manchas de sangre seca salpicaban su mano. Su sangre.

—Somos tú o yo, Tobías, —decía—. Ambos lo sabemos. Somos los únicos que podemos ser científicos en el Instituto Heper, y no voy a renunciar a mi puesto en el Dominio. Es demasiado vital tácticamente. Además, casi he comprometido las medidas de seguridad en la planta 59.

—Siempre puedes regresar, —dijo su padre—. Aunque te mudaras al Instituto, siempre puedes volver al Dominio durante el día.

—Sabes qué, eres un idiota, —replicó el médico—. De ninguna manera voy a dejar a mi familia para que se las arregle sola.

El labio superior de su padre se alzó con asombro.

—Oh, ¿así que vas a dejar que la chica se las arregle sola en el domo? ¿Tengo que recordarte que ella es la mitad del Origen y que solo tiene siete años, que todos los adultos de allí están ahora muertos, que no tiene a nadie más que a un montón de bebés? ¿No representa esto otros diez años antes de que pase el período de incubación?

La indecisión asomó brevemente en el rostro del médico.

—¿Y tengo que recordarte que la otra mitad del Origen es mi hijo? Quién es joven, propenso a cometer errores, a quién mantenemos en casa tanto como sea posible, como hoy. ¡No voy a levantarme y dejarlo durante semanas o meses!

—Todavía tendrá a su madre...

—¡No!

—Entonces entramos y cogemos ahora a la chica. No nos dejas otra opción. ¡La llevaremos de vuelta a la Misión con Gene!

—¡No!, —gritó el doctor, tan fuerte que su padre se estremeció—. Juramos que nunca lo haríamos. Si simplemente la sacamos, lo sabrán, vendrán a por nosotros, hasta las montañas...

—¡Entonces ve al domo!, —concluyó su padre. Se adelantó hasta que su nariz casi tocaba la cara del doctor—. Nadie más que tú puede lograrlo. Solo tú puedes soportar estar en medio de ellos, codearte con ellos en el Instituto. Lo has demostrado en el Dominio. Porque tienes agua helada corriendo por tus venas. Nadie más aguanta bajo esas condiciones. Con certeza yo no. Solo tú, y en el fondo, lo sabes.

El galeno no parpadeó, ni suavizó su expresión. Solo dijo:

—Tengo que considerar a mi familia.

Su padre resopló.

—¿Qué pasó con que el Origen es lo primero? ¿Que nada, ni siquiera la familia, puede interponerse en el camino? ¿Qué le ha pasado a tus prioridades?

—Vete al infierno. —El doctor enderezó sus anchos hombros—. Nunca cuestiones mi compromiso, —susurró con voz firme—. Nadie está más entregado a esta causa. Sabes que la pongo por encima de todo.

Hablaron más, y Ashley June trató de escuchar pero las energías se le escapaban, y ya no podía sostener su cuerpo. Se hundió de nuevo en el sofá y se sumergió en una inconsciencia que semejaba la muerte.

Cuando se despertó de nuevo, la casa estaba iluminada con el fuerte resplandor de la luz del día. Esto era inusual. Durante el día, su casa siempre estaba cerrada para evitar la peligrosa luz solar que podía broncear o incluso quemar su piel. Pero ahora la puerta estaba abierta de par en par, y desde donde estaba tumbada podía ver el sol del atardecer, colgando bajo e inflamado sobre la línea de azoteas al otro lado de la calle.

La familia del doctor se marchaba. Aunque estaban en la calle, ella podía notar el miedo en sus agitados susurros. Algo malo sucedía con el caballo. Tal vez fuera la sangre, su sangre, toda ella quemada y blanqueada ahora, la que lo había inquietado.

—Tal vez deberíais quedaros, —decía su padre—. Os estáis arriesgando demasiado.

El doctor miró al sol, evaluando la situación.

—No, podemos volver. Mejor que no nos desviemos de la rutina.

Se pusieron los tres en marcha, el sonido de los clip-clops del caballo eran cada vez más tenues y se desvanecían, incluso cuando aceleró el paso y la cadencia.

Ashley June pensó que nunca volvería a ver a esa familia. Pero estaba equivocada. Solo habían transcurrido veinte minutos cuando los volvió a ver. Se despertó con un incesante golpeteo en su puerta. Estaba atenuado, deliberadamente, destinado a que únicamente su familia lo oyera y no los vecinos, sin embargo entendió la urgencia que había detrás de ello.

Se sentó. El dolor entre sus piernas hizo que su visión flotara. La sombra de su padre pasó volando por su lado hacia la puerta. Se había estado preparando para el día, lavándose y afeitándose. Llevaba un juego de colmillos falsos en su mano.

—¡Para de hacer tanto ruido!, —susurró su padre, con la boca pegada a la puerta.

—¡Déjanos entrar!

Un grito apagado vino del exterior. Era la voz del médico. Pero ahora estaba ronca, abandonada toda compostura y templanza.

Su padre estaba a punto de abrir la puerta cuando se detuvo. La desazón se apoderó de él como una capa de fango. Se acercó a las persianas que estaban junto a la puerta y apretó un botón para abrirlas.

Ashley June pudo ver entonces al doctor ante la puerta. Calle abajo, a un bloque de edificios de distancia, estaba su esposa. Llevaba a la niña en brazos. No parecía estar despierta. Su cabeza estaba inclinada hacia atrás, su pelo arrastrándose por el suelo. Salvo error Ashley June no recordaba que la chica tuviera el pelo largo y observó con más detenimiento.

No era pelo.

Era sangre.

Se estaban desprendiendo alargados hilillos de sangre de una herida abierta en su cabeza, dejando un reguero sobre el suelo.

Anocheecía, y ya se había rebasado el crepúsculo.

Las piernas de la niña colgaban de los brazos de su madre. Algo le ocurría a una de ellas. Estaba deformada y doblada en un ángulo agudo.

El hombre golpeó la puerta desde el exterior.

—¡Date prisa! ¡Es casi de noche!

—¿Por qué habéis vuelto? —preguntó el padre de Ashley June airadamente.

—El caballo empezó a dar coces. Algo lo asustó y nos tiró antes de huir. Una pezuña alcanzó a mi niña y le rompió la pierna. Estábamos demasiado lejos de casa, nunca lo habríamos logrado. Volver aquí era nuestra única opción.

—Nunca debisteis haber...

Y luego se quedó paralizado. Al igual que mi padre. Ante un solo sonido.

Un aullido. Procedente de algún lugar al otro lado de la calle. Acompañado, un segundo después, por otro.

El vecindario estaba despertando, ante el olor de la sangre heper.

Sus vecinos probablemente seguían colgando de sus asideros, con sus conciencias medio dormidas incapaces de comprender o creer lo que estaban oliendo. Pero muy pronto saldrían corriendo de sus casas en pijama y a la sombría luz del anochecer.

Ashley June, con el cuerpo todavía atormentado por el dolor, se incorporó.

—¡Por el amor de Dios, abre la puerta!, —gritó el doctor.

Su padre:

—No.

Un momento de silencio. A continuación se repitió el sonido de los golpes, solo que más fuertes, con más urgencia, incluso cargados de ira.

—¡Abre! ¡Ya vienen!

—No.

—No puedes hacer esto. Si nos dejas aquí, todos nosotros estamos muertos. ¿Me escuchas? Todos nosotros.

Su padre no dijo nada. Solo apretó sus manos contra la puerta, su cabeza baja como la de un hombre que empuja una pesada roca cuesta arriba. Ashley June miró hacia la habitación de su hermano. La puerta aún estaba cerrada, su hermano y su madre manteniéndose detrás de ella, obstinadamente ciegos.

—¡Déjanos morir aquí fuera y me perderás! Perderás todo aquello por lo que hemos trabajado tan duro.

Su padre no respondió.

—¡Piensa en el Origen! ¡Apenas tiene siete años! ¿Cuánto tiempo crees que durará sola? ¡Déjanos entrar ya!

El resto de lo que dijo quedó ahogado por el sonido de los golpes. Ahora era su padre el que golpeaba la puerta, no el médico, tres, cuatro veces, torturado por la indecisión.

Más aullidos estallaron afuera.

—¡No puedo dejaros entrar!, —respondió su padre—. Dejará un rastro de sangre hasta el interior de la casa.

—¡No es nada! Solo un rasguño. Podemos detenerlo. Es...

—¡No! Ha dejado un rastro. Tiene que haber una explicación para el rastro. —Y las siguientes palabras de su padre se pronunciaron en voz más baja, como el silencio de la culpa—. Te dejaré entrar. Pero no a la niña. ¿Lo has entendido? No a la niña.

Se produjo un largo silencio al otro lado de la puerta.

Más aullidos rompieron el cielo oscuro.

Ashley June se movió al otro lado del sofá. Sus piernas se arrastraban, paralizadas como sacos sin vida. Desde allí pudo ver, por la ventana sin persianas, un poco más de la calle. Observó al doctor corriendo hacia su esposa e hija. Separó a su hija de los brazos de su esposa y dejó que el joven cuerpo cayera deformado al suelo. La pierna, doblada en un ángulo grotesco, yacía en el suelo como una rama rota. La madre gritó, su chillido agudo se mezcló con los lamentos del barrio.

El hombre agarró a su esposa por detrás, le sujetó los brazos y comenzó a arrastrarla por la calle hacia la casa. La niña se quedó tirada allí mismo y su madre gritó y chilló, e intentó librarse del control de su marido. Pero era demasiado fuerte. El sonido distante de puertas y persianas abriéndose automáticamente ya resonaba en el aire.

El padre de Ashley June les abrió la puerta principal. Con agilidad, lo suficiente para que pasaran rápido. El doctor entró primero, pero mientras torcía su cuerpo para deslizarse en el interior, redujo la fuerza con la que sostenía a su esposa. Ella giró su cuerpo y huyó de sus manos.

—¡No!, —gritó el doctor, dándose la vuelta para ir tras ella.

Pero la puerta se cerró de golpe en su cara. El padre de Ashley June empujó su cuerpo contra la puerta y se enfrentó a él.

—¡No! ¡Es demasiado tarde!, —exclamó, escupiendo saliva por la boca—. ¡Por el amor de Dios, si abres la puerta, estamos todos muertos! ¡Todos nosotros!

El médico lo hizo retroceder, empujando a su padre contra la puerta.

Un grito del exterior. El grito de la mujer.

El médico, con la mano congelada en el pomo de la puerta, se mantuvo inmóvil. Lo que fuera que estuviera sintiendo, ira, miedo, pánico, solo se mostraba a través de los músculos de su espalda y de las abultadas venas que recorrían su cuello. No se movió.

Al otro lado, la mujer corrió hacia su hija desmayada. Las persianas del vecindario ya estaban completamente alzadas, revelando huellas de pulgares pertenecientes a caras pálidas que miraban por las ventanas. En cuestión de segundos, las puertas delanteras se abrieron de golpe y las ventanas reventaron al saltar la gente a través de ellas. Sus pijamas de franela revoloteaban como ondulaciones sobre un estanque azotado por el viento mientras corrían por la calle. Cada vez más rápido hacia el alucinante descubrimiento de dos hepers vivos tirados justo allí en medio de la calle.

La madre había cubierto a su hija con su cuerpo, como si fuera una manta. Ashley June recordaría durante toda su vida cómo la mujer la miraba como si no hubiera nada más en el universo. Su expresión no era de pánico ni de desesperación. Más bien, una quietud maternal, como si estuviera cantando una canción de cuna tranquilizadora sobre su bebé dormido, iluminándolo con su rostro. A continuación, solo un segundo más tarde, la propia madre fue cubierta, aunque en este caso por la llegada de una docena de personas, con violencia, con insultante fuerza. Se echaron sobre ella y una fracción de segundo más tarde la alcanzaron, golpeándola con la fuerza de una granizada que la apartó de su hija, separando a la madre incluso de sí misma en mil pedazos sangrientos.

Dentro de la casa, nadie habló, nadie se movió. Pero todos encontraron una pared, o una puerta, o el suelo, contra el cual apretar sus rostros, proteger sus ojos y cubrir sus oídos del fuerte sonido de la carne al ser devorada y de la sangre al derramarse.

Y en todo lo que Ashley June podía pensar era en el pobre hijo del médico que estaba en su casa, en cómo era ajeno a lo que estaba sucediendo, cómo no era consciente de que su madre y su hermana estaban siendo hechas pedazos y en cómo no sabía que su vida había cambiado irremediablemente. Y una tristeza oprimía su

corazón, porque ella sentía lástima por él, y por un momento deseó poder absorber algo del dolor y la soledad que pronto y con seguridad le visitaría como la fría y cruel llegada de la noche.

El CUARTO DE baño de Ashley June está como esperaba. Intacto, lleno de productos de higiene personal. Sus mezclas caseras son similares y en muchos aspectos superiores a las mías. Todo está colocado en cajones ordenados, en estantes, repisas, armarios y cestas. Polvos para la piel, neutralizadores de olores, pastillas de jabón, cortaúñas. Al lado del espejo, sobre un estante de vidrio, hay botellas de un líquido traslúcido que descubro que contienen jabón para el cabello, en forma líquida. Ingenioso. En el cajón superior de una pequeña torre de ellos están sus falsos colmillos. Más de una docena, de diversos tamaños; todos los que ha usado desde que era una niña pequeña. Los había guardado, por la razón que fuera. Froto mi pulgar sobre la punta roma de uno de los más pequeños. Tan diminuto. Tal vez solo tenía cinco años la última vez que los llevó puestos. La visión de estos colmillos, el lapso de años que representan, me provoca un nudo repentino en la garganta.

—Deberíamos comenzar, —digo, en voz baja—. Falta menos de una hora para la puesta del sol. —Reviso el nivel del agua para la ducha. Está bien. Los dos contenedores superiores se llenan hasta el borde con agua de lluvia. No se han usado en semanas. *Desde la noche de la Lotería*, pienso para mí. Esa fue la última vez que Ashley June estuvo aquí, en las horas que precedieron al crepúsculo antes de la Lotería.

—Yo iré primero, —dice Sissy.

Asiento y salgo.

Un minuto después, escucho el sonido del agua derramándose. Sissy necesitará cambiarse de ropa, la que ha estado usando está mugrienta y apesta. No debería ser un problema encontrarle alguna. Ella y Ashley June deben medir más o menos lo mismo. Echo un vistazo en la cómoda, cogiendo un par de pantalones pirata enrollados, una camisa informal vaquera y la ropa interior que, elegida rápidamente, deslizo entre la camisa y los pantalones.

Llamo suavemente a la puerta del baño.

—Ehhh. He cogido algo de ropa para ti.

No contesta. Preocupado, empujó la puerta y entro.

Se encuentra bien. No hay cortina de ducha y lo veo todo. Su pelo empapado, oscuro como la melena de un caballo, aplastado hacia la mitad de la espalda. El agua fluye hacia abajo, se acumula brevemente en la parte baja de su espalda, y luego sobre sus nalgas pálidas y blancas. Se desliza resbalando sobre la curvatura de los músculos de su pantorrilla. Su cara está levantada, a centímetros del cabezal de la ducha, y su boca abierta bebiendo un poco de agua mientras salpica ruidosamente sobre ella. Por eso no me oyó llamar.

Bajo la vista con rapidez, coloco la ropa encima de la cesta y me doy la vuelta para salir. Pero no antes de que note que la pastilla de jabón que está sosteniendo en su mano derecha solo está rozando suavemente su brazo izquierdo. Demasiada delicadeza, excesiva suavidad. No se está limpiando.

Voy a salir. Hablaré más alto desde el otro lado de la puerta cerrada, le diré que tiene que restregarse con más energía.

—¿Qué sucede?, —pregunta, sobresaltándome—. ¿Algo va mal?

Tengo un *lo siento* a punto en mis labios y un pie medio fuera cuando me detengo.

Se ha vuelto hacia mí. No hay vergüenza, bochorno, o intento por cubrirse. Solo sus ojos, honestos y sin mala intención. Sus brazos a los lados, el agua salpicando sobre su hombro formando una neblina de diminutas gotas de agua.

Aparto la mirada. Baldosas frías, marcos metálicos, envases grises. Vuelvo mis ojos hacia los suyos y el calor que hay en ellos es como una llama que me envuelve.

—Tienes que frotar mucho más fuerte, —le digo.

—Lo hago.

—No lo haces.

Sostiene mi mirada.

—Muéstramelo, —susurra.

Me acerco y recojo el jabón de su mano. Retiro el paño áspero de un gancho de la pared y lo humedezco en el agua.

—Date la vuelta, —le pido. Mi voz suena hueca en el reducido espacio, las palabras silenciadas por el chapoteo del agua.

Lo hace. El agua fluye en ondas por su espalda, bajando por la pendiente vertical de su columna.

—No lo consideres un baño, —aclaro—. Entiéndelo como una eliminación.

Le enjabono la espalda con la pastilla, moviéndola en pequeños círculos. Tratando de no dejar que mis dedos toquen la piel de su espalda.

—Borrando todo lo que te hace diferente. Eliminando todo lo que es humano.

Con la otra mano presiono la toalla contra su piel. La froto hacia abajo, suavemente al principio; luego con mucha mayor intensidad hasta que su piel enrojece irritada, hasta que sienta como si la estuviera dejando en carne viva. No se queja ni se mueve.

—Tenemos que eliminarlo todo. Los olores. Las secreciones oleosas. Las células muertas de la piel. Y después, necesitamos cortarnos las uñas de las manos y de los pies, depilarnos las cejas, afeitarnos el pelo de las piernas, los brazos y las axilas. Hacer desaparecer todas las señales.

—¿Tú hiciste esto todos los días?

—Cada noche.

Mira fijamente la pared de azulejos que tiene enfrente, sin pronunciar palabra. El agua cae, lavando la espuma, como una cortina sobre su piel.

—No puedo imaginarme haciendo todo esto cada noche. Ni creo que pueda hacerlo incluso ahora.

Un fino chorro de agua, suave como la neblina, se desliza sobre mi cara.

—Te mostraré cómo, —susurro—. Te ayudaré.

Gira la cabeza para mirarme y sus ojos se concentran completamente en mí.

Tomo su brazo y deslizo el jabón a lo largo del mismo. Tiembla con el contacto y se le pone la piel de gallina. Presiono la pastilla con más fuerza sobre su piel suave. Ella mantiene su mirada sobre mí, y una película de algo translúcido cubre sus ojos. Un destello de duda, incluso de sospecha. Pero tan rápido como aparece, se va.

—¿De acuerdo?

Asiente con la cabeza. Froto la pastilla de jabón sobre la zona posterior de su antebrazo. Luego por la parte inferior más suave. Se estremece.

—Lo siento. Me olvidé de eso. —Le doy la vuelta al brazo. La marca X tiene costras que se transformarán en una gruesa cicatriz. Con suavidad, guío su brazo bajo la ducha, dejando que el agua descienda por el brazo, una y otra vez, como si el agua lavara, alisara, borrara todas las marcas y prominencias no deseadas.

Y se da la vuelta, sosteniendo mi cara con sus manos. Sus ojos penetran profundamente en los míos. Las ojeras bordean sus ojos, medias lunas negras inclinadas, y su visión despierta en mí un instinto de protección. Sus ojos nunca se apartan de los míos, ni siquiera por un parpadeo. Me sostienen la mirada, humedecidos pero fuertes, como un largo abrazo bajo la lluvia.

Esto es lo que más me atrae de Sissy. No tanto su belleza o su fuerza interior. Ni siquiera su lealtad a los que ama. Es su total falta de malicia. Esta franqueza es algo que había relegado y rechazado a lo largo de los años. Por el bien de la supervivencia, he vestido en su lugar una máscara, gruesa e impenetrable, como una insensible cicatriz y, negándome a mostrarme a los elementos, me he consumido debajo de ella.

Sissy está desnuda y sin pudor ante mí. Me acaricia un lado de la cara, una y otra vez, como si quisiera retirarme algo. Siento que la capa exterior se desliza, y la sensación es similar a la que sentí cuando salté de la montaña en el ala delta. Aterradora y estimulante.

Sus dedos se deslizan con suavidad por mi cara mientras mi mano está tratando de lavar su cicatriz.

Y en ese momento, algo se rompe dentro de mí. Rozo su labio superior con mi pulgar y sigo la suave curva de su mejilla.

Y es ahí cuando me doy cuenta. Mi plan de utilizarla por su sangre, de ponerla en riesgo para salvar a Ashley June, ese es un plan que nunca podría llevar a cabo. No le haré eso a Sissy.

Seguiremos adelante con nuestro plan. En unas pocas horas, le meteré una bala en el cráneo a Ashley June.

—Gene, —susurra Sissy, como si finalmente hubiera encontrado lo que ha estado buscando durante tanto tiempo.

Y yo inclino mi cabeza hacia adelante en el chorro de agua, para que cuando cierre los ojos la sal de mis lágrimas sea lavada y la evidencia de mi culpabilidad removida para siempre.

Ni siquiera por Ashley June.

MÁS TARDE, LIMPIOS, depilados y con las uñas recortadas, nos sentamos en la sala de estar sobre la deshilachada alfombra. Los últimos rayos del atardecer se deslizan a través de la puerta abierta. Nos sentamos uno frente al otro, tan cerca que nuestras piernas se cruzan. Sissy se pasa los dedos por su cabello húmedo.

—No podemos ir al Centro de Convenciones a caballo, —comento—. La gente, los crepusculares, raramente cabalgan en parejas sobre ellos. En su lugar, tomaremos el autobús. —Viendo la confusión en su rostro, agrego—: Es como un largo carruaje tirado por al menos un par de caballos. Caben más de una docena de pasajeros.

Sus líneas de expresión se acentúan.

—No me entusiasma entrar en un espacio cerrado con ellos.

—Si caminamos, vamos a sudar y a oler mal. —Pongo mi mano sobre su rótula—. El autobús será lo adecuado. Solía utilizarlo siempre. No te asustes si los caballos se vuelven para olerte. Solo recuerda: consigue un asiento con ventanilla y abre la ventana de par en par, eso debería ayudar a disipar cualquier olor, y siéntate en la última fila así nadie percibirá los olores con el aire en contra. Me sentaré cerca, pero no a tu lado. Mejor si no nos ven uno al lado del otro, podría provocar que nos reconocieran.

—¿Cuánto dura el viaje?

—Apenas unos quince minutos. Pero parecerá una eternidad, especialmente si está lleno de gente.

Se retuerce, claramente descontenta.

—Recuerda. Vigila tus labios, que no reflejen emociones. No demuestres antipatía y, hagas lo que hagas, nunca sonrías o esboces siquiera el gesto.

—No creo que encuentre muchas razones para hacerlo.

—Y no hables si puedes evitarlo.

—Vale, lo tengo. Como una estatua.

—Esa es la idea correcta. Ser una estatua invisible y discreta. No hagas *nada* que llame la atención. Mantén este visor Moonlight siempre puesto, —le digo, sacando dos pares de la mochila y dándole uno—. Incluso dentro del Centro de Convenciones, donde estará oscuro y te sentirás tentada a quitártelo. Sin estos visores, corremos un elevado riesgo de que nos reconozcan, Sissy. Nunca te lo quites.

—¿No destacaremos si somos los únicos que los llevamos dentro?

—Es que no tenemos elección.

Ella asiente pensativa, con los labios apretados con determinación.

—Tus labios...

Sacude la cabeza, enfadada consigo misma.

—Lo pillo.

—No puedes ser tan descuidada.

—Lo sé, lo sé. Pero de todos modos, ¿no me ocultará la cara el visor?

—Solo confunde. No bloquea completamente tu rostro. Y además, solo te cubre de la nariz hacia arriba. Tu boca queda completamente a la vista. Necesitas recordar eso.

Suspira en voz alta, pero antes de que pueda regañarla dice:

—¿Y la forma de caminar? ¿Algo que deba saber?

—Camina con mesura, con movimientos pausados de los brazos, —le muestro como—. Sigue el paso, ni demasiado rápido, ni muy lento. Confúndete con el entorno. No cambies de ritmo de repente. Sus ojos captan los desplazamientos irregulares e inconsistentes.

—Entiendo.

—No camines demasiado cerca de alguien...

—¡Gene! ¡Lo he entendido!

—No, no lo entiendes, Sissy. Esto va a ser un gran reto para ti. Vamos a estar rodeados de miles de personas en la calle, decenas de miles una vez que estemos dentro del Centro de Convenciones. Y no te das cuenta de lo mucho que destacas. Tu comportamiento, incluso cuando simplemente permaneces de pie, grita *diferente*. Estoy aquí tratando de ayudar.

Deja salir el aire indignada, se pone de pie, nerviosa, respirando profundamente.

Me levanto con ella.

—¿Ves la reacción que estás teniendo? ¿Levantándote enojada, suspirando ruidosamente? En estos momentos allá fuera, estarías muerta.

—Para, ya.

—Estoy tratando de...

—Oye, no soy la única que va a encontrar dificultades.

—Sissy, no quiero presumir ni nada parecido, pero soy bueno desapareciendo entre la multitud. He estado haciendo esto toda mi vida.

—No estoy hablando de mezclarse entre ellos. Sé que lo harás bien.

—¿Entonces de qué estás hablando?

Se detiene, reflejando en el rostro su pesar por haber sacado el tema. Pero cuando me mira, sus ojos se mantienen firmes.

—¿Estás seguro de que vas a ser capaz de disparar?

Mantiene sus ojos enfocados en los míos, desafiándome a mirar hacia otro lado.

—Sabes a lo que me refiero. Tendrás el primer disparo a June con el fusil de precisión. A larga distancia, escondido entre las vigas. Cuando la tengas en la mira, ¿vas a ser capaz de apretar el gatillo?

Escupo las siguientes palabras, rápidamente, dejando que caigan de mi boca.

—Por supuesto. No es un problema. Apunto hacia ella y aprieto el gatillo. Hecho. Sissy sacude la cabeza, pero con simpatía, no con acritud.

—¿En serio, Gene? Porque no estoy tan segura. Sé lo que significa para ti. Conozco el lugar especial que tiene en tu corazón. Solo con estar aquí en su casa y ya veo el efecto que ha tenido en ti.

—Lo que ella *significaba* para mí. —Acomodo la visera de mi gorra y le devuelvo la mirada con una convicción que sé que es sincera, contento de haber recuperado la resolución bajo la ducha—. Porque esa persona a la que le voy a disparar en un par de horas puede parecerse a ella, hablar como ella, pero no es ella. Ashley June ya no está. Ashley June se ha ido. Estoy disparando a un crepuscular, eso es todo. Será una muerte piadosa.

El sol poniente desciende bajo la línea de tejados al otro lado de la calle. La habitación se sumerge en un gris oscuro. La noche está a punto de caer.

—De vuelta a la Misión, —dice Sissy, bajando la voz—, cuando ella nos atacó. Se detuvo, Gene. Se *detuvo*. Ella estaba saltando para atacarte, pero luego cambió de dirección y me atacó a mí en vez de a ti. —Por un segundo, los dedos de Sissy se mueven instintivamente hasta el cuello, tocando las pequeñas costras donde Ashley June la había mordido—. No sé si ha cambiado completamente de la forma en que dices que lo ha hecho. Puede que haya conservado algunas cosas, Gene, como sus sentimientos hacia ti.

La casa se oscurece aún más. El sol es ahora un recuerdo que se desvanece.

Los sentimientos de defensa crecen en mí.

—Haré el disparo, Sissy.

—¿De verdad? —Ella toca mi mano, con delicadeza—. Porque también estás cargando con mucha culpa. Aún te sientes responsable, justa o injustamente, por aquello en lo que se ha convertido.

Los ojos de Sissy penetran en la oscuridad cada vez más densa, traspasándome. Está buscando, tratando de llegar hasta el fondo.

—¿Estás seguro de que vas a disparar? Porque si no lo estás, podemos intercambiar nuestras posiciones. Deja que me lleve el fusil.

—No. Puedo hacerlo...

Pone su mano en mi antebrazo. Un apretón suave, pero sin duda decidido.

—Entiendes por qué estoy diciendo esto, Gene. Si no puedes apretar el gatillo, me veré obligada a disparar. A corta distancia y sabes lo que eso significa, ¿verdad? Dispararé cerca del escenario, y la multitud a mi alrededor se volverá hacia mí. En cuestión de segundos. No podré escapar entre esa multitud. Me atacarán antes de que pueda dejar caer el arma.

Miro las pinturas, las fotografías, todas sus líneas y colores brillantes, desapareciendo en la oscuridad cada vez más profunda y me encuentro con la mirada de Sissy, frente a mí.

—Puedo hacerlo. Como dije, será un asesinato piadoso. La sacaré de su miseria.

La casa se oscurece y luego, como una sombría elegía, suena la sirena del vecindario que marca el ocaso. En un minuto, las persianas se levantan, las ventanas

y las puertas se abren. La metrópoli está despertando y las finas y frágiles barreras que nos separan de ellos retiradas. Nada se interpone entre sus millones de colmillos y nuestra piel.

Levanto la mochila llena de armas y me pongo el visor.

—Es hora de hacer esto, Sissy. Hora de irse.

LA GENTE ABANDONA apresurada sus casas un minuto después de sonar la sirena. Todo el mundo está ya vestido y ansioso por salir, todos en la misma dirección. Hacia el Centro de Convenciones.

—Espera a que haya más tráfico, —le susurro a Sissy—. Destacaremos menos.

Los caballos pasan corriendo, todos con un solo jinete, a medida que más peatones invaden la acera. En cuestión de minutos, parece que la totalidad del vecindario ha ocupado el pavimento. Algunas de las familias más ricas se desplazan en sus traqueteantes carruajes.

—De acuerdo, —digo en voz baja—. Ahora.

Caminamos por el sendero, giramos en la acera hacia la izquierda y permanezco unos diez pasos por delante de Sissy según nuestro plan. Necesitamos mantenernos separados para disminuir las posibilidades de ser ambos descubiertos, y ella no conoce el camino. Pero ahora desearía que hubiéramos invertido nuestras posiciones, quiero mantenerla vigilada, evaluar cómo lo está haciendo.

Me aparto hacia un lado, me agacho y finjo que ato mis cordones. Cuando me rebasa unos segundos después me pongo de pie, y con lentitud, me acerco a su altura. Nadie habla, nadie hace charlas, nadie ofrece un saludo. Pero nada va mal: así es como son. Caras anodinas y taciturnas, todo el mundo con gafas de sol o visores a esta temprana hora de la noche.

Puedo decir que el silencio de la multitud es desconcertante para Sissy. Su forma de andar es demasiado rígida, tensa, pero no lo suficiente como para llamar la atención, al menos no todavía. Camino para alcanzarla. Ella me siente a su lado, no gira la cabeza en señal de reconocimiento (bien), pero está respirando demasiado rápido (mal). Es la proximidad de colmillos y garras, la posibilidad de que la brutalidad estalle en una fracción de segundo lo que la inquieta.

Cuando nos encontramos ligeramente aislados, le susurro:

—Toma tú la iniciativa. La parada de autobús está a dos manzanas. Busca la señal amarilla.

No responde, pero empieza a caminar demasiado rápido y sus brazos se elevan en exceso.

—Despacio. Brazos, —es todo lo que puedo murmurar antes de que la multitud crezca a nuestro alrededor.

Pero lo entiende. Aminora el paso, estabiliza el movimiento de sus brazos. Lentamente, retrocedo.

Ya hay una fila en la parada de autobús, unas siete personas. Permanecen completamente quietas, sus pálidos rostros vueltos hacia nosotros. Estoy paranoico, nervioso, y por un momento creo que nos están mirando. Pero solo están observando

el otro lado de la carretera, sin tenernos en cuenta, buscando el largo carruaje del autobús.

Sissy se pone a la fila y yo me sitúo detrás de ella. Tal vez sea mi imaginación, pero la gente que hace cola parece ponerse un poco rígida. Delante de nosotros ruedan caballos y carruajes, el clip-clop y la ocasional rueda chirriante que rompe el sordo ruido de las botas sobre el cemento.

El autobús llega, un carruaje extra largo que se utiliza en los días especiales en los que el número de pasajeros es elevado. Sus seis caballos están resoplando ya con el esfuerzo, y desprendiendo calor. Subimos y, mientras lo hacemos, el caballo más cercano mueve repentinamente su cabeza hacia mí, las fosas nasales húmedas y abiertas de par en par. Nos huele. Hepers.

Con discreción, le doy un empujón por detrás. *Date prisa, sigue adelante.* Sube los dos escalones, se desliza por el pasillo despacio pero con soltura, evitando el contacto corporal. No es una hazaña fácil teniendo en cuenta lo abarrotado que está. Encuentra un asiento en la penúltima fila y abre la ventana rápidamente. Bien. Hay ráfagas de viento. Unos pocos pasajeros, molestos, se giran para verla. Sissy solo observa por la ventana. Incluso después de que miran hacia otro lado, mantiene la cabeza perfectamente quieta, con la cara girada contemplando el exterior. Perfecto. Lo está haciendo muy bien.

Encuentro un asiento vacío al otro lado del corredor y coloco la mochila en el asiento de pasillo, con cuidado. Abro la ventana de par en par, siento la gloriosa corriente de aire. Hasta ahora, todo bien. Todo de acuerdo al plan, no es un problema todavía.

Oculto detrás de mi visor, miro de reojo a Sissy. Sigue siendo una roca, manteniéndose firme. Su respiración controlada, sus hombros no muy tensos. Solo sus manos delatan el estrés que siente: sus dedos se agitan en su regazo. Pero nadie está sentado a su lado; nadie puede ver sus manos.

El autobús prosigue, el sonido de los cascos de los caballos sobre el pavimento se unifica casi perfectamente. La carrocería de madera cruje mientras avanzamos.

Hacemos varias paradas en el camino. Más gente se amontona. Alguien se acerca. Señala mi mochila en el asiento de al lado. Lo ignoro y me quedo mirando por la ventana. No dice nada, solo permanece en el pasillo. Levanta la mano y agarra un asidero que cuelga desde arriba. Ahora el pasillo está abarrotado. Alguien se sienta al lado de Sissy. En ese momento un muro de cuerpos en el pasillo me impide verla.

La gente me mira fijamente, molesta con este joven punk egoísta y demasiado egocéntrico como para mover su bolsa para que otros puedan sentarse. Mantengo la cabeza hacia afuera, incluso cuando mis ojos escudriñan de un lado al otro desde detrás del visor.

Un giro repentino en una intersección. Los cuerpos se inclinan y se balancean ligeramente y veo brevemente a Sissy. Sus hombros encogidos y tiesos, su cuello inclinado de forma poco natural. Está tensa. Pero todavía no ha perdido el control.

Está mirando hacia afuera, respirando a través de la ventana abierta. Es lista esta chica. Me siento orgulloso.

Pasan los minutos y más cuerpos se amontonan. Acabamos de hacer nuestra última parada en la zona residencial, y el autobús ya está volando a lo largo de la calle. La carretera está ocupada por otros caballos y carruajes, y las aceras rebosan con miles de personas que caminan hacia el Centro de Convenciones. Nadie habla, todo está en silencio excepto por el sonido de los cascos y el golpeteo de miles de botas sobre el hormigón. Los edificios tienen mayor altura, ya no son los domicilios bajos de las zonas residenciales. Hemos entrado en el sector empresarial.

Y minutos después, llegamos al Centro de Convenciones. En la gran fuente exterior frente al mismo se está exhibiendo un completo espectáculo acuático. Arcos elevados, chorros de agua en espiral que salen de la piscina, veinte, treinta metros en el aire antes de salpicar la superficie ondulada y espumosa. La música se transmite a través de altavoces exteriores, sincronizados con el espectáculo acuático. Sissy desciende del autobús antes que yo y se mezcla con el flujo peatones. El ritmo de todos es más rápido ahora, el comienzo del evento se acerca, el nivel de emoción aumenta. Camina lentamente, conocedora de que será fácil mantenerse separada entre tanta gente.

Se detiene frente a la fuente y me acerco a ella. Nuestros ojos permanecen fijos en el agua que brota en amplios arcos simétricos sobre nosotros. Se han añadido líquidos fosforescentes al agua, y los elevados giros de agua brillan ligeramente en la oscuridad.

—¿Estás bien? —le susurro.

—Bien.

—No. En serio. ¿Estás bien?

No responde de inmediato.

—Hay tantos de ellos. Demasiados. —Su voz se encoge, trabándose—. ¿Cómo vamos a conseguirlo? ¿En qué estábamos pensando?

—Sh-h-h-h. No te acerques tanto a la fuente. Le tienen miedo al agua, a la profundidad, a las luces.

—¿Por qué la tienen entonces?

—Porque gran parte de la excitación la representa el peligro.

Da un paso hacia atrás.

—No creo que podamos hacer esto. Hay demasiados. Están por todas partes.

—No, lo estamos haciendo bien. Solo recuerda el plan de actuación. Concéntrate en eso y en nada más, ni en la gente que te rodea. ¿De acuerdo?

Después de un momento, susurra...

—... está bien.

—Permanece cerca, —comento, y nos reunimos con la multitud que entra al Centro de Convenciones.

PARA ENTRAR EN el estadio principal del Centro de Convenciones, la multitud debe meterse primero a través de un gran túnel que se divide en otros cada vez más pequeños que conducen a niveles y zonas más elevadas. Aquí en el túnel principal, cada sonido se amplifica y produce eco y el trueno de los pasos hace que parezca que hay muchos más que los miles de personas que se encaminan al auditorio.

A pesar de que nuestro mejor plan era permanecer separados, Sissy y yo caminamos uno al lado del otro. Simplemente está demasiado oscuro y abarrotado como para arriesgarse a perder el contacto. Incluso nos quitamos los visores, una jugada arriesgada, pero dado el entorno de oscuridad casi total, necesario. Me consuelo al saber que esta multitud de miles de personas está mirando en la misma dirección, sin que nadie lo haga hacia atrás o de soslayo.

Sissy empieza a estremecerse a mi lado. Es apenas perceptible, invisible para la mayoría. Pero veo cómo tiemblan sus dedos. Está tratando de aplacar sus miedos y mantener un comportamiento tranquilo, pero está sobrepasada. Sus labios están torcidos en una curvatura extraña, y sus brazos se balancean con movimientos faltos de ritmo. No podemos seguir de este modo. Tarde o temprano, alguien se dará cuenta.

A nuestra derecha hay una pequeña zona de comidas, casi vacía. Está rodeada de puestos que venden aperitivos, tiras de carne sintética y brebajes de sabores artificiales. Empujo a Sissy hacia una mesa en el rincón más alejado donde podemos mantener nuestros rostros fuera de la vista. Hay algunas otras parejas en mesas distintas, conversando y dando sorbos a sus bebidas. Eso es bueno. Encajamos.

—Lo siento, —dice mientras nos sentamos—. Me ha afectado. Demasiados, rodeándonos. El aire se volvía escaso, me sentí asfixiada.

—Está bien. Descansemos un minuto para recomponernos.

Respira lenta y profundamente. Sacude la cabeza con frustración y recupera la compostura.

—Pensé que lo soportaría mejor, —dice con un ronco susurro saliendo de su garganta—. ¿Qué me pasa?

—No estás acostumbrada a esto. Escucha, podemos permanecer juntos. Tal vez separarse fue una idea ridícula.

Pero ya está moviendo la cabeza.

—No. Ajustémonos al plan original.

—Sissy...

Me toca la mano pero la retira rápidamente, recordando.

—No, Gene. Decidimos que era lo mejor. Tú, en los niveles superiores. Yo en la planta baja. Líquidala con el fusil y huye con rapidez. Si fallas, o tu arma se atasca

o... —se muerde el labio por un instante—, la abatiré.

—Eso no va a pasar, Sissy.

—Solo tenemos que...

—No dejaré que suceda. No fallaré. No voy a permitir que dispires en la planta baja porque sabemos lo que eso significa. Allá abajo, no tienes escapatoria.

—Lo sé. Pero debemos hacer planes para cada contingencia. —Se peinó hacia un lado—. Con independencia de como sucedan las cosas, intentaremos encontrarnos a la entrada, al lado de la fuente. Y en el peor de los casos, nos reuniremos en los peñascos del desierto.

Con impotencia quiero pasar mi mano por debajo de su mandíbula, donde la dureza del hueso y la suavidad de la carne se encuentran. Pero todo lo que puedo hacer es contemplar mis manos inmóviles.

—Deberíamos revisar el TT, —dice después de un tiempo.

Extraigo el TransTex. Nada. Escribo un mensaje rápido.

> *Epap, estamos en el CC. ¿Dónde estás?*

Es arriesgado revelar nuestra posición de esta manera, y mi dedo pasa por encima del botón ENVIAR, dudando.

Pero Sissy me insta a mandarlo.

—Es el paso correcto, —dice—. Tal vez su TT está roto, puede recibir pero no enviar mensajes. Si ese es el caso, tenemos que hacerle saber que estamos aquí. Dale al menos una oportunidad de conectarse con nosotros.

—¿De verdad crees que podría estar aquí?

Asiente con la cabeza.

—Si no pudo matarla anoche, y a juzgar por el hecho de que el evento sigue en pie, no lo hizo, querría venir a este lugar. Por la misma razón por la que estamos: ella está aquí.

Sissy asiente de nuevo.

—Enviémoslo. Quien no arriesga no gana. —Pulsa la tecla ENVIAR.

—*O lo pierde todo*, —pienso aunque no lo expreso con palabras.

Detrás de nosotros, la multitud crece por momentos. Sus pasos son como truenos que rebotan en las paredes y el techo.

Sissy se gira a medias para mirarlos. Bajo la mesa, me aprieta la mano con más fuerza.

—Esto es algo que no habíamos previsto, —le digo.

—Lo sé. Pero es mucho peor de lo que imaginé que sería.

Me inclino hacia ella.

—Todavía podemos irnos. Olvídate de...

—No. Hagámoslo.

—¿Seguro?

Asiente con la cabeza, tensa.

Alguien se sienta en la mesa de al lado. La zona de comidas se está llenando de gente que caminaba con el estómago vacío.

—Deberíamos seguir adelante, —digo de mala gana—. Antes de que llamemos la atención.

Su mano aprieta la mía una vez más antes de soltarla.

—Pero aquí es donde nos separamos, Gene.

—No lo digas así.

Hace un fugaz amago de sonrisa.

—Te veré más tarde entonces, ¿de acuerdo?, —comenta.

—De acuerdo.

Pero ninguno de los dos nos movemos. No queremos separarnos.

Usando su cuerpo como cubierta, saca su pistola y quita un silenciador del bolsillo.

—Nos ajustamos al plan, Gene. No te desvíes, ¿de acuerdo? —Se mete la pistola en la cintura del pantalón y se pone la camisa por encima del bulto—. Nos vemos en un rato.

Asiento con la cabeza, sin confiar en mi voz.

Me lanza una última mirada y luego se separa. Quiero sujetar su mano, evitar que se vaya. Pero me quedo quieto como una roca, con los brazos atados a los costados, una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida. Camina a lo largo del borde de la multitud, acercándose, debe sentirse como si tocara el filo de una navaja de afeitar, después desaparece en ella como una gota de lluvia en un río. Está allí, y luego se ha ido.

Un minuto más tarde, me uno a las masas. Mis pies se acompañan al mismo ritmo que los suyos. Quiero echar un vistazo a Sissy, pero todo es oscuridad. Camino hacia adelante, con la mochila colgada sobre un hombro, incapaz de alejar la idea de que, al dejar marchar a Sissy, he cometido un error fatal.

AL SALIR DEL túnel el gentío se mueve con eficiencia y en silencio a lo largo de pasillos de color gris pizarra. En cada nivel, miles de personas abandonan la rampa para encontrar sus secciones en esa planta. Para cuando estoy en el quinto y último nivel, la multitud se ha reducido notablemente.

Agarro la correa de la mochila. Aquí arriba la multitud es diferente, mejor vestida, con más ínfulas. Los hombres visten trajes elegantes con amplias solapas de terciopelo, las mujeres con los vestidos a la moda de exuberantes colores propios de la gente acaudalada. La crema de la sociedad subiendo al punto más alto donde todo son *suites* de lujo privadas.

Y sin ningún visor a la vista. Aparte del mío, por supuesto.

El diseño del estadio es un misterio para mí, y no estoy seguro de qué puertas conducen a dónde. Cuando se anuncia por el sistema de megafonía que el evento comenzará en cinco minutos, empiezo a sentir un poco de temor. No sé cómo llegar a las vigas. Rápidamente decido pasar al plan B: encontrar una *suite* vacía. Privadas y aisladas, son en realidad los lugares perfectos para preparar el asesinato. Todavía puedo ver el objetivo desde una ventajosa posición elevada. A continuación, aprieto el gatillo, derribo el blanco y escapo rápidamente fusionándome con las multitudes en pánico.

El único problema es encontrar una *suite* vacía. Este es un evento repleto de gente, y cada palco por el que paso está completamente ocupado o a punto de estarlo. Apuro el paso demasiado rápido y por el rabillo del ojo observo a dos miembros del personal conversando, con sus cabezas ladeándose para estudiarme. Ven a una persona que camina demasiado rápido, cuyo atuendo y comportamiento no encajan con la flor y nata del Nivel de Lujo y que porta un visor. En interiores.

Reduzco mi ritmo, recorro la curva natural de este nivel. Una vez fuera de su vista, me muevo más rápido, con las piernas en tensión con pánico contenido. Mis ojos atisban en cada *suite* al pasar, deseando un milagro que sé que no llegará. Hay pocas esperanzas de encontrar una vacía.

De repente se oye un anuncio por los altavoces: *Un minuto más. Tomen sus asientos.*

Los pequeños grupos de personas que merodean por ahí desaparecen en sus palcos dejándome prácticamente solo y completamente expuesto.

Hay una *suite* en mi camino. A diferencia de las otras, la puerta está cerrada. A medida que me acerco, veo las palabras *El Palacio* embellecidas con letras doradas. *Está vacía*, pienso para mí. *Tiene que estar vacía*. El Gobernante y su personal están atrapados en las Vastas, incapaces de desplazarse en tan poco tiempo. Giro el pomo y, como un regalo, la puerta se abre.

Me deslizo dentro y cierro la puerta rápidamente. Me quito el visor. La *suite* está vacía, el aire limpio. Presiono mi oreja contra la puerta. Pasos en el exterior, demasiado apresurados para ser de nadie salvo el personal de seguridad siguiéndome. Las pisadas rebasan rápidamente la puerta, se desvanecen. Transcurrirán varios minutos antes de que regresen, si es que lo hacen.

Me quedo con la *suite*. Es más grande de lo esperado, quizás del tamaño de dos *suites* típicas, con una barra en la parte trasera, somieres de terciopelo en el techo, una puerta corrediza de cristal que se abre a dos filas de asientos exteriores acolchados que se asoman al estadio. Las tenues luces se oscurecen, envolviéndome en la oscuridad. Comienza el espectáculo.

Me deslizo a través de la puerta hacia las filas exteriores de asientos. Miro por encima del borde hacia la arena.

Solo el escenario está iluminado, tenuemente, una esfera de un leve color gris que brilla desde el suelo desnudo. El arqueado techo de cristal del estadio, generalmente suavemente cóncavo como una cúpula, parece extrañamente granuloso e irregular. Tardo un minuto en darme cuenta del porqué: hay cientos, miles de globos amontonados allí arriba. Sé lo que han planeado. En el clímax del evento de esta noche, dejarán caer los globos. Será todo un espectáculo: miles de coloridas esferas descendiendo hacia el suelo mientras la luz de la luna se tiñe a través de la bóveda de cristal.

Desde las *suites* de mi izquierda y derecha, llegan sonidos suaves. Tintineo de copas de vino, conversaciones mediante susurros contenidos. Me alejo del borde, no quiero ser visto, y me escabullo a la segunda fila. Un buen lugar para prepararse para el asesinato sin ser detectado.

El maestro de ceremonias sube al escenario. Está vociferando, pero no estoy prestando atención. Necesito concentrarme en la tarea que tengo entre manos. Saco el fusil. Atornillo el silenciador cilíndrico en el tubo de escape. Cargo y coloco dos balas en la recámara. No habrá tiempo para retirar los casquillos y luego cargar una tercera vez. El pandemonio se producirá rápidamente, y tendré que abandonar todo y salir de aquí exactamente en dos segundos.

Entonces la realidad me golpea. Que este arma, fría y afinada, es en mis manos el instrumento exacto que llevará la muerte a Ashley June. Que esa es la bala que le destrozará la cabeza, atravesando en un instante la cascada de su cabello cobrizo. Me acuerdo de todos esos años en la escuela secundaria cuando me sentaba detrás de ella en el aula, cuanto anhelaba alcanzarla y tocar su pelo. Recuerdo que no hace mucho en el Instituto Heper, la noche de la Gala, cuando estábamos acostados uno al lado del otro le acariciaba el cabello. Recuerdo cómo esas hebras sedosas se percibían como un prodigio, el calor de su mano en la mía, el tono de su voz en mis oídos.

Los aplausos estallan entre la multitud de miles de personas, ensordecedores y estridentes. Están vivos, no como las imágenes en una pantalla. Están vivos, están aquí, en todas partes a mi alrededor, y el pensamiento, frío y húmedo, me irrita la

piel. Me quedo mirando el suelo del escenario, un pozo de oscuridad. En algún lugar de esa masa de gente se encuentra Sissy. ¿Cuántas veces la han golpeado, tocado o rozado con la piel sin querer? ¿Cuántas veces ha reprimido apartarse, un grito, una sacudida?

La voz del maestro de ceremonias se eleva, convirtiéndose en un emocionado *crescendo*. Oigo sus palabras en el fondo de mi mente, lejanas, como a millas de distancia. Está hablando de la Caza Heper; de los cazadores; de Ashley June. La cazadora ganadora, así es como la llaman ahora, la Campeona de Valientes. El público se impacienta, empieza a aplaudir con ritmo, más rápido, más fuerte, con los pies golpeando el suelo en todas las plantas.

En algún lugar allá abajo, Sissy está imitando a todos los que la rodean. Tratando de mantener el ritmo de los aplausos y los pisotones. Un aplauso inoportuno, un pisotón demasiado tarde, y los ojos se desviarán, las cabezas girarán. Las narices se sacudirán.

Nunca debí dejarla ir sola.

Sacudo la cabeza. No puedo dejar que estos pensamientos me distraigan. Si permito que mi mente se deslice un milímetro, esa trayectoria inicial desviada hará que mi disparo se aparte un metro del objetivo. Necesito poner en blanco mi mente, centrar mi atención. Porque si fallo, Sissy muere.

Las luces del estadio se atenúan más. Solo un foco se enciende a través de la oscuridad, un haz de luz difuso que golpea un lado del escenario.

Una figura se adentra en esa luz. Una luminiscencia de un color blanco nacarado y una cascada de lava roja que fluye de la parte superior. Eso es todo lo que veo al principio: roja y blanca, radiante, austera, vibrante.

Es Ashley June. Con un ajustado vestido blanco y un par de zapatos de tacón blancos de satén. Y su cabello, más voluminoso y largo de lo que recuerdo, emanando de él una profunda y palpitante rojez. Camina hacia el centro del escenario con confianza, con paso firme y enérgico. Sin gafas de sol. Pero hay algo raro en sus ojos. Sostiene algo en su mano, lo suficientemente pequeño para casi caber en la palma. Mira con detenimiento a la audiencia, disfruta de la vista de las decenas de miles de sus nuevos y adorables admiradores. Tiene un talento innato para ser el centro de atención.

Me arrodillo en posición, coloco el cañón del fusil en la parte superior del asiento de delante y observo a través de la mira telescópica. Muevo con lentitud la rueda de enfoque tratando de localizarla y encontrándola, el contorno borroso e hinchado de su cuerpo cristalizándose con una aguda claridad.

Está tan cerca, solo a un brazo de distancia. Su piel es de un blanco irisado, su cabello del color de una rosa en flor. Está resplandeciente. Su belleza ha madurado. Parece más real, más viva, que en todos los años que la he conocido.

Mis manos tiemblan. La pierdo de vista.

Comienza a hablar con esa voz inimitable que es dulce y seductora a la vez. Salvo que su voz ahora es más ronca, con más matices que antes.

Cierro los ojos e inspiro. La encuentro de nuevo con la mira telescópica, y la centro en el punto de mira. Mi dedo índice se desplaza a lo largo del gatillo, doblándose alrededor de su curva metálica. Empiezo a presionarlo.

Ashley June habla, con la cabeza moviéndose de izquierda a derecha y de vuelta a la izquierda, a lo largo de todos los niveles del estadio. Estableciendo contacto visual con miles de personas, haciendo que cada una de ellas se sienta personalmente tocada. Incluso cuando noto que sus ojos alcanzan el Nivel de Lujo, cuando se mueven hacia mi *suite*, no puedo moverme. Estoy bloqueado. Mi dedo, blanco por la presión contra el gatillo, se detiene.

Ella no es Ashley June. Solo tiene su aspecto externo, pero ya no existe. Esto es un asesinato piadoso. *Acaba con ella ahora mismo. Termínalo. Pon fin a su desgracia.* Antes de que sus ojos se desplacen por todo para centrarse en mí, antes de que me ponga en el punto de mira. Porque aunque para mí todo es tan oscuro como la noche, para ella es tan claro como el día.

Aprieta el gatillo. Aprieta el gatillo, ya.

No puedo. Mi dedo está trabado en su sitio. O tal vez sea el gatillo, quizá esté atascado. Aprieto con más fuerza, lo siento moverse apenas. En cualquier momento a partir de ahora, en cualquier fracción de tiempo, y el fusil retrocederá en mis manos.

Sus ojos se deslizan recorriendo mi *suite*. Entonces se detiene. Durante un breve instante creo que me ve, sus ojos se encuentran con los míos a través de la mira telescópica. Cuentas oscuras para los ojos que me miran fijamente. Lleva lentes de contacto negras para protegerse de los atenuados focos. El vello de mi cuello se eriza. Una conexión, gruesa como una trenzada cuerda, se crea entre nosotros. La siento tan real como el frío metal en mis manos. Ashley June al otro lado, tirando. Después sus ojos pasan por delante de mí, rebasan mi *suite*, hasta la siguiente.

Acaba con ella. Acaba con ella. Dispárale.

Pero mi dedo no parece poder moverse.

Entonces me doy cuenta. La realidad me golpea en la nuca.

Sissy sigue ahí abajo. Mi corazón martillea de nuevo hundiéndome en una enfermiza realidad. Sissy va a pensar que fallé, comenzará a sacar su arma y si dispara, morirá. No hay forma de que escape de la multitud en la planta baja.

Aprieto con más fuerza el gatillo. Un milímetro. Y otro. Uno más y la bala, seguramente, saldrá volando. Está centrada en el punto de mira. Ahora. Ahora.

Al instante se ha ido. Así de fácil. Un segundo en el punto de mira, y al siguiente desaparecida. Busco en el extremo del escenario. Allí: justo detrás de la cortina, rodeada de oficiales uniformados que la están alejando entre bastidores hacia el interior.

Haz un disparo, maldita sea. Solo dispara, tal vez aciertes.

Otro pensamiento asoma en mi mente.

¿Dónde está Sissy? ¿Por qué no hizo un disparo?

Tal vez Ashley June se bajó del escenario demasiado rápido para que Sissy reaccionara y sacara el arma. O tal vez le ha pasado algo. Algo terrible.

Algo vibra contra mi muslo.

Es el TransTex. Ha llegado un mensaje.

Ignóralo, me digo a mí mismo. *Haz el disparo* antes de que Ashley June desaparezca por completo. Inclino la cabeza y trato de localizarla otra vez a través de la mira telescópica.

El TransTex vibra con insistencia y se calienta.

Exhalo con frustración, suelto el gatillo, saco el TransTex.

Un mensaje. De Epap.

> *Es una trampa. Corre.*

NO PUEDO MOVERME. A pesar de que siento que pasan unos valiosos segundos, todo lo que puedo hacer es mirar fijamente la pantalla del TT e intentar derretir la capa de escarcha que ha paralizado mis pensamientos y mi cuerpo. El público de repente empieza a golpear el suelo con los pies y me saca de mi estupor. Escribo un mensaje rápido.

> *Epap, ¿dónde estás?*

No hay respuesta. Maldiciéndome interiormente por haber perdido el tiempo, me pongo de pie cuando el TransTex de pronto vuelve a vibrar. En apariencia con más intensidad que antes, casi se me cae de la mano.

> *Déjalo todo. Corre.*

> *¿Epap?*

> *Corre. Deja el CC ahora. Sal fuera.*

> *¿Dónde estás?*

> *Ya vienen. Saben dónde estás.*

Algo se quiebra dentro de mí, pánico, apremio. Furia y adrenalina formando un tándem caótico. *Acaba el trabajo, culmina el asesinato. La muerte misericordiosa.* Pero cuando vuelvo a inclinarme hacia la mira telescópica, ya no la puedo localizar. Se ha ido. No queda rastro de Ashley June.

El TransTex zumba en mi mano.

> *Ya vienen. Corre.*

Necesito moverme. Suelto el fusil. Por un momento, considero llevar la mochila conmigo, pero decido que su peso dificultará mi escapada. El sigilo y la rapidez me sacarán de aquí, no un disparo. Aun así, cojo una pistola y le pongo el silenciador del fusil. Envío la mochila bajo el sofá de una patada y meto la pistola en mi cintura. Estoy corriendo por la puerta cuando el TransTex vibra en mi mano.

> *Gira a la derecha cuando salgas de la suite.*

Cierro la puerta al salir. Miro a la izquierda: el pasillo curvo exterior está vacío, solo hay un trabajador detrás del puesto de regalos autorizado vendiendo camisetas, imanes, carteles y otra parafernalia relacionada con la caza Heper. Miro a la derecha: en la lejana pared curvada, tres sombras se apresuran siguiendo el contorno. *Tengo que girar a la derecha*, pienso para mí. *Epap me dice que vaya a la derecha*. Las imprecisas figuras se distorsionan y se hacen más grandes a medida que corren a lo largo de la curvatura de la pared.

Me dirijo a la izquierda, rápido, manteniéndome cerca del muro.

No voy a lograrlo. Vendrán por la curva, me verán caminando con rapidez y de un modo sospechoso. Me sitúo frente al puesto de venta y finjo estar examinando la mercancía que se exhibe. Les doy la espalda, perdiendo el tiempo como si no tuviera prisa alguna.

Detrás de mí tres agentes de seguridad se acercan por la curva, con las botas chocando contra el duro cemento, moviéndose a paso ligero. Pero están *caminando*, lo que significa que no creen que estén buscando hepers, a Sissy o a mí. Si lo hicieran, estarían corriendo, saltando, echando espuma y siseando.

Abren la puerta de la *suite* de El Palacio, entran.

Ahora.

Doy la vuelta y camino rápidamente. Solo cuando me acerco a la puerta abierta de la *suite*, voy más despacio. Avanzo lentamente como si estuviera paseando y miro de reojo. Los tres oficiales de seguridad están parados con los brazos inclinados hacia la cintura, mirando con indiferencia a su alrededor.

Empiezo a correr. Con pasos tan silenciosos como me es posible. Necesito aumentar la distancia, recorrer la curva antes de que salgan de la *suite* y me vean.

Solo entonces me doy cuenta de que dejé mi visor en la *suite*.

El zumbido del TransTex comienza de nuevo.

La pasarela está vacía y la rampa curva está desprovista de gente. Extraigo el TransTex, leyendo mientras corro.

> *Desciende la rampa hasta el Nivel 2. Camina hasta la Sección 33, sal por allí.*

Silencio. Todo el mundo sigue en el estadio. Bajo al Nivel 4. Nivel 3. El sonido de mis pasos provocan ecos en las paredes de la rampa.

Luego, resuenan desde arriba los sonidos de otras botas en el hormigón, provocando desorden y caos en el ritmo de mi propia carrera.

Nivel 2, ahora. Mis piernas se tambalean, mis rodillas a punto de estallar como un corcho de una botella de vino. Este es el nivel donde debo bajar, encontrar la salida por la Sección 33. Me detengo. Una señal en la parte de arriba indica que las Secciones 40 a 32 están a mi derecha.

Pisadas, más fuertes ahora, sonidos de suelas golpeando el cemento.

El TransTex empieza a vibrar contra mi muslo.

Sissy. Completamente sola en la planta del escenario. Rodeada por miles de ellos. Ahora mismo, ya debe estar notando que algo va mal. Lo estoy imaginando. Arrugas de preocupación en su frente. Su caja torácica expandiéndose, encogiéndose, expandiéndose, encogiéndose, la falta del aire y de apoyo. El pánico adueñándose de ella. Los olores provocados por el estrés emanando de sus poros. En la multitud que la rodea crece la impaciencia, empezando a sentirse aprisionada. Pensarán que es debido a este evento relacionado con la Caza Heper que están salivando involuntariamente, que sus cuellos están comenzando a crujir, que sus labios húmedos están temblando. Pero pronto se darán cuenta de que sus cabezas están crepitando enfocadas hacia un lugar, hacia una persona en particular cuya cabeza no lo hace, cuyos labios están secos, cuya boca no está salivando.

Echo a correr. No a la Sección 33 sino bajando por la rampa hasta el Nivel 1, por su garganta oscura, las estrechas luces del piso corren por los bordes de la rampa como senderos de brillante saliva. El TransTex vuelve a vibrar insistentemente. Pero aún no es el momento de sacarlo.

Los pasos son más fuertes por detrás cuando me bajo en el Nivel 1. Me obligo a caminar más despacio, luchando contra el impulso de mirar hacia atrás a cada paso del camino. Un hombre, concentrado en la hoja del programa que sujeta en su mano, choca levemente conmigo. Me mira con frialdad, su nariz se crispa. La cabeza se inclina hacia un lado en un ligero ángulo. Sacude la cabeza, está a punto de empezar a andar cuando me mira fijamente. Pero para entonces, estoy caminando por la entrada al piso de la arena. Estoy dentro. Estoy a salvo. Aquí hay miles de cuerpos con los que fusionarse y desaparecer.

Y luego la situación me golpea con un nuevo horror. Estoy *dentro*, en el medio. A la vista, sin un visor, sin sombras. Rozando con los hombros de miles de ellos, con una nueva capa de transpiración deslizándose por mi espalda. Con docenas lo suficientemente cerca como para tocarme, desgarrarme, destriparme, devorarme.

Miro hacia adelante. En algún lugar de este pantano de oscuridad está Sissy. Me introduzco más en su interior. Me desplazan en otra dirección y me dejo llevar. Estoy dentro.

TODOS ESTÁN APIÑADOS. El espacio personal suele ser sagrado y solo se transgrede con consentimiento durante los interludios románticos y los bailes. Pero esta noche todos en la arena han ajustado sus preferencias personales y especialmente los que están amontonados en el suelo, con los hombros tocándose ocasionalmente, las espaldas rozando contra los torsos.

Empujo a través de la multitud, murmurando mis *perdone* y *excúseme*. No hay espacio para deslizarse entre las personas. Mis secreciones rozan su piel, mi olor se extiende por sus fosas nasales.

No hay señales de Sissy. Había planeado colocarse cerca del escenario, pero con este público me pregunto hasta dónde ha podido llegar. Tal vez por eso nunca disparó. No pudo acercarse lo suficiente.

Una oleada de descontento se está extendiendo entre la multitud. A los poseedores de entradas se les prometió más que una aparición de la resplandeciente Campeona de Valientes. Se les dijo que haría una revelación que lo cambiaría todo y hasta ahora, no ha habido ninguna.

Pero algo más se está introduciendo entre la multitud, algo más profundo que el mero descontento. Entre los recovecos subterráneos de su subconsciente, las redes neuronales están detectando un olor; un aroma a heper. Es una mera ondulación por ahora, pero está creciendo a cada segundo y mudando a excitación, a una sensación como de hambre, algo similar al deseo.

El maestro de ceremonias entra en escena, camina hacia el podio. Informa que habrá un pequeño retraso. La Campeona de Valientes regresará con más historias impresionantes después de un cambio de vestuario en unos quince minutos. La multitud gruñe.

Me muevo con más rapidez y con las prisas abandono mis precauciones (*modera tu velocidad, tómate un respiro, cálmate*). Todos mis años de entrenamiento explotando en un acceso de pánico. Me muevo veloz hacia mi izquierda para evitar a un hombre voluminoso y choco sin pensar con una mujer de tacones altos que se cae. La multitud a mi alrededor se mueve mientras se inclinan para ayudarla a levantarse.

—Lo siento, —susurro, mirándola de reojo.

—¿Tú también lo hueles?, —pregunta un hombre a mi lado.

—¿Qué?

Chasquea el cuello como si se sacudiera para despertarse. Un chorro de baba se extiende por un lado de su cara, sobre su oreja. Parece muy confundido. Molesto. Emocionado.

Aguanto la respiración, espero un instante, luego empiezo a moverme hacia adelante, alejándome, con la cabeza baja.

—Mira por dónde vas, —dice alguien a mi lado. Su codo me golpea las costillas. Me muevo, pero su codo, como un gancho, me mantiene inmóvil.

Me doy la vuelta. Los ojos del hombre están clavados en los míos. Me está mirando de un modo extraño, un destello de confusión que está siendo reemplazado por el de reconocimiento. Pero eso no es lo que realmente me asusta; es lo que veo tras él. Sombras oscuras moviéndose hacia mí, delineadas aquí y allá por retazos de saliva, rápidos movimientos de cabeza, ojos brillantes.

El maestro de ceremonias habla ahora con un nerviosismo perturbador. La saliva brota de su boca y salpica sus labios y barbilla, sus palabras se escurren húmedas. Huele a heper.

Todo el mundo percibe el olor a heper.

Con intensidad.

Y así como el oscuro y húmedo barro se va endureciendo la masa de cuerpos comienza a compactarse a mi alrededor en una cáscara dura e impenetrable. En algún lugar de esta oscuridad está Sissy, volviéndose loca. Lo *percibo*, casi puedo oler su miedo, creciendo, descontrolándose, superándola.

Me pongo en acción impulsándome hacia adelante, saliendo de esta masa densa y envolvente de cuerpos. Allí. Más adelante, a unos quince metros de distancia, veo otro círculo semejante, un charco de oscuridad hacia el que se dirigen más cuerpos. Otro centro de gravedad que atrae a la gente hacia adentro, arrastrada subconscientemente por los olores de heper.

Ahí es donde debe estar Sissy.

Me deslizo hacia adelante, empujando al pasar...

La veo.

Está de pie en medio de ellos. Es la única completamente inmóvil, su cuerpo está rígido, sus labios secos y tensos bajo el visor. La veo estremecerse de un modo apenas perceptible, mientras alguien sisea justo por encima de su hombro. Los pálidos rostros balanceándose en su dirección, las caras apenas esbozadas se muestran atterradoramente completas. Está tratando de imitarlos, pero lo ha entendido todo mal. Su forma de andar, los ángulos de sus extremidades contra su cuerpo, tensión y rigidez en las zonas equivocadas. Los matices de su lenguaje corporal están completamente fuera de lugar.

El maestro de ceremonias deja de hablar a mitad de la frase. Con la brusquedad de una persona que ha renunciado a cualquier pretensión de normalidad.

Avanzo entre ellos hasta que estoy a su lado. Se gira, y su cuerpo literalmente se sume con un intenso alivio. Nuestras manos se tocan discretamente ocultas, y aprieto su mano por un momento, para tranquilizarla. Su piel está fría y húmeda. Entonces la suelto, sus dedos tratan de encontrar los míos otra vez y la alejo con renuencia. Comienza a temblar de alivio. Pero no es de alivio, es miedo. *Combate o huye, pelea o escapa*, lo lleva escrito en ella. Está demasiado alterada.

Alguien sisea justo por encima de mi hombro, un resoplido sordo, incómodamente cerca. Una línea de sudor se desliza por mi espalda como un dedo recorriendo mi columna vertebral. Muevo la cabeza hacia un lado, siseo y escupo. Estoy tratando de mostrarle a Sissy como liberar la tensión, empleando movimientos que no llamarán la atención.

Pero o no quiere o no se da cuenta. Su cuerpo permanece inmóvil, sus labios expuestos reflejando una nefasta mezcla de miedo y horror. Si una persona los mira, terminará antes de que pueda exhalar su próximo aliento.

¡Tse-tse-tse-tse! la persona a mi lado chasquea la lengua, un sonido acertado que se deshace entre sus resbaladizos dientes.

—¡Huelo más de uno!, —grita.

Y ante eso, algo se desata en el grupo. Cualquier restricción que lo haya estado conteniendo se desintegra por completo. La multitud cierra filas, rellena las distancias con la aceitosa oscuridad de sus cuerpos.

La mano de Sissy desciende hasta la cintura, hacia la pistola metida debajo de su camisa. *Es ahora o nunca*, su movimiento me lo dice.

Tiene razón, es ahora o nunca. Si esperamos otros cinco segundos seremos descubiertos. Muertos en siete. Es el momento preciso.

Pero algo me detiene. Cierro los ojos, buscando la respuesta. Sé que está en algún lugar de mi mente, algo...

Ya es demasiado tarde, de eso me doy cuenta. Son demasiados cuerpos apiñados a nuestro alrededor. No hay forma de que nosotros dos, a pesar de estar armados, podamos salir de aquí. Incluso si cada bala disparada infligiera una herida mortal, podríamos eliminar a una docena a lo sumo dejando a miles todavía vivos, y a decenas de miles más en la arena.

Si queremos vivir, este plan no puede ejecutarse *ahora*. Tendrá que ser *nunca*.

Tiene que haber otro plan.

Deslizo la mirada hacia el escenario pero no hay nada que nos pueda ayudar, ni a izquierda ni a derecha, nada. Elevo la vista y solo observo el conjunto de globos reunidos sobre nosotros. Nada. No hay nada.

Desde los balcones de los niveles superiores brota un lamento. Nuestro olor va en aumento, se extiende. Se oyen gritos inhumanos de hambre procedentes de las *suites* de lujo, de lo más granado de la sociedad. No están acostumbrados a que se les prive de sus derechos, y los quieren. Veo formas oscuras, hombres con trajes, mujeres con vestidos de lujo, descendiendo por las paredes como cintas de saliva babeando desde las lujosas *suites*.

Sissy se vuelve hacia mí. Su mano está levantando la camisa, mostrando un destello del metal de la pistola. Ahora se está quitando el visor para tener una mejor perspectiva, con el flequillo arqueándose sobre la frente como un arco distendido. Está preparada para caer luchando, para hacer cuantos agujeros pueda en su caída.

El TransTex zumba como loco en mi bolsillo. Está tan caliente que me está provocando una quemadura en el muslo.

Sissy comienza a sacar el arma.

Viene a mi mente en este momento. El plan, un imperfecto y totalmente defectuoso plan. Pero el único que tenemos.

Sissy está amartillando el revólver y yo extendiendo la mano para arrebatárselo. Sus ojos se abren con sorpresa cuando apunto hacia el techo.

Y hago seis rápidos disparos.

LOS DESTELLOS DE luz, seis en rápida sucesión, atraviesan mis párpados cerrados. Salpicaduras blancas de brillo cegador. Una y otra vez. Con cada destello, el arma retrocede en mi mano, siento la violenta sacudida a lo largo de mi brazo extendido y el hombro. Al sexto disparo, el mango de la pistola está lo suficientemente caliente como para dejar una marca en mi palma.

Arrojo el arma ya completamente descargada por encima de la muchedumbre. Se derrumban como la hierba completamente aplastada al ser barrida por el viento. Lamentos y gritos de dolor. Sus córneas se están quemando.

Sissy me agarra del brazo.

—Ahora, —dice—. Mientras todos están en el suelo.

Pero está equivocada. Solo los más cercanos a nosotros están incapacitados. La mayoría de la gente, especialmente aquellos en el borde exterior que estaban protegidos de los brillantes destellos, ya están presionando hacia adelante. Hacia nosotros.

En vez de apartarla, la agarro y la tiro al suelo.

—¡Aún no!

—¿Qué? Tenemos...

—¡Espera, espera!

—¡Gene! ¿Para qué?

Entonces lo oigo. El más glorioso crujido de vidrio, el sonido de mil cubitos de hielo lanzados al agua hirviendo.

—¡Agáchate! —grito y la empujo hacia abajo. Nos llueven fragmentos de vidrio al igual que enormes planchas de cristal, cortando y perforando cuerpos como hace el hacha en la madera.

No te cortes, pienso para mí. Un trozo diminuto y manará la sangre provocando el paroxismo en la arena.

Miles de globos cayendo sin rumbo, describiendo descendentes órbitas rojas, blancas, amarillas y verdes a cámara lenta. Miles de piezas móviles individuales. El tipo de cobertura que necesitamos.

Sissy empieza a moverse.

Sujeto su brazo.

—Unos segundos más, deja que los globos nos alcancen.

—*Ellos* llegarán antes que los globos, —escupe, señalando la marea oscura de gente—. ¡Maldita sea, Gene!

—Espera... ...

Los miles de globos se precipitan hacia abajo, esparciéndose a lo largo del suelo y a continuación, un regalo inesperado. La luz de la luna, que ya no se ve obstaculizada

por la miríada de globos o sobre todo por los cristales tintados, cae en cascada sobre la arena, inundando el suelo de luz.

El efecto es inmediato. Cada ojo sobre la arena se cierra, cada brazo se interpone protegiendo la cara, cada boca grita de dolor. La repentina aparición de la luz de la luna es más sorprendente que peligrosa. Pero nos ha dado cobertura, distracción y tal vez quince o veinte segundos.

Nos movemos.

No por donde vinimos. Las entradas están demasiado atoradas con gente que entra corriendo desde otros niveles, sino hacia adelante, hacia el escenario, con Sissy en cabeza. Los globos siguen cayendo, rebotando en todas direcciones. Apartamos a la gente a empellones. Nuestro olor, nuestro sudor, nuestro miedo, nuestra desesperación, se han borrado por completo para ellos, pero ya no nos importa. Unos cuantos se balancean hacia atrás, con los brazos acuchillando el aire, con la esperanza de derribarnos con un solo golpe. Pero aún cegados por el resplandor de la luz de la luna, su objetivo está fuera de alcance.

Sissy golpea las palmas de las manos en el escenario, balancea las piernas hacia los lados, hacia arriba y alrededor, desentumeciéndolas con facilidad. Estoy justo detrás de ella, subiendo. Miro hacia atrás y lo que veo desde esta zona más elevada me encoge por dentro. Toda la planta se agita con la turbulencia de una multitud de cuerpos en movimiento, globos que se desplazan por el medio, la pálida luz de la luna cubriéndolo todo y esparciendo su brillo enfermizo mientras miles de personas corren hacia nosotros como un río turbulento.

Permanecemos agachados en el escenario y nos arrastramos bajo los lastrados contrapesos de las cortinas de terciopelo. El peso y la agobiante carga en los pliegues comprimidos nos empuja hacia abajo mientras nos arrastramos, desorientados, en la nebulosa oscuridad.

Y luego nos movemos, al otro lado de las cortinas, entre bastidores. Vacío, todo el mundo ha salido corriendo al escenario momentos antes de que se derramara la luz de la luna. Sissy se pone en pie y sale primero, se da la vuelta para ayudarme. Ya no necesita fingir ser una crepuscular y se permite volver a ser ella misma, está en su elemento.

—Rápido, —me susurra. El escenario está empezando a cambiar y a tener movimiento. Las masas están subiendo y la cortina comienza a ceder empujada desde el otro lado.

—¿Hacia dónde? —pregunto.

Mira a izquierda y a derecha, en sus ojos asoma el pánico. No lo sabe. Tenemos que movernos, distanciarnos. No, necesitamos algo más que distancia, precisamos obstáculos y barreras, puertas que nos proporcionen ventaja, que conduzcan a corredores estrechos. Necesitamos una red de pasillos congestionados y más puertas con cierres y pasajes y escaleras que se crucen. La docena de crepusculares que nos

están persiguiendo se verían retrasados por las intersecciones de estas puertas y pasillos; una horda de miles se aglomeraría en atascos infranqueables.

—Por aquí, —digo, moviéndonos a través de la puerta más cercana.

Sissy lo entiende al momento. Cierra con llave cada puerta que atravesamos. Las paredes vibran mientras corremos pero a pesar de todos nuestros esfuerzos, todavía nos persiguen. Tras nuestros talones llegan los sonidos de las puertas destrozadas, los gemidos, los aullidos y el rechinar de las garras.

Nos detenemos. El pecho se agita, sentimos pinchazos en las piernas, el sudor cayendo por nuestras caras. Apestanos. Olemos realmente mal.

—Encontrarnos es muy fácil, —comento entre jadeos.

Sissy toma aire.

—Vamos, tenemos que ir más rápido.

Me siento repentinamente cansado. No es solo el agotamiento físico por todo lo que hemos corrido, sino algo más profundo, algo metido entre las cavidades de mi corazón.

—O no.

Ella me mira.

—¿Qué?

—Tal vez se acabó, Sissy. Tal vez por fin se ha terminado. No podemos seguir jugando a este juego del gato y el ratón. Nos alcanzarán. En un minuto como mucho. Es inevitable.

Sacude la cabeza con firmeza.

—No, Gene. Seguimos corriendo. Localizaremos una salida a las calles, encontraremos un caballo.

—Un caballo, incluso a galope, será demasiado lento. Lo sabes.

Su cara se endurece de ira.

—Bien, ¿cuál es tu plan?

—Tal vez debemos abandonar. Dejar de huir...

Se acerca. Creo que va a mostrar ternura, como mover mi flequillo hacia un lado, o acariciar mi mejilla, o tocar mi brazo. En vez de eso, su mano me golpea un lado de la cara.

—¿Qué diablos...?

—Guárdate para otro el *sentimiento de lástima por mí mientras cometo con valentía el suicidio*.

Me golpea en el pecho con sus puños.

—¡Deja de pensar solo en ti mismo! ¡Piensa en Epap! ¡Piensa en David! —Sus ojos arden en llamas—. ¡Piensa en *mí!*

—Sissy...

—¡Pelearemos, Gene! Luchamos hasta el final. *Nunca* nos rendiremos. No mientras haya otros que dependan de nosotros. No mientras haya una posibilidad.

—¡No hay ninguna posibilidad! ¿De acuerdo? Incluso si escapamos a las calles, ¿entonces qué? ¿Adónde vamos...?

—¡Ya lo averiguaremos! Improvisaremos. Pensamos rápido, tú y yo juntos. Eso es lo que siempre hemos hecho, Gene. ¡Caemos luchando! —y me agarra del brazo, pero no hay ternura en ello. Solo hay tenacidad y determinación.

—De acuerdo, —contesto—. *Salgamos a la calle*, estoy a punto de decir, pero ella ya se ha dado la vuelta y está corriendo por el pasillo.

Fue más fácil de lo que pensamos el encontrar una salida. Al final del siguiente pasillo nos encontramos con una señal de salida. A partir de ese momento, fue pan comido. Seguimos las flechas que partían de una a la siguiente hasta que descendimos por una escalera que luego nos condujo por una salida lateral hasta dejarnos en la calle.

Está en calma, casi reina la armonía aquí fuera bajo la luna llena. Todos están dentro para el gran espectáculo. El único sonido es la música tenue que se escucha a través de los altavoces de la fuente para el espectáculo acuático en curso.

Creo que esta inesperada tranquilidad también sorprende a Sissy que se detiene y mira fijamente al cielo, respirando con dificultad. Pero solo durante un momento.

—No hay nubes, —menciona—. Eso es bueno, el brillo de la luz lunar será duro para sus ojos. —Comienza a correr hacia una fila de caballos estacionados en la calle—. ¡Vamos, Gene!

Tiene que haber otra manera. Este plan de escape a caballo conlleva fatales consecuencias, cualquiera puede verlo. Apestamos, nuestro olor dejará un rastro para que ellos lo sigan fácilmente y terminará antes de que recorramos quince manzanas.

Otra salida, otro camino, tiene que haber una opción diferente.

—¡Gene! —me grita Sissy, desatando dos caballos.

Miro al otro lado de la calle, hacia los rascacielos plagados de peligros. Trampas mortales, que no ofrecen ninguna salida. Inútiles, solo como lápidas.

—¡Gene!

Pero *hay* una salida. Puedo sentirla en mis huesos, aunque no puedo *vislumbrarla*. Es pronto, necesito tiempo.

—¡Sube, Gene! —Ella ya está sobre la silla de montar de su caballo, ha traído otro caballo para mí—. ¡Gene!

—Espera, dame un momento.

—¡No! Gene, tenemos que...

—¡Maldita sea! —exclamo y me subo al caballo. Empezamos a galopar por la calle y el asfalto por debajo de nosotros se vuelve borroso. Pasamos la esquina, cruzamos por delante del Centro de Convenciones y dejamos atrás el espectáculo del agua.

—¿Por dónde, Gene? —me pregunta a mi lado.

Y finalmente lo tengo claro.

—¡Para, Sissy! —chillo, tirando de las riendas—. ¿Confías en mí? —pregunto mientras acerca su caballo. Desmonto.

—¿Qué estás haciendo?

—Si confías en mí, baja del caballo.

—¿Es esta tu idea de suicidarte...?

—Esta es mi idea para sobrevivir. Es nuestra única oportunidad de ver el próximo amanecer.

—¿Qué estás...?

—No hay tiempo, solo haz como yo. —Y froto mi cara sudorosa y los brazos contra el caballo y escupo saliva sobre él.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Solo repite lo que yo hago, Sissy! —levanto la voz mientras golpeo los ancas del caballo, lanzándolo al galope y dejando que transporte mi olor. Lo perseguirán siempre y cuando no detecten mi verdadero rastro.

Sissy salta de su caballo y hace lo mismo. Lo impregna de sudor, de saliva, lo frota. Golpea al caballo en la grupa y también se aleja galopando, esta vez por una calle diferente. Todavía mejor.

Comienzo a correr. La dirección que tomo sorprende a Sissy porque no me alejo del Centro de Convenciones sino de regreso. Mientras corro a gran velocidad, saco la pistola y le retiro el silenciador. La dejo caer con estrépito sobre el pavimento tras de mí.

—¡Tu silenciador, Sissy! ¿Lo tienes todavía?

Parpadea, luego saca el silenciador de su bolsillo, la confusión y la duda se reflejan en su cara.

Llegamos a la fuente, pero en vez de rodearla, salto sobre el borde de cemento y me introduzco en ella. El nivel del agua alcanza hasta mis hombros. Me doy la vuelta, Sissy me mira con incredulidad y luego al silenciador. No dice nada.

—Es el único modo, Sissy. La única manera de ocultar nuestro olor. No pensarán en buscar aquí. El agua salpicándolo todo, los chorros, las ondas, el reflejo de la luz de la luna, nos ocultarán mientras permanezcamos sumergidos.

De nuevo, mira con atención al silenciador hueco y cilíndrico con la longitud de una pajita.

—¿Hasta el amanecer?

Asiento con la cabeza mientras las gotas de agua descienden sobre nosotros, empapándonos.

—Mirarán aquí.

—No lo creo. Así es como se va a desarrollar esto: perseguirán a los caballos, y será un auténtico pandemonio, harán añicos los escaparates, con docenas de heridos. Los caballos serán despedazados, sus trozos salpicarán unos cinco bloques de edificios y después, nadie sabrá qué ocurrió realmente. Cientos van a decir después

que devoraron a los dos hepers, o por lo menos que saborearon una parte de nosotros. Una nariz, una oreja. Después, todos asumirán simplemente que estamos muertos y nadie pensará en mirar aquí.

—No sé.

Escuchamos fuertes ruidos procedentes del Centro de Convenciones. Un estruendo, destrozo de cristales, gritos.

—Ahora no tenemos otra opción, Sissy. Aquí vienen.

Aprieta la mandíbula, salta por encima del borde y cae al agua. Se desliza a mi lado y coge mi mano. Juntos nos dirigimos al centro de la fuente. Estamos en el corazón mismo de la red de boquillas que propulsan los chorros de agua, filas de ellas alineadas delante y detrás de nosotros, rodeándonos en círculo como los dígitos de un reloj. El agua cae sobre nosotros como una fuerte lluvia. A través de la cortina de agua que desciende, veo a la multitud saliendo del Centro de Convenciones, destrozando el vestíbulo de cristal a su paso.

Sissy y yo nos miramos por última vez. Su ropa está empapada, pegada a su piel formando pliegues al azar, su pelo aplastado enmarcando su cara. Hay miedo en sus ojos, pero parpadea y lo transforma en determinación. Abro la boca, con gesto de impotencia. De repente necesito decirle algo con urgencia, hay mucho que confesar y por lo que disculparse. Pero todo se está precipitando demasiado rápido. No hay tiempo para decir nada.

Hago lo único para lo que tengo tiempo, lo único que importa y la beso.

Sus ojos se abren de par en par y luego se cierran a medias mientras me devuelve el beso con sus labios aterciopelados, dulces y tiernos.

Nos separamos, aspiramos un último soplo de aire bajo el cielo abierto y sin nubes y, juntos, nos escondemos bajo el agua.

EL MUNDO BAJO el agua es el infierno. Los chorros, que se arquean en lo alto del cielo antes de estrellarse abajo, se deshacen a través del techo arremolinado sobre nosotros, generando burbujas. Un murmullo bajo retumba a través del agua.

Está demasiado oscuro para ver a Sissy con claridad, solo es una forma turbia junto a mí. Nos arrodillamos en el suelo, aferrándonos a varias boquillas de propulsión, vigilando que la parte superior de nuestras cabezas no rebase la superficie. Un extremo del silenciador cilíndrico hueco colocado en nuestras bocas y el otro extremo saliendo del agua. Así es como respiramos, así es como sobreviviremos durante las próximas ocho horas. El paso del tiempo es insufrible, cómo vamos a aguantar, inimaginable.

Miles de ellos salen del Centro de Convenciones y desbordan las calles. Siento su energía retumbar a través del agua y sacudir los cimientos de la piscina de la fuente. Sus gemidos, chillidos y gritos desembocan en un profundo clamor colectivo que reverbera a través del agua oscura. Varios crepusculares son empujados al agua en el borde de la piscina. Los veo agitarse con los brazos de un lado para otro; luego, cuando el nivel del agua sobrepasa sus mandíbulas, sus articulaciones se bloquean, sus cuerpos de repente se vuelven inertes, y se hunden hasta el fondo. Un minuto después, flotan lentamente hacia la superficie, ahogados. Las ondas del agua empujan los cadáveres que flotan lejos de nosotros y los mantienen afortunadamente contra el borde de la fuente.

El estruendo se desvanece gradualmente. La estampida se ha alejado del Centro de Convenciones persiguiendo a los caballos de ojos semicerrados, con las orejas gachas y la espuma saliéndoles de la boca.

Durante la siguiente hora, Sissy y yo nos adaptamos. Afianzamos nuestros pies en las curvadas tuberías y flotamos paralelos a la superficie continuamente salpicada. Esta posición es más cómoda para nuestros cuerpos, rebaja la presión sobre nuestros cuellos y con los otros cadáveres flotando en la fuente, aunque estén alrededor del borde, no destacamos para nada, si es que se nos aprecia con el resplandor y las salpicaduras. Unimos nuestros cuerpos entrelazando nuestros brazos.

Horas más tarde, la multitud regresa. Cuando echo un vistazo, alzando lentamente mis ojos sobre la superficie donde las salpicaduras son más intensas, veo a miles de ellos arremolinándose en el área abierta del Centro de Convenciones. La emoción del evento de anoche es palpable, se nota la electricidad en el aire. Los medios de comunicación al completo entrevistando a la gente, los fotógrafos por todas partes sacando fotos.

Me sumerjo de nuevo bajo el agua. Respiraremos al mismo ritmo, trataremos de no pensar en el frío que se introduce en nuestros huesos, o en la cantidad de horas que nos esperan, se nos hará eterno. Nuestros brazos se enlazan con más fuerza, su pierna izquierda serpentea alrededor de la mía. Cierro los ojos. La sensación de su cuerpo debilitado y flotando a mi lado, su mano laxa en la mía, es como un silencioso latigazo acusador.

Si tan solo hubiera hecho el disparo, pienso. Si solo...

Entonces ella no estaría atrapada en este infierno acuático si únicamente hubiera metido una bala en el cráneo de Ashley June como había jurado. En estos momentos, la vida y el calor se están agotando en Sissy, su agarre se afloja cada hora.

Miro fijamente al techo de agua sobre mí y trato de imaginar el mundo más allá del remolino de espuma, donde la luna y las estrellas flotan libremente en el cielo.

EL AMANECER AVANZA con agonizante lentitud. Las boquillas de agua se apagan al fin. La superficie arremolinada y espumosa da paso rápidamente a una quietud cristalina. No nos preocupa que nos vean. Los cadáveres flotantes vagan ahora por la piscina de la fuente y nos ofrecen cobertura bajo una manta de muerte. Observamos como el cielo pasa del negro betún al gris claro.

Cuando la sirena que anuncia el alba suena, para nosotros es el sonido de las campanas del cielo.

Ni un minuto antes de tiempo, sobre todo para Sissy. Su piel se ha vuelto pálida y fría como el mármol. Durante horas ha estado temblando casi sin parar. Envolví su cuerpo con el mío lo mejor que he podido, a pesar de que mi propio cuerpo está adormecido por el frío. Ha sido como depositar hielo sobre hielo.

Pero nos obligamos a permanecer sumergidos todavía por unos momentos. No hemos sufrido en este purgatorio acuático durante horas solo para arrojarlo todo por la borda al salir a la superficie unos minutos antes de tiempo. Más tarde, al fin, cuando los rayos del amanecer atraviesan los cielos y hacen que humeen los cuerpos en la superficie, Sissy y yo alzamos finalmente nuestras cabezas, hombros y pecho por encima del agua.

Nuestros cuerpos pesan una tonelada, la fuerza de la gravedad parece haberse multiplicado por diez. Sissy se inclina hacia mí, sin fuerzas.

—¿Sissy?

No responde. Su cuerpo se hunde y la sostengo. La llevo hasta el borde de la piscina apartando a un lado los cadáveres que flotan. De los cuerpos ahogados se elevan volutas de humo y el hedor agrio y a podrido de la descomposición que el sol les produce satura mis fosas nasales. La recuesto sobre el borde de cemento y le aparto el pelo mojado de la cara.

—¿Sissy?

Murmura incoherentemente. Su pecho se arquea hacia arriba y jadea, la cara se vuelve hacia un lado. Vomita bilis blanca que se torna en amarilla y a continuación de nuevo blanca. Ocho horas bajo el agua, la ha estado guardando dentro todo ese tiempo.

—Oh, Sissy, —susurro, acariciando su cara.

Murmura, balbucea.

Miro a mi alrededor. La destrozada entrada de cristal del Centro de Convenciones está abierta de par en par, con fragmentos de vidrio esparcidos delante. Los marcos metálicos y las columnas del interior del vestíbulo deformadas, todo mirando hacia afuera como producido por una explosión dentro del vestíbulo. Las calles son un completo desastre. Las chaquetas, persianas rotas, sombreros y zapatos esparcidos en

todas direcciones son la evidencia de los restos dejados por el alboroto en todas partes.

Los brumosos rayos de luz se inclinan entre los rascacielos, derramándose a través de las calles vacías. Los únicos movimientos son los de caballos sin dueño, trotando sin rumbo. De ellos procede el único sonido que perfora el silencio del amanecer. Un par de caballos, todavía enganchados a un carruaje, están esperando obedientemente en la esquina.

Sissy no se encuentra bien. A pesar de acercarla a la luz del sol, su piel se vuelve más fría, su cuerpo está más rígido. Recojo ropa esparcida por las calles, sudaderas y pantalones y le retiro la ropa empapada; me estremezco cuando le toco la espalda. Su piel está fría y turgente y me apresuro a vestirla. Mis propias manos están temblando de frío. Sus párpados luchan por abrirse, agitándose.

—Gene, —murmura.

—Todo bien, —contesto—. Sobrevivimos. Lo logramos. Voy a cuidar de ti ahora, ¿de acuerdo, Sissy?

—Epap. Encuentra a Epap. —Y entonces sus párpados dejan de moverse y se desvanece en un sueño misericordioso.

Introduzco la mano en mi bolsillo y saco el TransTex. La humedad se ha filtrado desordenando la pantalla. Presiono unos cuantos botones. Nada. Está deteriorado. *Dejaré que se seque*, pienso para mí. Lo pongo al sol al lado de Sissy. Todavía podría estar activo una vez seco, al igual que Sissy. Exponerla al sol, darle calor, esperar lo necesario, y sus fríos huesos se calentarán de nuevo. Lo más necesario será proporcionarle comida.

—Enseguida vuelvo, Sissy, —le cuento, aunque no sea consciente.

Le coloco una chaqueta debajo de la cabeza a modo de almohada y regreso al Centro de Convenciones. Al principio soy cauteloso, me preocupa la gente que podría estar dentro resguardada de la luz del día pero los rayos del sol, que se filtran a través de la abertura rota del techo de cristal, se extienden por todas las plantas. Nadie va a refugiarse aquí.

Pero tampoco hay comida aquí, ya no. Todos los puestos de venta y de comida son poco más que marcos de metal destrozados. La comida o lo que queda de ella, mancha el suelo y las paredes, la carne cruda ya desprende el hedor a putrefacción. En todos los niveles hay la misma devastación y a dondequiera que voy, en cada planta, llamo a Epap.

Solo el silencio responde a mis voces.

Arriba en las *suites* de lujo, me quedo mirando hacia la arena, los rayos del sol cayendo sobre los retorcidos respaldos de los asientos y el suelo destrozado. Nada se mueve. Me detengo brevemente en el palco del Palacio y recupero mi mochila. No pensé que seguiría ahí, pero está justo donde la dejé debajo del sofá. Las pistolas entrechocan cuando me pongo la mochila sobre el hombro.

Me vuelvo a la calle. El sol está más alto y ahora es más fuerte, reflejándose en la superficie del agua. Sissy sigue postrada donde la dejé y siento una cierta culpa por abandonarla, pero sé que hago lo que es necesario. Necesitamos comida. Estoy a punto de correr apurado hacia otro edificio cuando me detengo. Me doy cuenta de algo inquietante. A diferencia del Centro de Convenciones, donde la luz del sol se filtra en su interior, estos edificios son oscuros por dentro, posibles santuarios para los miles de ellos que, vagando por las calles durante toda la noche, probablemente fueron sorprendidos por la sirena del alba.

Y no solo en los edificios de esta calle sino que con tantos miles de ellos recorriendo las calles durante la pasada noche, probablemente cada edificio del distrito comercial es una negra cueva de durmientes refugiados. Pongo mi mano sobre el cristal de la puerta giratoria que tengo delante, vacilando. La presiono y me empuja haciéndome girar hacia el interior.

Nunca abandono su interior. A medida que se abre hacia el oscuro vestíbulo, escucho el sueño profundo de muchos cientos, sus rasposos y roncós *scrit-scrits*, sus dientes al rechinar. Atisbo el borroso grupo de cuerpos que cuelgan hacia abajo del techo del vestíbulo como una colonia de estalactitas. Me quedo entre las paredes de cristal de la puerta giratoria hasta que estoy afuera de nuevo, retrocediendo.

Los edificios que nos rodean no son santuarios de comida y reposo, son colmillos y garras que se proyectan en el cielo.

Sissy está murmurando. La tomo en brazos y la sostengo contra mí con la esperanza de calentarla. Me guardo el TransTex en el bolsillo. No podemos quedarnos aquí. Este lugar no nos ofrece nada. Ni comida, ni agua que se descompone rápidamente con la putrefacción de la carne derretida, tan solo una seguridad temporal hasta el anochecer. No hay señales de Epap, tenemos que irnos. Sissy me odiará cuando se despierte, me acusará de abandonarlo pero tengo pocas opciones.

Mientras la llevo al carruaje con los dos caballos enjaezados tengo una idea; ya sé adónde ir. Un lugar no muy lejano donde hay seguridad, sol y, lo más importante, comida. La acuesto sobre el lujoso asiento interior de terciopelo y la acomodo debajo de una suave manta de carruaje. Luego repaso los arneses asegurando los collares de los caballos y los tirantes antes de sujetar las riendas. Una mirada más hacia el vestíbulo buscando a Epap y luego tomo las riendas. Los caballos, tal vez contentos por la dirección y el orden después del caos nocturno trotan, luego galopan, alejándose obedientes.

POCO MENOS DE una hora después la metrópoli ha quedado muy atrás y veo la parcela de suave y disperso verde salpicado de puntos de colores brillantes. El huerto de frutales se halla rebosante de frutos, más de los que puedo recordar. Agito las riendas, instando a los caballos a que aceleren más.

Llevo el carruaje hasta el árbol más cercano y salgo tambaleándome del asiento. Los caballos, sin necesidad de azuzarlos, ya están buscando la fruta que cuelga a poca altura, con los labios fruncidos e insaciables. Me uno a ellos con mis manos ansiosas y torpes y me meto en la boca la fruta entera, con piel y todo.

Siento un momento de mareo. Es el efecto de pasar de un extremo con el agua helada a ahora estar bajo el sol del desierto. Me dejo caer, masticando y tragando. El zumo desciende por mi garganta reseca, seda sobre papel de lija, saciando mi sed. Después de unos pocos sorbos, empiezo a sentirme revivido. Sigo masticando, haciendo trabajar mis mandíbulas, y reduciendo la fruta a pulpa.

Me levanto con las piernas temblorosas y arranco un poco de fruta para Sissy. Cuando abro la puerta la encuentro todavía firmemente acurrucada debajo de la manta del carruaje. Pongo mi mano sobre su frente, la tercera vez que la compruebo en este viaje. Su piel todavía sigue fría. Estrujo la fruta, dejando que el zumo gotee entre sus labios abiertos.

Su boca se llena hasta la mitad de zumo antes de tragar por reflejo. Balbucea, girando hacia su lado, el zumo se derrama sobre la tapicería del asiento y desciende por su camisa. Jadea, agitándose en el aire, y luego se estremece derrumbándose. Pero su lengua recorre los labios, saboreando el zumo.

Exprimo más, y esta vez ella lo traga con ansia. Después de unos minutos, su palidez mejora, su respiración se estabiliza. Presiono mi frente contra la suya, no tiene fiebre ni signos de que vuelva. Lo que está sufriendo es una completa fatiga, falta de alimento y tal vez hipotermia. Afortunadamente, todos los síntomas típicos de una recaída están ausentes.

La llevo fuera del carruaje y la acuesto sobre una alfombra de hierba que el sol ha calentado. Durante la siguiente media hora trabajo duro recogiendo fruta, exprimiéndola, alimentándonos lo mejor que podemos. Estoy estrujando la cuarta tanda de fruta cuando mi cabeza se vuelve pesada y mis ojos luchan por mantenerse abiertos. *¿Cuánto tiempo ha pasado desde que dormí?* me pregunto, y a continuación estoy recostando mi cabeza sobre la hierba, la almohada más suave, y dejando que el sol me bañe, la manta más cálida y acogedora.

Me despierto con la sensación en la boca de un zumo dulce. Lo trago. Sabe de maravilla.

—Gene, ¿estás bien?

Es Sissy. Está por encima de mí, arrodillada, con los ojos despejados y alerta.

—Lo estoy, —respondo, sentándome.

El sol está ahora más alto en el cielo. Han transcurrido muchas horas.

—¿Cómo estás tú?

Asiente con la cabeza.

—Bien.

Nos miramos y parece que hace años que no nos veíamos, observarnos *realmente*, el uno al otro. Hemos estado codo con codo toda la noche, sosteniéndonos de la mano en las aguas negras y turbias pero no frente a frente, bajo la luz del sol. El sentimiento es mutuo y nuestros ojos se llenan de lágrimas de alivio. Nos abrazamos con fuerza.

—Epap, —pregunta con su boca junto a mi oreja.

Salvo que no lo dice como una pregunta. Hay resignación y aceptación en su voz.

Sacudo la cabeza.

—Lo busqué pero no lo vi. Lo siento, Sissy.

Se levanta con las piernas temblorosas, mira fijamente a los lejanos rascacielos de la metrópoli.

—¿Pareció como si se hubiera ido? En tu opinión, Gene, ¿dio la sensación de que estuviera muerto?

Me levanto, pongo mi mano en su hombro.

—Hasta el final, nos ayudó.

Vuelve la cabeza hacia mí, sorprendida.

—Trató de advertirnos a través del sistema TransTex. Nos dijo que era una trampa, que debíamos escapar.

—¿Estuvo allí?

—Debe haber estado. Conocía la distribución del Centro de Convenciones, parecía saber dónde estaba yo.

Respira con lentitud.

—Lo dejamos atrás. Todo para él.

—Poco podíamos hacer. No teníamos otra opción. Apenas sobrevivimos nosotros mismos.

—Tal vez él...

—No lo creo, Sissy. Busqué en el Centro de Convenciones esta mañana y no había rastro de él.

—El TransTex, —dice Sissy después de un largo y silencioso minuto—. Déjame ver.

Lo saco de mi bolsillo.

—El agua penetró en el interior, arruinándolo. Mira, todo en la pantalla es confuso.

Ella lo coge, presiona unos cuantos botones al azar. Se encoge de hombros.

—Dejémoslo al sol, —susurro en voz baja, arrebatándoselo—. Tal vez se seque y empiece a funcionar de nuevo.

Se encoge de hombros desolada. Su fortaleza se desvanece de repente y se desploma sobre el suelo. Comienza a reír, una risa llena de dolor y sufrimiento.

—Mírame, —me dice—. Soy patética. Nunca en mi vida me he sentido tan débil.

Me siento a su lado y nos apoyamos el uno en el otro. Los caballos, aún enganchados al carruaje, permanecen apartados bajo la sombra del árbol. El cielo es de un puro azul cerúleo, ni un atisbo de nubes en su amplia e invisible bóveda.

—¿Y ahora qué? —comento con suavidad.

Inclina su cabeza contra mi hombro.

—Sentémonos aquí, durante cinco minutos. Finjamos que todo está bien y que descansamos de una caminata agradable y tranquila.

—Creo que podemos hacerlo.

—Cinco minutos. Podemos hablar de qué hacer a continuación.

Inhalo el aire saturado con la fragancia de la madurez, de la hierba, de la fruta y de las hojas. Siento el calor reconfortante del sol y su cuerpo presionado contra mi costado; encaja perfecta y suavemente en ese espacio de mi cuerpo.

—Que sean diez minutos.

Ella asiente con la cabeza contra mi hombro.

Los diez minutos se convierten en una hora y la hora en dos, y luego en tres. Dormimos la siesta tranquilos, tres, cuatro veces, durante toda la tarde. Comemos entre siestas, sentimos que nos devuelven la energía. Y ahora, a última hora de la tarde, por fin estamos recuperados. Masticamos las rodajas de naranja lentamente, paladeando su sabor. Hay fruta más que suficiente colgando de los árboles, pero ninguno de nosotros quiere levantarse.

Sissy se siente mucho mejor, su aspecto ha recuperado la normalidad. El estado de alerta vuelve destellar en sus ojos.

—¿Aquí es donde conseguías la fruta? ¿Durante toda tu vida?

Asiento con la cabeza.

Se introduce entre los árboles.

—¿Así que venías aquí con tu padre?

—Sí. Cada pocas semanas más o menos. Hasta que... se fue.

Me mira.

—¿Nunca te contó... nada?

—No. Nada. Y luego se fue. Me hizo creer que se había convertido, y que luego pereció bajo el sol.

—Eso debe de haber sido duro.

Extraigo una brizna de hierba del suelo.

—Era muy solitario. Una parte de mí se negó a dejarlo ir. Durante mucho tiempo fingí que se había marchado a algún lado. —Sonríó con tristeza—. Solía caminar por las calles de día con la esperanza de... no, no importa.

—No, ¿qué? —inclina su cuerpo hacia mí—. De verdad.

—Es ridículo, pero solía imaginar que no había muerto. Que había llegado a un lugar seguro, a un lugar lejano y que me enviaría un mensaje para decirme que estaba bien. —Tiro de otra brizna de hierba—. Pensé que lo enviaría en un avión por control remoto. Sí, lo sé, era una tontería. Pero yo era un niño pequeño, solo por primera vez en mi vida. Todo lo que podía hacer era aferrarme a mi fantasía.

—Bueno, tenías razón, —dice a la ligera—. Acabó por irse.

No digo nada.

—Lo siento, —dice en voz baja, poniendo su mano sobre la mía—. No quise tomarme a la ligera lo que pasó.

—No, no te preocupes por eso. —Le ofrezco una sonrisa rápida para que sepa que todo está bien.

—En realidad sé lo que se siente, —contesta tras una pausa—. A mí también me lo hizo. —Mira a lo lejos, sus ojos se humedecen—. Fue lo repentino de su partida. Sin despedidas. Sin explicaciones. Un día estaba aquí y al siguiente... se había ido. Como si yo no tuviera importancia.

Hago girar las briznas de hierba alrededor de mi dedo y las rompo.

—Eso es lo que no entiendo. Quiero decir, sabemos por qué me abandonó. Era para ir al Instituto y protegerte. —Me dirijo a ella.

—Pero Sissy, ¿por qué te dejó? ¿Y por qué solo unos meses antes de que comenzara la Caza Heper?

Se inclina hacia adelante, con los brazos en los muslos.

—No puedo entenderlo, —responde.

—Nadie puede. Ni siquiera el primer consejero.

Asiente con la cabeza.

—¿Y sabes qué es lo que realmente me molesta? ¿Por qué tu padre dejó la Misión unas semanas antes de que llegáramos? Sé que lo estaba pasando mal con Krugman, pero aun así. ¿Por qué no aguantas un poco más en esa cabaña? —Exhala con frustración—. Algo debe haber pasado para que él se haya ido tan rápido.

Me aclaro la garganta. Y cuando hablo, es con la voz rota y apenas audible.

—Tal vez sea obvio.

—¿Lo qué?

—Algo le hizo abandonar repentinamente el Instituto, y poco más tarde que dejara la Misión.

—¿Sí?

—Tal vez no es algo... sino alguien.

Sus ojos se vuelven hacia los míos.

—Es bastante obvio si lo piensas, —respondo—. En cada ocasión se traslada justo antes de que alguien llegue. —Continúo, ignorando sus movimientos de cabeza—. Yo, Sissy. Antes de que yo alcance el Instituto, se va. Antes de que probablemente

entre en la Misión, desaparece. Es como si me estuviera evitando, tratando de asegurarse de que no nos volváramos a ver.

—Gene...

—Tal vez sea yo.

—No lo sabemos...

—Pero es lo que parece, ¿verdad?

—Gene, —dice, y cuando no levanto la vista para encontrarme con su mirada, me toca ligeramente la barbilla, e inclina mi cabeza hacia ella—. Te amaba, eras muy valioso para él. No podemos precipitarnos con estas conclusiones.

—Pero tiene sentido, ¿no?

Sacude la cabeza, sus ojos nunca se apartan de los míos.

—No sabemos eso. Hay una docena de maneras de interpretar sus desplazamientos y tenemos que darle el beneficio de la duda.

Me quedo mirando a lo lejos.

—Quiero encontrarlo más que nunca, —susurro.

—Lo sé, Gene, —responde—. Lo sé.

Durante diez minutos observamos un tenue grupo de nubes a la deriva recorriendo el cielo azul. Sopla una suave brisa, meciendo suavemente las hojas del árbol. El estómago de Sissy retumba con el hambre.

—Ojalá tuviera mis dagas, —comenta—. Lo que no haría por disfrutar de comida al aire libre y caza. —Sus dedos acarician distraídamente la cintura donde normalmente las envainaba.

—Todavía tenemos nuestras armas.

Sacude la cabeza.

—No son tan buenas. La daga es el medio que tienes que usar, es limpio y eficiente.

—¿Crees realmente que tendrías fuerza suficiente para perseguir a los perritos de las praderas? ¿Y luego hacer fuego?

Escupe una pepita.

—Buena apreciación. —Escupe otra, esta vez a mayor distancia.

Hago lo mismo, pero la mía solo recorre un par de metros.

—Tendrás que hacerlo mejor si quieres ganarme, —me dice con una pequeña sonrisa en la cara.

—Ni siquiera he empezado, —contesto, y le doy otro mordisco—. Empieza el juego.

Escupo otra. A pesar de elevarse en el aire, recorre menos de la mitad que la suya.

—Eso es patético, Gene, —dice, riéndose y palmeando la hierba—. Hasta *Ben* podría haberlo hecho mejor cuando tenía unos tres años.

—¡Ehhh, esta es mi primera vez, vale! ¡No he tenido años de entrenamiento como vosotros!

Se ríe de nuevo, con su habitual estilo de voz ahuecada.

—Si Epap estuviera aquí, te daría toda una clase. Nadie era mejor que él. Ese chico podía escupir más lejos de lo que era capaz de lanzar.

Los dos nos reímos. Pero la mención de su nombre es un doloroso recordatorio de la realidad. Nuestra risa se desvanece, el breve momento de desenfado se acaba.

—Nunca tuvo una oportunidad, ¿verdad?, —dice en voz baja transcurrido un minuto—. *Nosotros* nunca tuvimos una oportunidad de salvarlo. Creo que ambos lo sabíamos desde el principio. Nos aferramos a una esperanza que era más fantasía que realidad.

—A veces la fantasía es todo lo que tienes.

Permanece en silencio. Sé lo que está bullendo en su mente, las palabras antes de que les dé voz.

—¿Y qué hay de salvar a David?, —dice finalmente—. Volver al palacio a rescatarlo... ¿también es una fantasía?

Lo es. Ahora me doy cuenta de eso. Incluso si hubiéramos podido matar a Ashley June y regresar ilesos al Palacio el Gobernante nunca nos habría liberado, a pesar de su promesa.

Sissy enrosca la hierba alrededor de los dedos de sus pies, haciéndolos perder el color.

—Todo el tiempo que estuvimos bajo el agua en la fuente no dejaba de pensar en David que se encontraba exactamente en la misma situación, sumergido en el agua. Pero que estaba mucho peor, porque estaba solo.

Vuelve sus ojos hacia mí.

—No lo dejaré allí.

—Sissy, —digo a regañadientes—. Ambos sabemos que es un suicidio volver al Palacio. Seguramente moriremos.

—Entonces moriremos, —dice rápidamente con un destello de ira. Se pone de pie, camina a unos pasos de distancia, de espaldas a mí.

Estoy de pie. Con delicadeza pronuncio unas palabras que sé que rechazará.

—Tal vez deberíamos aceptar lo que no se puede cambiar.

—¿Qué quieres decir con eso?, —pregunta sin darse la vuelta.

—Tú y yo, Sissy. Tenemos caballos. Podemos ir a cualquier parte y nadie sabe que estamos vivos. Ni en el Palacio, ni en la metrópoli. Todos creen que estamos muertos.

Se detiene un momento. Espero que ataque con objeciones pero no contesta nada.

—Hacemos nuestro propio mundo, Sissy. Lejos de todos, de todo. Nos vamos lejos, muy lejos, para que no nos vuelvan a encontrar. Empezar de nuevo. Solos tú y yo.

Se queda muy quieta. La brisa del desierto sopla a través de su cabello.

—Pero no podemos volver al Palacio, —razono—. Incluso si pudiéramos escapar de allí, nunca dejarían de venir a por nosotros. Ni los crepusculares, ni los Iniciadores. Una vez que sepan que seguimos vivos, nos perseguirán para siempre.

Y a pesar de mis palabras, no habla.

—Solo trato de ser honesto contigo, —continúo.

—¿Lo has hecho, Gene? —Ahora se da la vuelta y sus ojos están húmedos. Pero estas no son lágrimas de tristeza o resignación, sino algo más que no puedo identificar—. ¿Has sido completamente honesto conmigo?

Claro que sí, estoy a punto de contestar, pero las palabras se ahogan dentro de mí. Habla, y su voz tiembla de ira.

—¿Por qué me has traído del Palacio a la ciudad? Dices que fue porque necesitabas ayuda pero eso no es verdad, ¿o no? —Sus ojos se clavan en los míos—. Porque aquí soy una carga. Hubieras estado mejor sin mí.

Dobla sus brazos delante del pecho, luego los despliega, metiendo sus manos en los bolsillos. No sabe qué hacer con ellos. Son como sus emociones, sus pensamientos, incapaces de encontrar un lugar de reposo.

—Al principio pensé que era porque querías que estuviéramos juntos, porque me querías. Pero ayer, cuando no disparaste, me dejaste vendida. Casi me matas.

—No, Sissy, yo...

—Para, Gene. —Y se da la vuelta, sale de la sombra y se dirige a la luz del sol.

La sigo sin pronunciar una palabra, solo mis pies moviéndose hacia ella. Se da la vuelta para mirarme antes de que la alcance. Está de pie bajo la blanca pureza del día; yo en las sombras.

—Sé por qué me trajiste contigo. —Sus ojos brillan con lágrimas de rabia y dolor—. Necesitas mi sangre. No es a *mí* a quien quieres. Solo mi sangre.

—Sissy...

—Lo sospeché todo el tiempo, pero decidí darte el beneficio de la duda. Alejando mis sospechas, esperando que realmente abatieras a Ashley June y mataras mis sospechas.

—Sissy, por favor...

—¿Y sabes qué, Gene? —Su voz se eleva con una intensidad franca que solo puede ser de honestidad—. Habría ido contigo. Aunque me hubieras dicho que solo me querías por mi sangre, que únicamente me necesitabas por Ashley June, aun así habría venido.

Todo lo que puedo hacer es mirar al sol, directamente, esperando que su intensa blancura provoque quemaduras en mis córneas. Anhelando dolor, necesitando el castigo.

—Lo siento, Sissy, —respondo finalmente con mi voz estrangulada y áspera.

Se limpia la nariz con el puño, con la barbilla alzada.

—Sé que dio su vida para salvar la tuya. Lo entiendo. —Las lágrimas brillan pero no se desbordan—. Y hubiera estado de acuerdo en que tú hicieras lo mismo por ella. Incluso si eso significaba que yo quedaba después de ella. Todavía entonces, Gene. Pero solo si fueras sincero. —Se estremece—. Porque con lo que no puedo vivir es con la deshonestidad, con el engaño.

—No eres la segunda, Sissy.

—Cállate.

—Ayer estuve allí para *matarla*. Por favor, créeme. —Doy un paso hacia Sissy, mis manos se abren ante mí, suplicando—. Sí, tienes razón. Cuando salimos del Palacio mi plan inicial era tratar de recuperarla. Sí, y no te lo dije porque no sabía cómo hacer para que lo entendieras. Lo siento mucho. Pero después de un tiempo no pude soportarlo más. Engañarte, ponerte en peligro. Así que cambié de opinión. Créeme, Sissy, mi intención era matarla. No eres la segunda.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Eso es lo que tú dices y, sin embargo, anoche no pudiste disparar, —responde, pero en voz baja, sin recriminaciones. Esperaba más ira, más reproches, no esta repentina dulzura—. La tenías en el punto de mira, pero no pudiste apretar el gatillo.

Bajo la mirada al suelo, incapaz de mirar hacia esos ojos que me interrogan.

—No te odio por eso, Gene. Lo entiendo, porque si tú estuvieras en su lugar, yo tampoco habría podido hacerlo. —Se queda mirando a lo lejos y luego a los caballos.

—Sino por la deshonestidad. Eso es lo que me molesta. —Luego, sus siguientes palabras—. Ya no puedo confiar en ti.

—Sissy, —musito y me acerco a ella—. Te voy a demostrar que no eres la segunda. De algún modo, de alguna manera, te lo voy a mostrar.

—Ya tuviste tu oportunidad, —responde—. Ya me lo has enseñado.

—Sissy. Por favor.

Se da la vuelta y camina hacia el carruaje.

—¿Adónde vas?

—Voy a regresar al Palacio a por David. Hay dos caballos. Tomaré uno. Coge el otro y vete a donde quieras. A la metrópoli o conmigo para recoger a David. O dirígete solo al este, es tu elección. Pero en cuanto a mí, voy a volver a por David.

—Sissy, no...

—No puedo abandonarlo, no puedo traicionar su confianza. —Sus siguientes palabras me hieren—. La lealtad es la prueba del amor.

Sé que no lo ha dicho con maldad, pero por eso sus palabras duelen todavía más.

Comienza a desatar un caballo de sus collares y tirantes. Ni una sola vez me mira o dice algo. Solo sé que está trabajando rápido, que lo ensillará y se irá al galope en un minuto.

—Sissy. Ven. Vamos a pensarlo bien.

No se detiene, ni siquiera levanta la cabeza hacia mí. Sus dedos trabajan las correas, desenrollando el cuero con fuertes chasquidos. El caballo está casi desatado por completo cuando se para. Pero no con indecisión sino con sorpresa, confusa. Su cabeza se inclina hacia un lado.

Y en ese momento es cuando lo escucho yo también.

Hm-m-m-m-m. Hm-m-m-m-m.

Viniendo de detrás de mí.

Hm-m-m-m-m. Hm-m-m-m-m.

En el suelo, todavía reposando bajo la luz del sol donde lo había colocado.

El TransTex. Está zumbando, sacudiendo las briznas de hierba a su alrededor.

Esperamos lo que parece una eternidad. Entonces:

> E<=><□

Sissy y yo nos miramos con esperanza. Tecleo: Reenviar.

El TransTex vibra y, esta vez, cuando leemos la pantalla, Sissy deja escapar un grito.

> *Epap.*

Empiezo a escribir con frenesí.

> *¿Dónde estás?*

> *No fue_ □a. En un ed □ificio.*

> *¿Te encuentras bien?*

> *No. Tengo la pierna rot □.*

> *¿Estás en el Centro de Convenciones?*

> *No. En un ed □ificio elevado. El más alto de los alr°_dedores.*

> *¿Con un gran atrio interior?*

> *Y muc°simo vidrio. Y sol.*

> *Bien. Vamos ahora.*

> *Apur_os.*

—Está en el Edificio del Dominio, —informo a Sissy—. Tiene sentido. Hay mucho sol en el interior. Un buen lugar para esconderse.

Sissy se golpea levemente la boca con un nudillo doblado, tiene la frente arrugada. Mira el TransTex.

—¿Cómo podemos estar seguros de que es Epap?, —pregunta—. ¿Y si es alguien que se hace pasar por él?

Miro fijamente el TransTex, mi cuerpo siente un escalofrío a pesar de la luz del sol que me golpea. Sissy tiene razón. Al otro extremo podría estar alguien que acaba de terminar de devorar a Epap, y que ahora ha tenido suerte con una forma de atraer a otros dos inconscientes hepers.

—El Edificio del Dominio es a prueba de sol, —respondo—. Ningún crepuscular se escondería allí para atraernos. No durante el día. Tiene que ser Epap.

Pero Sissy no está satisfecha.

—En pocas horas el día se transformará en noche. —Se frota la nuca—. Si vamos a volver a la metrópoli con la noche moviéndonos con rapidez, tenemos que estar seguros de que es él.

Me coge el TransTex de las manos.

> *Ahí estaré Epap. Y para tu cumpleaños también.*

Mira con sumo interés la pantalla.

—Faltan ocho meses para su cumpleaños.

El TransTex vibra. Leemos los caracteres antes de que se apague completamente. Serán los últimos que aparecerán porque se ha estropeado definitivamente.

> □□*□□+∠+→◦↯+ñ

ME ENCAMINO HACIA el carruaje. Estoy volviendo a atar su caballo a los tirantes cuando me alcanza. Se detiene al otro lado del animal.

—¿Qué estás haciendo?, —pregunta.

—Qué *estamos* haciendo. —Tiro de la correa de cuero a través de los cierres, lo suficientemente fuerte como para hacer que el caballo resople quejándose—. Regresaremos a por Epap. Juntos.

—Tú no..., —empieza a decir.

—Va a anochecer. No tenemos mucho tiempo y menos para discutir. Voy a ir contigo. Haremos esto juntos.

Me mira en silencio. Empieza a mover la cabeza.

—Gene...

—Para cuando lleguemos al Edificio del Dominio, ya casi habrá anochecido. Tenemos que entrar y salir rápidamente. Encuentra a Epap y lárgate de ahí. —Vuelvo a colocar el collar del caballo y lo abrocho con seguridad—. No habrá lugar para el error. No hay espacio para orientarse, para encontrar el camino. Conozco el Edificio del Dominio. Me necesitas.

No dice nada, pero siento sus ojos escudriñando cada uno de mis movimientos. Me deslizo entre los dos caballos y reviso el eje dos veces. El carruaje está listo. Sissy sigue mirándome fijamente.

Camino hasta el árbol más cercano.

—Recogiendo fruta para Epap, —le comento por encima del hombro arrancando algunas de las más grandes que cuelgan y que sostengo en el hueco de mi brazo.

Arrojo la fruta a través de la ventana del carruaje. Cuando camino hacia la parte delantera no veo ninguna señal de Sissy. No está en el interior ni al lado de los caballos. Miro hacia los árboles buscándola.

—Aquí arriba, —me dice desde el asiento del conductor.

Está sentada a un lado del banco, dejando espacio para que me siente a su lado. Nuestros ojos se encuentran y ella sostiene mi mirada. Me subo y me siento a su lado.

Agarro las riendas y las muevo hacia abajo. El carruaje se desplaza lentamente al principio, y luego con mayor rapidez a medida que los caballos empiezan a galopar. El suelo se difumina debajo de nosotros, de verde a marrón. Con cada salto, Sissy y yo entramos en contacto. Se desliza cada vez más cerca, apoyándose en mí. Tiro de las riendas ligeramente hacia atrás. El viento sopla con fuerza sobre nuestras caras. No hablamos mientras nos acercamos a los distantes rascacielos. De vuelta al nido de avispas. Pero Sissy está a mi lado, está conmigo, y no hay otro lugar donde prefiera estar.

EN EL CORAZÓN de la metrópoli una vez más. Los caballos trotan nerviosos, los cascos golpean con fuerza sobre el duro hormigón mientras agitan sus orejas. Todo resulta demasiado familiar: las fachadas de las tiendas cerradas, los cafés, las delicatessen, los imponentes rascacielos que nos flanquean como dedos que se estrechan. Ausente, la sensación de vacío y desolación que siempre había acompañado mis visitas diurnas. Ahora solo tengo la percepción de millones de personas colgando detrás de las delgadas paredes de los rascacielos de acero.

Para cuando detuve a los caballos y los até a un poste frente al Edificio del Dominio, el sol ya había descendido a mitad del horizonte. Las sombras se arrastran por la calle como si quisieran arañarnos. Queda menos de una hora de sol. Caminamos hasta la entrada principal, un conjunto de amplias puertas giratorias. Sin cerrar, como todo lo demás durante el día.

—Son muchos pisos por cubrir, —comenta Sissy, con la cabeza inclinada hacia atrás mientras mira hacia arriba.

—Sesenta y cuatro para ser exactos. Pero Epap dijo que se escondía a la luz del sol. Solo tendremos que buscar en el atrio y en la última planta, esas son las únicas dos áreas en las que la luz del sol puede penetrar.

—¿Qué más hay en ese edificio?

—Un montón de oficinas del gobierno. Laboratorios, salas de conferencias y aulas de estudio. Las evitamos, ¿de acuerdo? Nuestra estrategia es simple: buscar en el atrio, luego, si es necesario, entrar en el ascensor de cristal y subir a la última planta. Estaremos bañados de luz solar durante todo el recorrido. Y volver abajo, por supuesto, cuando nos vayamos.

—Con Epap, ¿verdad?

—Con Epap.

Sissy asiente con la cabeza y saca el TransTex por última vez. Nada. Lo pone de nuevo en el bolsillo, mordiéndose el labio.

—Puedes irte si quieres, Gene. Puedo hacer el camino de vuelta por mi cuenta. —Pone su mano en mi antebrazo—. No se sabe lo que pasará una vez que oscurezca. Esta podría ser tu última oportunidad de salir vivo de la metrópoli.

—Esa no es una opción. —Saco las dos pistolas de la mochila, le doy una y me meto la otra en la cintura—. Ambos vivimos o ambos morimos, pero lo hacemos juntos. ¿Entiendes?

Ella sostiene mi mirada por un momento. Luego asiente con la cabeza. Entramos por las puertas giratorias, y luego estamos dentro.

Es exactamente como lo recuerdo. La única leve diferencia es la iluminación porque hoy es más tarde que cuando mi padre y yo acostumbrábamos a aventurarnos en el Edificio del Dominio; la luz del sol es más difusa. En lugar de la intensa luz del mediodía que se derramaría por el atrio de sesenta y cuatro plantas y que prendería fuego al vestíbulo con destellos de luz, una neblina anaranjada bruñe el interior.

Sissy se queda asombrada, olvidando brevemente las circunstancias que nos trajeron aquí.

—Diseñaron este edificio para ser el más seguro de toda la metrópoli, —le explico, mirando hacia arriba—. Por eso este atrio de cristal es tan grande y la última planta es completamente de cristal, todos los documentos de alto secreto están guardados allí. Con tanta luz solar, no hay forma de que un crepuscular pueda entrar durante las horas del día.

—Bueno, las horas del día están a punto de terminar. Vamos a movernos.

Asiento con la cabeza. Pero cuando se da la vuelta, la sujeto del brazo.

—Espera.

—¿Qué pasa?

Algo en el aire. Mi cabeza se inclina hacia abajo concentrándose. Algo está fuera de lugar. Mi sexto sentido, casi tan confiable como cualquiera de los otros, está pitando alarmado.

—¿Gene?

En vez de hacerle caso, lo aparto a un lado.

—Quédate a la luz del sol, —le aconsejo.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Quédate a la luz del sol todo el tiempo. No te dejes tentar por la oscuridad ni por un segundo, y seamos silenciosos. No lo llares tan fuerte.

Su rostro se pone tenso.

—De acuerdo.

Empezamos por el lado norte, frente a las pequeñas tiendas delicatesen y los quioscos. En la esquina, un puesto de lustrar zapatos. Al lado, uno de periódicos. Nada se mueve. Todo está desprovisto de movimiento, de vida.

—Epap, —siseo tan fuerte como me atrevo—. ¡Epap!

Silencio.

—El puesto de seguridad, —dice Sissy—. No revisamos detrás del mostrador.

—No está allí.

—¿Lo has comprobado?

Sacudo la cabeza.

—Voy a echar un vistazo. —Y se aleja, sus zancadas son cortas y nerviosas.

Me asomo a un pequeño café. Las mesas y sillas cromadas devuelven impasibles mi imagen. Con cuidado, reviso detrás del mostrador. Nada. Nadie.

Sissy está en el puesto de seguridad, su cabeza desaparece bajo el mostrador. Está siendo minuciosa, no hay ningún rincón que haya quedado sin revisar.

Ping.

Ese es el sonido que oigo. Un pequeño pitido electrónico, apenas audible.

Ping.

Me doy la vuelta. Tardo un segundo en darme cuenta.

El ascensor de cristal ahora está abierto. ¿Lo estaba antes? No puedo estar seguro.

—Ehh, Sissy, ven aquí.

Me dirijo hacia el ascensor, mirando de un lado al otro. Ella murmura algo como respuesta. He tomado este ascensor muchas veces en el pasado. Es la única forma de llegar a la última planta. Se desplaza por dos rieles de tracción que se elevan hasta la planta superior. Me encantaba subir de niño, la sensación de volar cuando el suelo del vestíbulo descendía y subías por el atrio como un pájaro. Me quedaba mirando fijamente, con la cara apretada contra el cristal, a veces mirando el suelo del vestíbulo, todo lo que había allí abajo se empequeñecía, desvaneciéndose.

Me paro inclinándome hacia el vacío del ascensor.

—Sissy, por aquí, —repito.

Oigo sus zapatos haciendo clic contra el suelo de mármol y el eco que provocan arriba y abajo del atrio. Y entonces es cuando veo algo extraño dentro de la cabina. En la parte superior del panel de control está insertada una llave de seguridad. Es donde mi padre solía introducir la suya de alta seguridad para acceder a la última planta. Entro en el ascensor para echar un vistazo más de cerca.

—¡Gene!

Me doy la vuelta ante el sonido de su voz. Está caminando hacia mí. No, está corriendo, con la alarma reflejada en su cara.

Y, demasiado tarde, veo por qué.

Las puertas se están cerrando a una velocidad perversa.

—¡Gene!

Demasiado tarde, me lanzo hacia adelante. Las puertas se cierran, y antes de que pueda alcanzar el panel y empezar a aplastar botones desesperado, o patear las puertas, el ascensor asciende. Con repentina violencia, como si me lanzaran por el aire. Sissy se aleja debajo hasta que solo es un punto, sus gritos (¡Gene! ¡Gene! ¡Gene!) se debilitan, apagándose.

EL ASCENSOR CRUZA veloz cada piso. Solo a medida que se acerca a la parte más elevada reduce su velocidad al igual que la presión en mis oídos. Las puertas de cristal se abren. El sol, ocultándose entre los rascacielos menos elevados brilla directamente sobre mis ojos, iluminando de un tinte rojo herrumbre mis párpados.

El pasillo en esta planta está vacío. En el extremo más alejado, un mostrador de recepción y una pequeña escultura de vidrio del Gobernante han permanecido en ese lugar durante años. Por lo demás, nada. La pared de cristal a través del área de recepción forma un ángulo, y veo reflejos fantasmales del suelo que hay más allá, contornos tenues de escritorios y sillas. Nada se mueve.

Me mantengo en contacto con la pared trasera del ascensor. Al estirar la mano, empiezo a presionar el botón L en el panel. No pasa nada. Pulso el botón CERRAR. Nada.

Miro hacia abajo a través del suelo de cristal y veo a Sissy, diminuta como una liendre, de pie junto al puesto de seguridad.

—¡Pulsa el botón de LLAMADA al ascensor! —grito hacia abajo.

No se mueve.

—¡Sissy, pulsa el botón de LLAMADA! —vuelvo a gritar, haciendo bocina con las manos.

La veo moverse hacia la pared, pero no sucede nada. Las puertas permanecen abiertas.

Presiono unos cuantos botones con frustración. Nada.

—¡Epap! —grito al vestíbulo vacío de la planta—. Soy Gene. ¡Epap! ¿Estás ahí?
Silencio.

Estudio el panel y me pregunto si hay alguna forma de extraerlo, de conectar los cables. Es en ese momento cuando veo el intercomunicador. Pulso el botón naranja.

—Sissy, ¿puedes oírme? ¡Ve al puesto de seguridad! Estoy usando el intercomunicador. ¡Ve al puesto de seguridad!

Por debajo, el pequeño punto que es Sissy corre hacia allí. Unos segundos más tarde, su voz crepita, distorsionada por la estática.

—¡Gene!

—¡Sissy, el ascensor está atascado en este piso! Mira a ver si puedes encontrar por ahí algunos controles externos.

—... acuerd... —Un nuevo estallido de estática, anulando su voz.

—Sissy, ¿puedes oír...?

—Ayúdame.

Esas palabras no provienen del panel de comunicación y tampoco es la voz de Sissy. Se han dicho con claridad y desde muy cerca. De algún lugar en esta planta.

—¡Ayúdame!

Con más fuerza ahora, el miedo en la voz es obvio. También es evidente quien las ha pronunciado.

—¡Epap! —lo llamo—. ¡Soy Gene! ¡Ven aquí, Epap, hacia el ascensor!

Pero sigue gritando, chillando como si no me oyera.

—¡Ayúdame! ¡Ayúdame! Su angustia está bordeando el pánico más absoluto.

La voz de Sissy surge del intercomunicador.

—¡¿Epap?! Oh mierda, esa es su voz, ese es Epap... —Está hablando muy alto hasta que su voz se apaga de nuevo por la estática.

Y a pesar de todo Epap continúa vociferando. Miro más allá de las puertas del ascensor, tratando de verlo pero el ángulo del pasillo me lo impide. No puedo ver el resto a menos que salga.

—¡Epap! —lo llamo con insistencia—. ¡Ven hacia aquí!

Pero continúa chillando, sus palabras superponiéndose a las mías.

—Ayuda... ¡¡¡no, por favor no, *no!!!*, —y lanza un alarido.

Salgo corriendo del ascensor en ese instante, pisando el suelo de cristal, y tan pronto como lo hago las puertas, como si estuvieran esperando el momento justo, se cierran tras de mí como en una trampa de acero.

PERO NO HAY nada que me detenga. Corro sin parar hacia adelante rebasando el vestíbulo del ascensor, sumido en la desesperanza ante la voz suplicante de Epap. Puedo ver claramente el otro lado de la planta porque todo está construido en cristal. Atravieso sin detenerme las ocho oficinas de alto nivel, todas decoradas del mismo modo, y escasamente amuebladas: un escritorio, una silla, un monitor y poco más. No hay señales de Epap en ninguna de ellas. Las luces dispersas del atardecer se reflejan en las paredes con el color de la herrumbre y la sangre.

Llego hasta el final de la planta pero no lo veo, tan solo escucho su voz que me orienta. Entro volando en la sala de conferencias todavía sin señales suyas, únicamente su voz sonando desde el parpadeante monitor de televisión anclado a la pared. Pero en cuanto levanto los ojos se apaga de repente y los gritos de Epap, súbitamente interrumpidos, también. Todo este tiempo su voz procedía de una grabación de video.

Me doy la vuelta en la gran sala de conferencias, convencido de que se me van a echar encima. Pero aquí no hay nadie más que yo. Con la voz de Epap desaparecida el silencio es espeluznante, el silencio de los ojos que vigilan y de la respiración contenida, me atenaza.

Hay algo conmigo en este nivel. Lo sé. Puedo notarlo. Ojos al acecho, evaluando cada uno de mis movimientos y expresiones.

Todas las sillas están colocadas en perfecta simetría bajo la mesa de conferencias. Todo está en orden, no hay nada debajo, el suelo es claramente visible a través de la superficie de cristal. Pero hay algo encima de la mesa. Una jeringa grande. Me acerco y la toco dubitativo con la punta de los dedos. Contiene un fluido amarillo.

Examino de nuevo la estancia, de izquierda a derecha. Estoy pasando algo por alto. Mis ojos se deslizan recorriendo las paredes de cristal y desde el suelo hasta el techo, más allá de la Habitación del Pánico, hasta el exterior, en dirección a los rascacielos adyacentes...

La habitación del pánico se asienta en esta última planta del Edificio del Dominio como un diminuto punto de oscuridad bajo el cielo. Todo lo demás en este lugar resulta bañado por la luz del sol pero, escondida en la esquina noreste, se halla esta pequeña cámara similar a un armario. Tintada de negro como la muerte.

El habitáculo fue construido después de la MBS (Muerte Bajo el Sol) de un oficial de alto rango en esta planta. Había bebido demasiado vino a lo largo de la noche y se quedó dormido en su oficina. El amanecer lo pilló por sorpresa. A partir de ahí se retiraron los somníferos de todas las oficinas y se construyó, diseñada para ser una opción de último recurso para cualquiera que accidentalmente se quedaría atrás. Un botón en su interior permitía descender al ocupante por un pozo de diez

pisos de profundidad, a la oscura seguridad de las plantas de abajo cerradas con persianas.

Es negra como la noche precedente.

Adapto mis ojos, tratando de ver a través de su grueso cristal negro. El tinte oscuro es una amalgama de un tipo poco usual de vidrio y de un compuesto, altamente caro y difícil de producir, que supuestamente neutraliza los mortales rayos gamma de la luz solar. Nadie se ha atrevido a probarlo.

—Gene.

Doy un salto al escuchar el sonido de mi nombre, rompiendo el silencio. El sonido de la voz, esa voz, haciendo añicos mi corazón.

Pensé que la había olvidado. Solo una sílaba susurrada de mi nombre y en vez de asustarme, experimento un alivio inmediato y profundo en su presencia.

—Gene, ven hacia mí.

Y lo hago, con impotencia dirigiéndome hacia la cámara negra. Me detengo frente a la pared de cristal exhalando mi aliento sobre la superficie. A pesar de ello, todavía no veo nada. Poco después el tinte del vidrio se aclara de manera lenta y gradual, hasta que puedo ver el contorno gris de un cuerpo parado en su interior. Luego más: la curva de sus hombros, la longitud de su cabello, la forma de sus ojos. A pesar del dolor que provoca la luz del sol, no lleva gafas de sol. Quiere que vea sus ojos.

—Detente, Ashley June.

Pero ella sigue cambiando el cristal de oscuro a gris claro, sus dedos, que ahora puedo ver, están moviendo uno de los muchos diales de algún tipo de mando a distancia que tiene en la mano. No se detiene, ni siquiera cuando la luz del sol ilumina aún más el interior de la cámara y hace que se estremezca de dolor. Finalmente se para y me mira a los ojos.

Pensé que sentiría miedo, o culpa. Pero lo que siento en su lugar es una emoción que nunca hubiera esperado.

Ternura.

Estoy a menos de un metro de ella, de sus colmillos, de sus garras, y sé que con ella estoy a salvo. Que no puede hacerme más daño del que yo podría haberle ocasionado apretando el gatillo. Es una sensación extraña, estar ante instrumentos tan aterradores y tan a gusto al mismo tiempo. Incluso allá en la Misión, cuando ella podía haberme decapitado fácilmente con un tajo de sus afiladas garras, el golpe mortal nunca llegó.

Nuestros ojos se encuentran; veo la ternura emanando también de sus ojos, floreciendo en su pálida piel de porcelana. Esta bondad inesperada me hace querer susurrar mil súplicas de perdón por haberla dejado atrás hace tantos días en el Instituto Heper.

Había olvidado cómo mi corazón se deja llevar tan fácil y espontáneamente por ella. A pesar de todo lo que sabe ahora sobre su naturaleza, a pesar de que estamos en diferentes lados de la orilla. Vuelvo la vista hacia otro lado.

—Gene, —dice con suavidad desde un pequeño micrófono que tiene en la mano.

Su voz susurra a través de los altavoces que circundan la habitación. Levanta la mano y presiona la palma contra el cristal. Pálida, con la blancura de la luna de medianoche.

—Gene, —susurra, esta vez tan levemente que no oigo la palabra, solo veo sus labios pronunciando mi nombre. Sus labios enroscándose alrededor de la sílaba, como abrazando los contornos de cada letra.

Lentamente levanto mi mano y la coloco sobre el vidrio frente a la suya. No puedo sentir calor, solo la fría indiferencia del cristal y, todavía así, no puedo mirarla a los ojos.

—Gene, por favor, mírame, —dice en voz baja.

Y en ese momento encuentro sus ojos de un intenso esmeralda, visibles incluso a través del cristal, encendidos como el fulgor de las gemas.

—No tengas miedo, Gene. Estás a salvo conmigo. Apenas puedo olerte, la cámara está herméticamente cerrada. Así que no...

—Lo siento, —respondo. Mi voz se estremece con esas dos simples palabras.

Sus esbeltos y pálidos brazos, sobresaliendo de una blusa sin mangas, parecen frágiles y vulnerables, aunque sé que contienen el poder de atravesar este cristal y destrozarme en segundos.

—¿Alguna vez recibiste mi carta?, —pregunta—. La dejé en el umbilical.

Asiento con la cabeza.

—Sabía que lo harías, —dice, y sus dedos se rascan ligeramente la muñeca, una, dos veces.

Aparta la vista por un momento, y luego me mira suavemente a los ojos.

—Tenía mucho más que escribir, tantas cosas que quería decirte.

Me inclino hacia adelante hasta que mi frente entra en contacto con el vidrio.

—Siento haberte abandonado. Lo siento por no haber regresado. Debería haber intentado...

—Está bien, Gene. —Presiona con más fuerza la pálida palma de su mano contra el cristal—. Ya no importa.

El sol se pone más abajo, sus rayos disminuyen en intensidad desangrándose en un rojo cada vez más oscuro. El cráneo de la luna ya está delineado en el pergamino cada vez más oscuro del cielo. Pronto caerá la noche sobre nosotros y con ese pensamiento, el *shock* inicial de ver a Ashley June desaparece, y miro sospechosamente a mi alrededor.

—En el TransTex eras tú, ¿no? —pregunto—. Lo utilizaste para atraerme aquí. Para atraparme.

—Sí, para *salvarte*. En el Centro de Convenciones fui yo quien te envió el mensaje. Te vi en cuanto subí al escenario, portando esa ridícula arma. Si no hubiera enviado ese mensaje, habrías disparado delatando tu posición; habrías sido devorado

en cinco segundos. —Hay dolor en su cara—. Siempre te estoy salvando, Gene. Como ahora estoy a punto de hacerlo. Por eso te traje aquí.

Sus dedos giran el dial de control que sostiene en su mano haciendo que el tinte del cristal se aclare aún más. Está soportando el dolor, queriendo, por una razón que todavía no comprendo para que yo la observe con más claridad. Se la ve más sana, su belleza es ahora más intensa, más salvaje. Puedo apreciar el pequeño lunar situado en la esquina de su ojo. Una vez más, aparto la mirada hacia otro lado.

—¿Y dónde está? —le pregunto—. La persona a la que le quitaste el TransTex.

Ashley June retira su mano del cristal. Cuando habla, lo hace con timidez.

—Lo siento. Vino a verme al hospital. De alguna manera pudo colarse en mi habitación a pesar de las medidas de seguridad y de la constante vigilancia de las cámaras. Había ido a acabar conmigo, Gene, con un arma cargada. Así que cuando lo maté, fue en defensa propia. Más o menos, en cualquier caso. —Unas gotas de saliva salpican la comisura de sus labios pero su lengua las hace desaparecer con rapidez.

Doy un paso hacia atrás y tropiezo con la mesa. Me apoyo en la firmeza de sus esquinas, contento de que algo sólido sostenga mis temblorosas piernas.

—Lo reconocí inmediatamente, —explica en voz baja, casi disculpándose—. Uno de los hepers del Domo. Lo vi hace unas noches en las montañas y también escapar en el tren contigo. Así que sabía que era tu amigo y, por eso, traté de contenerme Gene —baja la mirada— tienes que creerme. Y cuando supe que no podía, hice que su muerte fuera lo más rápida y menos dolorosa posible; porque sabía que eso es lo que tú hubieras querido.

Epap. Muerto. Pensé que ya lo había aceptado pero esta confirmación me impacta. Recuerdo lo que me dijo en la Misión, su cara llena de pesar. *Lo compensaré. De veras.* Ojalá pudiera decirle ahora que nunca tenía que hacerlo bien. No le debía nada a nadie. Siempre estaba en primera línea: durante el retorno a la Misión, llevando mi cuerpo inerte a lo largo de los prados hacia el tren, consiguiendo defender a Jacob de un trío de crepusculares en el andén. Y aquí en la metrópoli, aventurándose solo en este vasto y desconocido laberinto de muerte, decidido a completar lo imposible. Por Sissy, por David, por mí.

Escucho las palabras de Sissy en mi cabeza. *La lealtad es la prueba del amor.*

—No fue rápido, —respondo con la voz tensa, acusadora—. Le hiciste suplicar, le obligaste a que implorara y grabaste sus últimos momentos, una grabación que acabas de poner para atraerme hasta aquí. ¿Cómo puedes estar tan enferma?

Sacude la cabeza con vehemencia.

—Mi habitación del hospital tenía una cámara de vigilancia y robé la cinta. No quería utilizarla, pero me obligaste a hacerlo. Cuando te negaste a salir del ascensor, como supuse que harías, me dejaste con pocas opciones.

—Bueno, ahora estoy aquí. ¿Qué vas a hacer? ¿Comerme tú sola?

—Si quisiera hacer eso, ahora estarías muerto, y lo sabes. —Sus dedos se encogen, haciendo que sus largas uñas chirríen contra el cristal—. Estoy aquí para

salvarte, Gene.

Inclino la cabeza y doy un paso hacia ella.

—No. Ashley June, escúchame. Hay una cura, algo llamado *el Origen*. Revierte la infección y te vuelve a convertir en humana. Puedo *salvarte* y no solo a ti, sino a todos los crepusculares. En el Palacio, hay todo un arsenal de armas del Origen. Para restaurarse, para hacer que todos vuelvan.

Su rostro se oscurece como el paisaje sombreado por las nubes que pasan frente al sol.

—Hay algo que necesitas saber, Gene. Déjame contarte...

—No hay tiempo, Ashley, es casi el crepúsculo.

—Sí, ¿y de quién es la culpa? ¿Por qué tardaste tanto en llegar? Quería explicártelo *todo*. Había tanto que decir, cosas que ni siquiera creerás al principio. Quería llevarte a la planta 59 y mostrarte cosas que te ayudarían a convencerte de la verdad. —Me mira con intensidad—. ¿Sabes lo difícil que fue eso, toda la burocracia que tuve que sortear para obtener el acceso? Ha estado cerrada desde siempre. Si no tuviera a toda esta metrópoli adulándome, a las autoridades a mi entera disposición...

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. ¡Pero escúchame a mí! Puedo salvarte.

—¿Quieres *salvarme*?, —pregunta, con la voz afilada y burlona—. ¿Qué pasa si no quiero ser salvada? ¿Qué sucede si pienso que eres *tú* el que necesita ser salvado?

—¿De qué estás hablando?

Da un paso adelante hasta que su cara casi roza contra el cristal. Su aliento lo empaña y desaparece.

—Gene, —dice, con su voz de nuevo afectuosa—, hay secretos que han estado ocultos durante siglos.

—¿Qué secretos?

—¿Te has sentido alguna vez... en conflicto con tu cuerpo? ¿Que a veces este se siente como si fuera demasiado pequeño o demasiado grande o demasiado torpe en los lugares equivocados? ¿Como si fueras un pez fuera del agua?

No respondo.

Ella desliza su mano a lo largo de su largo y pálido brazo.

—¿Recuerdas aquella vez en el armario del gimnasio de la escuela? ¿El juego de girar la botella? —Recorre con la vista la habitación del pánico—. Ese armario era del tamaño de esta cámara, ¿no? Todos los demás estaban fuera de la puerta, y solo tú y yo dentro. Nos frotamos con una pasión simulada, haciendo movimientos que significaban poco para nosotros. Era solo una ficción y en ese momento pensé que era porque no lo hacíamos de la manera correcta. Pero ahora me doy cuenta de que no era lo que hicimos. Éramos nosotros, pero no lo que nos correspondía. —Sus ojos se posan en los míos, con dulzura—. Estábamos mal, Gene. Algo andaba mal con nosotros.

—Ashley June, no estás pensando con claridad...

Levanta la mano y me acalla.

—No, Gene. Mis pensamientos nunca han estado más claros e incisivos. Me siento restaurada, cómoda conmigo misma por primera vez en mi vida. Estoy salvada. Rescatada de la mezquina existencia que una vez tuvimos, a salvo de falsedades, de apariencias. —Sus ojos se llenan de pura melancolía—. Puedo *salvarte*, Gene. Por fin puedo hacerte real.

Una ola de frío me recorre.

—No eres tú misma, esta no eres tú porque la Ashley June que conocía nunca diría algo así. Era una luchadora. —Doy varios pasos atrás—. No te conozco: No sé nada de esto.

—Soy Ashley June, —contesta, y golpea el cristal—. Más que nunca.

—¡No! —grito con tanta vehemencia que retrocede—. ¡Puedo salvarte! ¡Traerte de vuelta, Ashley June! —Mis palabras pierden intensidad y firmeza—. ¿No te acuerdas en el pueblo de la montaña? Mordiste a Sissy y ella se transformó casi por completo pero la cura, el Origen, la trajo de vuelta. El Origen está en ella y en mí, es la unión de nuestras sangres y del mismo modo que pudo a recuperar a Sissy, ¡el Origen puede recuperarte a ti! Y ella está aquí, Sissy está ahora en este edificio.

Al mencionar el nombre de Sissy, la atmósfera se transforma de repente. La luz del sol se apaga, la oscuridad lo invade todo. El calor es absorbido de repente, reemplazado por una súbita frialdad y, cuando Ashley June habla, su voz ha perdido toda emoción, todo volumen y afecto.

—Solo hay dos defectos en tu plan.

—Ash...

—Primero, no *quiero* ser salvada, —afirma—. No *necesito* ser salvada.

En el exterior, las largas y delgadas sombras de los rascacielos se deslizan atravesando la metrópoli.

—Y segundo, —continúa—. Sissy ya está muerta.

SISSY

CUANDO EL ASCENSOR se traga repentinamente a Gene y se lo lleva con rapidez a lo largo de la pared del atrio, la reacción inicial de Sissy es de ira absoluta.

Me dejó atrás, piensa. Para registrar en solitario los pisos que entrañan más peligro del edificio.

Pero capta su expresión cuando es impulsado hacia arriba. Su mirada de sorpresa. Ve su mano golpeando los botones del elevador mientras asciende, hasta que todo lo que alcanza a ver son las suelas de sus zapatos.

Corre hacia el panel de teclas junto a la puerta del ascensor. Nunca se ha subido ni manejado uno antes y no está segura de qué botón presionar, o si es necesario apretarlos en una secuencia determinada. Resuelve empujarlos frenéticamente, al azar, hasta que los botones se convierten menos en protuberancias de plástico para pulsar y más en sacos de boxeo sobre los cuales ventilar su creciente miedo.

—¡Gene!, —grita, con la cabeza hacia atrás mientras mira fijamente.

El ascensor sigue subiendo, todavía más rápido, como si estuviera siendo catapultado a través del techo de cristal del atrio.

Entonces se detiene en el último piso, donde ahora es una mera mancha de luz. Oye gritos procedentes del ascensor. Es Gene, su voz suena a galaxias de distancia.

—¡No te oigo! —le grita, pero sabe que su voz es tan inaudible para Gene como la suya para ella.

Por un momento piensa en encontrar una escalera y subir corriendo a reunirse con él, pero desiste. Le había advertido que no entrara en las plantas oscuras que hay entre el vestíbulo de cristal y el último piso, podrían estar albergando a cientos de crepusculares durmiendo después de las juergas de anoche.

En ese momento vuelve a oír su voz, alta y estridente, crepitando por los altavoces del puesto de seguridad.

—Sissy, ¿puedes oírme? ¡Ve al puesto de seguridad! Estoy usando el intercomunicador. ¡Ve al puesto de seguridad!

Se acerca corriendo. Al lado del altavoz hay una serie de botones de diferentes colores. Sin saber cuál apretar, resuelve presionarlos uno tras otro gritando el nombre de Gene. En su quinto intento, obtiene finalmente una respuesta.

La voz de Gene restalla por el intercomunicador.

—¡Sissy, el ascensor está atascado en este piso! Mira si puedes encontrar algunos controles externos por ahí.

—De acuerdo, —responde, y luego clava los ojos en las intimidantes docenas de teclas que tiene ante sí. Las presiona todas, al azar, tratando de encontrarles sentido.

—Sissy, ¿puedes...? —Gene empieza a hablar antes de que su voz quede ahogada por la estática.

Entonces, nota algo más.

A alguien más.

Los dedos de Sissy se detienen en el aire suspendidos sobre los botones. Tal vez se lo imaginó y...

—¡Ayúdame! —es la voz de Epap.

Pulsa de inmediato el botón HABLAR.

—¡¿Epap?! ¡Oh mierda, esa es su voz, ese es Epap! —Se inclina hacia el altavoz, sus labios casi rozando la rejilla metálica—. Gene, ¿lo ves?, ¿está bien? —Comienza a golpearlo, como si fuera a obtener una respuesta—. ¡Gene! ¿Estás con él ahora?

Entonces un grito horrible resuena por el altavoz.

Es Epap.

—Ayuda... ¡no, por favor no, *no!*, —grita.

Eso la pone en movimiento. Ya no le importa tomar precauciones; subirá por las escaleras si es necesario. Mientras se da la vuelta preparada para emprender la carrera levanta la vista hacia el ascensor.

Está descendiendo.

Cuando llega al vestíbulo, Sissy ya está allí, golpeando las puertas con impaciencia. Incluso antes de que se abran ve que el interior está vacío. Gene debe haber salido a ayudarlo. Salta al interior y pulsa la tecla de la última planta.

No se enciende. La presiona de nuevo.

La puerta se cierra de golpe, pero sigue sin activarse.

Y ahora el ascensor comienza a subir. La visión del vestíbulo quedando atrás le provoca náuseas en el estómago, como si la gravedad se hubiera invertido y ella estuviera cayendo *hacia* el cielo. Se da la vuelta y la imagen borrosa de las plantas pasa parpadeando a su lado, los números en negrita pintados en las puertas van demasiado rápido para que los pueda leer.

Esto no va bien. No puede sacudirse la sensación de que están jugando con ella, que una mano invisible controla sus acciones como si fuera una marioneta. Golpea el cristal con furia, sin poder explicar lo ingenua que ha sido para caer en la trampa. De una forma u otra tiene que detener el ascensor. No puede permitir que la transporte a donde quiera. Hay una llave por encima del teclado y la gira. Se produce un clic dentro del panel, y todas las teclas que indican los pisos se iluminan para luego oscurecerse.

El ascensor solo parece aumentar su impulso, haciéndola subir más rápido. Pasados unos momentos empieza a frenar. Los números de las plantas que pasan corriendo por la pared disminuyen de velocidad y se vuelven legibles. 55, 56, 57, 58. Entonces el número 59 se desliza ante su vista lentamente, deteniéndose por completo

frente ella. Por la razón que sea, el ascensor se ha detenido cinco plantas antes de alcanzar la última.

Ping, oye el sonido del ascensor.

Saca la pistola de la cintura e inserta el cargador. Se agacha, preparada para lo que sea que haya al otro lado de las puertas.

SISSY

LAS PUERTAS SE abren.

Sissy no acierta a ver nada. Después de estar bajo la luz del sol durante horas, la oscuridad frente a ella le resulta un muro impenetrable. Sujeta el arma con más fuerza. El movimiento más pequeño, el más mínimo cambio de gris a negro, y acribillará a quien sea. Permanece dentro en esta posición incluso cuando las puertas del ascensor comienzan a cerrarse, luego se desliza hacia adelante poniéndose justo en medio de ellas. Las hojas la golpean con una fuerza sorprendente y no retroceden. Se resiste pero cuando una alarma del interior se dispara, con la potencia suficiente como para despertar a cualquiera que duerma en el edificio si no la acalla, se ve forzada a tomar una decisión: salir del ascensor o permanecer dentro a su merced.

Reflexiona un instante y luego da un paso adelante. Las puertas se cierran tras ella.

Se sumerge al momento en la oscuridad y el silencio.

Recorre la pared en busca de un botón, pero no lo encuentra. El ascensor se ha ido. No hay forma de volver a llamarlo.

—¡Gene!

Nada. Solo es su eco rebotando en las paredes que no puede ver. Pero el silencio no es necesariamente malo. Si hubiera algunos crepusculares aquí, seguramente ya estarían despiertos ahora. Por su olor. Por la luz del sol que se había filtrado brevemente cuando se abrieron las puertas del ascensor. Pero no hay aullidos de queja, ni ruido de uñas raspando en improvisados asideros. Nada. De hecho, a juzgar por el olor a rancio y a decrepitud, no parece que algo se hubiera movido aquí durante años o décadas.

Desearía desesperadamente tener un quemabrillo. Lo lanzaría frente a ella para que le iluminara el suelo. Pero ahora todo lo que puede hacer es esperar a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad.

Poco a poco, las formas emergen y ve el borde de una mesa. También la sombra de una lámpara de escritorio tapada. Pese a todo, todavía no se mueve.

—Maldita sea, —sisea al darse cuenta de que no tiene otra opción. No puede quedarse aquí para siempre, no cuando las desesperadas súplicas pidiendo ayuda de Epap resuenan todavía en su cabeza.

Avanza de lado con los brazos extendidos hacia delante y con una cadera rozando los muebles. El aire está más cargado de humedad de lo que creía; las motas de polvo planean delante de sus ojos, haciéndolos llorar.

Se acerca a la lámpara de escritorio y localiza el interruptor de encendido. Se sorprende cuando proyecta un débil cono de luz plateada; no pensó que funcionaría. Apenas es suficiente para iluminar los libros que están justo debajo, pero para Sissy es la luz maestra de mil hogueras.

Es la primera de una fila de lámparas de mercurio colocadas a lo largo de una vasta mesa. No alcanza a ver dónde termina, pero se extiende en la oscuridad, desapareciendo. Con cautela avanza encendiendo todas las lámparas. Muchas no funcionan, las bombillas aparentemente murieron por el uso excesivo o, sobre todo dada la cantidad de polvo depositada, por falta de uso. Diez metros más adelante ha encendido las suficientes para distinguir a su alrededor tres hileras de estantes de hierro forjado, todos repletos de libros.

Y en la pared del fondo, ve una puerta. Una puerta que solo puede conducir a una escalera hacia el último piso; a Gene y a Epap. Mira a su alrededor sin saber si debe continuar; hay algo extraño en este lugar. Sobre ella, ve colgado un cartel metálico cromado sobre el hierro forjado del segundo estante:

ACADEMIA DE CONJETURA HISTÓRICA OFICINA DE CREACIÓN DE HISTORIA HEPER

Siente los gélidos dedos del miedo reteniéndola pero los ignora, centrándose en la tarea inmediata de alcanzar la puerta situada en la pared más alejada. Pero sus ojos no paran de mirar esa señal, y luego abajo, a los montones de libros y cuadernos apilados sobre la mesa, muchos de ellos abiertos de par en par donde han permanecido sin tocar durante años o incluso, a juzgar por la gruesa capa de polvo, durante décadas.

Enciende otra lámpara, ya casi está al final de la mesa. La luz chisporrotea sobre un irregular bosquejo de algún tipo. Empieza a moverse hacia la puerta...

¿Qué era eso?

Sus ojos se vuelven hacia el boceto. En realidad es un mapa, pero a diferencia de cualquier otro que haya visto antes, no solo incluye la metrópoli, o como el mapa de cualquier revista científica, el extenso terreno circundante. Este mapa muestra la *tierra* al completo. Cadenas montañosas, valles y vastos desiertos interrumpidos por densos bosques. Un mapa que incluso reproduce los confines de la tierra, los precipicios que se hunden en interminables abismos sin fondo. Nunca antes había visto un mapa imaginario a esta escala. Se inclina para mirar más de cerca, pero su aliento remueve la capa de polvo. Las motas de polvo penetran en sus fosas nasales y estornuda con fuerza y energía. El mapa se desplaza, revelando otros por debajo.

Y otro, y otro, y otro más. De hecho, un montón de ellos. Estos mapas, empleando diferentes cartografías, ilustran hipótesis únicas y a menudo contradictorias con respecto a la apariencia de la Tierra. Algunos representan grandes masas continentales rodeadas de superficies de agua incluso mayores. Otros muestran niveles estratificados de terreno, cada uno separado y sostenido por enormes

columnas de arcilla. Los mapas están llenos de nombres de continentes y de otros lugares que nunca antes había leído: Mar Hintotes. Montañas Mynsento. Llanura Deroze. Algunos continentes están divididos en sectores, con líneas de puntos que delimitan y dividen a una nación de otra.

Sissy frunce el ceño y observa con más atención. Algunos de estos sectores están etiquetados, y también algunos tachados, con lo que presumiblemente deben ser nombres: Sevibo, India, Heyan, Malinorise, China, Cheung Chau. Mira detenidamente a lo largo de la mesa los antiguos diarios, los mapas y los libros abiertos bajo las lámparas. Esto es un caudal de información que contiene secretos tan antiguos como la propia historia y, de repente y con un intenso deseo, quiere leerlo todo de manera apremiante. A pesar del peligro, necesita escuchar los secretos susurrados en estas páginas, descubrir la verdad.

Pero no hay tiempo. De mala gana se dirige hacia la puerta... y pone el pie sobre un plástico rígido que se quiebra bajo su bota. Con curiosidad se inclina para examinarlo. Son un par de gafas de sol que sostiene bajo la lámpara para examinarlas más de cerca.

Extraño.

Es un modelo muy reciente, un estilo que se puso de moda hace solo un año; completamente fuera de lugar en este antiguo escenario de vetustos mapas y papeles enmohecidos. Pasa su dedo ligeramente por encima de su lisa superficie de plástico. No hay polvo. Estas gafas de sol quedaron olvidadas hace bastante poco tiempo.

¿Por quién?

Se dirige al escritorio, coge la lámpara y la gira lentamente. Detecta algo: cerca de la pared opuesta, en el suelo, a menos de cinco metros de distancia. Camina hacia allí con la lámpara hasta que el cable se tensa y ve una... bueno, es difícil de decir con precisión. Debería olvidarla le dicen sus instintos, alejarse de aquí. Pero algo la atrae irresistiblemente hacia ella.

Es una pequeña caja de cartón, enmohecida y sucia, con la tapa tirada a un lado. Había sido escondida, por lo que pudo entender, en el estrecho espacio entre dos estantes. Alguien la había sacado bruscamente de allí, volcándola y provocando que se desparramaran las hojas de papel. Lo que inmediatamente llama su atención es un símbolo impreso en la esquina superior de la hoja más cercana:



En tinta plateada, brilla en la oscuridad. Tan seductora que no puede evitar pasar los dedos sobre ella. Sin embargo, esta luna creciente también es amenazante, capaz en apariencia de rebanarle las yemas de los dedos. Está demasiado oscuro para leer lo que figura en la página, excepto tres palabras grandes impresas en diagonal: *PARA DESTRUIR*.

No solo en esa página sino en cada hoja enmohecida y arrugada a la que da vuelta encuentra esas mismas palabras e idéntica luna estampada. Sus dedos en estos momentos están cubiertos de una pátina de polvo y al olerlos casi se siente aturdida por el aroma a almizcle rancio y picante. Todos hablan de una época muy anterior a cualquier otra cosa de esta planta. En este museo de reliquias y artefactos, lo que tiene en sus manos precede claramente a todo lo demás por lo menos en varios siglos.

Observa las hojas esparcidas en el suelo, la caja medio vacía. A juzgar por el desorden dejado atrás (y por las gafas de sol caídas), quienquiera que se hubiera colado aquí debe haber tenido que retirarse apresuradamente, y probablemente con algunos papeles.

Está a punto de acercarlos a la luz cuando algo le hace elevar la vista y observa, desde el otro lado de la mesa, vigilante. Allá, de la nada y sobre la puerta del ascensor, aparece un destello de luz. Los números sobre el panel indicador están parpadeando, y de repente se pone en marcha. Con el corazón palpitando, Sissy observa cómo los números se iluminan en la oscuridad.

El 48 parpadeando hacia el 47. Luego del 47 al 46.

El ascensor está descendiendo, alejándose de ella.

45, 44, 43, 42, 41, 40, 39.

Y ahí se detiene. Por unos segundos. Entonces el 39 deja de parpadear.

El siguiente número se ilumina.

40.

El ascensor está subiendo.

Los papeles se le caen de la mano, pero no se da cuenta.

41, 42. La velocidad aumenta. 48, 49, 50, 51.

Luego se reduce... 52, 53, 54, 55, 55, 56... a medida que el ascensor se acerca a su destino.

57, 58.

59.

Ping.

Las puertas se abren.

SISSY YA ESTÁ muerta.

Necesito un momento para asimilar sus palabras. Luego me doy la vuelta y salgo corriendo de la sala de conferencias.

—¡Gene! —Ashley June se queda atrás, llorando.

Ignoro su súplica y me muevo con rapidez recorriendo el pasillo, atravesando las desiertas oficinas acristaladas. Delante del ascensor golpeo las teclas frenéticamente, mirando desde el atrio hacia el vestíbulo muy por debajo. Nada. No hay ningún movimiento, ninguna señal de Sissy, ni allí ni en el ascensor detenido muchos pisos por debajo. Incluso los botones permanecen apagados y no responden.

—¡Sissy! ¡Si puedes oírme, vete! ¡Sal de ahí, Sissy!

Solo el eco de mi voz me responde.

Cuando vuelvo a la sala de conferencias está mirando hacia el exterior, al atardecer que está tocando las azoteas de los edificios circundantes. Un barniz rojizo llena el suelo, es pesado y oscuro, como el color de la sangre coagulada. Las paredes opacas de la habitación del pánico son ahora más sombrías, las ha oscurecido en mi ausencia.

—¿Qué le has hecho a Sissy? ¿Dónde está?

—Se acabó en el momento en que entrasteis en este edificio.

—¡Dime dónde está!

—Probablemente ya se halle en el estómago de una docena ahora mismo. — Ashley se vuelve hacia mí—. Es demasiado tarde.

Avanzo, golpeando el cristal con tanta fuerza que se sobresalta y retrocede.

—Dime dónde está. Todavía hay tiempo. No conoces a Sissy. Esa chica engaña a la muerte como ningún otro. Todavía puedo ayudarla, y después de que lo haga, te ayudaremos a ti.

—Se acabó, Gene, ella está...

—¡No, no lo está! ya habría oído gritos y aullidos.

Y en ese momento, como si hubiera pulsado inadvertidamente un interruptor, se oye un estridente lamento, lejano, procedente de las plantas inferiores, luego otro, y otro.

—Ahora sí que se acabó, —me dice—, y en unos minutos, a ti también te matarán. El sol casi se ha puesto, la noche se cierne sobre nosotros; y este edificio está tan lleno de gente como todos en un radio de 30 manzanas. Los rumores desde anoche acerca de dos hepers en libertad han puesto a toda la metrópoli en un estado de nerviosismo. La mitad de la población salió a husmear, esperando, si no encontrarte, al menos descubrir una gota de ti, o al menos algo. La sirena del

amanecer nos cogió a la mayoría por sorpresa; tuvimos que buscar refugio en estos edificios.

Su mirada se pierde a lo lejos, hacia los rascacielos cercanos.

—No estamos hablando de unos miles de personas, o incluso de cientos de miles; sino de *millones*. Millones que están despertando ahora, Gene, a nuestro alrededor. No hay salida. Ni fuera de este edificio, ni siquiera fuera de la metrópoli.

Siento como palidece mi cara. Sabía que había gente en los edificios. Pero no *millones*.

—¡Entonces mátame ya! —Unas gotas de saliva impactan en el cristal—. Mátame tú misma y termina con esto. —Saco la pistola de mi cinturón—. Romperé el cristal por ti, te dejaré salir. ¿De acuerdo? ¿No es por eso que me trajiste aquí? ¿Para alcanzarme antes que todos los demás? Bueno, pues aquí estoy. Cómeme. —Amartillo la pistola y la dirijo hacia la cámara de cristal.

—¡No, Gene, no! —Ashley June llora—. Te traje aquí para que podamos estar juntos. —Sus ojos brillan en la oscuridad—. Me he convertido, sí, pero dentro de mí ciertas cosas no han cambiado. —Se calla por un momento y ahora su voz surge como un susurro—. Sigo teniendo los mismos sentimientos. Continúo sintiendo lo mismo por ti pero ahora de un modo más intenso. Más puro.

Señala la mesa, detrás de mí.

—Pínchate tú mismo, con la jeringa que tienes sobre la mesa. Está repleta de fluido concentrado, más del doble del que necesitas. Úsalo, y en menos de un minuto todo habrá terminado. Las carreras habrán concluido y el tener que esconderse continuamente. Ya no serás una presa, serás como todos nosotros y la Caza por fin habrá terminado. Podremos estar juntos, definitivamente.

Levanto el arma para dirigirla a la parte superior de la habitación del pánico. Todo lo que tengo que hacer es apretar el gatillo y el cristal entre nosotros se romperá.

—¡No, Gene!

Cierro los ojos.

—Si todo lo que dijiste es verdad, tal vez realmente se ha terminado. Dejaré que le pongas fin. Puedes tenerme.

—¡Gene!

Oigo el sonido de un arma al ser disparada.

Pero no es mi arma. La explosión suena atenuada, distante, unas pocas plantas más abajo.

Del arma de Sissy.

Los gritos estallan desde abajo. Entonces, otro sonido: Sissy está gritando, su voz llena de miedo y furia.

Al escucharlos ya estoy corriendo, ignorando las súplicas de Ashley June, ignorando el sonido de sus manos golpeando el vidrio detrás de mí.

SISSY

EL ASCENSOR EMITE un *ping*. Hay crepusculares en su interior, lo sabe con certeza meridiana y, en el instante previo a que se abran las puertas, sopesa sus opciones. Puede esconderse detrás de una de las estanterías y luego abatirlos uno a uno o saltar a la esquina, usar las paredes para orientarlos hacia ella y borrarlos a medida que acerquen. También intentar llegar a la puerta de salida y cerrarla antes de que la alcancen.

Casi al instante juega con el inevitable fracaso de cada opción, todas ellas acabando con su muerte, entre cinco y quince segundos después. Mientras los crepusculares tengan oscuridad, espacio y el número a favor, su muerte es una certeza matemática.

De este modo juega con la única opción que le queda y que no es necesariamente la mejor, de hecho podría ser la peor de todas, pero no tiene tiempo de pensarlo.

Corre hacia el ascensor sacando su arma.

Sus piernas cortan el aire, aumentando de velocidad a medida que avanza por la línea de lámparas de escritorio.

Casi al mismo tiempo las puertas comienzan a abrirse, la luz del atardecer asoma a través de ellas. Apenas unas pulgadas de separación pero ya está apuntando entre las puertas. Dispara, recarga el arma y vuelve a disparar. Escucha romperse la pared opuesta interior cuando una bala la atraviesa. Trozos de vidrio que caen al atrio como gotas de lluvia. Vuelve a disparar y otra vez a correr, y cada vez más rápido.

Los tres crepusculares están tratando alocadamente de pasar a través de las puertas que aún se están abriendo. La quieren a ella y también alejarse del ascensor de cristal. Para ellos es un horno lleno de los abrasadores rayos del sol poniente. Sobre sus pieles, volutas de humo que se elevan enroscándose en el aire.

Una bala impacta directamente en la frente de un crepuscular proyectando su cabeza hacia atrás y la siguiente perfora un agujero negro en su nuez. Al ser empujado golpea al que tiene a su espalda y ambos caen fuera del ascensor precipitándose a través del espacio que ocupaba la destrozada pared de cristal.

Sissy vacía la pistola sobre el restante pero su puntería, debido al pánico, está agotada. Su disparo impacta en el panel situado al lado de las puertas, y estas detienen su movimiento. Sin embargo, la abertura es lo suficientemente amplia como para que el último de ellos salte fuera aullando de dolor y con los ojos apretados con fuerza. Con un resbalón y apenas sosteniéndose consigue escapar hacia la oscuridad

corriendo a lo largo de las paredes, buscando zonas en penumbra, hallando sombras, fundiéndose en la oscuridad.

Está debilitado. No por una bala dado que Sissy sabe que ha fallado, sino por la cegadora luz del atardecer. El tiempo transcurrido dentro del ascensor fue una auténtica tortura, un infierno de llamas que abrasó la médula de sus huesos. Pero aquí, en la oscuridad de esta planta, ha encontrado un refugio en el que recuperarse.

Sissy va tras él introduciendo un nuevo cargador. La luz que entra por las puertas bloqueadas a medias le permite ver una pierna que se arrastra como la cola de un lagarto, golpeando muebles y estantes en su precipitada huida. El crepuscular está atrapado en una esquina donde convergen dos estanterías. Empieza a trepar con movimientos frenéticos de pies y manos aferrándose a los estantes como si fueran peldaños de escalera y dejando un rastro de carne derretida goteando de cada estante.

Sissy amartilla su arma, apunta...

Se ha desvanecido.

No se lamenta de la oportunidad perdida ni de su alocada idea de perseguirlo. Simplemente se da la vuelta y corre hacia el ascensor. Las puertas permanecen todavía bloqueadas en la misma posición, y cualquier daño que su bala perdida haya causado no ha tenido aparentemente ningún efecto en el propio elevador. Observa entonces con consternación como desciende por la pared del atrio hasta desaparecer.

Escucha un gruñido procedente de las sombras más oscuras de la planta y se gira casi esperando verlo acercándose pero solo tiene ante ella, brillando, la fila de lámparas de mercurio. Sabe que de seguirlas la conducirán directamente a la puerta de la pared opuesta. Su puerta de salida.

Una de las lámparas parpadea al otro extremo. Podría ser una coincidencia que la bombilla se apagara en ese momento pero lo más probable es que fuera el crepuscular desplazándose por delante.

Porque ya se ha restablecido y, con la visión recuperada ha recobrado su ventaja, ahora está cortando su vía de escape. Sissy se detiene, da la vuelta y corre hacia el precipicio situado en la pared del atrio. Se queda mirando hacia abajo pero solo ve el techo de cristal que desciende. Su segunda opción de escapar desaparece por momentos.

Un aullido a su espalda y se da la vuelta. Dos cuentas brillan en el borde de la oscuridad, son los ojos brillantes del crepuscular.

Ya no hay dudas, ninguna. Pone un pie fuera y se lanza al vacío. Cae y aterriza con un fuerte golpe sobre el techo del ascensor. El vidrio resiste, incluso cuando ella rebota un poco y patina sobre su resbaladiza superficie casi cayéndose por el borde. Extiende las piernas y los brazos para mantenerse en contacto con la superficie. El borde de la pared del atrio desciende vertiginosamente, los números de las plantas pasan como manchas a medida que el ascensor continúa descendiendo. Levanta los brazos, sujeta el arma con fuerza y apunta hacia arriba. A la primera señal de que el crepuscular asoma la cabeza para mirar hacia abajo vaciará el arma en su cráneo.

Y entonces el ascensor empieza a reducir su velocidad y ni siquiera está a medio camino del vestíbulo cuando se detiene. Contiene la respiración, el miedo atenaza su garganta.

El ascensor rebota ligeramente bajo sus pies. Varios de ellos suben y se amontonan por debajo.

Oye crujidos de dientes y dedos que arañan las paredes de cristal con dolor. Es la luz del crepúsculo. Sus rayos pueden estar desvaneciéndose y apenas sentirlos, pero para ellos son como cuchillas que provocan un intenso sufrimiento. Un precio menor a pagar por saborear la carne de heper.

El ascensor empieza a moverse de nuevo. Hacia arriba.

Y a pesar de ello, no la han visto.

Gira con lentitud la cabeza observando por el rabillo del ojo.

Son cinco. Ve la parte superior de sus cabezas, moviéndose de un lado a otro con movimientos rápidos y excitados. Uno de ellos está golpeando los botones del ascensor con una impaciencia frenética, una y otra vez, dejando depósitos de carne derretida encima. Todos están angustiados, su carne ya empieza a chisporrotear, sus ojos están ardiendo como ollas de agua hirviendo. En cualquier momento harán lo que imagina que la gente hace al subir a un ascensor de cristal con gran impaciencia y precipitación. Mirarán hacia arriba.

Pero no lo precisan, la huelen primero. La pared posterior, al completo, ya no está y su olor les está llegando sin obstáculos, como una cascada.

Con una velocidad aterradora todos levantan la cabeza y encuentran sus ojos.

Están confundidos, sorprendidos, boquiabiertos, y en ese pequeño lapso de tiempo Sissy dirige el arma hacia abajo...

Uno de ellos salta por el lugar que ocupaba la pared trasera. Sus manos golpean el techo, sus piernas se balancean hacia arriba para subir. Tan pronto como su pálido rostro sobrepasa la línea del techo, como la luna creciente, Sissy está preparada y le dispara una bala en la cara.

Su cabeza desaparece en una explosión de salpicaduras blancas.

Pero su cuerpo sin cabeza todavía lo intenta. Las piernas se mueven sin control tratando de subir al techo, sus brazos se agitan hacia ella. Las garras, negras y afiladas como cuchillas, no alcanzan su cara por milímetros. Sissy lo patea, golpeándolo en el pecho. El crepuscular, sin cabeza, cae por el hueco flanqueado por las paredes de vidrio del atrio con los brazos todavía balanceándose y las piernas intentando alcanzarla.

Se produce un fuerte golpe desde abajo, con tal fuerza, que Sissy se despega del techo unos centímetros.

Se da la vuelta apoyada en él y mira hacia abajo. Apunta el arma hacia los crepusculares, y presiona el gatillo. Pero se detiene. Si dispara a través del techo de cristal este se romperá y ella caerá justo en medio de ellos.

Pero no importa, porque al instante siguiente un crepuscular salta. Su cabeza se estrella contra el techo de cristal como si estuviera saliendo del agua y el techo al completo se viene abajo en mil pedazos que llueven sobre ellos. Sissy cae al interior profiriendo un grito, apenas una plataforma horizontal que continúa su ascenso, sin techo y sin paredes.

La fuerza de la caída la empuja entre ellos. Su espalda *golpea* el duro suelo y provoca que se le caiga el arma que, tras rebotar, se precipita al atrio. Sobre ella se alzan paredes de carne blanca y pálida; está enredada en sus piernas, tobillos y canillas. No hay salida. Está atrapada.

Es extraño las cosas que observa. No lo que es obvio, ni el brillo del deseo en sus ojos acuosos, o los colmillos goteando saliva, ni acaso el temblor incontrolado de sus mejillas golpeando con fuerza las filas de dientes. Nota en su lugar la vibración del motor en su espalda, el muro a su derecha pasando veloz mientras el elevador sigue ascendiendo. Los destellos del crepúsculo deslizándose a través de los diminutos espacios que dejan los cuerpos que la rodean. Lo mira todo excepto a ellos, como si el tiempo se moviera a cámara lenta, porque se da cuenta con claridad que el final está cerca y no quiere que su última visión sea la de los crepusculares.

Piensa en Ben.

Y en David.

Epap.

Jacob.

Gene. Su solitario Gene, su triste Gene, su inalcanzable Gene. Hace años, cuando era una niña, tuvo un sueño. De un niño que nunca había visto y que no conocía. Se despertó y miró a través de la cúpula de cristal al cielo estrellado. Por primera vez, su pequeño corazón sintió su propio vacío. Nunca creyó que este niño era algo más que un producto de su imaginación, y con el paso de los años el recuerdo de este sueño fue cayendo en el olvido. Hasta aquel día, hace unas dos semanas, cuando vio su figura de palo caminando hacia ella, una línea oscura vacilante y temblorosa en el horizonte del desierto, un espejismo que gradualmente, milagrosamente, fue agrandándose y adquiriendo forma. Su pelo soplando en el viento, sus dientes tan blancos, sus ojos tan turbados y auténticos.

Piensa en el domo. Su prisión. Su casa. A estas alturas, con el atardecer llegando a su fin, la cúpula se ha levantado en el suelo desértico. Se imagina cómo debe ser ahora, con los rayos de ónice del crepúsculo brillando sobre su transparente superficie globosa. Piensa en el estanque dentro de la cúpula, su superficie plana e inmóvil como un espejo, en las chozas de barro que están vacías y deshabitadas, como lo estarán durante siglos o milenios por venir...

Y en ese último segundo de existencia, cierra los ojos. Se siente tan sola, terriblemente sola.

ENTRO CORRIENDO EN el vestíbulo del ascensor y golpeo la puerta de cristal. Bajo la mirada al atrio pero al principio no puedo entender lo que estoy viendo. El ascensor, reducido a una plataforma carente de paredes y techo, se eleva hacia mí unos veinte pisos más abajo. Unas manchas blancas y pálidas se arremolinan en ella y, durante apenas un mínimo instante, hay un espacio entre los cuerpos y puedo entrever a Sissy. Su rostro parece extrañamente tranquilo.

Disparo el arma sin ser consciente de haber apuntado o siquiera apretado el gatillo. La bala perfora un agujero en la masa blanda y pálida, a un metro de Sissy. Los cuerpos se desplazan como una bandera al viento y uno de ellos se desploma, cae de la plataforma hacia el atrio y lo salpica todo cuando golpea el suelo de mármol del vestíbulo. A los demás no parece importarles, como de costumbre.

Vuelvo a apretar el gatillo.

Clic.

El cargador está vacío.

El ascensor continúa subiendo y ya está a unas quince plantas por debajo, demasiado lejos como para saltar desde esta altura. Con toda probabilidad rebotaré fuera de la plataforma, me precipitaré al atrio y moriré. Pero no hay tiempo que perder. Doblo las rodillas y salto. El aire sopla a través de mis ropas y mis pulmones se unen a mi garganta. Caigo en picado, con los brazos dando vueltas, hacia la plataforma que asciende.

SISSY

LOS CREPUSCULARES SE inclinan sobre Sissy y sisean ruidosamente. Su aliento nauseabundo silba entre sus dientes y colmillos desnudos.

Debajo todo es tan oscuro, tan frío.

Sucedió tan rápido, que después apenas podrá recordar lo que ocurrió.

Un disparo. Luego una forma borrosa cayendo y chocando contra ellos desde arriba. Un impacto terrible cuya fuerza provoca que toda la plataforma oscile y resuene. Alguien que se estrella contra el suelo, abajo.

Los crepusculares chocan entre sí precipitándose al atrio y quedando solo uno de ellos sobre la plataforma, mareado y conmocionado, dejando de momento de ser una amenaza.

Quien haya chocado está ahora rebotando hacia el borde, a punto de caerse.

Más tarde no sabrá que la impulsó a desplazar el brazo cuando, todavía acurrucada en el suelo, lo extiende hacia la difusa forma que se aleja patinando.

Los dedos rodean su muñeca. La forma cae por encima del borde pero permanece aferrándose a ella.

Y ahora está siendo remolcada por la plataforma. Para evitar verse arrastrada todavía más engancha los pies alrededor de los tobillos del desorientado, pero que se está recuperando rápidamente, crepuscular.

Su rostro se sitúa sobre el precipicio, y observa la caída mareante al atrio. Los crepusculares caídos yacen muy abajo, aplastados en el suelo del vestíbulo y hay fragmentos de vidrio esparcidos por todas partes.

Y Gene, su cara está justo debajo, su mano sudorosa entrelazada con la suya, resbalando.

El crepuscular sacude la cabeza, siseando. Sus ojos se vuelven hacia Sissy.

Sissy y Gene se miran desesperados.

—Ayúdame, —pronuncian los dos al mismo tiempo.

—AYÚDAME, —SUSURRO CON los dientes apretados.

—Gene, —musita Sissy.

Sus ojos me hablan mejor que las palabras. Me están suplicando porque no puede retenerme mucho más tiempo.

Una forma oscura se cierne sobre ella. Es un crepuscular.

—¡Sissy! —chillo—. Suéltame.

Aun así, me aferra. La sombra desciende sobre ella.

Suelto la mano y, al momento, se da la vuelta para enfrentarse a él.

Por un instante permanezco suspendido en el aire, sin tocar nada más que la desolación del vacío. Empiezo a caerme. Con un grito trato de agarrarme a algo, a cualquier cosa, y mi mano atrapa un abultado saliente en la parte inferior. Lucho por sujetarme hasta que mis manos encuentran la estructura metálica del ascensor y puedo subir todo mi cuerpo hasta el piso. La gravedad me desgarrá mientras el ascensor continúa subiendo.

Sissy está agarrando al crepuscular por la solapa y aunque es más débil, en esta ocasión después de lo que ha pasado el crepuscular, no lo es. Su piel, articulaciones, músculos y huesos se han ablandado bajo la abrasión de los rayos del sol, y ahora los recios y fuertes huesos y músculos no son más que suave masilla moldeable. Apurando alguna reserva oculta de energía, golpea su cabeza contra la veloz pared descendente y lo mantiene ahí. El cráneo, que ha sido reblandecido por el sol, tiene la consistencia de un huevo duro sin cáscara y aunque se defiende moviendo los brazos y tratando de golpear con las piernas, no se relaja ni un segundo. Sostiene su cabeza apretada contra la pared y, como el queso cuando se ralla, se va desmenuzando hasta el olvido.

El ascensor llega a la última planta.

Ping.

COMPLETAMENTE EXHAUSTOS, SALIMOS arrastrándonos del ascensor. Para evitar que descienda y recoja más crepusculares de las plantas inferiores empujamos el cadáver sin cabeza hacia el borde. El cuerpo impedirá que las puertas se cierren completamente; al menos por un tiempo. Como persistentes mandíbulas desdentadas, se abrirán y cerrarán sobre él, una y otra vez, mordiendo el cuerpo gelatinoso hasta que lo trituren y lo conviertan en una papilla remojada que ya no impedirá su cierre.

Observo a Sissy. Su ropa está salpicada de una sustancia cremosa de color blanco y amarillo. Fluido crepuscular. Está mirando por la ventana, a la luz del sol que desaparece, con su cabello adornado de brillantes fragmentos de vidrio. Parece diez años mayor que el día en que nos conocimos en el estanque. Toda inocencia bajo su piel se ha transformado en dureza.

—¿Epap?, —pregunta.

Sacudo la cabeza.

Sus ojos se abren, pero no caen las lágrimas.

Me quito la camisa manchada con salpicaduras, le doy la vuelta y usando la parte inferior menos sucia, limpio el líquido pegajoso de sus labios, pómulos y nariz. Le seco suavemente las lágrimas y le limpio cuidadosamente las pestañas para eliminar las gotas viscosas antes de que se sequen y le peguen los ojos. Los últimos rayos de luz del atardecer se desvanecen, moribundos, del cielo. Abajo, en las calles, un mar de oscuridad se desliza con lentitud por las fachadas de los edificios cercanos, planta por planta.

Deberíamos estar moviéndonos, pensando en una forma de escapar, pero por ahora todo lo que puedo hacer es quitarle los fragmentos de vidrio de su pelo, uno a uno.

—Fuimos idiotas, —dice, apenas susurrando—. Caímos en una trampa —me mira—. ¿Te has arañado en algún lado? ¿Algún corte, o te han mordido?

No contesto, solo miro hacia afuera.

—¿Ninguno?, —pregunta.

—¿Acaso importa? —respondo.

—¿Pero qué estás diciendo? —me observa perpleja.

—Nada, —susurro y le limpio los restos pegajosos de los brazos. De su bolsillo se desprende algo doblado que cae al suelo provocando ruido.

—Lo encontré en la planta 59, —menciona cuando lo recojo. Son un par de gafas de sol.

En ese momento, un coro de gritos y aullidos estalla en todos los rincones del Edificio del Dominio. Incluso el suelo empieza a temblar, como si volviera a la vida.

Ashley June tenía razón. Tan solo en este edificio debe haber miles y varios millones más en los edificios adyacentes, despertándose.

—Alejémonos, —dice Sissy. Su mano se desliza en la mía, y nuestros dedos se entrelazan mientras caminamos hacia el otro extremo de la planta.

Sissy va por delante y nos dirigimos a la sala de conferencias; el punto más alejado del ascensor. El oscuro interior de la habitación del pánico está vacío. Se ha ido. Dentro, la parte inferior se abre a una rampa que conduce a las plantas inferiores.

—Gene, —me propone—. Rompemos este cristal y nos deslizamos por este conducto. Tal vez nos permita ganar algo de tiempo.

Muevo la cabeza.

—Entonces ¿tendremos que atravesar cincuenta plantas más antes de llegar al vestíbulo? ¿Con cada piso lleno de quién sabe cuántos crepusculares? Nos superan en número y nos quedamos sin armas. Ni siquiera podremos atravesar una planta, mucho menos cincuenta.

Al otro lado de la calle la ventana de un rascacielos frente al nuestro se rompe hacia afuera. Un crepuscular se desplaza apurado sobre las cornisas de cada piso fachada abajo. A él se unen muchos otros a través de la misma ventana rota, tres, cuatro, una docena. Han escuchado los gritos y lamentos procedentes de este edificio y han reconocido en ellos el tipo de excitación que provocan los hepers. Saben que estamos aquí. Todos lo saben. Otra ventana, unas pocas hileras más abajo, se rompe hacia afuera. Otra, y luego otra más, hasta que el vidrio cae como la lluvia desde docenas de puntos diferentes a ese lado del edificio y, de manera similar, en otro rascacielos cercano, otro cristal de una ventana explota hacia afuera. Los crepusculares se deslizan, como lágrimas fluyendo.

—Tiene que haber una salida, —dice Sissy—. Alguna forma de llegar a la planta baja.

—¿Y luego qué? —pongo mi mano en su mejilla—. Tendremos unos minutos. Tal vez cinco, como máximo. Vamos... vamos a dejar de correr. Decidamos nosotros como darle fin a esto. Finjamos que solo estamos tú y yo y nadie más. Solo por estos últimos instantes. ¿Lo hacemos, Sissy?

—Nos enfrentaremos a esto, Gene. Continuamos.

—Sissy...

—No, siempre hay una salida. Alguna forma de luchar por otro minuto, por otro segundo...

—... Sissy...

—... encontraremos un caballo en la calle, al menos podemos intentar...

—... Sissy...

—... es lo que siempre hemos hecho, Gene! Sobrevivir. Luego regresaremos al palacio, a buscar a David...

—Sissy. —Mi voz es suave, tierna y por última vez susurro su nombre—. Sissy.

No necesito decir nada más. Siento que algo dentro de ella cede, y luego se quiebra. Por primera vez en su vida, por única y última vez, conoce la rendición. Respira con dificultad, sus ojos se abren de par en par. Esta es una nueva emoción, una no deseada; un temporal de viento helado para su caliente, ferviente y palpitante corazón.

En el exterior, los crepusculares están descendiendo por los lados de cada rascacielos y corriendo por las calles hacia el Edificio del Dominio. La carrera está en marcha; la Caza ha comenzado. Los trofeos irán a parar a unos pocos, a los más veloces, a los que se arriesgan, a los que están dispuestos a soportar los lacerantes efectos de los últimos rayos del crepúsculo. La visión de tantos de ellos adelantándose convence incluso a los más cautelosos. Como fichas de dominó están saliendo, en un radio de diez manzanas, de los rascacielos como el sudor por los poros, como el pus por las espinillas.

—Gene, —susurra. Apenas puede decir las siguientes palabras—. ¿Es realmente el final?

No sé qué decir. Ni siquiera puedo asentir. Solo mirarla a los ojos con intensidad.

Caemos uno en los brazos del otro, abrazándonos con fiereza. Nos mantenemos apretados, como para formar un escudo contra el brutal y espantoso final que con seguridad y rapidez llegará.

Me alejo para mirarla a los ojos. Solo quiero verla a ella y no al horror del exterior.

Sissy me mira con incertidumbre y luego me sonrío levemente.

Le devuelvo la sonrisa.

—Desearía que todo esto fuera una pesadilla horrible, que luego nos despertáramos y todo haya desaparecido, todos los edificios, todos los crepusculares, y solo quedáramos tú y yo.

—Y estaríamos recostados sobre verdes prados, —continúa Sissy con los ojos cerrados, húmedos, tiernos y brillantes—, un arco iris sobre nosotros, el sol cálido y dulce en el cielo azul puro. Nuestra cabaña estaría a un paso de aquí, junto a un arroyo tranquilo.

—Árboles, también. Árboles frutales.

—Y leche y miel y...

—... sol. —Me inclino hacia adelante y nuestros labios se tocan con ternura, un antídoto contra la violencia que nos espera. El pesar y la tristeza se acumulan dentro de mí, y luego nos besamos con avidez, con los labios unidos por la desesperación, como para compensar los besos que ya deberíamos haber compartido, como para condensar los miles de besos negados a los años que ahora nunca llegarán.

El sol desaparece, sus rayos marchitos se interrumpen repentinamente. El mundo se sumerge en la oscuridad.

Y ahora las paredes y el suelo empiezan a vibrar con más fuerza. Sissy y yo nos separamos. Los crepusculares, miles de ellos, han alcanzado el Edificio del Dominio

y se están arrastrando por sus paredes de cristal. Se deslizan sobre el vidrio como sanguijuelas, ganando adherencia al pasar sobre los restos pegajosos de los otros. A medida que suben, sus viscosos cuerpos de color amarillo pálido oscurecen aún más el interior del edificio.

Llegan a la última planta en menos de un minuto jadeando con el esfuerzo, las costillas destacándose sobre la piel membranosa. Aplastados contra el vidrio nos miran boquiabiertos con los ojos atónitos. Es ensordecedor el sonido de la piel al deslizarse sobre el cristal, el chirrido al resbalar. Muchos están golpeando con sus puños las ventanas en un intento por atravesarlas, incluso empleando sus frentes contra el vidrio. Pero la pared resbaladiza no les ofrece el apoyo necesario para dar un golpe lo suficientemente fuerte.

Unos fuertes impactos restallan repentinamente desde el interior de la habitación del pánico. Los crepusculares han subido por la rampa desde las plantas inferiores penetrando en su angosto espacio. No hay tiempo ni amplitud suficiente para dar la vuelta cuando otra oleada los sigue rápidamente, empujándolos, hasta que más de una docena de cuerpos se apiñan en ese estrecho espacio; y todavía hay más presionando desde abajo. No es de extrañar que Ashley June dejara el lugar aprisa. Oigo la carne aplastándose y crujidos de huesos al romperse. Brazos, manos, rostros, piernas, aplastados contra el cristal, demasiado apretados para mover un solo dedo. Nada se mueve dentro, salvo un ojo que parpadea.

El frío nos embarga. Los aullidos bestiales nos asedian desde todas las direcciones.

—Mírame, Gene. —Los ojos de Sissy son cálidos y firmes, sus dedos entrelazados con los míos con firmeza—. No mires a ningún otro lado. Solo a mí.

Sonidos leves y atenuados. Tras el suelo de cristal, bajo mis pies, veo un mar de cuerpos pálidos. Al igual que la carne cruda y la grasa almacenada en bolsas de plástico transparente, sus caras aplanadas nos miran, sus labios deformados y blancos por la presión. Brilla una gran cantidad de saliva húmeda entre los pliegues estrechos y la mezcolanza de cuerpos.

Las vigas metálicas gimen, el estallido del cristal está próximo.

—Es el momento, Sissy. Ojalá no tuviera que gritar. No ahora. No a ella. Lo único que quiero decirle es: *Perdóname por decepcionarte, perdóname, perdóname.*

Asiente antes de que yo pueda decir nada más, como si pudiera oír los pensamientos dentro mi cabeza, como si entendiera. Y de repente sus ojos parecen más vivos que nunca, llenos de audacia. Dice algo que no puedo oír.

—¿Qué? —pregunto gritando.

Y una pequeña sonrisa se pinta en sus labios, llena de tristeza, plena de liberación. Se inclina y me grita al oído palabras que nunca me han dicho.

—Te amo.

YO NO QUIERO morir. No quiero que ella muera.
No quiero que *muramos*.
Y de repente, sé cómo lo haremos.

CORRO TODO LO que puedo para llegar a la mesa, arrastrando a Sissy conmigo.

—¿Gene?

No hay tiempo para explicar lo que voy a hacer. En la oscuridad tardo un segundo en localizarla sobre la mesa. Allí está y la cojo. Es la jeringa que Ashley June me dejó para que la usara. Introduzco la aguja en el antebrazo y presiono hasta la mitad.

—¿Confías en mí, Sissy? —pregunto.

—¿Qué estás...?

Le subo la manga de la camisa, y la inyecto. No se resiste ni se estremece, solo me mira. Introduzco el fluido restante en su torrente sanguíneo.

Y me sucede justo en ese momento. Un espasmo de frío gélido recorre mis órganos con un estremecimiento, una explosión fría que, casi de inmediato, hierve. Mis huesos, mis células, los electrones dentro de esas células, todos se incendian. Mis piernas se convierten en cenizas y caigo sobre la mesa. Mi cuerpo se desliza hacia el suelo.

Sissy se arrodilla a mi lado.

—¿Gene? ¿Qué te está pasando?

Tumbado en el suelo, siento las sacudidas del Edificio, sus variaciones cada vez mayores. Oigo sus aullidos subir de volumen, de muchos miles de ellos, gritos que reflejan la agitación que hay en mi propia cabeza.

—¿Gene?

Hablar es difícil. Pero el dolor disminuye por un momento.

—Nos inyectamos suero concentrado de crepuscular. Cambiaremos muy rápido, en menos de un minuto.

—¿Qué? ¿Repite eso de nuevo?

—Vamos a transformarnos. De humanos a crepusculares.

Sus ojos se abren de par en par con horror.

—¿Qué demonios has hecho?

—No, Sissy, escucha. Esta es la única forma de sobrevivir.

Se mira el brazo con atención, el lugar donde la inoculé, justo encima de la marca. Sus ojos se llenan de incredulidad.

—Me has convertido en un... *crepuscular*?

—No, escucha, Sissy. —La sujeto con firmeza del brazo, la agarro desesperadamente como si fuera una cuerda extendida sobre un barranco—. Esta es la única forma de sobrevivir. Una vez que cambiamos, nos convertiremos en *ellos*. No despediremos olor. No destacaremos. Nos mezclaremos a la perfección. ¿No lo

entiendes? No seremos presas. Cuando entren, no podrán encontrarnos. Podremos largarnos de aquí.

—Pero Gene, —objeta ella—. Nos convertiremos en *ellos*. Prefiero morir...

—No. Escucha. —Me acerco más—. Una vez que estemos en un lugar seguro, ingerimos la sangre del otro. Volveremos a cambiar, a ser humanos de nuevo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro...

—Somos el Origen. ¡Nosotros somos la cura!

—¡Ya lo sé! Pero aun así no debiste...

—¡No quiero morir, Sissy!

—¡Y yo no quiero vivir si eso significa convertirme en uno de ellos!

Ahora le sujeto los dos brazos.

—Esta es la única forma en que David tenga una oportunidad de sobrevivir.

Algo en sus ojos cede ante la mención de su nombre.

—Salimos vivos de aquí, partiremos para el Palacio. Lo sacamos de ese tanque. ¡Piensa en él, Sissy! —Se me ocurre una idea—. Una vez que regresemos al Palacio, encontramos las armas del Origen y las usamos contra nosotros. Volveremos a cambiar mucho más rápido de esa manera.

Su pecho sube y baja, con la duda reflejada en sus ojos.

—Podemos hacerlo, Sissy. No olvidaremos quiénes somos.

Frunce el ceño formando una profunda arruga vertical entre las cejas. Sus manos se contraen de repente.

—¡Gene, está empezando!, —llora mientras su cuerpo se arquea hacia arriba, su espalda se dobla y se bloquea en su posición.

La alcanzo. La envuelvo con mi cuerpo y la deposito en el suelo. Sus brazos comienzan a retorcerse, golpeándome en el rostro, mientras el sudor frío y caliente sale de sus poros como lava congelada. Luego se calma, se halla en el centro de la tormenta en la que entré yo hace apenas unos segundos.

De la que estoy saliendo ahora. Mi fuego interno se vuelve todavía más caliente, abrasando mis huesos, pero de alguna manera congelando la médula. Mi visión se vuelve blanca, luego roja, los colores se invierten como en un negativo fotográfico. Ácido para la sangre, carbones calientes para los órganos, sopa hirviendo para el cerebro.

—*Nunca olvides*, —empiezo a decir.

Pero las palabras son como una pasta en mi lengua quemada e hinchada, pesadas de manejar. Entonces ante mis ojos florece una nube, terrible y espantosa, mil pétalos negros que se disgregan en polen cargado de veneno.

Me estoy transformando, me está sobrepasando, ¡fue un error!

Luego mi cuerpo se queda sin fuerzas, y...

SE ACABÓ. LA transformación ha terminado.

Bruscamente. No se percibe como una lenta desintegración sino como una corrección rápida, como cuando un hombro dislocado es colocado en su lugar. Encajado al momento.

Pensé que sentiría extrañeza por este nuevo cuerpo. Como si, dentro de mi propia piel, me hubiera convertido en un desconocido. Pero en cambio, por primera vez en mi vida, me siento cómodo.

Cómodo como cuando chasqueas los dedos o cuando, de repente, se despeja por fin una obstrucción invisible en el conducto nasal, o una película viscosa entre el cuerpo y el alma se elimina de una vez por todas.

Los olores llegan a mí intensos, vibrantes y esplendorosos, en 3-D, en 5-D, hilos cargados de texturas que fluyen por mis fosas nasales y que se perciben a través de los zarcillos de cada nervio olfativo. Identificar, secuenciar, separar, dividir, saborear. Apenas había arañado durante mi vida la superficie del nirvana olfativo que se arremolinaba en el mundo, moviéndome con torpeza entre imitaciones baratas e imperfectas. Pero lo que huelo ahora lo puedo disfrutar durante horas aquí mismo, en la oscuridad.

Salvo que no está oscuro, ya no. Cuando abro los ojos, la noche se ha convertido en día. La oscuridad ha dado paso a una claridad pura, sin un solo rincón de oscuridad. De hecho, la luz del exterior, atenuada por la cantidad de cuerpos que envuelven el edificio es demasiado brillante; el resplandor me hace entornar los ojos.

Con una claridad asombrosa, de una manera que nunca había contemplado realmente, veo a Sissy todavía en plena transformación, alejándose. No sé por qué siente tanto miedo de mí. Las líneas de su cara son más armoniosas, su pelo y su piel más puros.

Y huelo a Heper.

Ataca mis sentidos como un raudal abrumador de sensaciones opiáceas. Me alcanza, onda tras onda, convergiendo y proporcionándome tal grado de energía que hace que la adrenalina parezca un sedante. El deseo me sumerge en un gran vacío que debe ser llenado. Lo consume todo y, en comparación, el deseo sexual se antoja un mero escozor.

La saliva fluye de mi boca y, por primera vez, el torrente que brota es real, auténtico e imparable.

Sissy. El abrumador olor a heper que desprende me atrae hacia esta carne, estos huesos, esta sangre.

Se mueve, retrocede. El miedo y la sospecha crecen en sus ojos.

Con una repentina explosión de velocidad que incluso a mí me sorprende salto sobre ella.

El olor. ¡Oh!, las fragancias embriagadoras que se desprenden de su piel formando ondas, saturando mis sentidos, batallando dentro de mí; su cuerpo tembloroso me llama. Siento un ansia irresistible, un deseo, una *necesidad* de sumergirme en ella, de devorar y beber.

—¡Gene!, —grita.

Me detengo. Sacudo la cabeza.

Es Sissy.

Me aparto lejos de ella, temiendo lo que haré a continuación. Con el *shock* me doy cuenta de que me he lanzado hasta el techo, estoy suspendido boca abajo. Me separo tratando de escapar, lejos de su piel suave y deliciosa, de las seductoras fragancias que fluyen de ella.

Se sacude, pero no en actitud defensiva. Empieza a temblar, a cambiar, a tener espasmos.

Ya no puedo detenerme más, cedo a mis impulsos y me dejo caer al suelo, girando en el aire. Las garras brotan de las puntas de mis dedos, los colmillos sobresalen de mi boca.

A cuatro patas, me abalanzo sobre ella.

Me golpea en un lado de la cabeza enviándome hacia el techo dando vueltas. Aterrizo con torpeza impactando contra una mesa. Cuando me giro, preparado para saltar de nuevo me mira fijamente, agachada como un gato a punto de saltar.

Gruñe. Sus colmillos relucen.

Todos los olores a heper se interrumpen como si se hubiera cerrado un grifo. Ya no es heper por más tiempo; se ha convertido. Apenas *pequeñas gotas* de sudor residual y secreciones aceitosas en su piel y en la mía que ahora huelo. Paso la lengua por el brazo, lamiendo el sudor heper. Una explosión de sabor que estalla en mi lengua. Vuelvo a hacerlo, la longitud y el vigor de mi lengua me sorprende.

La gente que nos rodea está gritando. Sus voces son fuertes y excitadas, pero ya no son los lamentos agudos que una vez torturaron mis tímpanos. O quizás son mis oídos los que han cambiado y simplemente estoy escuchando los mismos sonidos pero de un modo diferente.

Sissy está lamiendo todo su cuerpo, su lengua roja y gruesa recorre sus brazos, dedos... Voy hacia ella, la fragancia virginal de heper femenina de su piel es todavía más tentadora e intoxicante que los residuos de heper masculino en la mía.

Recorro su hombro desnudo y se encoge con indiferencia, demasiado distraída con lo que está haciéndose ella misma. Lamo, chupo su cuello y detrás de su oreja, sorbo, avanzo con mi lengua por lugares que no puede alcanzar.

Me golpea con violencia en la nuca. Siseo amenazante, la furia arde en mis ojos. Entonces huelo sus axilas, los vestigios de aceites de heper que emanan de esas calas gemelas. Una corriente eléctrica recorre todos mis nervios. Debo saborearlas.

El techo de cristal se agrieta de improviso fragmentándose extensamente. Cientos de ellos, habiendo escalado las paredes, se han reunido sobre nosotros, y su peso combinado es demasiado para el techo de cristal.

Al ver las grandes grietas extendiéndose con rapidez formando un entramado de hendiduras más pequeñas, una sensación residual de miedo se apodera de mí, aclarándome la cabeza al instante. Van a llegar en cualquier momento cuando el techo se venga abajo y, aunque Sissy y yo seamos como ellos, habrá una ligera diferencia. Detectarán los olores a heper que todavía queden en nosotros. Nos harán pedazos.

Cojo a Sissy y la saco de la sala de conferencias. Ella también entiende lo que va a suceder. Atravesamos los pasillos, incluso cuando el techo se derrumba. Los que caen al suelo a nuestro alrededor se levantan al momento y nos persiguen; huelen lo que quede que todavía tengamos sobre la piel.

—¡Sissy, por aquí! —le indico, la sensación de su nombre en mi lengua es incómoda y ligeramente ridícula. Ya me está empezando a resultar extraño identificar a alguien con un nombre específico.

Corremos hacia el vestíbulo de la planta gateando. Incluso en medio de este pandemonio experimento una extraña euforia. Siento la velocidad y la agilidad de mi cuerpo, el todo funcionando con una eficaz coordinación animal. La torpeza ha desaparecido, ahora mis movimientos son fluidos, llenos de elegancia y potencia.

—¡Gene! —chilla Sissy, mirando hacia atrás.

Una marea de perseguidores corre hacia nosotros, desde el techo, por las paredes, sobre el suelo. Atravesando paredes de cristal, destrozando muebles.

Pero ahora somos bastante más rápidos. También ligeros, ágiles y fuertes. Doblamos la esquina a velocidad excesiva, pero por debajo nuestros brazos y piernas se adaptan con una coordinación instintiva, arañando con las garras el suelo de mármol. Nos deslizamos noventa grados, derrapando ligeramente, y luego saltamos hacia las puertas del ascensor. Nos abrimos paso, volando directamente hacia el interior del atrio. Como sabíamos que ocurriría, las paredes de este profundo pozo vertical están recubiertas de crepusculares que están trepando y embadurnadas con carne derretida como si fuera una capa de mantequilla. Todo esto lo observamos analíticamente, mientras aún estamos suspendidos en caída libre. No hay miedo, solo una palpitante euforia. Descendemos de lado, con la pared al alcance de la mano.

No somos los únicos que saltamos. La horda perseguidora lo está haciendo detrás de nosotros; una cascada de cuerpos.

En caída libre justo a mi lado, Sissy enlaza su brazo con el mío.

—Ahora, —me dice.

Y juntos, penetramos en la gruesa capa de crepusculares que asciende, agarrando cuerpos, pateando miembros y cabezas, haciendo todo lo que podemos para reducir la velocidad. Todo se vuelve borroso a medida que avanzamos, y después nos deslizamos en esta gruesa capa de cuerpos pegajosos, disminuyendo nuestra

velocidad. Al final, nos detenemos apenas unas pocas plantas por encima de la entrada.

A continuación salimos del edificio con relativa facilidad. No somos el enemigo, ni somos la presa, ya no. Todos los aceites y secreciones residuales de heper ya se han eliminado y están esparcidos por otros cuerpos y, de los pies a la cabeza, estamos cubiertos con una mezcolanza de su carne derretida. Hemos obtenido lo que he perseguido toda mi vida: el anonimato perfecto. Bordeamos el perímetro del vestíbulo evitando los cuerpos que siguen cayendo desde arriba, esquivando la avalancha de crepusculares que entra al Dominio desde las calles.

En el exterior, el cielo nocturno se vuelve más sombrío, afortunadamente. La visibilidad mejora con cada minuto que pasa. Todo está maravillosamente claro, nítido y enfocado. Sissy y yo corremos eufóricos uno al lado del otro, evitando las multitudes. A veinte manzanas, la multitud se reduce a un goteo. Continuamos otras diez más en dirección opuesta hasta que nos quedamos únicamente los dos.

Nos ayudamos mutuamente a quitar los restos del cabello, de las orejas, de debajo de las garras. Si Sissy está enojada, no lo demuestra. De hecho, no muestra ninguna expresión. Su rostro está calmado, desprovisto de cualquier emoción, cubierto de una aparente serenidad. No puedo apartar la mirada de esa pureza.

—Cambiamos ahora, —dice mecánicamente, como si estuviéramos leyendo un guion—. Bebamos la sangre del otro y luego nos dirigimos al Palacio, a buscar a David.

Yo no me muevo. Ella tampoco.

Me quedo mirando fijamente mis garras, en el suelo.

—Es mejor que nos transformemos después de llegar al Palacio. Si nos quedamos así, no necesitaremos un caballo, podremos llegar en menos de dos horas sin preocuparnos de ser detectados o incluso cazados. Además, podemos usar las armas del Origen para volver a convertirnos mucho más rápido.

Se detiene, dudando. Nos miramos el uno al otro. Parpadea, una, dos veces. Conozco esa mirada. Es la de una persona que tiene un juguete nuevo y realmente quiere probarlo.

Y así de fácil, nos vamos. Nos movemos entre los edificios, a lo largo de las calles desiertas, dos manchas corriendo a gatas. En cuestión de minutos hemos llegado a las confusas fronteras de la metrópoli, los pavimentos de hormigón han cedido al terreno desértico horneado por el sol. Bajo el cielo nocturno, todo parece tener contornos claros y duros, todo es de una limpieza cristalina.

Es una experiencia tan increíble. El viento azotando mi cara, la sensación de poder creciendo en los músculos de mis piernas, mis dos brazos avanzando, agarrando la tierra, empujándola por debajo de mi cuerpo en vuelo, elevándose a través del aire de la noche.

Los olores del desierto me llegan desde millas de distancia, mi nariz es un periscopio sensorial que recoge información mucho más completa y más repleta de

matices que la que me pudieran proporcionar la vista, el tacto, el gusto y el oído combinados.

Y nuevamente, la innegable sensación de sentirme por fin completamente a gusto conmigo mismo. Un sentido de lo que es adecuado, de un impulso satisfecho, de una meta lograda.

A mi lado Sissy corre veloz, los ojos medio cerrados cara al viento, su nariz tensa, las fosas nasales dilatadas. Aúlla con deleite con su voz unida a la mía. Es de una belleza asombrosa, llena de gracia y de energía. Sus piernas la impulsan en una hermosa trayectoria de planeo. Su cuerpo largo y sedoso navega a través del aire nocturno, la gravedad es solo un pensamiento lejano.

Después de unos veinte minutos de carrera, a mitad de camino del Palacio, nos detenemos. Alzamos nuestras narices en el aire. Ahora los olfateamos: hepers en el Palacio, con su olor espeso y suntuoso. Al principio su fragancia es solo ligera y poco detallada, luego algo sucede. Las compuertas se abren, y el aroma cautivador por sí mismo *estalla* en el cielo nocturno, llegando incluso a las estrellas.

Nos envuelve seductoramente entre docenas de fragancias únicas. Aromas húmedos, sangrientos, transparentes como el cristal, que fluyen a través de las llanuras desérticas impulsados por el viento y manchando de carmesí cada grano de arena. Es casi demasiado, abrumador. Con tanta sangre heper liberada de repente, solo puede significar una cosa. Han entrado en las catacumbas. Están cazando a los hepers y los están desangrando.

Sissy y yo nos miramos. El más pequeño indicio de culpabilidad sobre aquellos que olvidó con rapidez y apenas recuerda desaparece en sus ojos. Una pequeña ruptura con la vergüenza.

Y es así como todo compromiso con alguna agenda anterior desaparece, reemplazado por un deseo que lo consume todo. Despegamos, nuestras piernas golpeando aún más rápido. Largas cadenas de baba cuelgan de las comisuras de nuestras bocas, arrastrándose como cintas.

Un par de minutos después, paramos. No por fatiga sino debido a que el suelo está retumbando, un temblor profundamente arraigado en ellos. Miramos hacia atrás. El temblor proviene de la metrópoli. La gente la está abandonando en masa, corriendo hacia el Palacio.

Sabemos por qué: la explosión de olor a heper del Palacio, transportada por fuertes ráfagas de viento, ha llegado a la ciudad. Ha llenado sus calles y edificios con un almizcle áspero causando que millones de ciudadanos muevan simultáneamente sus cabezas hacia el Palacio con asombro. Porque se trata de una fragancia nunca antes imaginada, de una cantidad y variedad nunca antes fantaseada, compuesta por *cientos* de hepers. Y ahora, toda la metrópoli está corriendo hacia el Palacio, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, una horda de 5 *millones* de personas. Por la sangre heper, la carne heper, o lo que quede de ella.

No siento miedo. Yo no soy la presa, soy el cazador, *un* cazador, uno de los millones. Soy como todos los demás y el pensamiento me llena de una extraña alegría porque formo parte. Por primera vez en mi vida no me siento *diferente*; me siento como todos. No aparte, sino como una parte. Unido a todos, con los millones que me siguen, con el mundo entero y por eso, cuando pongo mis piernas en movimiento y empiezo a correr hacia el Palacio, lo que alimenta mi emoción no es solo la perspectiva de lo que me espera, sino también la profunda alegría de pertenencia.

El tipo de euforia que sientes cuando la última pieza del rompecabezas, con una forma peculiar, encaja finalmente para completar la imagen, hermosa a pesar de todo.

El viento sopla con fuerza hacia nosotros. Tantos olores succulentos a heper que casi olvido el otro olor distintivo no heper de las llanuras desérticas. Un rastro fresco, apenas unos minutos por delante de nosotros. El que pertenece a Ashley June.

ASHLEY JUNE

UNA SEMANA DESPUÉS de su operación, la familia de Ashley June salió sin ella. Todavía estaba postrada en cama y con fiebre, y el dolor por debajo de la cintura apenas había disminuido. Su padre le contó que se estaban quedando sin fruta y que ella necesitaba todo el alimento que pudieran obtener.

Le prometieron que solo estarían fuera unas pocas horas.

Pero no transcurrieron solo unas horas. Nunca regresaron. Esperó todo el día, y el siguiente, y el siguiente después de ese. Pero nunca volvieron. Fue la última vez que vio a su hermano o a su madre.

Pero no la que vio a su padre.

Eso sucedió años más tarde, una década después de que ella asumiera que él había muerto. Después de pasar todo ese tiempo aprendiendo a sobrevivir sola, forjando su propia vida.

Fue en el Instituto Heper. Cuando ella y todos los demás cazadores fueron llevados a la Presentación. Había salido del Foso y al principio no lo había reconocido; de la misma manera que no lo había identificado las noches anteriores en su escritorio cuando había seleccionado los números para la Lotería. En medio de todos los gritos, babeos y crujidos de huesos, no podía ver más allá de la piel lechosa, la cabeza sin pelo y el cuerpo agotado y blando.

Lo vio salir por la trampilla, desde el suelo. Un brazo manteniendo la puerta abierta, asomando la cabeza, los ojos vigilantes para salir después.

No quedaba nada del aspecto enhiesto y anguloso que más recordaba de su padre. Este heper era lento, con una barriga flácida que hablaba de rendición. Eran sus ojos los que más habían cambiado, los que se inclinaban cargados de tristeza, los que nunca encontraron los suyos mientras estudiaba los bolígrafos y los lápices colocados como cebo por delante y fue entonces cuando lo reconoció.

Ella gritó. Un grito aterrador que sacudió sus huesos y descontroló sus órganos.

A su alrededor estallaron los gritos de los otros cazadores, estaban llenos de hambre, de deseo, de ansia por devorar y no eran de estupor, miedo u horror como los suyos.

Vio que todo sucedía con una desesperante lentitud. Gaunt Man sacando una daga, cortando sus ataduras. Gritó una vez más pero su padre no la miró, no le prestó atención ni a ella ni a ninguno de los otros alaridos que resonaban en las paredes de la Presentación.

Y cuando llegó el final trató de bloquear todos sus sentidos. Cerró los ojos detrás de sus gafas oscuras para no ver. Gritó tan fuerte como pudo para borrar el resto de los sonidos pero no podía hacer nada con respecto a la sangre que salpicaba su rostro, porque sus manos estaban sujetas y sus brazos atados a un poste. Las gotas de sangre de su padre aún estaban calientes. Todo lo que podía hacer era gritar de nuevo, pero incluso eso no parecía suficiente, su boca era una abertura demasiado pequeña para el horror que estallaba en su interior.

Y cuando sintió una lengua, la de Gaunt Man, lamiendo la sangre de su cara, hacia arriba y hacia abajo, la textura de su lengua áspera, rugosa, húmeda y pegajosa, gritó todavía con más fuerza. Sin embargo, los alaridos a su alrededor eran todavía más fuertes.

Dos días después, estaba de vuelta en la Presentación. Y como antes, estaba gritando. Pero esta vez, fue con miedo, no con horror. Ni estaba atada a un poste, sino corriendo a través de la arena, apuntando a la entrada del Foso, con tres crepusculares en los talones. La sangre le goteaba de una herida autoinfligida en la palma de la mano. Su olor atraía a los que la perseguían, los volvía locos. Corría pensando en Gene, muchas plantas por encima de ella, esperando haber creado la distracción necesaria para que él pudiera escapar.

¡Corre, Gene, corre! Gritaba en su cabeza. ¡Ahora es tu oportunidad de salir!

Y ella también corrió, las plantas de sus pies destrozadas, sus pulmones ardiendo de agotamiento. Y aunque a cada paso aumentaba la distancia entre ella y Gene, estaba convencida que estos pasos de alguna manera los volverían a unir en algún punto distante en el futuro, que simplemente estaba corriendo a lo largo de la circunferencia del tiempo. Se volverían a encontrar. Gene vendría a por ella. La suya era una historia que apenas acababa de empezar.

Se deslizó, y luego descendió al Foso, tirando dentro el poste que mantenía abierta la trampilla circular. La violencia con la que golpeó el duro fondo de sólida piedra caliza hizo crujir su columna vertebral. Sobre ella la esclusa se cerró de golpe, sellando la oscuridad del interior. Escuchó sonidos de arañazos, de estar escarbando y de garras sobre el metal. Luego, una serie de rayos de luz oblicuos en el borde. Los tres crepusculares estaban introduciendo sus dedos y garras tratando de levantar la tapa haciendo palanca. Ashley June les disparó y giró la cerradura circular hasta que se produjo un clic y supo que la entrada estaba sellada.

Encontró velas y cerillas. El interior era más grande de lo que ella esperaba, del tamaño de una pequeña habitación. En los estantes dispuestos a lo largo de la pared opuesta había un montón de contenedores y botes, latas apiladas de comida y botellas de agua más o menos vacías. Apoyada contra la pared más cercana se encontraba alguna ropa de cama, rugosa, las mantas estaban dobladas cuidadosamente en el suelo y la almohada todavía hundida en el centro. Unas velas,

apagadas hace mucho tiempo, estaban colocadas en pequeñas cornisas que sobresalían de las paredes de piedra caliza. Una parte de la cera derretida yacía endurecida formando charcos y la otra revestía los muros semejando una siniestra arteria; como si esas paredes palpitaran de vida.

Fue entonces cuando sintió la sangre empapando la parte de atrás de su camisa. Su mano tembló al alcanzar la zona por debajo de la tela. Notó tres largos cortes, profundos y húmedos, corriendo paralelos unos a otros y cruzando su columna.

Uno de los crepusculares la había acuchillado.

Las heridas no significaban nada, se dijo a sí misma. No estaba infectada, las garras estaban limpias de saliva. Estaba bien, estaba bien, estaba bien. Era lo que se decía a sí misma durante horas, incluso cuando la adrenalina dio paso a un dolor agudo, o cuando la fiebre estalló desde lo más profundo de sus huesos. Solo cuando se desplomó en el suelo recogiendo las piernas contra el pecho y su cuerpo por el sudor helado se volvió resbaladizo, aceptó finalmente lo innegable.

Estaba cambiando.

Apretando los dientes, se obligó a ponerse de rodillas. No sucumbiría a esto, lucharía contra el cambio. Tenía que haber algo dentro del Foso que pudiera servirle de ayuda. Empezó a buscar algo, cualquier cosa. El Foso era un espacio estrecho y limitado y no tardó mucho en encontrar algo. Pero no era lo que esperaba.

Debajo de la almohada descubrió una docena o así de trozos de papel, doblados muchas veces en apretados cuadrados. Había algo escrito en ellos. No era la letra de su padre, sino la de otra persona. Frunció el ceño, sin reconocerla.

Quienquiera que las escribió debe haberle pasado estas notas desde el exterior. ¿Pero cómo? La puerta del Foso estaba demasiado bien sellada como para permitir que el papel se deslizara a través del borde. Cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que las notas debieron ser pasadas en secreto durante la Presentación, ese procedimiento de iniciación cuando su padre era tentado a salir fuera del Foso por la oferta de comida, bocadillos, agua y otras artículos. Quienquiera que escribió estas notas debió de haberlas escondido en las botellas y latas que contenían estos productos.

Las leyó. La mayoría eran mensajes cortos y abreviados de significado oscuro.

Tobías, soy yo, Joseph. Estoy aquí.

No puedo creer que sobrevivieras.

*Siento lo que le pasó a tu familia. Pero sé que tu
hija está viva.*

El Origen está bien.

La Caza se está desarrollando según el plan.

Espera, ahí dentro, te recogeremos cuando todo haya terminado, ahora sería demasiado peligroso.

Pero fue la última hoja la que le llamó la atención. Era la más larga de todas, una carta, en realidad.

Tobías,

La he jodido. Ayer me aventuré de nuevo en el Edificio del Dominio y pude, milagrosamente, entrar en la planta 59. No podía creerlo. Después de tantos intentos fallidos... Pero tuve que darme prisa, dispuse apenas de unos minutos antes de que las puertas se cerraran de nuevo.

Me tropecé con algo. Casi literalmente. Una pila de vetustos documentos dentro de una caja vieja. Estos documentos... debemos considerarlos antiguos. No estoy seguro de lo que hay en ellos. Están redactados con una escritura arcaica, en realidad como si fueran jeroglíficos, y me llevará semanas o meses transcribirlos.

Pero oí a alguien que venía y con las prisas por marcharme dejé documentos esparcidos por todas partes y se me cayeron mis gafas de sol. No me di cuenta hasta horas después. Si las encuentran, esas gafas me señalarán; y los documentos que faltan provocarán un

resuelo. No puedo arriesgarme a llamar la atención, podrían llegar a los Iniciadores. El riesgo es demasiado grande.

Así que debo desaparecer. Antes de que puedan intuir cualquier conexión, antes de que pueda ser capturado. Solo necesito hacer puf con rapidez, de inmediato. Ni siquiera he podido contarles a los Iniciadores del Palacio lo que pasó.

Me mata tener que dejarte, e incluso más dejar a Sissy. Obviamente, sin siquiera un adiós. De la misma manera que tuve que dejar a Gene, de repente y sin una explicación. No pasa un día en el que desearía que se hubiera podido hacer de otra manera. Prefiero morir antes que herirlo de nuevo.

Y así... Debo simplemente... desaparecer.

Pero la planificación de la Caza sigue adelante. La Lotería amañada, el barco, el arreglo para alojar a Gene en la biblioteca, los rayos de sol que conducen al mapa, todo está en su lugar. Y aunque me gustaría poder estar aquí para ellos cuando comience la Caza, es demasiado arriesgado quedarse. Así que volveré a la Misión y esperaré su llegada para un encuentro con el que he estado soñando durante una década. Informaré a los ancianos de la Misión sobre el proyecto Origen (siempre que confie en ellos..., por favor, que no sea Krugman quien esté al mando ahora, ¿recuerdas a ese canalla?).

Arriba en las montañas, para pasar el tiempo, seguiré trabajando en el arma con líquido verde.

Después de tantos años, creo que ya casi la tengo; y empezaré a transcribir los documentos antiguos que encontré en la planta 59. Creo que contienen información importante, aunque no estoy seguro sobre qué. Así que aguanta un poco. Volveré por ti. No sé cuándo, pero todo a su debido tiempo. No te olvidaré, amigo. Regresaré a buscarte. Mantente fuerte. Quema esta nota, como sé que hiciste con todas las demás.

Ashley June leyó esta última carta una y otra vez. Incluso a pesar de su empeoramiento, no podía dejar de leer, y de reflexionar sobre ella. A medida que la fiebre se incrementaba, que el sudor bañaba su cuerpo, leía. Una frase en particular la asaltaba. Preferiría morir antes de herirlo de nuevo. Esas palabras quedaron marcadas en su mente. Preferiría morir antes de herirlo de nuevo. Preferiría morir antes de herirlo de nuevo.

Pero cuando el cambio se abrazó a ella con una cruel finalidad, retorciendo su cuerpo en agonizantes espasmos y convulsiones, su mente se aferró a una frase diferente. Arriba en las montañas... Arriba en las montañas... Arriba en las montañas...

Ahí es donde estaría Gene.

La noche siguiente, después de que se completara la transformación, Ashley June salió del Foso. Gruñó a la gente que la rodeaba, apartándola a un lado con una fuerza recién descubierta. La olfatearon, no podían entenderlo. ¿Adónde se había ido el olor a heper? Cuando se dieron cuenta de que ella era como ellos y que acababa de hacerles una broma cruel, se introdujeron en el Foso.

Derribaron todo lo que había allí abajo en su anhelo de probar cualquier cosa heper. Nada sobrevivió. Todo fue lamido y desgarrado en trozos. Incluso las notas fueron rasgadas una a una. Todas menos una: la carta que había doblado y metido en su bolsillo trasero. Aunque se dio cuenta de que ni siquiera necesitaba mirar esa carta para saber las únicas palabras que importaban. Solo cuatro.

Arriba en las montañas.

ALGO SUCEDE DENTRO del Palacio. Lo sentimos millas antes de llegar al gigantesco edificio circular. El viento, antes saturado con el olor de la sangre heper, pierde repentinamente su pungencia. Solo permanece el más leve de los aromas. Sissy y yo nos paramos. La masacre de los heper ha terminado. Todos han sido devorados, su carne consumida, su sangre ingerida.

Sissy sacude la cabeza dibujando largos hilos de saliva a su alrededor; parece estar en un dilema. Sin la fuerte influencia del olor a heper sobrecargando sus sentidos, recupera las prioridades iniciales. Está pensando en David y en volver a convertirse y en las armas del Origen.

Yo también estoy pensando en David. Pero no necesariamente como Sissy.

Detrás de nosotros el estruendo de los millones de crepusculares aumenta. Se han agregado más, y ahora están más cerca. Sissy y yo seguimos adelante. A una milla de la pared vemos movimiento a lo largo de las murallas, puntos que corren frenéticamente. Oímos sus voces excitadas, caóticas y eufóricas.

Una vez que llegamos a los muros del Palacio, Sissy y yo no nos detenemos sino que saltamos a las paredes, escalando fácilmente el mármol antiguo. Corremos a lo largo del parapeto observando el caos de abajo. Los asistentes del Gobernante están moviéndose apurados por el patio, la mayoría de ellos desnudos, con el pelo revuelto y los ojos febriles y ansiosos. Sin embargo, a pesar de la electricidad que impregna el aire, está claro que esos son los últimos rescoldos de la euforia. Nos unimos a la fiesta tarde, el clímax pasó hace tiempo, la atmósfera ya se está enfriando. La carnicería ha terminado.

Pero en lugar de disminuir la velocidad, Sissy se mueve con energías renovadas. Contempla el obelisco, reflexionando, y luego se impulsa con fuerza hacia adelante. Salta a un nivel más bajo y corre veloz a lo largo del techo de un parapeto cubierto antes de saltar al patio. Apenas ha aterrizado y ya está corriendo hacia adelante, embistiendo por un pasillo como si estuviera poseída. No mira hacia atrás, es seguro que no me espera y todo lo que puedo hacer es no perderla de vista mientras la persigo.

A medida que avanzamos veloces por los corredores, nos cruzamos con grupos corriendo de un lado para otro. Una vez pensé que la visión de esos cuerpos desnudos, brillando con una palidez enfermiza, era repugnante y nunca entendí su costumbre de quitarse la ropa durante la caza. Pero ahora lo sé. Es la emoción, la energía pura que pulsa a través del sistema. Agarro mi camisa y en segundos la desgarró en pedazos. Luego lanzo un grito al cielo.

Sissy se detiene y me mira, ladeando la cabeza. En sus ojos aparece una expresión de recelo mientras observa mi torso desnudo. Durante un segundo o menos, tal vez

solo una décima, me siento avergonzado. Porque no se ha rendido, aun no, no del todo. Lo sé por su ropa, todavía puesta, intacta. Se resiste. No está aquí para acechar hepers, está para rescatarlos, por lo menos a uno de ellos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ayúdame a encontrarlo.

—Está arriba, en la torre del obelisco. En la cámara del Gobernante.

Sus ojos se tornan recelosos.

—¿De qué estás hablando? Ayúdame a encontrar el laboratorio científico de los Iniciadores. Donde se almacenan las armas que disparan dardos, las que están cargadas con la sangre del Origen. —Se queda mirando a un pasillo con atención y luego hacia el otro—. Todos me parecen iguales, —sisea.

Olvida la vista, los ojos no nos van a ayudar. Levanto mi nariz en el aire y aspiro profundamente. Allí está. El rastro más tenue de un metal diferente a cualquier otro en el Palacio y un rastro todavía más fino de aceite para armas.

Sissy me ve levantar la nariz y entiende lo que estoy haciendo. Un segundo después también capta el olor. Su cuerpo se tensa y luego sale volando por el pasillo, con los pies deslizándose veloces por detrás.

Encontramos la puerta que conduce al laboratorio. Está abollada hacia adentro y surcada por numerosos impactos pero las bisagras y la cerradura han resistido. A lo largo de los bordes se filtra una corriente de aire proveniente del interior a través de unas pequeñas ranuras. Así es como pudimos detectar las armas y los olores que desprenden.

Sissy no pierde el tiempo. Retrocede y luego lanza su cuerpo contra la puerta una vez tras otra. Me sumo a sus intentos y al séptimo conseguimos entrar.

El laboratorio está vacío, ningún Iniciador a la vista. Una lástima.

—Por aquí, —me indica y se precipita hacia un rifle tranquilizante que yace en un banco de laboratorio. Al lado de las armas hay una fila de dardos, llenos con suero del Origen.

Aunque no puedo oler la sangre a través de los dardos sellados, me encuentro babeando de un modo incontrolado y sin conocer el motivo.

—Gene. —Su voz ha cambiado y contiene un atisbo de amenaza en su tono.

Coge el rifle tranquilizante y lo carga.

—Vamos a cambiar de nuevo, tú primero y luego yo. Después subimos al obelisco para encontrar a David. —Su voz era dura, cautelosa. Suspica.

Pero estoy preparado, atento para responder.

—No, espera.

Levanta el rifle hacia mi pecho.

—No es momento de esperar.

—No lo entiendes. Si volvemos a cambiar aquí, nos arrastraremos a paso de caracol. Nunca llegaremos al obelisco, y mucho menos subiremos a la cima, donde se

encuentran las estancias del Gobernante. ¿No es verdad? Ni siquiera recorreremos cincuenta metros antes de que nos descubran y nos persigan.

Se detiene, reflexionando. Está en una encrucijada. Su batalla no es solo conmigo, sino también consigo misma. No quiere volver a transformarse, no para recuperar la incómoda y poco adaptable forma heper.

—Tenemos que darnos prisa, —la apuro. Luego la mentira—. Cuanto antes lleguemos a la *suite* del Gobernante, antes rescataremos a David.

Eso la hace decidirse. Pasa la correa del rifle sobre su cabeza y la tensa para asegurarla contra su espalda y extiende el cabello por encima a modo de capucha.

—En cuanto lleguemos a la cima del obelisco, recuperaremos nuestro aspecto, —me recuerda.

—Vale, —le respondo.

Al salir, cojo una escopeta de doble cañón del pasillo de las armas. Es probable que tengamos que volar la puerta de los aposentos. Paso el arma por encima de mi cabeza asegurándola a la espalda con la correa y recojo al salir algunos proyectiles además de dos prototipos de granadas del Origen, por si acaso. Luego salto a través de la puerta siguiendo a Sissy.

CON NUESTRO MEJORADO sentido de la orientación, Sissy y yo podemos encontrar la entrada al obelisco sin perder tiempo. Subimos a toda velocidad una escalera de caracol que se enrosca siguiendo la pared interior de la torre. Un eje vertical oscuro sube por su centro como una espina negra. Sé lo que es. Es la columna a través de la cual se transportan los enclaves.

Lo que nos hubiera costado unos diez minutos de subida ralentizados por la torpe coordinación y la lastimosa resistencia de un heper termina en menos de dos. En la parte superior está la puerta de la cámara del Gobernante. Está cerrada con llave y, a juzgar por las marcas recientes de arañazos y las abolladuras en la puerta, muchos ya han intentado entrar, en vano.

Sissy comienza a correr y se lanza violentamente contra la puerta que se sacude ruidosamente; pero las bisagras se mantienen firmes. Es de cierre automático y triple bulón y podríamos estar machacando nuestros cuerpos contra ella durante la próxima hora sin obtener ningún resultado.

Paso la escopeta por encima de mi cabeza y la prevengo apuntando hacia el pomo de la puerta.

—Atrás.

El destello de luz me deslumbra. Una punzada como la de mil hojas de afeitar explota dentro de mis globos oculares. Me desplomo sobre mis rodillas parpadeando en un intento por atenuar el dolor. Sissy, avanzando torpemente y con los brazos extendidos, me da un empujón al pasar. Oigo el sonido de la puerta destrozada. Forzándome a abrir los ojos, me muevo titubeante tras ella.

Dentro de los aposentos del Gobernante, tropiezo con un artilugio de metal. Es el aparato de contención al que el Gobernante se había atado hace dos días. Con los ojos todavía cerrados recorro su anchura y altura con los dedos. Está vacío. Solo cuelga del marco el control remoto que usaba para abrir y cerrar la mampara de cristal.

Necesito casi un minuto para recuperar la visión. No hay nadie más y el lugar parece bastante diferente a cuando estuve aquí. En vez de un confinamiento claustrofóbico es un espacio ventilado y espacioso dando la sensación de flotar en el cielo. Las ventanas, cerradas la última vez para protegerse de la luz del día, están abiertas ahora y abarcan toda la circunferencia de la *suite*. Ofrecen una vista panorámica que me permite ver a cientos de millas en todas las direcciones desde un punto elevado y sin obstáculos.

Miro hacia el exterior. Corriendo hacia nosotros y procedente de la metrópoli veo un muro de polvo de una milla de altura y cinco de ancho. Es la horda de millones de ciudadanos desnudos que se acercan a una velocidad vertiginosa. A ese ritmo estarán aquí en menos de cinco minutos.

A nuestro alrededor, brillando como linternas, están los cinco tanques todavía llenos del líquido verde. Cuando los contemplé por primera vez hace dos días eran oscuros y opacos, iluminando poco de lo que contenían. Ahora son brillantes y claros y lo veo todo.

La baba gotea por mis colmillos, salpica contra mi pecho. Trato de tragarla antes de que se derrame más, pero hay demasiada, y surge demasiado rápido.

Sissy aún no ha visto los tanques. Está preocupada, inclinada sobre un enclave abierto situado sobre el suelo. Olfateando, lamiendo el interior. Me acerco a ella. Aquí se devoró a un heper, fue engullida cada onza de su carne, y el vidrio se lamió más de veinte veces. Huelo al primer consejero, el poco olor que de todos modos queda de él. En la esquina del enclave está su tableta. La recojo. La pantalla, con capas de saliva pegajosa, lo dice todo. Estaba tratando de escapar. Había programado con antelación este enclave para que se dirigiera a la estación subterránea de trenes y eso no es lo único que había activado: también puso en marcha a distancia los motores del tren.

—Allí, —dice Sissy, alzando la cabeza. Su voz suena agotada y ronca, desprovista de emoción.

Camina hacia un tanque al otro lado de la cámara, sus garras se mueven silenciosas sobre el suelo de mármol. El heper del interior se mueve a la deriva sumergido en el fluido. Los ojos están cerrados, los brazos meciéndose hacia arriba como un signo de rendición, su pelo ondeando lánguidamente de un lado a otro. El niño heper. David. El único signo de que sigue vivo es la máscara de oxígeno colocada sobre su boca. Se le ve tan diferente a como lo recuerdo. Ahora que está debilitado, su aura juvenil ha sido reemplazada por una tristeza y un sufrimiento que brotan de todo su ser.

Oigo un chasquido metálico. Sissy se ha quitado el rifle tranquilizante de la espalda, y ha vuelto a amartillarlo. Me apunta con el arma, sus ojos observan desconfiados la baba que salpica mi pecho desnudo.

—Nos cambiamos ahora, —me dice—. Tú primero.

—No, espera. —Las palabras me vienen a la boca ahogadas en mi saliva.

Su cabeza produce un chasquido.

—No. Ahora. —Sus palabras salen balbuceantes, envueltas entre ríos de saliva—. Te dispararé un dardo. Entonces daré la vuelta al rifle y lo haré conmigo.

El suelo empieza a temblar, las paredes se sacuden. Miro al exterior con rapidez. Ya casi están sobre nosotros, los millones procedentes de la metrópoli.

—Espera, —le digo, levantando los brazos—. Solo espera.

El rifle tranquilizante tiembla. Porque ella también lo está sintiendo. El conflicto. La equivocación.

—Voy a dispararte ahora, —afirma—. No te muevas.

—Espera.

Me mira fijamente a los ojos penetrando más allá de la expresión distraída e indescifrable de mi cara y en ellos ve algo que intento ocultar; lo mismo que ella está tratando de negar.

No queremos volver a lo que habíamos sido. No deseamos permanecer de nuevo dentro de las limitaciones de la naturaleza heper.

Con manos temblorosas y el más pequeño atisbo de miedo recorriendo su cara inexpresiva, levanta el rifle tranquilizante y lo apunta a mi cuello.

—Nunca olvides quién eres, —me dice, y empieza a presionar el gatillo.

Un movimiento fulgurante. Desde detrás de ella. Un simple borrón, un destello blanco, espirales de rojo ardiente.

Ashley June, un proyectil cargado de ferocidad y velocidad, choca contra el costado de Sissy que sale volando mientras el rifle tranquilizante se desliza por el suelo. Salta, con su cuerpo dando vueltas a través de la *suite*, aterrizando sobre el arma. Se da la vuelta y apunta con ella a Sissy.

ASHLEY JUNE ES como una hoguera de salvaje belleza con el sol del crepúsculo sobre su cabello y las estrellas confinadas en sus ojos. No la observo a través de la mira de un fusil de precisión o del cristal tintado de la habitación del pánico ni, por encima de todo, con los ojos de un heper. Lo hago en el cuerpo, con la piel y con los ojos de un crepuscular. Es como si la estuviera viendo por primera vez y, cuando su mirada se posa en mí, los pulmones se calientan porque me he olvidado de respirar.

—Tú, —me dice con voz calma ligeramente ronca. Su rostro brilla con el fulgor de una aureola de porcelana blanca.

—Lo hiciste. Te has convertido. Sabía que lo harías. —Su lengua humedece los labios—. Es perfecto, ¿no es así?

—¿Qué has hecho? —pregunta Sissy—. ¿Qué has desatado aquí?

La cara de Ashley June se vuelve hacia Sissy.

—Hice lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar. Lo que *tú* hubieras hecho.

Se vuelve hacia mí de nuevo.

—Utilicé lo que sabía a mi favor. Me colé aquí y cacé a todos los hepers que pude. Fue fácil. Estaban todos en el sótano, como comida servida en una bandeja. Después todos los miembros del personal del Palacio quisieron participar y empezaron a buscar a los que quedaban. Fue un auténtico festín. Mejor de lo que anunciaron.

Una dolorosa desilusión arde en sus ojos.

—Se suponía que solo seríamos tú y yo, Gene, para celebrar tu transformación. Hubiera sido increíble. Toda esa sangre, carne y huesos de heper que te perdiste... —Observa el exterior, la multitud que se acerca—. Y ahora mira, eres igual que esos que llegan tarde. No quedan hepers. Salvo uno.

Mis ojos se desvían hacia los tanques, hacia David que se mantiene flotando con los ojos cerrados.

—No me refiero a ese, —aclara.

—Entonces, ¿a quién...?

—A ella, —dice, manteniendo el cañón del arma apuntando a Sissy—. Una vez que la volvamos a convertir.

—Calla. No lo entiendes, —dice Sissy—. Te podemos ayudar. Podemos transformarte...

—Lo siento, pero ya hemos tenido esta conversación.

—No lo comprendes, —continúa—. Nos dispararemos estos dardos con este suero del Origen y...

—... volveremos a ser heper? —concluye Ashley June—. ¿Realmente quieres eso? Sé honesta: ¿tú realmente lo deseas? —se rasca la muñeca—. Porque ya te habrás dado cuenta de lo a gusto que te sientes. Sencillamente, todo fluye mejor, ¿no es verdad? Los pies y las manos avanzan y se deslizan acompasados en lugar de estorbarse como apéndices descoordinados.

Sissy camina hacia Ashley June.

—Dame el rifle tranquilizante.

Pero ella apenas sacude la cabeza y alza el arma.

—Todo lo que ha sido separado volverá a estar unido, a reconstruirse y será perfecto. Con la salvedad de que hay una última cosa que hacer.

La temperatura de la habitación se congela de repente.

Ashley June mantiene encañonada a Sissy y asegura la culata firmemente en su hombro.

Sissy se agacha con los labios tensos y dejando a la vista los colmillos.

Ashley June sisea, mientras su dedo ejerce presión sobre el gatillo.

Sissy se impulsa como un resorte hacia ella y a medio camino salta con los colmillos dispuestos y las garras desnudas.

Aprieta el gatillo. Un *twang*, no más fuerte que una banda elástica cuando se estira y luego se suelta, tan inofensivo que creo que ha fallado.

Sissy gira de lado en el aire, luego cae al suelo, con los brazos y las piernas extendidas. Se pone de pie sobre sus piernas y parpadea acelerada, cada vez más deprisa. Un dardo sobresale de la base de su cuello, justo en la tierna depresión entre las clavículas. Lo extrae y lo tira contra la pared.

—No sucede nada, —dice, rascándose la muñeca—. No ha funcionado. Tú...

Y entonces, sin esperarlo, se desploma en el suelo reducida a un ovillo de carne temblorosa.

Empiezo a moverme hacia Sissy.

—No, —dice Ashley June y amartilla el rifle para a continuación dispararle de nuevo, esta vez en el muslo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto chillando.

—Dándole lo que quiere. Quería volver a ser una heper, ¿no? Así que solo la estoy ayudando.

Con los dos dardos del Origen clavados Sissy se está transformando con rapidez. Su cabeza cruje asentándose. Sus manos sacuden el suelo con golpes rápidos e inconexos. Un gemido angustioso se escapa de su boca.

—¿Por qué haces esto? —le grito.

Ashley June se vuelve hacia mí. Sus ojos poseen una dulzura que desarma.

—Porque lo sé *todo*. Toda la verdad, y no es lo que piensas. No es lo que piensas en absoluto.

—¿De qué estás hablando?

—A veces la verdad no te hace libre. A veces te persigue. A veces desearías no haberla descubierto nunca.

Sissy lanza un grito sobrecogedor. Su espalda se arquea violentamente combando su agarrotado cuerpo. Empiezo a aproximarme y es entonces cuando lo huelo. Un olor deliciosamente suntuoso. La fragancia a heper, floreciendo y madurando a cada segundo.

—¡Sissy! —exclamo.

Su nombre me resulta extraño en la lengua, como algo pastoso que sale envuelto en la saliva.

Me dirijo a Ashley June.

—Está cambiando. —Mi mandíbula empieza a vibrar fuera de control.

Ashley June se limpia la saliva de los labios.

—Esa es la idea.

La irresistible seducción aterciopelada de la fragancia a heper se está liberando a través de los poros de la piel de Sissy. Ella gime de dolor, pero en todo lo que puedo pensar es en el flujo de su torrente sanguíneo, burbujeando y latiendo tan cerca.

Lucho contra mis impulsos. Me alejo de ella, cada centímetro es una lucha contra los instintos de mi naturaleza. Lamerla, probarla.

Comerla y beberla.

Golpeo con violencia la ventana con la mano. Al principio se agrieta con una simple línea y luego, a medida que la golpeo una y otra vez, se extiende formando otras muchas.

—No te resistas, —me dice—. Lo entenderás más tarde cuando te lo explique. Pero tiene que morir. —Levanta el rifle contra Sissy, lista para disparar el último dardo.

—¡Para! —le grito.

Ahora el olor es mucho más espeso, mucho más suntuoso. Fijo mis garras en el suelo de mármol, tratando de no moverme.

—Mejor que muera, —contesta—. Es mejor para nosotros. Para todos. Llegarás a entenderlo. Adelante, —me dice, moviendo la barbilla en la dirección de Sissy—. Tú primero, mi pequeñín. —Inclina la cabeza, aullando de placer.

Y a su voz se une otra, un aullido armonioso que en un segundo reconozco viene de mi propia boca. Ashley June se estremece y yo también.

Una heper. Justo frente de nosotros. Virginal, succulenta e irresistible.

—No luches contra esto, —me dice—. No te resistas.

Mi lengua, roja y gruesa, se me sale. Casi puedo lamer el olor en el aire, es tan espeso y tentador. La carne de heper tiembla provocadora, y estoy a punto de saltar sobre ella, sobre la suave y extraordinaria carne, sobre el flujo candente de sangre que será mío con el más leve pinchazo de mis colmillos. El deseo es tan puro, tan abrumador, que incluso por sí mismo el sucumbir a él será un placer exquisito.

—¡Gene! —Su rostro se contorsiona bajo el empuje de las emociones. El miedo la domina, el sudor gotea de su barbilla, un tornado de agitación incómoda que se desprende de su cuerpo.

Me inclino hacia adelante y me preparo para saltar. Casi puedo sentir la cálida y suave carne derritiéndose en mis labios, su sangre brotando en mi boca, su cuerpo retorciéndose bajo mis garras.

—Gene.

Ha vuelto a hablar y su voz es más tranquila, aunque todavía teñida de miedo. Sin embargo hay una mirada diferente en sus ojos. No hay miedo, ni pánico; es algo distinto. Me mantiene quieto, con las manos y los pies inmóviles sobre el suelo.

—Gene, —repite, y esta vez todo el miedo se borra de su voz y sus ojos se llenan de fuerza y ternura.

Me detengo, con la cabeza inclinada hacia un lado y entonces lo veo. Un breve momento de claridad de un tipo diferente. De una marca de agua impresa en mi mente y en mi corazón.

Es Sissy.

Y en ese momento me acuerdo, y empiezo a mirarla con nuevos ojos. Quién es, qué significa para mí.

Solo hay una manera de acabar con esto.

Paso la correa de la escopeta sobre mi cabeza, toco su larga y fría longitud y presiono el cañón del arma contra la parte inferior de mi barbilla.

—¡No! —grita Ashley June—. ¿Qué estás haciendo?

—No puedo, no puedo, —digo, a pesar de que mi saliva está corriendo por mi barbilla y deslizándose a lo largo del arma.

—¡No! —exclama Ashley June con las manos blancas por la tensión apretando el frío acero de su rifle.

—¡Entonces dispárame! —le grito—. Dispárame con el dardo del Origen.

—No...

—¡Hazlo! —le grito—. Hazlo o me disparo.

—No lo entiendes. ¡Tiene que morir!

—¡No! Eres tú la que no lo entiende. Tanto Sissy como yo tenemos que vivir. Somos el Origen. ¡Somos la cura!

Ashley June baja el rifle tranquilizante.

—Tú y esta chica heper, no sois la cura. Tú eres el *contagio*. Lo que tu padre descubrió no era la cura. Era un *virus*.

—¿De qué estás hablando?

Todo empieza a temblar a nuestro alrededor. La multitud ha llegado, y no han disminuido su velocidad, ni siquiera al alcanzar las murallas exteriores de la ciudadela. Se golpean contra las paredes, una y otra vez, hasta que incapaces de resistir su fuerza colectiva, se derrumban. Los cuerpos pálidos cruzan el recinto, cubriendo el Palacio de una sábana de membranoso blanco.

Sissy. Su carne heper sufre sacudidas, ondas de grasa y músculo recorren su cuerpo de un modo imparable. Apenas unos segundos más, y habré perdido todo mi control.

—¡Dispárame! —chillo—. ¡Dispárame con el dardo!

—¡No!

El cañón aún me presiona en la barbilla, y empiezo a apretar el gatillo.

—¡Gene!

No sé qué me hace mirar hacia arriba. La urgencia en la voz de Ashley June o la peculiaridad de escucharla decir mi nombre. Sin embargo cuando nuestros ojos se encuentran, una extraña resignación se apodera de ella. Como si acabara de entender algo. Lenta y deliberadamente, coloca el rifle en el suelo.

Luego dobla las piernas y arquea la espalda, como si se preparara para lanzarse sobre ella. Todo en el cuerpo de Ashley June se tensa como un arco. Sus ojos, a pesar de todo, me miran con intensidad y son más dulces de lo que nunca los había visto y con un extraño deje, casi de tristeza, ardiendo en ellos.

—Observa la luna, —me dice—. La verdad está en la luna.

Y luego salta hacia Sissy, el movimiento es confuso, sus ojos dando la vuelta, las cuchillas de sus garras afiladas preparadas hacia delante.

Las veo como en una fotografía, este momento congelado en el tiempo. La silueta de Ashley June recortada contra la ventana, su cabello en llamas detrás de ella, descendiendo sobre Sissy; y Sissy tratando de ponerse en pie, alzándose del suelo con sus brazos empapados de sudor.

Aprieto el gatillo y la escopeta dispara.

EL DISPARO ALCANZA a Ashley June con la suficiente fuerza como para enviarla volando contra la ventana. El cristal se fractura bajo el impacto de su cuerpo, sobresaliendo hacia el exterior como un globo ocular agrietado, pero no se rompe.

—No lo hagas, —le digo.

Pero lo hace. Ashley June se levanta pero sus piernas ceden. Su cuerpo está lleno de agujeros, los ojos apretados bajo un dolor insoportable y está cegada por el destello. No sabía que tenía que cerrarlos para protegerse de la detonación como hice yo. Olfatea el aire, sus fosas nasales se ensanchan tratando de localizar a Sissy.

—No.

Continúa moviéndose hacia ella.

Disparo de nuevo. Un disparo de advertencia, contra la ventana. El impacto provoca un agujero enorme, del diámetro de un cuerpo, justo a su lado. Las ráfagas de viento lo atraviesan. Silbando, el aire pasa a través del cabello de Ashley June y sus mechones parecen extenderse hacia mí como brazos implorantes manchados de sangre.

—No.

Se agacha para saltar sobre Sissy.

Disparo de nuevo.

El impacto casi la arroja por el agujero de la ventana y solo consigue evitar su caída al exterior abriendo los brazos y agarrándose al irregular borde. Sus globos oculares se han desintegrado y un líquido blanco y viscoso, que parecen lágrimas, se filtra por las esquinas de sus párpados cerrados.

—Por favor, —le imploro.

Ella salta, una vez más, y yo aprieto el gatillo por última vez.

La detonación se traga mi grito de horror.

Ashley June es arrojada al cielo abierto. Por un largo momento, permanece suspendida en el inmenso vacío de la noche. Parece tan sola. Y luego cae. Los fragmentos de vidrio centellean a su alrededor, titilantes, brillando por momentos, y luego todo desaparece.

BLOQUEO MI MENTE. Me niego a considerar, a reconocer el horror de lo que he hecho. Solo hay una cosa que tengo que hacer a continuación, y con rapidez, antes de que el olor a heper, cada vez más intenso, me supere. El rifle tranquilizante.

Corro deprisa hacia el lugar en el que Ashley June lo dejó. Mi cuello está crujiendo, mi cabeza se mueve de lado a lado, la saliva parece fluir por cada uno de mis *poros*. El deseo se rebela contra mi voluntad comenzando a apoderarse de mí. Con las manos temblorosas, lo muevo hasta que el cañón presiona contra mi pierna. Aprieto el gatillo y siento una punzada aguda en mi muslo.

Siento como unas llamas heladas se extienden sobre mí.

Ni siquiera recuerdo el haberme desplomado en el suelo. Cuando me despierto, Sissy está inclinada hacia mí, acunando mi cabeza en su regazo. Podrían haber pasado cinco segundos, o cinco horas... lo noto como cualquiera de ellos, o como ninguno.

—Gene, —dice Sissy—, todo está bien ahora, tú ya estás bien. —Me acaricia el pelo mojado por el sudor y lo aleja de mi frente. Todo está oscuro. Es noche cerrada nuevamente.

Me doy la vuelta y toso, vomito un chorro amarillo pútrido y con trozos. Me siento agotado, sin fuerzas. Mis piernas, largas y delgadas como zancos, sobresalen de un cuerpo que ya se siente torpe e hinchado. La gravedad me resulta pesada.

La *suite* está temblando. Todo el obelisco parece inclinarse. Han entrado. Están en el obelisco, corriendo por la escalera de caracol.

—Tenemos que darnos prisa, Gene.

Acepto y me ayuda a ponerme de pie. Evito mirar hacia fuera, a la multitud que penetra en el Palacio, al enorme agujero en la ventana por la que Ashley June había caído.

—Sissy, —la llamo con voz ronca, y la sensación de su nombre en mi lengua es tan natural como reconfortante—. El enclave. Lo usaremos para escapar. Está programado para dirigirse al tren.

Asiente con la cabeza.

Los fuertes bramidos ascienden por la escalera de caracol dentro del obelisco. Violentos, chirriantes, depredadores.

—Date prisa, —la apuro.

Me tropiezo con el enclave y saco la tableta. Los controles son autoexplicativos y, por fortuna intuitivos. Simplemente tienes que entrar y pulsar ADELANTE.

Pero Sissy se mueve titubeante hasta el otro extremo de la *suite*, con las piernas temblorosas e inseguras.

—¡Sissy!

Los gritos desde la escalera se intensifican. Nos huelen.

Sissy vuelve corriendo, amartillando la escopeta.

—¡Olvídate de dispararles! Hay demasiados. ¡Solo entra!

Pero solo está recordando lo que yo he olvidado. Apunta hacia la parte elevada de uno de los tanques y dispara. El vidrio se rompe, una rotura parcial, pero el líquido espeso que sale a borbotones ensancha aún más la rotura hasta que todo el tanque se derrumba esparciendo vidrio y fluido verde alrededor.

David se desliza fuera, su cuerpo gotea como el líquido del tanque.

Sissy lo sostiene antes de que se golpee contra el suelo pero se le escapa de los brazos, está resbaladizo como el aceite. A su lado, yo consigo retenerlo antes de que termine en el suelo. Me estremezco con horror al contacto con su piel. Está frío como el hielo, flácido, con pliegues de piel húmeda superpuestos.

Sissy le está retirando la máscara de oxígeno. La piel alrededor de su boca, endurecida, se desprende con la máscara; una pulpa empapada y fibrosa que no ofrece resistencia.

—David, —lo llama Sissy, con voz entrecortada y llorosa.

La cojo por el brazo.

—Vamos, Sissy.

Pero no lo hace. Ni siquiera mientras los gritos, cientos de ellos, resuenan en el obelisco. Se inclina sobre David y golpea su pecho.

Luego, en medio de esa cacofonía de gritos, nos llega el más bello, el más milagroso de los sonidos. Una tos.

De David.

Una flema espesa y abundante asciende hasta la mitad de su boca antes de volver hacia adentro.

—¡David! —le grita Sissy y luego lo inclina hacia un costado y comienza a golpearle la espalda—. ¡Escúpelos, David! —Me mira con pánico—. Se está ahogando con su propio vómito.

La turba de crepusculares entrará aquí en menos de veinte segundos.

Pero hay una manera de retrasarlos.

—¡Llévalo al enclave! —le chillo—. ¡Ahora, Sissy!

—¡No hasta que pare de atragantarse!

Corro hacia la puerta retirando el clip de seguridad de las granadas del Origen que había recogido antes. Abro el interruptor y aprieto el botón de una de ellas. Suena de inmediato un *beep-beep-beep* cada vez más rápido y fuerte y la arrojó escaleras abajo. La oigo sonar y rebotar y después nada, como si hubiera sido tragada sin causar daños entre la masa de cuerpos. Las sombras oscuras de cabezas, cuerpos y garras avanzan corriendo a lo largo de las curvas paredes.

Un destello, una fuerte detonación seguida por gritos de dolor. Están cegados por la explosión de luz. Para algunos, además, también hay un tipo diferente de

sufrimiento. El dolor de sentir la metralla del Origen introduciéndose profundamente en sus cuerpos y ser rápidamente transformados por el suero.

Arrojo la segunda y última de las granadas por las escaleras; no reservo ninguna. Otro destello, más gritos y me doy la vuelta; no hay tiempo que perder inspeccionando mi trabajo.

Sissy no se ha movido y sigue golpeando la espalda de David mientras expulsa gran cantidad de vómito de sus pulmones. Bilis de color blanca, verde y amarilla que en descomposición ha gestado nuevas formas de vida bacteriana y que sale a borbotones de su boca. El hedor de todo eso es horroroso. Sus ojos continúan cerrados, los brazos sin fuerzas, las piernas separadas e inertes. Si me dijeras que esto es solo vómito espasmódico tras la muerte, me lo creería.

—Tenemos que entrar en el enclave ahora... —le grito a Sissy.

Los alaridos estallan de nuevo procedentes de las escaleras. Son lamentos humanos, como los chillidos de un recién nacido. Las granadas han funcionado y la metralla ha vuelto a convertir a los crepusculares en hepers. Algunos de ellos, de todos modos, con la piel incrustada de metralla del Origen, están doblados por el dolor mientras cambian únicamente para ser devorados rápidamente.

Tenemos que movernos. Levanto a David y lo sostengo contra mi pecho, su cabeza cuelga sin fuerzas como si se rindiera. *Suficiente, suficiente, déjame llevarlo.*

Un crepuscular vuela a través de la puerta, sus pies arañan el suelo de mármol buscando sujetarse mientras resbala sobre el vómito pero pierde apoyo y se estrella contra la pared.

Más tiempo. Necesitamos más tiempo.

Dejo a David en el suelo, y me precipito hacia el dispositivo que el Gobernante había usado para encerrarse. Allí, colgando de un cable, está el mando a distancia que controla la mampara divisoria de cristal. Lo pulso mientras nuevos crepusculares irrumpen en la cámara patinando, deslizándose, con las garras sin punto de apoyo y que también se estrellan contra la pared opuesta.

El muro de cristal cae desde el techo con la velocidad y la eficacia de una guillotina. Los crepusculares, al darse cuenta, se ponen de pie y se dirigen hacia nosotros pero la partición desciende, cerrándose con un clic un segundo antes de que se estrellen contra ella y se mantiene sin agrietarse. Sacuden la cabeza, como para evitar el dolor inmediato de sus cráneos, y luego retroceden para dar otro salto a la carrera. Sus cuerpos bestiales golpean el vidrio todavía con más fuerza, con el *thump-thump-thump* martilleando en mis oídos. El cristal se comba y reluce como una lámina de metal, pero aguanta. Los crepusculares retroceden para hacer otro intento cuando se ven arrastrados por un torrente de cuerpos que afloran por la entrada. Rápidos y ligeros, entran a borbotones, llenando esa mitad de la cámara hasta rebosar. Sus cuerpos se apretujan y crujen contra el cristal a medida que suben unos sobre otros en un mar pálido y espeso.

No es que Sissy y yo estemos sin movernos. Al otro lado de la pared de cristal estamos introduciendo a David en el enclave y siendo tan cuidadosos como podemos, incluso a pesar de las prisas, con su maltrecho cuerpo. Por un momento, Sissy y yo miramos calculadores el espacio que queda en el enclave, y luego el uno al otro. Vamos a estar apretados, pero nos las arreglaremos. De alguna manera.

Los crepusculares continúan entrando en la otra mitad de la cámara. El cristal se romperá pronto. Si no es por la presión conjunta de las docenas, y ahora centenares de ellos, será seguramente por el tono agudo de sus apurados gritos.

Sissy salta al interior y acuna a David en sus brazos. Me aprieto en el espacio restante con mi cabeza a sus pies, acostado en dirección opuesta con la tableta en mis manos. Reviso la pantalla por última vez y luego presiono ADELANTE.

El panel de vidrio del enclave se desliza hacia abajo cerrando y comenzamos a descender con rapidez. El rectángulo de luz gris por encima de nosotros se hace cada vez más pequeño, desapareciendo a medida que se cierra. Estamos en completa oscuridad mientras viajamos por la columna central negra del obelisco. Los gritos nos llegan de forma intermitente procedentes de los que al otro lado suben corriendo por la escalera en espiral. El enclave tiembla de lado a lado como si todo el sistema de transporte se estuviera colapsando. De repente, nuestro descenso se convierte casi en caída libre y todo lo que puedo hacer es sostener los pies de Sissy entre mis manos presionando sus dedos contra mi mejilla.

Poco después la gravedad me aplasta como una mano gigante. Giramos con brusquedad y avanzamos horizontalmente con la parte posterior de mi cabeza golpeando contra el cristal; más tarde nos lanzamos de nuevo hacia adelante mientras sufrimos otro giro brusco.

Un minuto después, estamos bajos focos de luz intensa pero tratamos de mantener la calma, sabiendo que esto terminará pronto. Luego nos alejamos sumergiéndonos en la oscuridad.

Finalmente, el enclave reduce su velocidad. Por delante vemos un fino rayo de luz, que semeja un desgarro en una cortina, ensanchándose hasta que es lo suficientemente grande como para que nuestro transporte lo atraviese. La luz gris nos envuelve. El enclave se detiene por completo y golpeamos con las manos frenéticamente la tapa de cristal, con una intensidad alimentada por la sensación de claustrofobia. La tapa se abre y nos caemos. Nuestros cerebros, ansiosos por recibir oxígeno, tardan un momento en darse cuenta de dónde estamos pero cuando lo hacemos, Sissy y yo, sin un segundo que perder, recogemos a David y empezamos a correr hacia el tren.

SUBIMOS AL VAGÓN más cercano, el último de la larga cadena. David aún no ha abierto los ojos ni ha dicho una palabra pero está respirando, aunque poco y de manera muy superficial, exhalando apenas. Sus ojos están enmarcados por círculos de oscuridad.

La configuración de la pantalla de la tableta ha cambiado. Debe de tener algún tipo de sistema de posicionamiento interno que detecta la proximidad del tren y cambia automáticamente a esa base de datos. Aparecen más botones en la pantalla, círculos rojos, cuadrados azules, óvalos verdes. Aunque solo hay un botón que importa, y es el rectángulo negro MISION. Lo presiono y un ruido fuerte suena bajo la larga hilera de vagones. La locomotora, ya en marcha, comienza a desplazarse dando sacudidas. Nos estamos moviendo.

Y todo es como la vez anterior y también completamente diferente.

Es la sensación de vacío en lo que más se diferencia. En lugar de vagones repletos de niñas de la Misión, el tren está ahora inquietantemente desierto, privado de cualquier movimiento interno o sonido. Incluso en el nuestro, Sissy y yo nos quedamos sentados sin apenas movernos. Su mano acariciando el cabello de David es lo único diferente.

Hay una extraña tranquilidad. No hay sonidos, salvo el débil traqueteo del tren al desplazarse. Ni hay gritos, ni lamentos, nada por encima, alrededor o detrás de nosotros. El tren aumenta su velocidad y las puertas de cada vagón se cierran automáticamente pero ningún otro sonido atraviesa la oscuridad del túnel.

Sissy coge mi mano entre las suyas. Nos aferramos con firmeza, pero no con miedo, porque no queda nada en nosotros. Se lo han llevado.

A cinco millas del Palacio, salimos del túnel. El tren estará a la vista durante unos minutos antes de desaparecer detrás de las colinas bajas. Lo observamos en silencio, tan pequeño en la distancia, invadido como si fuera una migaja plagada de hormigas. Al Palacio tan solo había llegado en un primer momento la oleada inicial de la horda de millones de ellos pero ahora las ondas más lentas pero inmensamente más grandes y densas se derraman sobre él. La torre del obelisco comienza a tambalearse y luego a oscilar. Justo antes de rodear las colinas y de que el Palacio se pierda de vista, la torre del obelisco se derrumba como una cerilla rota.

HACIA LA MEDIA noche, el mundo es solo nuestro. El tren atraviesa un desierto tan extenso y vacío como los cielos estrellados que tenemos sobre nosotros. Los crepusculares no nos persiguen como pensábamos que lo harían. No de inmediato. Quizá la confusión en el Palacio ha originado una excesiva distracción y no han detectado el débil olor que nos sigue. Incluso horas más tarde, el paisaje de plata brillante es un vacío inmóvil.

Pero cuando la luna comienza a desvanecerse y el cielo se ilumina con tonos grises, podemos escucharlo. Un sonido ronco que cruza las llanuras del desierto como el de un sonajero en la noche. El tren en ese momento, especialmente con tan poca carga, se desplaza a gran velocidad, por lo que el sonido de la cercanía de los crepusculares solo nos llega poco a poco.

El sonido de fondo se convierte en un profundo estruendo, y una hora más tarde vemos la primera señal no solo de su aproximación, sino también de su tamaño. Un muro de polvo, casi tan alto como el que se levantó de la metrópoli hace horas, se levanta ominoso de la tierra. De la neblina oscura surgen fuertes gritos inconexos, como balas de cañón. Sissy y yo nos sentamos contra los barrotes del vagón y miramos desapasionadamente a los vientos que nos persiguen. No es que no tengamos miedo. En absoluto.

Solo que atrapados aquí en nuestro único vehículo de escape hay poco que podamos hacer. Si vienen, ya llegarán. Si nos alcanzan, nos comerán. Es así de simple. Se aferrarán a las paredes de los vagones, en un principio solo unos pocos más rápidos, y luego por centenares. Su masa agregada hará descarrilar el tren, su peso acumulado aplastará los vagones hacia el interior y entonces nos tendrán a nosotros. Tal vez en ese momento ya estemos misericordiosamente muertos, con nuestros cuerpos aplastados bajo su peso. Pero no hay nada que podamos hacer para evitar este final, ni para retrasarlo, ni siquiera para adelantarlo. Si vienen, llegarán. Así que nos recostamos en los bancos, mi brazo sobre los hombros de Sissy, cogidos de la mano y con la cabeza de David acunada en su regazo. Permanecemos en silencio.

Pasa una hora, y el rugido de su avance se vuelve cada vez más ensordecedor. Miles de ellos corren directamente sobre los raíles y el vagón se desliza con menos suavidad, oscilando de un lado a otro. Se están acercando.

El amanecer coge a todos por sorpresa. Como si hubiéramos olvidado el progreso natural e inmutable del tiempo, la inevitabilidad de la muerte de la luna y el ascenso del sol. Únicamente cuando el cielo oscuro se torna vidrioso de un gris nacarado Sissy y yo nos ponemos de pie, dejando la cabeza de David sobre mis zapatos a modo de almohada.

El frente de la horda está aproximadamente a una milla de distancia pero han dejado de acercarse a nosotros. La desintegración de los crepusculares bajo esos primeros y tímidos rayos del amanecer es apenas perceptible al principio, y su ritmo se reduce apenas nada. Los músculos son menos robustos, los pulmones un poco menos resistentes pero a medida que la oscuridad da paso a lo gris, y lo gris a lo violeta, sus cuerpos comienzan a marchitarse drásticamente, su energía se agota todavía más. A pesar de todo siguen adelante, nuestro olor los incita, la vista del tren que huye es una burla para ellos.

La luna se desvanece y el sol que se despierta prende de color carmesí los bordes del horizonte y cuando el aro solar irrumpe y derrama sus rayos sobre la tierra, un grito colectivo se eleva de entre las masas. El cielo se abre, la luz se extiende, el color de la sangre, mana. La superación del umbral crítico es repentina y brutal; ellos comienzan a derretirse. En media hora se forma un lago en el desierto de una milla de ancho, amarillo y pegajoso, al principio grueso y en movimiento, luego, media hora más tarde, líquido y en reposo.

Sissy y yo nos tumbamos en el suelo del vagón. Sitúa su cabeza sobre mi hombro y se envuelve contra mi costado. El sol naciente proyecta las largas sombras inclinadas de los barrotes sobre nuestros cuerpos.

Siento algo húmedo en mi pecho. Son las lágrimas de Sissy. No tiembla ni solloza, pero siguen fluyendo durante muchos minutos. Más adelante, cuando se hayan secado bajo el sol, veré un resto de sal sobre mi pecho, menudo e irregular como una cicatriz.

Levantamos la vista hacia el cielo, a través de los barrotes del tren. Se apodera de nosotros una fatiga pesada como la muerte. Hemos dormido durante horas cuando el cielo de la tarde ya se tiñe de un profundo y puro azul cobalto. El tren atraviesa el vasto desierto, invisible y sin testigos, hacia las montañas que se alzan en la distancia al este.

EN EL TERCER día de viaje, David muere.

Aguantó más de lo que esperábamos. Pero su muerte aún nos sacude con fuerza, especialmente a Sissy. Hicimos lo poco que pudimos en el tren, cubriéndolo con nuestros cuerpos durante las noches frías, o escurriendo nuestras ropas mojadas para que cayeran unas gotas de agua en su boca reseca. Pero no fue suficiente. Irónicamente, su muerte, después de días y noches sumergido en una prisión acuosa, es causada por la deshidratación.

En esos primeros días en el tren, Sissy le tarareaba las mismas canciones de cuna que le cantaba cuando era un bebé. Le cepillaba el pelo hacia atrás, una y otra vez, de la misma manera con la que solía consolarlo cuando sollozaba de niño, después de haberse golpeado el dedo del pie o raspado la rodilla.

En realidad nunca recuperó la conciencia. Hubo algunos momentos de lucidez en los que abrió los ojos por unos momentos. Miraba fijamente con ojos indiferentes y vidriosos al desierto y, más tarde, a la mancha marrón de los bosques. Pero nunca a nosotros. Luego cerraba los ojos y no los volvía a abrir durante horas.

Las pesadillas se desataban detrás de esos párpados cerrados. Gritaba al azar palabras sin sentido. A veces se quejaba o rogaba. Sissy solo podía acunar su cabeza durante esos momentos de tensión, su rostro atormentado por el dolor, su mano tratando de alejar sus sueños, su culpa. Cuando agitó sus brazos arremetiendo contra la noche, no esquivó su trayectoria y dejó que su mano la golpeará en la cara. Su penitencia a pagar.

Solo nos habló una vez, fue durante la mañana del tercer día. Nos apoyábamos unos contra otros, protegiéndonos contra el viento frío de las montañas más bajas. David estaba acostado en nuestras piernas, con la cabeza en el codo de Sissy. El sol del amanecer iluminaba nuestra piel con rayos anaranjados, y el mundo entero recibía su indulgencia, a pesar del frío.

Los ojos de David se abrieron, débiles pero con inteligencia, y por primera vez se encontró con mi mirada y luego con la de Sissy.

—Volviste a por mí, —susurró.

Luego cerró los ojos, sus párpados cayeron pesadamente y dejó escapar un suspiro. Una sola lágrima resbaló por su cara.

Sus ojos nunca volvieron a abrirse.

SABEMOS QUE ESTAMOS aproximándonos a la Misión. Las señales están todas ahí. Hay manchas de salpicaduras, de color amarillo, incrustadas en los raíles como excrementos desecados de pájaros, luego extensas placas balanceándose de las ramas de un árbol cercano como si fueran ropas colgadas. Los restos de los crepusculares que atacaron la Misión hace unas noches. El tren reduce su marcha y una hora más tarde doblamos una curva de la montaña y el puente hacia la Misión, situado más bajo, aparece ante nuestra vista.

Es de día y nuestro primer temor de que pudiéramos llegar de noche, en plena oscuridad, para ser servidos en bandeja a cualquiera de los más resistentes crepusculares que todavía puedan estar vagando queda olvidada, así como nuestro recelo hacia ellos. Ninguno ha sobrevivido.

Las calles empedradas están desiertas. Dondequiera que miramos, las ventanas y las puertas de las cabañas vacías han sido destrozadas y dejadas abiertas como si fueran ojos pasmados y bocas horrorizadas. Los rayos de sol se cuelan en su interior. Entramos en la más cercana y vamos de habitación en habitación acumulando capa tras capa de ropa sobre nuestros torsos temblorosos y nuestros estómagos hundidos.

Incluso el Vastnario, donde temíamos que algunos crepusculares hubieran podido sobrevivir, está vacío. La pared trasera ha sido derribada y reducida a polvo, tal vez por la presión externa de una horda aterrorizada que buscaba refugio del sol. En el interior, varias capas reseca de color amarillo, más espesas en el suelo y finas en las paredes.

La evidencia de su desaparición masiva está por todas partes: en los prados, en la granja, a lo largo de la muralla fortificada, en cualquier lugar hay costras desecadas de color amarillo y no hay un solo hueso humano por ninguna parte, ni un solo mechón de cabello, ni una mancha de sangre. Todo devorado, lamido, borrado de la existencia.

La muerte se ha desatado brutalmente en esta aldea destruida, sin hacer distinciones de especies. Nada se mueve en este pueblo; ningún sonido. Nada de muchachas arrastrando los pies, nada de campanadas matutinas, nada de coros cantando, nada de gritos a medianoche. Solo se oye el sonido del viento frío que silba entre las costillas de este pueblo fantasma.

En la plataforma de la lavandería, junto al arroyo, sumergimos nuestras manos temblorosas en el agua helada, y bebemos sorbo tras sorbo. Asaltamos la cocina y nos atiborramos con los trozos de comida que encontramos dispersos en medio de la carnicería. Encurtidos en frascos empezados, pepinos partidos por la mitad, hogazas de pan pisoteadas. No tenemos suficiente; si es comestible, acaba en nuestras bocas.

Después, sin dejar de temblar, nos sentamos frente a la chimenea de una cabaña cercana. El fuego es reconfortante; la combinación de comida, agua, calor y un cómodo sofá conspiran para inducirnos al sueño pero la mano de Sissy aprieta la mía y me mantiene despierto.

—David, —me dice—. No podemos dejarlo así.

Salimos de nuevo, caminamos con dificultad hasta la estación de tren con las palas en la mano. Está exactamente en la misma posición en la que lo dejamos, recostado en el vagón vacío, más solo en apariencia. Un sentimiento de culpa se clava y retuerce dentro de nosotros. Quisimos llevarlo cuando llegamos por primera vez, pero en ese momento estábamos demasiado débiles. Ahora, cavaremos una tumba. Sissy elige un lugar junto a las vías del tren, en las cercanías de donde Jacob había saltado y se había encontrado con su indescriptible muerte. A los niños les hubiera gustado ser enterrados uno junto al otro, si no materialmente, al menos en espíritu.

Después de depositar el último montón de tierra, permanecemos en silencio. Un viento ligero silba a través de las ramas desnudas de la arboleda.

Los labios de Sissy tiemblan.

—Lo siento, David. Lo siento. Lo siento. Lo siento, lo siento muchísimo.

Y se vuelve hacia mí, entierra su cara en mi chaqueta y llora directamente en mi corazón.

CAMINAMOS POR LOS muros fortificados, escudriñando el paisaje. El ocaso ha comenzado, y el cielo sangriento del crepúsculo cede bajo el peso de la recobrada oscuridad.

—¿Cuánto tiempo, —pregunta Sissy—, antes de que vengan?

Miramos la pendiente escarpada de la montaña, más allá del afloramiento rocoso, y en el tupido dosel del bosque. Las Vastas se extienden por debajo de nosotros en la distancia, como una alfombra raída e interminable.

—Muchos de ellos perecieron en el desierto, —respondo—. Un millón, tal vez. Pero hay muchos más y vendrán. Dales tres días consecutivos de lluvia intensa y cielos nubosos y lograrán llegar hasta aquí más o menos ilesos. Depende del tiempo. —Observo sombríamente el oscuro horizonte—. E incluso si no llueve durante semanas, si tenemos sol todos los días, vendrán de todos modos. Construirán más barcos en forma de domo, o repararán los dañados. O construirán un tren con cúpula. En cualquier caso, no tendremos más de quince días.

Caminamos absortos a lo largo de la muralla de la fortificación.

—Encontramos dos alas delta que funcionan, —comenta Sissy después de un rato—. Claire mencionó que podría haber algunas en buen estado. Después volaremos hacia el este. —Se queda mirando un tiempo, luego su rostro se aleja del mío, hacia el este. Cuando habla, su voz está cargada de reproches a sus propias decisiones—. Tenías razón, Gene. Deberíamos haberte escuchado todos cuando tuvimos la oportunidad. Tendríamos que haber seguido hacia el este contigo. Si no hubiera sido tan necia, todos estaríamos vivos.

—No digas eso.

—Pero es la verdad.

—Tal vez no lo sea.

Se da la vuelta para mirarme.

—¿Qué quieres decir, Gene?

—No sabemos qué hay en el este, ¿verdad? —quiero decir—. No sabemos nada.

—Sabemos lo suficiente. Sabemos que tu padre quería que fuéramos allí.

Meto las manos en los bolsillos de mi abrigo.

—¿Y qué conocemos realmente de él? —Y ahora me toca a mí mirar hacia el este, hacia la enorme y oscura nada—. No sabemos por qué abandonó el proyecto Origen. No tenemos idea de por qué se fue de aquí apenas unas semanas antes de que llegáramos. —Sacudo la cabeza—. ¿Qué le hizo abandonar su sueño? ¿Y abandonarme de una vez por todas?

Sissy, agachada entre las sombras, observa las cabañas diseminadas por los prados.

—Algo ocurrió aquí. Tuvo que ser así. Algo que lo asustó y lo cambió. —Sus ojos se fijan en la sombra aislada de un edificio situado cerca del borde del bosque. El laboratorio donde pasaba todo el tiempo—. La última vez que estuvimos aquí lo revisamos de arriba abajo, pero nunca nos reveló ninguno de sus secretos.

A pesar de ello, sigue mirándolo con atención con las cejas fruncidas, concentrada.

—¿Qué le ha pasado? —me pregunto—. ¿Cómo pudo cambiar tan drásticamente?

Las preguntas se extienden sobre nosotros como el humo al elevarse, sin respuesta.

No se necesita mucho tiempo para encontrar las alas delta que todavía funcionan. Sissy propone un método tan simple como efectivo: inspeccionarlas en busca de polvo. Cualquiera de ellas relativamente libre de polvo debe haber sido utilizada recientemente por Claire. Empleando unos pocos quemabrillos que encontramos desperdigados revisamos de arriba abajo el pasillo inspeccionando las alas delta, prácticamente todas cubiertas de gruesas capas de polvo, colgadas en las paredes. Poco antes de la media hora, encontramos dos relativamente libres de polvo. Las dejamos en la puerta para revisarlas mañana con más cuidado a la luz del sol.

La oscuridad mancilla el cielo nocturno. Un viento desagradable barre el suelo de la montaña congelando el rocío del atardecer sobre los prados en brillantes puntos de hielo. Entrecerramos los ojos frente a la cortante ventolera mirando con desánimo la distancia que nos separa de las cabañas.

—Vayamos a la oficina de Krugman, —le sugiero—. Podemos dormir ahí abajo y utilizar la chimenea.

La oficina está irreconocible. Sopla un viento constante a través de las ventanas rotas. Los muebles volcados están contra la pared, como si hubieran sido empujados por el viento. Sabemos que no es así. Fue la avalancha de crepusculares en esta oficina la que destruyó todo, y a todos, en ella. Incluso el pesado escritorio de roble está al revés y tres de sus cuatro patas están rotas como si fueran ramitas.

Sissy camina hacia el escritorio. Observa las profundas marcas de los cortes producidos por unas garras en el roble, la madera blanca y astillada que se asoma en todos los ángulos como los huesos rotos perforando la piel. En uno de los cajones destrozados se acumula una sustancia amarillenta medio incrustada. Los restos de un crepuscular derretido. Sissy aprieta los brazos como para protegerse de un resfriado repentino.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Solo mueve la cabeza pero algo la está alterando claramente. Sus hombros están demasiado encogidos, su cara demasiado pálida.

—No, en serio. ¿Qué sucede?

Respira hondo.

—¿Cuándo vamos a hablar de ello?

Observo con atención su rostro, tratando de entender.

—¿Qué es *ello*?

Me mira con incertidumbre.

—Deberíamos haber hablado antes. Pero... el momento nunca me pareció oportuno. Ni en el tren, ni con David... —Su voz se apaga, y la frase cuelga sin terminar, como si estuviera esperando a que yo la complete.

—¿De qué estás hablando?

Se produce el silencio entre nosotros. Me está mirando, y cuando levanto la vista nuestros ojos se encuentran y entonces lo sé. Lo que está intentando, a regañadientes, sacar a relucir. Un tema convenientemente dejado de lado en los últimos días por la lucha, la huida y la fatiga, pero que ahora ya no se puede evitar.

—¿Sabes qué, verdad?, —pregunta con sus ojos casi rogando por acertar.

Asiento despacio, a mi pesar. Mis siguientes palabras, más ligeras que un susurro, se asemejan a una confesión forzada.

—Por qué parecía ser tan natural. Cuando nos transformamos, por qué nos parecía tan normal, mucho mejor en realidad, el ser un crepuscular.

Camina hacia mí, con los brazos apretados contra su pecho.

—¿Por qué, Gene?

La atraigo suavemente hacia mí.

—No lo sé, —le respondo.

NO DORMIMOS EN la oficina de Krugman esa noche. La masacre llevada a cabo allí, su fantasma deslizándose entre las paredes y el viento frío que circula por su interior, hace preferible el regreso a las cabañas. Dormimos en el taller textil. Nos acostamos frente a la chimenea, agotados. Cierro los ojos tratando de encontrar la energía necesaria para encender el fuego. Sissy, cerca de mí, todavía está sentada e inquieta.

—¿Cuántos quemabrillos tienes?, —me pregunta.

—Solo queda uno, —contesto—. ¿Por qué?

Ella sacude la cabeza.

—Sissy. ¿Qué sucede?

—Nada. Simplemente es difícil conciliar el sueño sin algún tipo de arma en la mano.

—Nadie vendrá ahora. Ni mañana por la noche. Ni siquiera las siguientes después de esa. Estamos a salvo esta noche. —Pongo la mano sobre su espalda para tranquilizarla. Su cuerpo está tenso.

—Lo sé, —responde—. Pero aun así.

—Mañana iremos a buscar algunos quemabrillos del laboratorio, ¿de acuerdo? Hay un montón de ellos allí dentro. Vayamos a dormir ahora. Estamos a salvo.

No dice nada, solo observa por la ventana.

Menos de diez segundos después, me sumerjo indefenso en un sueño profundo.

Me despierto. Tal vez hayan pasado horas. Mi cuerpo está agarrotado y dolorido. La habitación está tan fría, que mi aliento helado forma nubes sobre mí. A mi lado, la ropa de cama se haya vacía. Toco la pequeña hondonada bajo las sábanas. Fría. Sin una pizca de calor.

Afuera hace mucho frío. Me empiezan a doler las orejas y estiro la manta alrededor de la cabeza como si fuera un chal.

—¿Sissy? —la llamo en medio del silencio. No en voz alta, aunque no hay nadie más alrededor ni haya razón para tener miedo. A pesar de que estamos solos en las montañas, alejados de todo.

—¿Sissy?

La única respuesta es el crepitar del frío en el aire de la noche. Pongo en funcionamiento el último quemabrillo y lo mantengo frente a mí. A lo largo de las calles empedradas, las cabañas vacías se alinean, oscuras y silenciosas. Cuando alcanzo el borde de la aldea, veo, atravesando los prados, su rastro sobre una fina capa de nieve. Se aleja del pueblo hacia el bosque oscuro. Al laboratorio, donde, nerviosa e incapaz de dormir, Sissy debe haber ido a buscar algunos de ellos.

Me apresuro incluso a pesar de que la luz del quemabrillo comienza a desvanecerse, mis botas crujen sobre la hierba congelada y la ligera capa de nieve. Estoy a cincuenta metros del laboratorio, a diez metros, a un metro de la puerta abierta, y ahora mientras el quemabrillo parpadea estoy mirando a su interior, ahora cruzo el umbral y por último me encuentro dentro del oscuro edificio sin ventanas.

Sissy yace desplomada sobre un banco de trabajo. La vitalidad parece haber abandonado su cuerpo y una débil y difusa luz verde la envuelve, delineando su figura. Tiembla de... ¿tristeza, conmoción o miedo?, no lo sé. Lo único que tengo claro es que algo se ha roto dentro de ella, y que ha cambiado para siempre.

—Sissy.

No se asusta con el sonido de mi voz. Había escuchado como me acercaba por los prados. Pero no se vuelve hacia mí, solo sigue temblando. Incluso cuando la alcanzo por detrás, tocándola en el hombro, no se mueve. Su piel está helada al tacto.

En el banco de trabajo delante de ella hay un arcón abierto. No lo vi la última vez que estuvimos aquí, cuando dimos la vuelta a este laboratorio en busca de una pista que esperábamos que mi padre hubiera dejado para nosotros. Alguien más había entrado en el intervalo, alguien que de alguna manera había sido capaz de encontrar este arcón escondido, y que había revisado su contenido.

Que ahora yace volcado en este banco. Cientos de hojas de papel mohosas y cargadas de humedad, a punto de desintegrarse en un polvo fino. En la parte superior de cada página hay un emblema plateado de una luna creciente.



Miro por encima estas hojas, sin entender las fórmulas, los memorandos oficiales, los mapas, las ecuaciones, los diagramas, la correspondencia. El texto de estas páginas es arcaico e indescifrable. Un fuerte olor a almizcle añejo se desprende de ellas, rancio con el paso de incontables siglos.

—¿Sissy? ¿Qué son estos papeles? ¿De dónde salió este arcón?

Me señala un rincón del laboratorio. Apenas puedo distinguir un agujero abierto en el suelo de donde se han desenterrado tablas, arrojadas a un lado por la fuerza de cinco humanos. O de un crepuscular.

Pone su mano sobre otra pila de papeles justo frente a ella. Estos son los documentos de la Misión, los formularios administrativos, la basura contable. Al principio no lo entiendo pero entonces les da la vuelta y en el reverso de cada hoja está la letra de mi padre. Reviso unas cuantas páginas y comprendo rápidamente lo

que estoy leyendo: las transcripciones de mi padre de los documentos antiguos. Era su intento de hacer legible lo ilegible aunque solo transcribió lo incomprensible en lo inimaginable.

Sissy se vuelve hacia mí en este momento. La luz verde brillante dibuja vetas sobre su rostro. Siempre recordaré la expresión de sus ojos cuando los posa sobre los míos, el agotamiento que los invade y el sendero trazado por las lágrimas de cada ojo.

—Ahora sé la verdad, —susurra y su voz llena de horror.

*Transcripción de Documentos etiquetados como
369-384*

*Extractos de la correspondencia oficial entre el
Gobernante y el Comandante Científico. Año de la
correspondencia: desconocido.*

De: el Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 18 de octubre

Asunto: Desarrollo HEPER

Su Alteza,

*El proyecto HEPER (Habilitación de Entidades
Provisionales como Energía Reemplazable) progresa
bien. Hasta ahora, todas las pruebas preliminares
realizadas en los cadáveres de ratones han producido
los resultados deseados. La inoculación del virus
HEPER en ratones muertos ha convertido su carne
en un alimento comestible y sabroso para los ratones
vivos. Dichos ratones muertos han sido consumidos
por los vivos dentro del plazo previsto.*

De: el Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 5 de enero

Asunto: Por favor, reconsidérelo

Su Alteza,

Debo rogarle que lo reconsidere, Su Alteza. Como traté de enfatizar en nuestras tres correspondencias anteriores, simplemente no estamos listos para pasar a los cadáveres de las personas como sujetos de prueba.

Si recuerda, el propósito del proyecto HEPER era crear un virus que, por decirlo sin rodeos, transformaría cadáveres de personas en carne comestible. Después de la catastrófica sequía y la subsiguiente hambruna de la última década que mató a más de la mitad de nuestra población, la comunidad científica se complace en seguir el decreto de Su Alteza para crear una fuente alternativa de carne. Este proyecto de alto secreto, iniciado por Su Alteza, ha demostrado hasta ahora ser un éxito rotundo. La inyección del virus HEPER en ratones muertos ha provocado que ratones vivos devoren dichos cadáveres en tan solo una noche.

Sin embargo, es demasiado prematuro pasar a probar el virus HEPER en los cadáveres de las personas. Hay demasiadas cosas sobre el virus HEPER que no conocemos. Incluso con los cadáveres de los ratones, estamos encontrando resultados perturbadores. La semana pasada, cuando duplicamos la dosis, los

ratones vivos desarrollaron un ansia por los ratones muertos que rozaba la locura.

Le insto a que lo reconsidere, Su Alteza.

De: el Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 10 de enero

Asunto: re: aumento de la dosis de HEPER

Su Alteza,

Con el debido respeto, Su Alteza, su petición no puede ser cumplida de una manera sencilla. Anteriormente optó por ignorar mi consejo cuando ordenó, a pesar de mi vehemente objeción, empezar a inocular cadáveres de personas con el virus HEPER. Y ahora, usted está exacerbando este error al insistir en un aumento en la dosis. El nivel de dosificación administrado a los cadáveres ya superaba lo que consideramos el máximo tolerable. El nivel que Su Alteza está solicitando es excesivo, y probablemente causará problemas imprevistos y perjudiciales.

Aunque entiendo que esté frustrado por nuestra falta de progreso con los cadáveres de las personas, simplemente aumentar la dosis no es el paso siguiente más prudente o racional.

Debo reiterar mi objeción a más inyecciones de HEPER en los términos más enérgicos.

De: el recién nombrado Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 18 de enero

Asunto: Gracias

Su Alteza Real,

Primero, permítame expresar mi más profundo agradecimiento por el honor que me ha concedido. Acepto con humildad este ascenso a Comandante Científico (y jefe del proyecto HEPER). Y aunque el anterior Comandante Científico, cuya reciente e inoportuna muerte aún lamentamos, estableció un nivel que no puedo esperar alcanzar, garantizo que el proyecto HEPER continuará sin impedimentos. De hecho, me complace informar que mañana triplicaremos el nivel de dosis en los cadáveres de las personas, como Su Alteza había solicitado anteriormente.

De: el recién nombrado Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 2 de febrero

Asunto: re: sujetos vivos

Su Alteza Real,

Si se me permite el atrevimiento de cuestionar el propósito de la última petición de Su Alteza. Sé que soy nuevo en este puesto y por lo tanto carezco de experiencia, pero aun así, no veo la razón detrás del deseo de Su Alteza de inocular el virus HEPER a

sujetos vivos. Sé que la última ronda de experimentos con cadáveres ha producido resultados insatisfactorios y decepcionantes, pero permítanme asegurarle que inyectar el virus HEPER a sujetos vivos es altamente desaconsejable. De hecho, parece ir en contra del propósito del proyecto HEPER, que, si se me permite ser tan atrevido como para recordarle a Su Alteza, era producir carne comestible a partir de cadáveres con el fin de reponer los suministros de alimentos en el desafortunado caso de una hambruna.

De: el Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 8 de febrero

Asunto: re: aumento de la dosis

Su Alteza Real,

Hemos estado observando al sujeto FY013 durante las últimas noches. La inoculación del virus HEPER ha tenido poco efecto sobre él, excepto, aparentemente, cegarlo. No puede ver. Tropezaba con los brazos extendidos, dándose constantemente golpes con los objetos. Además, ha perdido su capacidad para dormir. Ahora, simplemente se desmaya, se derrumba en el suelo y permanece allí durante horas. Sin embargo, aparte de esos cambios menores, hay poco más. De nuevo, si se me permite decirlo, no entiendo el propósito de inyectar el virus HEPER

en sujetos vivos y no alcanzo a saber por qué Su Alteza quiere ahora aumentar todavía más la dosis a FY013.

De: el Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 11 de febrero

Asunto: re: necesidad de otro sujeto de prueba

Su Alteza,

Han sucedido acontecimientos inesperados en las últimas dos noches en relación al sujeto FY013. Después de que nosotros, a instancias de Su Alteza, le inoculáramos la dosis aumentada del virus HEPER, el sujeto comenzó a mostrar síntomas bastante peculiares. Cabe destacar: (1) han aparecido señales de pelo en sus extremidades y axilas; (2) sus dientes incisivos comenzaron a volverse romos; (3) ha desarrollado una sed aparentemente insaciable (una taza de agua al día); y (4), lo más extraño, pareció adquirir resistencia a la luz infrarroja y ultravioleta. También cabe destacar que ha comenzado a desprender un olor particularmente aromático.

Lamentablemente, también ha muerto. Solicitamos en este punto otro espécimen, vivo, para continuar con las pruebas. Por favor, envíe el sujeto a la mayor brevedad posible.

Además, habrá un pequeño retraso, quizás solo una o dos noches, ya que tendremos que hacer algunas

reparaciones. Algunos equipos del laboratorio fueron dañados recientemente, junto con ventanas y puertas, y cuanto antes se arreglen, antes podremos reanudar las pruebas. Pero por favor envíenos uno (¡o dos!, ¡o tres!) sujetos vivos tan pronto como pueda (¡o antes!).

Además, Alteza, ¿podría hacerme saber que ha recibido este correo electrónico? ¡Solo quiero asegurarme de que ha sido así!

De: el Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 12 de febrero

Asunto: ¡URGENTE!

Su Alteza,

Según nuestra última correspondencia, ¿cuándo podríamos esperar que nos envíe más sujetos vivos?

De: el Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 13 de febrero

Asunto: ¡URGENTE!

Distinguida Alteza Real,

¿Puede enviar más sujetos de prueba lo antes posible?

De: el Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 15 de febrero

Asunto: Sujetos de prueba jóvenes de sexo femenino

Distinguida Alteza Real,

Otra ronda de pruebas completada. Nunca hemos utilizado mujeres como sujetos de prueba y al principio nos sorprendimos cuando nos envió una. El resultado, sin embargo, fue bastante fascinante. Nos gustaría realizar más pruebas en sujetos femeninos jóvenes. ¿Puede enviar más especímenes, por favor, tan pronto como sea posible? Se prefieren las hembras jóvenes.

De: el Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 17 de febrero

Asunto: necesidad de más especímenes

Su Alteza,

Las pruebas continúan a un ritmo frenético y con éxito. Por favor, envíe más sujetos.

De: el Comandante Científico

Para: Su Alteza Eminentísima, el Gobernante

Fecha: 19 de febrero

Asunto:

Su Alteza,

Hemos perdido algunos miembros del personal. Por favor, envíe reemplazos para los siguientes puestos:

(el extracto termina).

**ORDEN OFICIAL DE SU ALTEZA
REAL
EL GOBERNANTE DEL PALACIO**

CONFIDENCIAL

(el extracto comienza, fecha incierta)

... se hizo rápidamente evidente que el proyecto HEPER se había salido de control. Tan potente e inmediato era el efecto HEPER que grupos enteros de Científicos, famosos, sensatos e inteligentes, se enfrentaron entre sí e intentaron inyectarse mutuamente el virus HEPER. Nada podía sofocar su deseo por la carne transformada HEPER, y por el líquido rojo que corría bajo dicha carne.

El proyecto HEPER va más allá de un desastre total. Ha producido, y esto no puede ser exagerado, un arma potencialmente devastadora. Una que, si se desatara sobre la población, de manera accidental o no, causaría muerte y violencia generalizadas y, muy posiblemente, la extinción completa de nuestra especie. Aunque parece que los efectos son fácilmente reversibles, no se equivoque, el virus HEPER, en las manos equivocadas, puede ser usado como un

Arma de Devastación a Gran Escala. Debe ser total y completamente destruido.

Por lo tanto, por Real Decreto, se declara que todas las fórmulas, datos, resultados y documentos relacionados con el proyecto HEPER serán eliminados para siempre, destruidos y/o quemados. Nunca ha existido. Los buenos ciudadanos de la metrópoli nunca deberán ser informados de su existencia.

Se decreta además que se establezca la Oficina HEPER. El propósito de la Oficina HEPER es explicar la existencia de los hepers que lograron ocultarse dentro de la sociedad. Los ciudadanos son curiosos y exigen respuestas. Dicha Oficina fabricará una falsa historia evolutiva y científica detrás de la existencia de los hepers. No se escatimarán gastos para asegurar que los habitantes de la metrópoli estén siempre alejados de la verdad que se esconde detrás del origen de los hepers. Para ello, la Oficina HEPER recibirá recursos.

También se ordena que el Comandante Científico y sus colegas sean inoculados con el virus HEPER y luego detenidos en las catacumbas del Palacio. Su destino será determinado posteriormente por el Gobernante.

Además, es

(el extracto finaliza).

DURANTE CASI MEDIA hora leo las páginas transcritas por mi padre. Al principio vuelvo las hojas lentamente, inseguro de lo que estoy leyendo y su significado me resulta todavía oscuro. Pero mientras, sigo el flujo de su familiar e inquietante letra eludiendo la ocasional mancha de tinta en la que su pluma, como si se hubiera detenido anonadada y luego desangrado en el papel. Al final, página a página, encajo todas las piezas.

Estos papeles son espantosos.

Me alejo del banco de trabajo, de la pila de papeles que todavía están a medio leer y me quedo mirando al exterior. Nada es igual, todo ha cambiado.

—Cuando regresamos al edificio del Dominio, —dice Sissy con palabras apenas susurradas—. En la planta 59, vi unos documentos como estos. Papeles viejos y mohosos, que se caían a pedazos, cada uno con su emblema de una luna creciente. Estaban en una caja abierta medio vacía. Alguien había irrumpido en esa planta y la había descubierto.

Miro fijamente las páginas, sus lunas crecientes están brillando.

—Fue mi padre quien entró por la fuerza, —le contesto—. Suyas eran las gafas que encontraste.

Sissy asiente, tristemente.

—Estos son los documentos. Los robó y los traje de vuelta a la Misión. Los ha traducido aquí y después los ocultó él mismo, su contenido era demasiado insoportable.

Miro el agujero abierto en la esquina de la habitación.

—Ashley June, —susurro—. Ella estuvo aquí. Encontró los papeles y los sacó a la luz.

Sissy camina hacia el banco.

—Observa la luna, —susurra y su dedo traza los contornos del emblema sobre la página—. La verdad está en la luna.

Rememoro esas palabras. Las palabras de Ashley June. Y recuerdo otra cosa que ella había dicho, la forma en que las había dicho, como si fueran una advertencia.

En muchos casos la verdad no te hace libre. Algunas veces te atormenta y otras desearías no haberla descubierto nunca.

Y me doy cuenta de que no puedo hablar. No de esto, no como si fuera algo que pueda discutirse, analizarse, tratarse, circunscribirlo a meras palabras. Y de repente estoy saliendo por la puerta, necesito alejarme del laboratorio, necesito estar fuera, necesito no tener nada entre las estrellas, la luna y yo.

—¡Gene!

Y me mantengo corriendo, como si el dolor en las piernas y en los pulmones pudiera borrar las verdades aprendidas, el conocimiento adquirido, la inocencia perdida. Y aunque corro tan rápido como puedo, ahogando las lágrimas, lo noto: el cuerpo está lastrado.

Tan diferente del brío renacido con el que había corrido veloz por las Vastas como un crepuscular, con la armonía de movimiento de todos mis miembros, la transición del poder animal con elegancia. Ahora, mi cuerpo de humano se agita sobre mi cuerpo torpe y pesado.

—¡Gene! ¡Espera!

El lago se alza ante mí, un destino que nunca decidí conscientemente, pero hacia el que mis impacientes pies se dirigen cada vez más rápido. El viento aúlla golpeando mi nuca y entumeciendo mis tobillos descubiertos. Voy corriendo por la estrecha orilla, saltando sobre troncos de madera a la deriva. Mis pies se estrellan contra la superficie lisa del lago.

El frío me corta como el cristal pero antes de que pueda adentrarme más, Sissy me sujeta del brazo.

—¡Gene...!

Retiro mi brazo pero ella se resiste y el cambio repentino de posición provoca que ambos caigamos al agua. Mi mano choca contra una roca afilada del fondo poco profundo y la sangre fluye por la palma cortada de mi mano. Salimos a la superficie jadeando y goteando, sin aire en los pulmones. El frío penetra como si fueran mil agujas pinchándome.

—¡Debería haberme convertido hace años! —grito, golpeando el agua—. ¡Por qué no me transformé! ¡Por qué la lucha estéril, para qué pasar apuros, noche tras noche, mes tras mes, año tras año! —Mi cuerpo se está congelando, pero mis ojos arden de furia—. ¿Por qué, Sissy? ¿Por qué la lucha diaria por sobrevivir cuando no hemos sido más que mutantes? ¿Cuándo no hemos sido más que aberraciones?

—Gene...

—¡Nosotros somos los que estamos en desacuerdo con el universo! ¡Deberíamos haber cambiado! —Las lágrimas afloran a mis ojos dibujando ardientes senderos gemelos en mi rostro—. Cuando tenía cinco años, con seis, siete, ocho, cuando alcancé los trece. ¡Debería haberme convertido y este infierno habría terminado! He estado a un corte, a una gota de saliva, de cambiar, de retornar a la normalidad, al yo real, al yo natural. ¡No a esto! —Me golpeo el pecho y una palmada en la cara—. ¡No es lo que siempre creí que era verdad! ¡No este espectáculo de feria en el que me he convertido!

Me mira, sus labios están temblando, no sabe qué decir. Algo en su rostro se debilita y extraños jadeos y gritos salen de su boca torcida. Porque sabe que es verdad. Somos marginados, anomalías. Somos gérmenes, y en este mundo de pureza no hay lugar para nosotros.

—¡Mi *maldito* padre! —grito, mirando a las estrellas con ira ingobernable—. ¡Deberías haberme dejado cambiar! En vez de usarme como tu ratón de laboratorio, deberías haber...

—¡Él no lo sabía, Gene!

—¡Debe haberlo sabido! Encontró la fórmula del Origen, debe haber conocido su historia. —Miro a Sissy con la respiración agitada—. Él lo sabía. Sabía que éramos comida.

La veo ceder un poco. Se estremece, sus ojos parpadean más rápido. Pero entonces algo sucede. La resistencia, el empeño relampaguea en sus ojos.

—Él no lo sabía, —dice en voz baja—. No al principio, al menos, no todos los años que estuvo con nosotros en el domo. La forma en que nos trató, lo hacía como si fuésemos especiales. Como si nosotros fuéramos los originales, y *ellos* las desviaciones.

Se vuelve para mirar al laboratorio.

—No creo que tuviera el menor indicio hasta que regresó a la Misión. Hasta que transcribió todos esos viejos documentos. Es sobre los documentos de la *Misión*, ¿te habrás dado cuenta de eso? Fue aquí, después de dejar el domo, únicamente después de traducir esos documentos, cuando lo entendió.

—¿Cómo sabrías lo que pensaba...?

—*Nunca olvidas quién eres*. —Me mira con franqueza a los ojos—. Nunca habría dicho eso si pensara que éramos...

—¿Fenómenos?

—Así no es como yo lo diría.

—Bueno, será mejor que te acostumbres a la idea, porque eso es lo que somos.

Un velo de lágrimas, ácido, me pica los ojos. Ahora todo me viene a la mente. Quizá Sissy tenga razón; tal vez mi padre halló la verdad solo después de regresar a la Misión. Ni siquiera puedo imaginar su horror, en la oscuridad y el aislamiento de su laboratorio, ante tal descubrimiento. Una verdad tan devastadora, tan repulsiva, que tuvo que alejarse por completo de la Misión para vivir solo como un ermitaño en el bosque. Lejos de lo abyecto, lo enfermo, lo impuro, lejos de la colonia de *hepers*.

Sissy aparta los mechones de cabello mojado de los ojos.

—Yo no me siento así. No me siento en absoluto como un monstruo.

Sus palabras me enfurecen y vuelco mi ira con ella.

—¡Bien por ti, Sissy! ¡Sigue tratando de engañarte! Pero ¿sabes qué? Por muy malo que sea, irá a peor. ¿Por qué tú y yo? No somos solo monstruos, no somos solo *hepers*, somos algo más; algo peor que eso. Podrías pensar que somos este maravilloso Origen. ¿Pero sabes lo que somos? Somos una bomba sucia. Somos una incubadora ambulante de muerte y enfermedades.

¿La cura que mi padre creyó haber descubierto? Solo había redescubierto la fórmula perdida de un virus mortal. No somos la cura, somos el *contagio*. No somos

la salvación, somos el azote. Eso es lo que Ashley June estaba tratando de decirme. Somos la bomba letal que causará la extinción de todos.

Los dedos de Sissy, relajados y medio sumergidos en el agua, se estremecen creando ondas en la superficie del lago. El reflejo de las estrellas, antes puntos perfectamente espejados, se deforman hasta que se disuelven.

Le doy la espalda y contemplo el lago, los árboles, la cima de la montaña, las siluetas de las cabañas lejanas.

—Es por eso que nos abandonó. El motivo por el que voló hacia el este. Nos convertimos en una abominación para él.

—No digas eso, —contesta lentamente moviendo los hombros hacia atrás—. Nos ordenó que voláramos al este para encontrarnos con él. Quería vernos de nuevo. ¿No recuerdas lo que Claire nos dijo en la Misión? *Esto es lo que tu padre quería. Para que voléis al este. Hay intrigas en marcha que ni siquiera podéis imaginar, Gene. Tú y Sissy tenéis que dirigiros hacia el este.*

—¡Dijo eso solo para alejarnos de ellos! —Me río de un modo amargo y compulsivo. Ahora entiendo la verdad, la terrible y horrenda verdad.

Si la Caza hubiera funcionado como debería, si realmente nos hiciera alcanzar las montañas, necesitaba a partir de ahí un plan que nos persuadiera a alejarnos. Lejos, muy lejos. —Golpeo el agua y veo el corte de mi mano vomitando sangre—. De esa manera, si la bomba detonaba, lo habría hecho a una distancia segura de la población. La preciosa, pura y original, la población crepuscular.

Sissy tiembla, no sé si es por miedo o por el frío, pero su cara ya cenicienta palidece todavía más.

—No sentiría esa clase de lealtad hacia los crepusculares. No después de...

—¡No era lealtad hacia ellos! Lo era a sus propios y valiosos principios. Porque mi padre nunca ha estado inclinado a la destrucción ni al genocidio. ¡Estaba por la salvación! ¿Recuerdas lo que dijo el primer consejero? ¿Que según mi padre no había un propósito más elevado que el curar a los enfermos y purificar lo inmundo? ¿Que no había una vocación más noble que salvar a los crepusculares? Solo que ahora no le quedaba nada que salvar, nada que curar. Salvo a sí mismo. Esa es la brutal ironía de todo esto. Se imaginó a sí mismo como un salvador... hasta que se dio cuenta de que no tenía una cura, sino una bomba sucia. Que tuvo que arrojar lo más lejos posible.

Sissy retrocede, su cara se estremece. Se está resistiendo, prolongando innecesariamente lo inevitable.

Noto que algo caliente serpentea por mi mano hacia abajo, es la sangre que mana de la herida.

—¿Ves esto? —le muestro sujetando mi palma manchada de sangre—. ¿Ves esta sangre? Es una plaga, Sissy. Es una infección. Es la muerte. ¡Es repugnante! ¡Es una abominación!

Sissy mueve la cabeza, con los ojos bien abiertos. Perdida toda capacidad de lucha. Las fuerzas la abandonan y el muro de la negación se derrumba a su alrededor

como un castillo de naipes. Sus ojos parpadean con furia, sus piernas dejan de sostenerla.

—Mira esta sangre que está dentro de mí, dentro de ti...

Grita.

Es un lamento largo y angustioso que resuena en las montañas y solo termina cuando cae de rodillas. Su cabeza se inclina hacia su pecho y empieza a temblar. Las ropas empapadas están adheridas formando pliegues a su pálido y entallado cuerpo.

Es tan diferente de la chica que conocí por primera vez en el domo. Se ha ido la pícara luz de su mirada, la forma honesta con la que me abrió los brazos, la calidez y la fuerza que emanaban de su piel bronceada. Los niños vagaban constantemente cerca de ella y sus brazos parecían estar siempre alrededor de sus hombros, protegiéndolos, guiándolos. La forma en que sonreía, los ojos cerrados de puro placer, la cabeza inclinada hacia atrás, la luz del sol acariciando sus pómulos. La forma en que cantaba y el modo en el que me besó. Su creencia en la lealtad, que es la prueba del amor.

Todas estas cualidades que me fascinan tanto de ella y que hacen que me duela el corazón no son más que los efectos secundarios de un virus que alguna vez se extinguió, subproductos de un experimento alimenticio que salió horriblemente mal.

No veo ninguna de esas cualidades ahora. No en esta criatura arruinada, con el cabello negro y húmedo pegado a sus pálidas mejillas y el cuello menudo e inclinado como movido por el viento. Con apenas un poco de color parece representada con crueldad en un lienzo de mercurio y plata.

Tiembla, se agita. Está al borde de su resistencia, su cuerpo a punto de sufrir espasmos incontrollables, sus ojos prestos a inundarse de lágrimas. Mi fuerte y valiente Sissy, a punto de romperse al final.

Entonces algo se agita en mí. Algo primordial cambia de lugar, un terremoto interior. Hablo, con una repentina y rabiosa ternura.

—Sissy.

Alza la vista hacia mí y por un momento duda, como si no estuviera segura de estar leyendo bien mi cara, o de percibir mi tono de la manera correcta. Y es entonces cuando avanzo por el agua hacia ella, y la levanto con delicadeza, rodeándola con mis brazos.

Silencio otra vez, interrumpido únicamente por el castañeteo de nuestros dientes. Luego, incluso ese sonido disminuye a medida que nos acercamos poco a poco, nuestras caras apoyadas una en la otra buscando calor. La luna ilumina todo el lago, se refleja en la cima de la montaña nevada. Ahora está en silencio. Todo está quieto. Incluso nuestros cuerpos han dejado de temblar. El lago deja de agitarse, convirtiéndose en un espejo de los cielos eternos. Estamos solos sobre la faz de la tierra.

—¿Y ahora qué? —murmura Sissy, moviendo sus labios en mi cuello.

La atraigo hacia mí y la abrazo con fuerza.

—Vámonos a casa, —contesto.

HOGAR.

El hogar no son las cabañas vacías por las que pasamos, ni la habitación donde nos quitamos la ropa mojada y nos situamos tiritando ante la chimenea. No es la Misión todavía llena de comida, bebida y ropa.

El hogar no es la metrópoli. Aunque podríamos hacer de ella nuestra morada si quisiéramos. Si deseáramos cambiar, sería bastante fácil. Recogeríamos las costras endurecidas al sol de su carne derretida, las herviríamos y obtendríamos un líquido que, por la noche y una vez que nos hayamos acercado lo suficiente a la metrópoli, derramaríamos en una herida abierta. Si quisiéramos.

Pero Sissy no quiere.

—Soy lo que soy, —dice y se aparta un poco para mirarme a los ojos. La luz del fuego baila en sus iris—. Nunca podría convertirme en uno de ellos y no me pidas que lo haga, Gene. Yo nací así y moriré de esta manera. Me siento a gusto con mi cuerpo.

Asiento con la cabeza y acerco el edredón todavía más a nuestros hombros. La chimenea está llena de fronda que titila, las sombras bailan en las paredes.

—¿Y tú?, —me pregunta—. ¿Qué me dices?

Me paro un momento y no por vacilación o indecisión. Tan solo porque quiero asimilar este momento, porque siento que algo nuevo está a punto de comenzar y que nada volverá a ser igual.

—Nos mintieron, —respondo finalmente—. A los ancianos de la Misión, a los aldeanos. Durante generaciones. Nos mantuvieron alejados de la verdad porque si la conociéramos, todos hubiéramos preferido transformarnos en crepusculares y si eso hubiera sucedido, habríamos dejado de propagar la especie heper. Y la única manera de reponer el suministro de hepers habría desaparecido. Para siempre. —Mi voz se endurece—. Nos alimentaban con mentiras para alimentarse a sí mismos.

Me inclino hacia adelante y observo el fuego.

—Mataron a todos los que nos importan. A David, a Epap y a Jacob. Acabaron con mi padre, el hombre que yo conocía, o en todo caso, al que yo adoraba; ese fue al que ellos mataron. ¿Cómo puedo, cómo podría siquiera pensar en convertirme en uno de ellos?

La mano de Sissy busca la mía bajo el edredón.

—Nos ven como ganado, —continúo—. Nos consideran muy inferiores a ellos, seres sin valor. Pero cuando pienso en todos los que nos importan, no es lo que veo. Pienso en Epap, en cómo se sacrificó desinteresadamente tratando de salvarnos. O en Jacob, arrojándose del tren antes de transformarse. O en ti, Sissy, precipitándote en medio de *millones* por el bien de David.

Una dolorosa nostalgia se reaviva en sus ojos brillantes: Está recordando a sus niños, los años en el domo, la luz del sol, el paso de las estaciones, su vida en común. Sus noches alrededor del fuego, los cantos, las risas. Las lágrimas.

—Esto es lo que somos, —concluyo, con mi mano apretando la suya tan fuerte que creo que podría sentir dolor solo para aferrar la mía con más fuerza si cabe—. Somos humanos. Viviremos la vida con intensidad. Nos reiremos, sonreiremos, nos amaremos y sufriremos por ello. No nos guardaremos nada. Viviremos vidas maravillosas, Sissy, el uno para el otro. Si estas cualidades son aberraciones o mutaciones, que lo sean. Las elijo por encima de la *normalidad*. Las escojo a ellas antes que a la existencia atrofiada, anodina y egoísta en la que viven.

Me vuelvo para mirarla; el edredón resbala de nuestros hombros y cae al suelo. El aire frío acaricia nuestros cuerpos, pero no nos importa. Tenemos suficiente calor, todo el que necesitamos los dos, juntos. Tomo su cara en mis manos, su hermoso y fuerte rostro que para mí es una maravilla. Mi visión se desdibuja, y parpadeo para alejar las lágrimas porque no quiero que nada enturbie su imagen.

Y las palabras, cuando las digo, son las más puras, dulces, verdaderas y convincentes que he pronunciado jamás.

—Te elijo a ti, Sissy. Tú eres mi hogar.

QUEMAMOS TODA LA maldita aldea hasta los cimientos. Empezamos con las cabañas que almacenan las tinas de aceite y gasolina y después, como en una reacción en cadena, arde una cabaña de madera tras otra, inflamable como una pila de yesca, hasta que toda la Misión está en llamas, enviando enormes lenguas de fuego que se elevan para lamer el bruñido cielo.

La observamos desde la muralla de la fortificación. La gigantesca hoguera proyecta luces y sombras recorriendo la ladera escarpada de la montaña. Un viento se levanta hacia el este, y se lo señalo a Sissy. Fija las correas al ala delta que aprendió a manejar durante el día anterior y yo sigo su ejemplo, las mochilas cuelgan de una barra a ambos lados repletas de toda la comida y lo esencial que pudimos meter en ellas. Reviso mi bolsillo de nuevo para asegurarme de que guardé un trozo de papel que encontré ayer en el laboratorio, entre todos los demás. Una carta plegada varias veces, con la letra de mi padre.

Las pavesas y cenizas descienden sobre nosotros como si fueran nieve.

Me mira, sus ojos chispean, su piel está radiante.

—Estoy preparada, —me dice.

Los dos lo estamos. Hemos comido, bebido y dormido lo suficiente en los últimos días como para mantenernos durante un largo viaje.

Miro más allá de la muralla de la fortificación, hacia el cielo del amanecer. Observo durante mucho rato, concentrado, como lo hizo mi padre desde esta pared innumerables veces. Pienso en la carta que encontré, guardada ahora en mi bolsillo, escrita en un papel tan desgastado, doblado y pequeño, que Sissy y yo no la habíamos visto en días. La carta no iba dirigida a mí, aunque me mencionaba, sino a una misteriosa persona llamada "Tobías". *Prefiero morir antes que herirlo de nuevo.* Palabras de mi padre sobre mí, palabras que nunca olvidaré.

Me lo imagino parado aquí no hace mucho tiempo, solo en estos muros de la fortificación, un hombre roto. Tal vez sus ojos vagaron por última vez a lo largo de la línea de árboles de abajo, deseando y temiendo vernos a Sissy y a mí saliendo del bosque, supervivientes de la Caza Heper. Y quizás haya llorado en silencio lágrimas solitarias mientras corría por la rampa y se alejaba volando hacia los cielos orientales sobre su ala delta.

Cuánto peso debió soportar su corazón. Lo había sacrificado todo: a su mujer, a su hija, y ahora, según creía, a su hijo y para nada. La culpa, la decepción, todo sobre sus hombros. Puedo ver su corazón rompiéndose mientras volaba, los fragmentos desprendiéndose y cayendo como cuentas de vidrio; hasta que no quedó nada. Puedo verlo desabrocharse las correas y caer en picado a la tierra. Puedo ver su ala delta,

ahora vacía y más ligera, ascendiendo sin control por el cielo, ligera como una pluma.
Prefiero morir antes que herirlo de nuevo.

—Estás pensando en tu padre, —me comenta Sissy despacio.

—Lo estoy.

Sonríe, apenas media sonrisa.

—Tal vez.

—¿Tal vez qué? —pregunto en voz baja.

—Tal vez no es como creemos. Quizás no nos estaba enviando lejos para que simplemente desapareciéramos. Es posible...

—¿Sí?

—Es posible que solo quisiera darnos un nuevo comienzo, en el único lugar dónde sabía que seríamos libres. Lejos de aquí. Un nuevo nacimiento. —Contempla el este, y cuando se vuelve para mirarme de nuevo, sus ojos están radiantes y luminosos—. Concedámosle el beneficio de la duda, —apostilla, sonriendo de verdad.

No hace mucho y no muy lejos de donde estamos ahora, Claire me había contado algo sobre mi padre. Ahora lo recuerdo.

En realidad no me había parado a pensarlo en ese momento, pero sus palabras resuenan ahora en mi mente. Mi padre, según me dijo ella, después de que regresara a la Misión, volaba en ocasiones hasta la metrópoli. Lo hacía con la esperanza de poder captar algo. Algo de mí. *Aunque tuviera que ser desde lejos*, me contó ella, *desde muy arriba en el cielo*.

Durante años había vagado por las calles de la metrópoli mirando hacia arriba con la esperanza, con el anhelo infantil, de ver un avión a control remoto. Esperando algún tipo de mensaje de mi padre. Lo que fuera. Pero, con el corazón roto, me di por vencido tras apenas un año o dos. Pero mi padre *había* venido. Solo que llegó demasiado tarde; para entonces, a excepción de las incursiones ocasionales en el huerto de frutas, yo rara vez salía de día.

Sobrevolaba la metrópoli vacía de la misma manera que yo había caminado una vez por sus calles desiertas, buscando sin encontrar. Me había dado por vencido demasiado pronto y mi padre había llegado demasiado tarde. Nos extrañamos el uno al otro.

—Un nuevo comienzo, —respondo, y permanezco mirando al horizonte, impregnado con el resplandor del amanecer—. Sí. Me gustaría pensar eso.

Asiente con la cabeza, sus ojos son claros y brillantes y su pelo ondea al viento. Hace un ajuste final en una correa.

—¿Estás preparado?

Asiento, mis ojos están húmedos.

—Lo estoy. Completamente listo ahora.

Mi corazón late con fuerza, se acelera. Es en ese momento cuando no puedo contenerme y desato las correas. Los ojos de Sissy se abren gratamente sorprendidos

al acercarme a ella. Nos besamos con pasión durante un tiempo, y cuando nos separamos sonreímos el uno al otro con nuestras frentes todavía unidas.

—Hacia el este, —anuncia.

Confirmando con la cabeza.

—Seguimos el curso del río Nede al otro lado de la montaña.

Nos besamos una vez más, esta vez con más dulzura.

Luego corre a lo largo de la muralla, avanzando con fuerza y velocidad, salta a través de una brecha en el muro, y observo como toma con pericia la corriente y planea con seguridad hacia arriba. Mientras se dirige hacia el este, su mano se alza un segundo en el aire con el puño cerrado en señal de triunfo.

Sonrío. Por última vez, miro a la Misión. Entonces empiezo a correr, salto por la brecha y me lanzo a los cielos. En cuestión de minutos reduzco la distancia entre nosotros y mantenemos esta formación. No hemos planeado por cuanto tiempo pero todo lo que sabemos es que mientras tengamos viento de cola y nuestras alas delta se mantengan unidas, seguiremos volando hacia el este.

El este. Hacia ese mismo lugar desde donde sale el sol ahora, asomándose sobre el horizonte lejano y proyectando torrentes de color naranja, rojo y carmesí. Y si no encontramos nada ni a nadie, si el río Nede desaparece y desemboca en el mar de los mitos, seguiremos volando mientras el viento continúe empujándonos hacia el este. Volaremos incontables cientos, incluso miles de millas, al otro lado del mar, al otro extremo del mundo, a un lugar donde ningún crepuscular se atrevería a imaginar que existe. Y solo entonces tomaremos tierra.

Y allí construiremos nuestro hogar. Lo haremos desde la nada y de los dos nacerá una civilización. Nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, y las siguientes generaciones, hasta que nuestra gente sea más numerosa que las estrellas del cielo, y los granos de arena del desierto. Y convertiremos nuestras flaquezas en baluartes.

Nuestras carencias se volverán arietes. Nuestra resistencia a la luz solar, nuestro instinto de explorar, nuestra capacidad de nadar, de amar, nuestra inteligencia, nuestra voluntad de sobrevivir, nuestras emociones, nuestra lealtad. De estas anomalías surgirá un pueblo más dominante que la especie original.

Tomaremos lo que hemos aprendido de ellos y lo haremos nuestro. Integramos sus tecnologías en la evolución de nuestra civilización, convirtiéndonos en catalizadores de nuestro propio progreso como hombres. La arquitectura, informática, armamento, ciencia, todo insertado en el momento adecuado de nuestro desarrollo, entretejido de un modo natural y coherente en nuestra historia como si fuera desde el principio de nuestra creación. Nos apropiaremos de su vocabulario, de su lenguaje, y lo haremos nuestro, lo haremos útil a nuestros propósitos. Nos burlaremos de ellos y usaremos los mismos nombres para las naciones, los continentes y los mares en los que han modelado sus mentiras y creado nuestra falsa historia.

Y cuando, siglos después, milenios más tarde, hayamos conquistado cada tierra y cada continente e incluso los mares que los rodean, cuando nuestra población sea

inmensa, saldremos a buscarlos. Iremos a por ellos. Los encontraremos, y para nosotros no supondrán nada. Nada. Ellos, con su vulnerabilidad a la luz del sol y su aversión a los viajes de larga distancia, seguirán todavía rodeados por las mismas Vastas conocidas y los golpearemos. Los *apalearemos*, languidecerán como velas ante una hoguera. Los conduciremos bajo tierra, dispersándolos por lugares aislados del mundo donde se ocultarán en cuevas sombrías, forzados a refugiarse en armarios oscuros dentro de habitaciones cerradas durante el día. Obligados a retirarse a castillos de montaña donde aprenderán lo que es estar solos, estar aislados, ser una aberración. Hasta que no sean más que insignificantes notas al pie de página en los anales, ni siquiera de la historia, sino del folclore. Todo recuerdo de ellos será borrado, serán objeto de burla en las páginas de ficción, reducidos a meros estereotipos, caricaturizados como solitarios pálidos y decadentes.

Por delante, volando con suavidad, Sissy gira la cabeza y me saluda brevemente con la mano. Yo también la saludo.

En estos momentos la luz de la aurora lo salpica todo a nuestro alrededor, encendiendo nuestras alas delta con caleidoscopios de colores superpuestos. Tantos matices y tonalidades, como si hubiéramos volado hacia una tormenta de arco iris que se cruzan.

Desabrocho la cremallera de mi chaqueta y saco un montón de papeles. Dejo caer las páginas una por una, y luego todas a la vez. Se agitan al viento como el frenético batir de las alas de un pájaro herido, con los destellos irregulares de multitud de lunas de plata. Descienden a la deriva, en silencio, casi plácidamente, hacia el río Nede, donde se hundirán y desaparecerán para siempre.

Pienso en la tierra que haremos nuestro hogar. No la llamaremos la Tierra de la Leche y la Miel, la Fruta y el Sol. Esa era la tierra de mi padre, pero esta nueva tierra será mía y de Sissy. Será lo opuesto al mundo que ahora conocemos.

Contemplo el Nede que discurre por debajo de nosotros, delgado como una flecha plateada que nos señala el camino a seguir. Será lo último que veamos de esta tierra.

El nombre de nuestro nuevo hogar será el contrario del Nede.

Lo llamaremos Edén.

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincera gratitud a Rose Hilliard, mi editora, por su claridad de ideas y guía para dar forma a cada libro de la trilogía *The Hunt (La Caza)*. También estoy en deuda con Catherine Drayton, mi agente, por su continuo apoyo y consejo.

A mis hijos, John y Chris, que continúan sorprendiéndome, asombrándome y haciéndome feliz, y que me hacen sentir orgulloso de ser su padre.

Y sobre todo, mi más profundo reconocimiento y amor a Ching-Lee.



ANDREW FUKUDA. Nacido en Manhattan y criado en Hong Kong, es mitad chino, mitad japonés. Después de obtener una licenciatura en historia en la Universidad de Cornell, trabajó en el Barrio Chino de Manhattan con la comunidad adolescente inmigrante. Esa experiencia le condujo a la redacción de *La Travesía*, su primera novela.

Antes de convertirse en un escritor a tiempo completo, Fukuda fue fiscal penal durante siete años en Chinatown y en la actualidad reside en Long Island, Nueva York, con su familia.

Su segunda novela, *La Caza*, la primera de una nueva serie, fue comprada en una subasta por la editorial St. Martin Press, y publicada en Junio de 2012. Ha completado la trilogía de *La Caza* con *El origen* (2013) y *The Trap (La Trampa)* (2013).